

17



عربی

لغوی

عربی

PQ2227
.J6
S6

عربی



1020026302



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	242.8
Núm. Autor	1786
Núm. Adg.	29948
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasific.	
Catálogo	



LA JUVENTUD

DE

LOS MOSQUETEROS.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

DIVIDIDO EN DOS PARTES Y CATORCE CUADROS,

ESCRITO EN FRANCÉS

Por Mr. Alejandro Dumas,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

Por Don Joaquín Patiño,

DIRIGIDA POR DON JUAN DE MATA Y PUESTA EN ESCENA POR MR. RIVIERE, EN EL GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA DE MEXICO, EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 1851.—DECORACIONES DE MR. RIVIERE.—TRAJES DE MR. NONNON DE PARIS.



29948

098801

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

843
9.

PQ 2227
J6
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Este drama no puede representarse en ningun teatro de la República sin permiso del de la empresa del de Santa-Anna; ni reimprimirse sin el del editor de la BIBLIOTECA MEXICANA POPULAR Y ECONOMICA.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
Carlota.. . . .	Sra. Cañete.	Jorge.	Sr. Castañeda.
Conde de la Fère.	Sr. Mata.	Claudia.	Sra. Lopez.
Desconocido.	Sr. Armario.	Grimaud.	Sr. Castillo.

La escena pasa en Francia é Inglaterra, en el primer tercio del Siglo XVII, bajo los reinados de Luis XIII de Francia y Cárlos I de Inglaterra.

EL CASAMIENTO.

Una sala baja, puerta en el fondo, otra à la izquierda. Ventana à la derecha, una chimenea amplia. Escalera que conduce al primer piso.

ESCENA PRIMERA.

GRIMAUD, en pié, CARLOTA bajando la escalera, despues CLAUDIA.

CARL. ¡Perfectamente! arreglad todos los vestidos y la ropa blanca, para que el conductor lo lleve todo de una vez, porque la casa ha de quedar hoy enteramente desocupada.

CLAUD. [Desde la puerta de su cuarto.] Muy bien, señorita.

CARL. [Viendo à Grimaud.] ¡Hola! vd. aquí, señor Grimaud!...

GRIM. Traia una carta del señor vizconde, y como la puerta estaba abierta, y yo no queria llamar de miedo que se incomodase la señorita, me he quedado aquí esperando, y....

CARL. El señor vizconde siempre que va á caza, pasa por el curato; y no sé por qué causa no he tenido el honor de saludarlo esta mañana.

GRIM. Sin duda no habrá pasado por prudencia.

CARL. ¡Cómo, por prudencia!
GRIM. Pues, quiero decir... como ayer el señor vizconde tuvo una pelotera con su padre, y....

CARL. ¡Con su padre! El vizconde, tan respetuoso, ha reñido con su padre! ¡Y por qué! ¡Cuál ha sido el motivo!

GRIM. El buen señor, pues, el papá, queria presentar al señor vizconde á la señorita de La Lussaie.

CARL. ¡Ah! sí, á aquella hermosa huérfana que dicen ser la mas rica propietaria del pais.

GRIM. Eso es precisamente.

CARL. ¡Y qué sucedió!

GRIM. ¡Qué habia de suceder! Que el señor vizconde se ha negado abiertamente á la tal presentacion, diciendo que él no tenia vocacion por el matrimonio, y que no se queria casar y... de manera que... no queriendo ir á ver á la señorita de La Lussaie y viniendo aquí... y.... vos me comprendeis ¿eh, señorita!

CARL. Sí, gracias, Grimaud, gracias. Véamos qué dice el vizconde! (Grimaud se retira un poco.— Leyendo.) "Señorita, el nuevo cura que debe reemplazar á vuestro hermano, cuya larga ausencia se conceptia como una formal renuncia al curato de Vitray, llega hoy." El nuevo cura llega hoy, ¿hoy!

GRIM. ¡Valgame Dios, señorita! hace seis meses que se ha ido vuestro hermano, y de veras que no es un grano de anís para los po-

bres cristianos, estarnos seis meses sin oír misa.

CARL. *(Leyendo.)* "Pero como vos permanecéis en esa casa, en la que vivíais con vuestro hermano, desde hoy quiero que esa misma casa os pertenezca, y ya he dado mis órdenes para que el nuevo cura se aloje en otra abadía. Así es que me propongo instalarlo en un pabellón del castillo; permaneced, pues, en vuestra casa sin inquietud ni zozobra, y creedme, señorita, vuestro mas tierno y apasionado servidor.—*El vizconde de la Fére.*

GRIM. ¡Y... he de llevar alguna respuesta?

CARL. No, porque probablemente verá hoy al señor vizconde.

GRIM. ¡Oh! eso por supuesto.

CARL. Lo esperaré, pues, y le daré las gracias de viva voz. *(Grimaud se va por el foro.)*

ESCENA II.

CARLOTA, sola.

CARL. Sí, ya era tiempo que cambiase mi fatal posición. Si me hubiera visto precisada á dejar esta casa, á pagar un nuevo alquiler, y á aumentar, en fin, todos mis gastos, seguramente que antes de un mes se habrían agotado mis pequeños recursos. Pero ahora todo ha variado de aspecto; ya esta casa me pertenece, sí, ya es mi propiedad; pero bien mirado, no es mas que un pequeño vestíbulo. Allá abajo está el castillo. ¡El castillo! que representa trescientos años ha un condado y una baronía. Encuentro un no sé qué de cruel, en que hayan colocado la ventana de esta pobre casa, en frente de ese soberbio y magnífico edificio. Sin embargo, el proverbio dice que ver, es tener... falaz y mentiroso proverbio!... Claudia, deja esa tarea, que ya nosotras no nos vamos.

CLAUD. *(En el descanso de la escalera con los vestidos.)* ¡Ya no nos vamos, señorita!

CARL. No. ¡Ah! ¡oye! Es probable que cuando el conde vuelva de la caza y pase por aquí, quiera refrescar: pon sobre la mesa algunas frutas y una botella de vino. *[La vieja obedece, y pone un cántaro y frutas encima de la mesa.]* ¡Ah! me parece que divisó un caballero por entre los árboles, allá en medio del bosque... ¡Oh! y ¡cómo corre! ¡con qué velocidad viene! parece que se precipita; hé ahí un escape que acerca algo la cabana al castillo, y el curato al condado. *[A Claudia.]* Está bien, Claudia; ya no te necesito, puedes retirarte.

ESCENA III.

CARLOTA, EL VIZCONDE.

VIZC. Os ví desde lejos á la ventana, Carlota; ¡por qué al acercarme os habeis retirado!

CARL. Ya lo veis, por tener el gusto de venir á recibirlos.

VIZC. ¡De veras! ¡Ah! gracias. *[Le besa la mano.]*

CARL. Mucho habeis tardado hoy.

VIZC. Sí, ocupaciones imprevistas, algunos quehaceres... por eso os escribí. ¡No os ha traído Grimaud una carta mía?

CARL. En efecto, vuestra bondad conmigo es extrema, escusiva; sois demasiado bueno, vizconde.

VIZC. ¡Demasiado bueno! ¡y por qué! por haberos cedido una miserable casuca en ruinas! ¡Y vos que deberíais habitar un soberbio palacio, decís que soy demasiado bueno!

CARL. ¡Oh vizconde! yo sé lo que me digo y lo que os debo, y no hago mas que responder á mi propia conciencia, cuando os repito que sois demasiado bueno. Estoy muy reconocida á vuestras bondades, os doy las mas espresivas gracias por vuestra oferta; pero escusadme si os lo digo con franqueza: no puedo aceptarla.

VIZC. ¡No podeis aceptarla! Pues qué, ¿os ruborizais tal vez al recibir de mí un presente cualquiera, insignificante!

CARL. ¡De vos! ¡Oh! si fuérais dueño de vos mismo, de vuestra mano yo recibiría todo; pero... es preciso que deje esta comarca, señor de la Fére... me es preciso, debo abandonarla.

VIZC. ¡Vos no podeis admitir esta donación! ¡Debeis abandonar esta comarca! ¡Qué es lo que me decís, Carlota! Por favor, explicaos... ¡por qué huir de aquí! ¡por qué huir de mí, en fin!

CARL. Porque no conviene ni es decoroso á una joven oscura, pobre y sin porvenir, ofrecerse como un obstáculo insuperable á la gloria, á la fortuna de un caballero de vuestro nombre y de vuestro mérito.

VIZC. ¡Qué es lo que estais diciendo!

CARL. Sé bien que vuestro padre pretende enlazaros con la señorita de La Lussac, que es joven, bella, noble, y cuya fortuna duplicaría vuestras rentas.

VIZC. Si sabeis eso, Carlota, sabreis tambien que yo me he negado á semejante enlace.

CARL. Sí, eso es precisamente lo que no puedo soportar. Abandonando yo estos lugares, os evito el dolor de desobedecer á vuestro padre, y me economizo el remordimiento que me acosaría toda mi vida, de haber servido de estorbo á vuestra fortuna.

VIZC. Oidme por favor, señorita.

CARL. ¡Vizconde! por Dios que....

VIZC. *(Acercándosele.)* Oidme, os lo suplico. Hace cerca de catorce meses que os ve-

nisteis á fijar aquí con vuestro hermano. Llegásteis justamente á principios del año de 1620, y yo entonces habia partido con la nobleza de este pais, para engrosar el ejército que el rey Luis XIII enviaba al sitio de Angers, contra la reina madre. Tres meses despues, habitábais esta casa; y cuando yo volví al castillo, firmada ya la paz por el obispo de Luçon, se hablaba en este pais con mucho interese, de la union tierna y estremada del hermano y de la hermana. *(Movimiento de Carlota.)* Sí, de una union íntima, union cordial por vuestra parte, porque el cura Jorge Backson, vuestro hermano, era de un carácter sombrío, y buscaba la soledad y el retiro, alejándose así de la sociedad, en la cual vuestra juventud, vuestro talento y vuestra hermosura parece que os fijaban un rango distinguido. ¡Admirable sacrificio fraternal por vuestra parte! porque, confesadlo, Carlota, vos no érais feliz.

CARL. No siempre en verdad.

VIZC. En fin, os ví y os amé. *[Carlota se levanta y da un paso adelante.]*

CARL. ¡Vizconde!

VIZC. No me interrumpais, que la virgen mas casta, la joven mas pura, puede oír hasta el fin sin ruborizarse, todo lo que me resta que deciros. Bien sabeis que por el espacio de cinco meses vos y vuestro hermano os esquivásteis á las finezas que yo os prodigaba: silencioso y severo el abad, huía del castillo á donde mi padre y yo le llamábamos en vano. Feroz y casi invisible... lo diré todo: vos misma, parecia que os reprochábais como un crimen, la mirada que por acaso me dirigíais; y sin embargo, no podíais odiarme, no, y aun no os habia dicho que os amaba.

CARL. ¡Caballero!...

VIZC. Inesperadamente un cambio repentino se efectuó en vuestra existencia: una noche, en esta casa pacífica y tranquila siempre, siempre llena de sombras y de misterios, se dejó oír un estemporáneo alboroto. A los habitantes de la aldea se les figuró que habian oído las pisadas de muchos caballos, y al día siguiente vuestro hermano habia desaparecido.

CARL. ¡Ah! señor vizconde; creed...

VIZC. Yo nada os pregunto, Carlota; solo tengo necesidad de deciros lo que oís para llegar á donde yo llegar quiero. Desde aquel momento os encontrásteis sola, abandonada; me presenté en vuestra casa, porque yo, despues de vuestra desgracia, os amaba mas que antes, y vos me recibísteis con bondad... seis meses han pasado desde entonces. Y ahora decidme, durante estos seis meses, aunque vos me hayais tratado con benevolencia, cuya benevolencia siento y agradezco acá en el fondo de mi alma, ¿he por ventura estrechado una sola vez vuestra mano, sin daros por ello las mas espresivas gracias, como si fuera un señalado favor! ¿Os he acaso hablado una sola vez de amor, sin buscar al mismo tiempo mi perdon en vuestros ojos! Decidme, en fin, ¿Os he interrogado una vez

sola para preguntaros quién érais, de dónde veníais, y por qué ha desaparecido vuestro hermano!

CARL. No señor; y vos habeis sido para mí, lo que sois para cuantos os conocen; sí, vos sois el caballero mas leal y mas generoso de este reino.

VIZC. ¡Gracias! veo que me haceis justicia, que comprendéis, pues, que no es una vana curiosidad la que me hace hoy deciros: Carlota Backson, habládme ahora con el corazón en las manos. ¡Podreis hacerlo!

CARL. *[Aparte.]* ¡A donde querrá ir á parar!

VIZC. Decidme algo respecto de vos, de vuestro hermano, de vuestra familia; tened confianza en mí, fíaos de un amigo que, si lo deseais, guardará en el fondo de su corazón cuanto le reveleis, como un secreto personal. Decid: ¿queréis hacerlo? y os lo repito: ¡lo podreis!

CARL. *(Pasa al lado izquierdo y toma de un armario unos pergaminos.)* Respecto de mí y de mi familia, he ahí, señor vizconde, unos títulos que responderán por mí. Leed, y os probarán que Carlota Backson es, si no de una sangre ilustre, sí de una sangre generosa. En cuanto á mi hermano, sus secretos no me pertenecen.

VIZC. ¡Muy bien! Carlota, no hablemos ya de vuestro hermano. Si le volviésemos á ver algun día...

CARL. No señor, no le volveremos á ver jamas.

VIZC. *(Leyendo.)* "Guillermo Backson, caballero del pais de Gales."

CARL. Era mi padre....

VIZC. Ana de Brucey....

CARL. Mi madre.... Un hermano mayor, del primer matrimonio, heredó toda la poca fortuna que teníamos. Mi hermano, aquel que vos habeis conocido, se consagró al estado eclesiástico, y ya sacerdote, se encargó de mí... Largo tiempo hacia que nos habíamos quedado sin padres....

VIZC. *(Leyendo.)* "Sí, vuestro padre murió en 1612, y vuestra madre en 1615. ¡Pobre niña! *(Le devuelve sus papeles.)*

CARL. Ahora, ya lo sabeis todo, caballero.

VIZC. Por consiguiente, Carlota, ¿estáis sola en el mundo!

CARL. Sí señor, sola.

VIZC. ¡Y nadie tiene derecho sobre vos!

CARL. Nadie.

VIZC. ¡Vuestro corazón está libre!

CARL. Me parecia haberos ya dicho que os amaba.

VIZC. ¡Y me lo repetiríais ahora de una manera franca, leal y decisiva!

CARL. ¡Señor vizconde!... Yo os amo.

VIZC. Carlota Backson, ¿queréis ser mi esposa!

CARL. ¿Qué decís!

VIZC. Una cosa bien sencilla, Carlota, puesto que os amo y que me amáis.

CARL. ¡Pero vuestro padre!...

VIZC. Escuchad, Carlota; voy á manifes-

taros en lo que consiste el sacrificio por vuestra parte, y este sacrificio yo os lo pediré con confianza. Un matrimonio público que no fuese conforme á sus deseos, turbaría los últimos días de mi buen padre. Supongo que vos no escogieris esto de mí, ¡no es verdad! y por consiguiente, que no vacilareis en aceptar un matrimonio secreto.

CARL. Soy, señor vizconde, una humilde servidora vuestra.

VIZC. El día en que yo me llame el conde de la Fère, vos sereis mi venerada condesa. Ya sabéis que mi padre es viejo, está enfermo, padece mucho, y no tendreis, Carlota, que esperar largo tiempo.

CARL. ¡Oh!

VIZC. ¡Muy bien, querida! hasta que llegue ese momento, nosotros podremos ser felices en el silencio y en la oscuridad. Escuchadme: el nuevo pastor ha llegado al castillo esta mañana; es uno de mis amigos de la infancia, sabe el amor que os profeso, y está dispuesto á bendecir nuestra union. Dentro de una hora ireis á la iglesia; allí habrá ya una capilla iluminada, y en ella os presentaré mi mano, y sobre la mia apoyareis la vuestra: enlazadas ambas, me jurareis un amor eterno, y en esa modesta iglesia de una aldea, Dios nos verá mas favorablemente tal vez, de lo que vé y oye los juramentos de los reyes en las espléndidas catedrales. (*Presentándole la mano.*)

CARL. ¡Dueño mio! ¡mi señor! mi esposo! (*Le da la mano.*)

VIZC. He aquí los regalos de vuestro novio, Carlota; los diamantes de mi madre, que me bendecirá por haberos elegido, pura y noble como ella. No los refuseis, bien mio. Respecto de este zafiro, piedra que simboliza la tristeza, solo os diré que es la sortija que se quitó de su dedo al darme el último adios.

CARL. (*Tomando el cofrecito.*) Oliverio, vuestra esposa os da gracias, y os colma de bendiciones.

VIZC. Dentro de una hora, os esperaré en la capilla: la campana os dará la señal, id allí sola, y sin mas adorno, sin otra compostura que la que ahora teneis; y á la vuelta, luego que haya saludado á mi padre, como lo hago todas las noches, el amante se presentará sobre el umbral de la puerta de esta casa, que ya es para mí el verdadero palacio, á suplicaros que permitais entrar al esposo. Hasta la vista, Carlota, hasta la vista. (*Le besa la mano y váse.*)

ESCENA IV.

CARLOTA sola, va á sentarse y abre el estuche.

CARL. ¡Condesa de la Fère en un momento! condesa de la Fère de aquí á una ho-

ra! (*Se levanta.*) ¡Es posible, Carlota!... ¡Carlota! En tus ensueños de ambicion los mas ardientes, ¡habias tú imaginado jamas elevarte á tanta altura! ¡Ah! bien decia yo no hace mucho, que esta casa no era mas que el vestibulo del castillo.... ¡Claudia! trae una luz. (*Claudia obedece.*) Bien, idos. ¡Oh! en verdad que si yo no viese estos diamantes, si yo no sintiese el aro de oro de este zafiro que oprime mi dedo, no creeria nada de lo que acaba de pasar. (*Se prueba la cinta de diamantes.*) ¡Oh! luminosas y radiantes estrellas de la tierra, costelaciones límpidas y diáfanas que brillais sobre las sienas de las reinas! fulgidos astros que os elevais sobre los esplendores de este mundo, mi mano trémula, tanto tiempo abierta, estendida y prolongada para alcanzaros, os toca en fin, os tiene en su poder: ya soy dichosa! (*Se presenta un hombre en la puerta.*) ¡Quién está ahí! ¡Qué quereis!

ESCENA V.

CARLOTA, UN DESCONOCIDO.

CARL. ¡Quién sois! ¡qué buscais!

DESC. ¡Sois vos la señorita Carlota Backson!

CARL. Yo soy, ¡qué se os ofrece!

DESC. ¡Estais sola!

CARL. Ya lo veis.

DESC. ¡Un hombre que tiene necesidad de comunicaros un importante secreto, podría hablar con vos un cuarto de hora, sin temor de ser interrumpido!

CARL. Sí señor.

DESC. (*Indicando la puerta de la izquierda del espectador.*) ¡Esta puerta cerrada con cerrojo, no es la del cuarto de aquel que llamabais vuestro hermano!

CARL. Sí señor.

DESCON. [*Pasando á la izquierda y abriendo la puerta.*] Entra, Jorge, y nada temas, que yo estaré alerta por la parte de afuera.

ESCENA VI.

CARLOTA, JORGE, entrando.

JORGE. (*Quitándose la capa y el sombrero.*) Carlota, mi tesoro, mi amor, vida mia!

CARL. El es! El! á quien yo no pensaba volver á ver jamas.

JORGE. Carlota, yo soy, respóndeme: ¡qué, ya no me conoces!

CARL. ¡Vos aquí! (*Se sienta.*)

JORGE. [*De rodillas.*] Es extraño, ¡no es verdad! inesperado, inaudito! Oh! sin embar-

go, yo te encuentro mas bella de lo que te he dejado.

CARL. ¡Pero cómo habeis vuelto!

JORGE. (*Levantándose y trayéndola sobre el proscenio.*) ¡Ah! que nada se me pregunte, nada sé.... lo he olvidado todo.... te veo, te hablo, te vuelvo á hallar, despues de haberte perdido por el largo espacio de seis meses!.... ¡Oh! estos seis meses de tormentos, de infierno, tú me los harás olvidar, ¡no es verdad!

CARR. ¡Pobre Jorge!

JORGE. ¡Oh! no, ¡que no me compadezcan! Si tú me amas aún, no hay hombre mas feliz que yo sobre la tierra.

CARL. ¡Pobre Jorge!

JORGE. ¡Qué es lo que dices!

CARL. Digo que no podeis permanecer aquí por mucho tiempo, y que si os ven, estais perdido.

JORGE. ¡Ah! no me detendré aquí mucho, no: me vuelvo á marchar al instante.

CARL. [*Con alegría.*] ¡Os marchais!

JORGE. Sí, escucha y sé feliz. Ya lo ves, yo estoy libre, tengo dinero.... mil escudos.... nos vamos de aquí, nos acercamos á la costa y nos embarcamos. Dentro de cinco semanas estamos en Quebec; una vez allí, nadie vendrá á preguntarnos quiénes somos, ni cuál ha sido nuestra anterior conducta. Ya no tendremos por qué disimular, tampoco nada que temer, y vamos á empezar una vida nueva; sí, una vida de felicidad, de delicias y de dulzura, sí; nosotros vamos á partir; ven pues, amor mio; tú eres fuerte, animosa; sígueme, ven.

CARL. Imposible, Jorge.

JORGE. ¡Cómo imposible!

CARL. Mil escudos es la miseria, y Quebec el destierro.

JORGE. Mil escudos es mas de lo que necesitamos para formar una fortuna; y en cuanto al destierro, el destierro no ecsiste cuando se ama.... ¡Ea! vamos, ven.

CARL. Sí, cuando se ama.

JORGE. ¡Dios mio! Carlota, ¡ya no me amas! ¡Y aquellos juramentos que recíprocamente nos habiamos hecho, ¡qué se hicieron!

CARL. Jorge, despues de aquellos infames juramentos, muchas desgracias han pesado sobre nosotros, y esas desgracias nos prueban que tales juramentos eran impíos.

JORGE. Mas no olvideis, Carlota, todo cuanto nos liga; nuestro amor, nuestros dolores, nuestro crimen, todo, todo forma una cadena cuyos eslabones no pueden romperse, sin hundirnos ambos en el abismo.

CARL. Os engañais, Jorge; nada nos une ya; al contrario, todo nos separa; nosotros somos el uno para el otro, la conciencia que grita, el remordimiento en accion que nos acusa, y ya no podemos volver á vernos.

JORGE. Carlota, en nombre de nuestro amor!

CARL. [*Se sienta junto á la mesa en que están los diamantes.*] Amor insensato de dos jóvenes aislados, perdidos, abandonados de Dios y de los hombres; amor que insulta al

cielo, y pensar todavía en él, sería provocar las iras del Eterno sobre nuestras cabezas delincuentes.

JORGE. ¡Carlota! ¡Carlota! ¡Qué significan esos diamantes!

CARL. Idos, Jorge, estais libre, vuestra libertad me enajena; pero idos, y no me preguntéis mas.

JORGE. Cómo, Carlota, ¡jamais á otro!

CARL. Dentro de media hora me caso.

JORGE. Entonces, esos diamantes....

CARL. Son el regalo de boda.

JORGE. ¡Segun eso, vuestro futuro es rico!

CARL. Rico y noble.

JORGE. ¡Ah! ¡maldicion sobre mí! Sí; pero tambien maldicion sobre él. ¡Quién es! pronto, nombrádmelo, Carlota.

CARL. [*Se levanta y señala el castillo.*] Se llama el conde de la Fère, habita en aquel castillo, podeis ir á buscarlo y decirle cuanto se os ocurra, todo; pero no olvideis nunca que habeis cometido una accion infame, miserable, propia de un cobarde.

JORGE. Conozco bien que es Carlota quien habla; conozco en su acento aquella terrible sangre fria, que me hielá hasta el fondo del corazon; conozco en fin, que es el acento de aquella jóven que ha amado....

CARL. No, os engañais, es la sangre fria, es el acento de la mujer que ha sufrido.

JORGE. [*Tomando á Carlota en sus brazos.*]

Carlota, ¡quieres tú seguirme á ese rincón del mundo, á donde yo te ofrezco llevarte, y en donde podré libremente llamarle mi mujer, en vez de mentir como aquí, en donde te llamaba mi hermana!

CARL. Si alzais la voz de esa manera, se os oira, Jorge, y en ese caso, valdrá tanto como si me hubiéseis denunciado.

JORGE. (*Tomándole la mano y tocándola el corazon.*) ¡Ah! estoy perdido! Su mano está helada y su corazon no palpita! No sois una mujer, Carlota, no; sois una estatua de mármol, y teneis razon, es una locura en mí amar á una estatua.

CARL. Concluyamos, Jorge: ¡á qué os decidis!

JORGE. Sí, porque la hora se pasa, ¡no es verdad!

CARL. Se pasa, cierto, lo mismo para vos que para mí.

JORGE. ¡Ah! en cuanto á mí, ya mi resolucion está tomada y fijado mi porvenir. No os inquiete, pues, mi ecsistencia, no, Carlota.... Sin embargo, (*arrodillándose*) si hubiera quedado, ángel mio, en vuestro corazon una sola chispa de aquel antiguo amor; si yo pudiese aún reanimarla con el soplo del mio, nosotros que todavía somos jóvenes, podríamos ser felices.

CARL. Sí, feliz cada uno á su vez; pero no felices juntos. [*Suena una campana.*]

JORGE. ¡Qué significa eso!

CARL. La campana que me llama, Jorge; estoy por mí mal, en vuestras manos; decidid de mi suerte.

JORGE. Carlota, sois libre, podeis iros.

CARL. ¡Gracias, gracias!
 JORG. Cuando volvais, ya no me encontrareis aquí. [*Va á caer sobre una silla.*]
 CARL. Otra vez gracias, y adios. (*Le presenta la mano y el la rehusa.*)
 JORG. Adios, señora condesa. (*Vase Carlota.*)

ESCENA VII.

JORGE, EL DESCONOCIDO.

JORG. ¡Oh! Dios mio! Dios mio!
 Desc. [*Entrando por el fondo.*] ¡Qué hay, hermano!
 JORG. Todo es cierto, tenías razon.
 Desc. Ahora ves bien claro que esta mujer no tiene alma, ¿no es así?
 JORG. Sí, lo veo, á pesar mio.
 Desc. Y por supuesto que la desprecias, como á la mas vil de las criaturas.
 JORG. Cierto, la desprecio.
 Desc. Pues bien, ahora toma tu capa, y vámonos; tenemos toda la noche para caminar, y mañana al amanecer, ya estarás fuera de todo peligro.
 JORG. También lo estaré antes de mañana, hermano mio.
 Desc. ¡Qué quieres decir con eso!
 JORG. Que la desprecio; pero que la amo.
 Desc. ¡Jorge...!
 JORG. La desprecio, pero no puedo vivir sin ella.
 Desc. ¡Gran Dios!
 JORG. La desprecio, pero moriré.
 Desc. ¡Morir! La idea es demasiado seria y grave. ¡Lo has pensado bien!
 JORG. ¡Ah! desde que me separé de su lado, no he pensado en otra cosa. Preso, me decia á mí mismo: si puedo escapar de aquí, si me salvo, será solo para volver junto á ella. Libre, gracias á tí, hermano mio, te he dicho: la vida no es para mí nada sin aquella mujer; y luego sobre el quicio de su puerta, antes de entrar en su casa, te he dicho: si ya no me ama, yo moriré.
 Desc. Eres muy necio. El amor de una mujer, Jorge, es una cosa muy frívola en la vida de un hombre.
 JORG. El amor de una mujer es una cosa frívola para aquel que, á la par de este amor, goza de felicidad, de riquezas, de porvenir; pero para aquel que es pobre, para el que está deshonrado, marcado; para aquel, en fin, que no tenia mas que este amor, el amor de una mujer es su existencia, es todo. Hermano, tú me conoces, la vida me cansa. (*Se sienta cerca de la mesa.*) Estoy aburrido de ella, de esta vida que pesa sobre mí y sobre los demas. Cuando fui condenado á muerte, me enviaste á mi calabozo una de esas pistolas: entonces no quise hacer uso de

ella; ¡dámela ahora, que esta vez sí me servirá!

Desc. ¡Estás decidido!
 JORG. Decidido.
 Desc. Toma, hermano, y abrázame. (*Le da una pistola, los dos hermanos se abrazan.*)
 JORG. (*Después de algunos suspiros ahogados, se arroja fuera del cuarto gritando.*) ¡Adios, hermano! ¡adios! (*Sale de la puerta del lado del jardín.*)
 Desc. ¡Perfectamente! y ahora, Jorge, la mujer sin corazón morirá como tú, ó como tú, vivirá marcada. (*Pone un fierro en el fuego y apaga la lámpara: en seguida va á esperar á lo largo de la pared, y cuando entra Carlota, cierra la puerta.*)

ESCENA VIII.

CARLOTA, EL DESCONOCIDO.

CARL. (*Entra por el fondo y mira en derredor.*) Se ha ido.
 Desc. Sí; pero he quedado yo.
 CARL. ¡Y quién sois vos!
 Desc. Vais á saberlo al instante.
 CARL. No os acerqueis, ó grito.
 Desc. ¡Silencio!
 CARL. ¡Jorge! ¡Jorge! socórreme.
 Desc. ¡Hola! ¡Ahora le llamas!
 CARL. ¡A dónde ha ido!
 Desc. Voy á deciroslo; pero antes es preciso que sepais de dónde viene.
 CARL. ¡Gran Dios!
 Desc. Jorge estaba dotado de un noble y hermoso corazón: consagrado al estado eclesiástico, habria vivido para su salvacion y para la salvacion de los demas, si el demonio, bajo las formas seductoras de una jóven, no hubiese venido á tentarle.
 CARL. ¡Ah!
 Desc. Una vez cometida la primera falta, preciso era soportar las consecuencias. La union de entrambos no podia durar por mucho tiempo, sin que entrambos se perdiesen. La jóven consiguió de Jorge que abandonasen el pais; pero para abandonar el pais, para huir, para salir, en fin, de Francia, y llegar á donde pudiesen vivir tranquilos, se necesitaba dinero, y ni el uno ni la otra lo tenían. El clérigo entonces robó los vasos sagrados y los vendió.
 CARL. ¡Dios mio!
 Desc. Con aquel dinero huyeron los dos, llegaron á Berry, y se sepultaron en una aldea; pero Dios estaba ofendido, y velaba por su ofensa; y su justicia alcanzó á los criminales, ó mas bien, alcanzó al menos culpable de los dos. Jorge fué reconocido, arrestado y conducido á las prisiones de Bethume; y allí como él se acusó solo del crimen, como no quiso pronunciar el nombre de su

cómplice, fué condenado solo á galeras y á una marca infamante.

CARL. ¡Condenado!
 Desc. Y no ha sido esto solo; habia en esta condenacion una cosa aún mucho mas terrible, una cosa que vos ignorais, una cosa que Jorge jamas os ha dicho; y esta cosa es, que su hermano era el verdugo de Bethume; es decir, el verdugo del pueblo en donde Jorge acababa de ser condenado, y que por consiguiente era el hermano quien debia marcar al hermano. ¡Ah! vos ignorabais esta circunstancia, ¿no es así?... El verdugo, en aquel trance desesperado, hizo llegar á manos de Jorge una pistola para que se levantara la tapa de los sesos; pero al pobre insensato le gustaba mas vivir que suicidarse, porque él esperaba... vivió en efecto, fué espuesto á la execracion pública, señalado con el hierro infamante, y enviado á galeras.

CARL. ¡Qué horror!
 Desc. Desde aquel momento, el hermano del pobre Jorge no tuvo mas que una idea fija, un solo pensamiento, que era libertar al condenado; logró su intento; pero él, libre, en vez de huir, quiso volver á ver á aquella que él amaba, á aquella que lo habia perdido; vino, en efecto, y vino á ofrecerle su vida entera, como ya le habia ofrecido y dado toda su felicidad: ella lo rehusó todo, porque iba á casarse.

CARL. Y bien, ¿después?
 Desc. Después, Jorge, insensato, loco, desesperado, tomó del cinto de su hermano

una de aquellas pistolas que él ya conocia por haberla tenido en su prision, y se huyó con ella; pero ha quedado el hermano, y ha quedado este hermano porque le habia dado una palabra bajo juramento, y este juramento tiene que cumplirlo.

CARL. ¡Y cuál es ese juramento!
 Desc. Este juramento es que el crimen tendria su expiacion; que el verdadero culpable seria castigado; que la cómplice de Jorge, que aquella mujer sin corazón, moriria como él, ó como él seria marcada.

CARL. Pero Jorge no ha muerto. (*Se oye un tiro.*)

Desc. ¡Habeis oido! (*Saca un puñal.*)
 CARL. (*De rodillas.*) ¡Ah! por favor, ¡la vida! ¡no me quiteis la vida!

Desc. ¡Ah! ¡preferes vivir! En hora buena. (*Coge con viveza el fierro del fuego y se lo aplica á la espalda.*)

CARL. ¡Ah!
 Desc. Y ahora ¡quieres tú saber quién soy yo! Soy el hermano de Jorge, el verdugo de Bethume. (*Tocan á la puerta. El desconocido salta por la ventana. Carlota con la espalda apoyada en la pared.*) ¡Ah!

Vizc. (*Fuera.*) Yo soy, abrid.
 CARL. ¡Ah!
 Vizc. Yo soy, abrid, es vuestro esposo.
 CARL. (*Se echa un schall que habia dejado en una silla al entrar, sobre los hombros, y va á la puerta.*) Entrad, señor vizconde, vuestra esposa os espera.

FIN DEL PRÓLOGO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1625 MONTERREY, MEXICO

29948

PRIMERA PARTE.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
Athos.....	Sr. Mata.	Boystracy.....	Sr. L. Galindo.
Porthos.....	" Estrella.	Un criado.....	" T. Galindo.
Aramis.....	" Castro.	Biscarat.....	" Lopez.
D'Artagnan.....	" Fabre.	Un cocero.....	" Aburto.
Planchet.....	" Santa Cruz.	Ballosac.....	" Palomo.
Grimaud.....	" Castillo.	Mousqueton.....	" Granados.
Buckingan.....	" Armenta.	Felson.....	" Castañeda.
Treville.....	" Servin.	El verdugo.....	" Armario.
Bonacieux.....	" Vallato.	El cardenal Richelieu.....	" Muns.
De Winter.....	" Vinolas.	Un escribano.....	" Aburto.
Rochefort.....	" Maiguez.	Un mesonero.....	" L. Galindo.
El rey Luis XIII.....	" Lazo.	Un capitán.....	" Lopez.
Milady.....	Sra. Cañete.	Un hombre.....	" T. Galindo.
Ana de Austria.....	" Petuffo.	Patrik.....	" Arsinas.
Sra. Bonacieux.....	" Uguer.	El patron de la barca.....	" Castillo.
Betty.....	" Amador.	David.....	" Palomo.
Laporte.....	Sr. Granados.	La superiora del convento.....	Sra. C. Lopez.
Jussac.....	" Ojeda.	Una dama de la reina.....	" Escobedo.

Dos golillas, un ugier, cuerpo de mosqueteros, guardias del cardenal, regidores, damas, caballeros, guardias marineros, criados, &c. &c.—Resto de compañía y comparsas.

ACTO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

LA INTERIÓ.

Antesala á la derecha; á la izquierda el gabinete de Treville; en la antesala á la derecha una puerta que conduce á la habitacion del cardenal; un mosquetero de centinela á la puerta de Treville; y un guardia del cardenal tambien de centinela á la entrada de la habitacion de este.

ESCENA I.

Jus. [Hablando al centinela que está á la puerta del cardenal: Aramis enfrente.] Biscarat, cuidado con la consigna, y sobre todo tened presente, que á su Eminencia le gusta la paz.

Bisc. Está bien, mi teniente.

Jus. Quiero decir [mirando á Aramis] que es preciso que los guardias del señor cardenal esten siempre en buena armonía con to-

dos, hasta con los mosqueteros del rey. ¡Lo entendeis!

Bisc. Sí, mi teniente.

Jus. ¡Bueno! pues adios: el señor Rochefort no tardará en relevaros. (Vase.)

ARA. Señor Biscarat, como no sois el teniente, me parece que se os puede hablar aun estando de centinela.

Bisc. Hablad cuanto gustéis, caballero Aramis.

ARA. No mas quiero deciros que me parece muy impropio y muy impertinente aquel miembro de la frase: *Hasta con los mosqueteros del rey*. ¡Y á vos, señor Biscarat, qué os parece!

Bisc. Como yo, señor Aramis, soy un guardia del cardenal, no me ha chocado el tal miembro de la frase.

ARA. ¡Y decidme, señor Biscarat, no podría esplicarse esto mejor, despues de que salgamos de guardia!

Bisc. ¡Por qué no, señor Aramis! ¡Ya se ve que sí!

ARA. Pues es cuanto tenia que deciros, señor guardia del señor cardenal.

Bisc. Servidor vuestro, señor mosquetero de S. M. (Vuelven á pasearse á lo largo y á lo ancho.)

ESCENA II.

Los mismos, la señora BONACIEUX, que entra por el gabinete del señor TREVILLE: al entrar levanta la cortina y toca en el hombro á ARAMIS.

BONA. ¡Chito! Aunis y Anjou. ¡Quieto! no os movais: estaos así enfrente de mí, para que el guardia no me vea.

ARA. ¡Así!

BONA. ¡Perfectamente! tomad este pañuelo, mirad con cuidado la cifra, y si os presentasen otro igual, tened confianza en quien os lo presente.

ARA. ¡Pero á qué hora, en qué parte se me presentará ese pañuelo!

BONA. En vuestra casa, calle de Vaugirard: llamarán al postigo: advertidsele así á la persona que se oculta en vuestra casa.

ARA. ¡Y cómo sabeis!....

BONA. Lo sé, y basta: por ahora esto es todo. Lo demas vendrá mas tarde. Continúad vuestro servicio, y adios. [Vase por donde entró.]

(Salen Rochefort y Milady de las habitaciones del cardenal.)

Roche. Nada mas sencillo, Milady, tomad ese pañuelo y observad bien la cifra.

MILADY. Es una C y una B.

Roche. De aquí á un rato ireis á la calle de Vaugirard; en frente de la alameda está una casa cubierta con enredaderas: tocareis al postigo, enseñareis este pañuelo á la persona que lo abra, y pedireis la seña; y como este pañuelo es la seña de reconocimiento entre ellos, os la daran sin vacilar.

MILADY. ¡La seña! ¡Nada mas que eso!

Roche. Y espero que no lo olvideis, y que me la conseguireis inmediatamente.

MILADY. Necesito todavía mas luz, otro dato. ¡Y si me preguntan el nombre del dueño de esa casa!

Roche. Es un mosquetero que se llama Aramis.

MILADY. ¡Aramis! perfectamente.

Roche. Ahora, nada de afectacion. Mucha frescura y sangre fria. Voy á relevar los centinelas.

MILADY. Y yo me vuelvo á mi casa. [Vase.]

Roche. Caballeros, han dado las siete: por hoy habeis concluido el servicio. (Dan las siete, Milady se va despues de ponerse una careta: relevan á Aramis.)

ESCENA III.

Tocan trompetas: se abren las puertas, y los mosqueteros empiezan á entrar en la antesala. D'ARTAGNAN, ARAMIS, PORTHOS y mosqueteros.

PORT. Caballeros, esta noche me he tran-

sido de frio, y como tengo miedo á los costipados, me he puesto la capa.

BOISTRACY. ¡Qué eso eso, Porthos! ¡Es un sol ó un tahalí lo que trais sobre el pecho! [Todos repiten lo mismo con admiracion.]

PORT. ¡Es verdad que no está mal! (Con indiferencia.)

ARA. Buenos dias, Porthos.

PORT. Hola, Aramis.

ARA. Palabra de honor que me deslumbráis: vámonos á la sombra. ¡Cómo está nuestro enfermo!

PORT. Bastante malo, el golpe ha sido terrible: lo ha pasado con la espada del pulmón al pecho.

ARA. ¡Pobre Athos! ¡Guarda cama!

PORT. Si tiene una calentura de caballo: [Muy alto] afortunadamente que nadie lo sabe, y no seré yo quien vaya á decirselo al señor de Treville. (D'Artagnan se presenta detras del grupo de los mosqueteros.)

ARA. Silencio, por Dios, Porthos; reportaos un poco. Teneis una voz como vuestro cinturón. (D'Artagnan se desliza entre los grupos con el sombrero en la mano.)

PORT. Teneis razon, aquí hay extranjeros, y....

ARA. ¡Quién es aquel que anda por allí!

Mirad, Boistracy que ente es ese

Mosq. Ese debe ser un gascon recién desembarcado: voy á verlo. [Va hácia D'Artagnan.] Caballero, dispensad si....

D'ART. ¡Caballero!

Mosq. ¡En qué puedo servirlos!

D'ART. Si tuviérais la bondad de decirme si el señor de Treville, teniente, capitán de mosqueteros....

Mosq. Caballero, allí está su ayuda de cámara.

D'ART. Caballero, os doy con el mayor respeto, las mas espresivas gracias. (Al criado.) ¡Tendrais lo complacencia de decir al señor de Treville, que el caballero D'Artagnan le pide un momento de audiencia!

CRÍADO. Con mucho gusto; pero el señor de Treville no ha venido todavía.

UN MOSQ. ¡Caballeros! ¡caballeros! ahí está el capitán.

TODOS. ¡Ah!

UN MOSQ. Trae un humor de dos mil demonios.

BOIS. ¡Si habrá sabido ya la aventura de ayer!

ESCENA IV.

Los mismos y TREVILLE: los mosqueteros le saludan.

TREV. Buenos dias, caballeros. ¡Y bien, qué hay de nuevo!

BOIS. Nada, mi capitán; absolutamente nada.

TREV. Los informes, la sumaria... (Entrando en su casa.) Ahí que no es nada.

D'ART. De veras que este hombre no mira, sino que echa chispas por los ojos.

PORT. Esto va mal, muy mal.
ARA. De los diablos. [Porthos va á conversar en un grupo y Aramis se queda en otro mas adelante.]

D'ART. ¡Qué hermosos son estos mosqueteros! Todos ellos tienen unas trazas que me petan sobremanera. Tengo por ellos una simpatía... ¡Oiga! aquel ha perdido su pañuelo. (Aramis se ha apercibido de ello, y le ha puesto el pie encima.) ¡Caballero! (Aramis no responde.) Caballero, ahí está vuestro pañuelo, y me supongo que no os gustaría el perderlo.

ARA. (Brutalmente.) Gracias.
D'ART. No es muy amable que digamos.

BOIS. ¡Vaya, vaya! discreto Aramis. [Arrebátandole el pañuelo de la mano.] ¡Y qué, todavía dirás ahora que no estás en buena armonía con mi prima de Boistracy! Espero que no lo negarás cuando ella te obsequia con sus pañuelos. Mirad, caballeros, aquí está su cifra: C. B.

D'ART. Pues no hay duda que la he hecho buena.

ARA. Os engañais, caballero. (Mirando furiosamente á D'Artagnan.) Ese pañuelo no me pertenece; y yo no sé por qué á este buen señor se le ha ocurrido el quererme entregar á mí con preferencia á cualquiera de vosotros; y la prueba de que no es mío, es que aquí está mi pañuelo en el bolsillo.

BOIS. ¡En hora buena! Tú niegas y haces bien; pues de ese modo me evitas el que vuelva por la reputación de mi primo Boistracy.

TREV. (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Vive Dios que es una indignidad!

BOIS. Ahí está el capitán que echa chispas.
D'ART. Caballero, yo siento muchísimo. [A Aramis.]

ARA. Caballero, ya ajustaremos cuentas mas tarde.

D'ART. Si lo tomáis por donde quema, me importa un bledo.

TREV. ¡Famosa relación! ¡Y qué rumores van á correr por la ciudad! ¡Voto á los demonios!

PORT. Esto se calienta.

TREV. Salgamos pronto del paso: primero despedamos á los extraños, y luego trataremos el negocio en familia. ¡Quién está ahí! (Al criado.)

CRÍADO. Los intendentes.

TREV. Que vuelvan mas tarde.

CRÍADO. Un secretario del señor de la Tremouille.

TREV. Que venga mañana.

CRÍADO. Luego falta la firma.

TREV. A ver (Se pone á firmar.)

BOIS. Gracias á Dios, parece que el capitán se empieza á tranquilizar; vaya, Porthos, quitaos la capa, y dejad que admiremos vues-

tro tahalí que de veras es soberbio. Yo aseguro que el rey no tiene otro como él.

ARA. Y yo creo que la vara de este bordado, vale muy bien veinte escudos.

PORT. Veinticuatro ha costado, y tiene una vara y tres cuartas.

BOIS. ¡Oh! es suntuoso. ¡Y decidme, el bordado de la espalda es tan fino como el del pecho! [Porthos cercado de curiosos, se emboza en la capa.]

PORT. ¡Ca!... mejor todavía.

TREV. ¡No hay otra cosa!

CRÍADO. ¡Ah! sí señor, se me había olvidado. Un caballero gascon.... El señor D'Artagnan quisiera....

TREV. ¡D' Artagnan el padre! ¡mi antiguo amigo d'Artagnan!

CRÍADO. No señor, un jóven.

TREV. Entonces será el hijo: pronto, llámadle.

PORT. Me vais á hacer estornudar, brrr.

CRÍADO. Señor d'Artagnan.

D'ART. Allá voy. [Corre precipitado y se arrolla con Porthos, luchan y balancean, y D'Artagnan se enreda con la capa de Porthos y se la quita; entonces se ve que el cinturón es una banda bordada por delante.]

PORT. ¡Imbecil! ¡animal!

BOIS. ¡Ah! ja, ja, ja. El cinturón se ha convertido en solo la tira delantera.

D'ART. ¡Magnífico! Otra bestialidad. (Quiere pasar y Porthos le detiene.)

PORT. Me la pagareis, señor gascon.

D'ART. Cuando queráis; pero dejadme pasar.

PORT. ¡Ah! yo os esperaré.

TREV. ¡Y bien, adónde está ese señor d' Artagnan!

D'ART. Aquí estoy, caballero, aquí estoy. (Entra, y las risas continúan en derredor de Porthos.)

ESCENA V.

Dichos y D'ARTAGNAN.

D'ART. Señor capitán, dispensadme; he tenido mucha dificultad para llegar hasta vos, y no pocos tropiezos; pero las incomodidades que he sufrido, quedan recompensadas con usura por la alegría que experimento al veros.

TREV. Gracias: excusadme un momento. [Habla bajo al criado.]

PORT. (A los mosqueteros que se burlan de él.) Si todo esto no ha sido mas que una chanza, una apuesta.

ARA. Sí, parece que hoy todo se vuelve chanzas.

TREV. [Leyendo la sumaria.] Ya no puedo contenerme mas, ¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis! (Porthos y Aramis entran en casa de Treville.)

D'ART. ¡Qué nombres son estos!

Los dos. Aquí estamos, capitán.

Todos. (Desde fuera.) Escuchemos.

TREV. ¡Abeis, caballeros, lo que me ha dicho el rey ayer tarde!

PORT. No señor.

ARA. Pero yo creo que nos hareis el honor de repetirnoslo.

TREV. Pues el rey me ha dicho que para lo sucesivo, pensaba reclutar sus mosqueteros de entre los guardias del cardenal.

Todos. ¡Oh! ¡Oh! (Desde fuera.)

PORT. ¡Y por qué, señor!

TREV. Porque su enjuagadura necesita refocilarse con buen vino; y de veras que S. M. tiene razon; los mosqueteros hacen en la corte una triste figura; y el señor cardenal, el gran cardenal, referia ayer delante de mí, que estos malditos mosqueteros, estos mata-siete, estos diablos encarnados, se habian entretenido en una taberna en la calle de Ferron mas tiempo del regular; y que una ronda de sus guardias, pues, de las guardias de su eminencia el señor de Richelieu, se vió en la triste necesidad de arrestar á los perturbadores. ¡Voto á las estrellas! Arrestar á los mosqueteros! Hablad; ¡allí estabais vosotros, no es eso! Sí, se os ha reconocido, se os ha llamado por vuestros nombres.

Los dos. Señor!....

TREV. No, no sois vosotros los culpables, la culpa es mia; semejantes escándalos me harán mas cauto, y me enseñarán á elegir con mas tino mi gente. Si señores; ¡para qué me habeis pedido Señor Aramis, la casaca de mosquetero, cuando os habria asentado mejor una sotana! y vos señor Porthos, que necesidad teneis de ese cinturón de oro, si solo sirve para colgar de él una espada de paja! ¡Voto al infierno! ¡Y á dónde está Athos que no lo veo aquí!

ARA. Athos está enfermo.

TREV. ¡Enfermo! ¡Y qué enfermedad tiene!

PORT. Se teme que sean las viruelas.

TREV. A otro perro con ese hueso, Athos no está enfermo; tal vez estará herido, muerto quizás. ¡Voto á San Dionisio! Si yo lo supiese....

Todos. Qué diablos. [Consulxan entre sí: dos de entre ellos se separan y salen.]

TREV. Señores mosqueteros, a mí no me gusta ni quiero permitir que frecuentes lugares sospechosos é indecentes: no quiero que se tire de la espada en las enrocujadas de los arrabales, y no quiero en fin, que se dé lugar á que se rian de vosotros, los guardias del cardenal, que son unos valientes [Murmillos] muchachos, unos.... muchachos ágiles y diestros: sí, (murmillos) muchachos que no dan lugar á que los arresten, y que si lo dieran, estoy seguro que no se dejarían arrestar; estoy seguro que no se dejarían morir en el puesto, antes que dar un solo paso atras! que esto de huir y ponerse en salvo, solo está bueno para los mosqueteros. (Pateamientos y furia en el exterior. Porthos y Aramis se roen los dedos.) Qué vergüenza y que ignominia! ¡Seis guardias de su Eminen-

cia arrestar á seis mosqueteros del rey! La rabia me devora. ¡Pero á qué calentarse la cabeza! Ya he tomado mi partido, y de aquí me voy al Louvre paso entre paso, y trueco mi capitanía de mosqueteros por una tenencia de guardias del cardenal; y si no se me admite, hago mi dimision en forma, y me meto á abad; sí, esto me estará mejor: vos Porthos, sereis mi portero, y vos Aramis, mi perfitigero.

[Explosion de murmullos afuera, y D'Artagnan se oculta detras de la mesa.]

PORTOS. Es verdad, mi capitán, que éramos seis contra seis; pero nos cogieron á traicion; y aun no habiamos empuñado las espadas, cuando ya dos de los nuestros estaban en la otra vida, y Athos gravemente herido.

TREV. ¡Ah! ¡Athos está herido!

PORT. Ya vos conocéis á Athos; pues bien, dos veces ha procurado levantarse y las dos veces ha vuelto á caer: en fin, mi capitán, nosotros no nos hemos rendido, nos han tomado por asalto.

ARAM. Y yo, capitán, tengo el honor de aseguráros que he matado á un guardia con su propia espada, porque me habian robado la mia de la vaina. Matado ó pasado á puñaladas, como mas os agrade, señor.

TREV. Pues no es esto, señores, lo que á mí se me habia dicho, y Athos....

ARAM. Me atrevo á suplicaros, capitán, no digais á nadie que está herido, porque estoy cierto que se desesperaría si tan infausta nueva llegase á oídos del rey, y como la herida es grave, y le obliga á guardar cama, sería de temer....

[Entra Athos, sostenido por dos mosqueteros. Está pálido como la muerte, alza la cortina y entra.]

ARAM. ¡Athos!

TREV. Athos. ¡Qué imprudencia!

ATHOS. Segun me han dicho, me llamábais y me he dado prisa para ponerme á vuestras órdenes. ¡Qué me mandais!

TREV. Iba á decir á estos caballeros que desde ahora para siempre prohibo á mis mosqueteros que espongan sus vidas sin necesidad. Los valientes son muy caros al rey, y los mosqueteros son los hombres mas valientes del mundo. Vuestra mano, Athos. (Bravos, alegría universal.)

ATHOS. [Desfallecido.] Perdonad, señor.

TREV. ¡Qué teneis!

ARAM. Pierde el sentido. Es el dolor, capitán; le habeis apretado tanto la mano....

TREV. ¡A ver un cirujano! ¡el mio, ó el del rey! ¡el mejor! ¡un cirujano! Mi valiente Athos muerto! no puede ser.

[Todo el mundo se atropella y corre gritando: „un cirujano.“]

Llevaldo á esa sala y cuidadlo mucho.

ARAM. Puede que no sea nada: él es fuerte.

BISC. ¡Eminencia del demonio!

PORT. ¡Oh! los guardias de su Eminencia que no se descuiden y que anden con tiento.

TREV. Vamos, señores, permitidme el que

sea dueño de mi casa por algunos momentos. [Sale y van á agruparse en la antesala.]

ESCENA VI.

TREVILLE Y D'ARTAGNAN.

TREV. ¡Veamos qué estaba yo haciendo! D'ART. Señor.... (Saliendo de su rincón con timidez.)

TREV. ¡Ah! Si señor D'Artagnan... Véamos en qué puedo servirlos: qué pretendéis! Hablad francamente, que yo me tendré por muy dichoso, si, en memoria de vuestro padre, puedo hacer algo en obsequio vuestro.

D'ART. Hace pocos instantes señor, iba á pedir una casaca de mosquetero; pero después de lo que acabo de presenciar aquí, veo que un favor tal sería enorme, y yo indigno de él.

TREV. La modestia es una virtud muy recomendable; á todo el mundo sienta bien, y sobre todo á un gascon. Yo no podía de ningún modo daros esa casaca que deseais, porque no sé sienta plaza en el cuerpo de Mosqueteros, sino después de dos años de campaña, ó después de haber prestado á S. M. muy distinguidos servicios. Hay, empero, otra cosa por donde empezar. Los segundos de Béarn no son ricos, y probablemente vos no nadáis en el oro.

D'ART. (Picado.) ¡Señor!....

TREV. Sí, sí, yo lo conozco por las trazas. Soy del país ese, y cuando llegué á París tenía por junto en mi bolsillo cuatro escudos; y no era eso lo peor, sino que he tenido que batirme dos veces con algunos maldicientes solo porque pretendían que no estaba en disposición de poder comprar el Louvre á dinero contante.

D'ART. ¡No más cuatro escudos? Pues yo tengo ocho.

TREV. En fin, vos resolveréis. Yo puedo daros una carta para el director de la academia, en donde seréis admitido sin que tengais que erogar nada. Allí los caballeros aprenden á montar á caballo, la esgrima y el baile.

D'ART. ¡Oh! si no es más que eso lo que se aprende... En cuanto á manejar un caballo, no lo hago yo del todo mal; la espada la suelo tener bastante bien en la mano; y por lo que respecta al baile....

TREV. Siendo así, nada tenemos que hablar; sois un mozo hecho y derecho: veo que de nada necesitáis; venid, pues, á visitarme de vez en cuando, y me direis cómo van vuestros negocios.

D'ART. (Bajo.) ¡Me despide! ¡Ah señor! yo no sé como hablaros, estoy todo trastornado, pierdo la cabeza y no encuentro palabras para... porque el respeto, la.... ¡Por qué fatalidad no tengo yo aquí la carta

de mi padre! ¡Qué falta me hace hoy su recomendación!

TREV. Y en efecto, ¿cómo es que habeis venido aquí sin una carta de recomendación!

D'ART. ¡Eh! tenía una, caballero, una tan bien escrita y tan del caso, que no se podía afeecer mejor, pero me la han robado de un modo pérfido.

TREV. ¡Robado!

D'ART. Sí señor; me la han robado en una posada de Meun. Es el caso que yo montaba un caballo azafrañado.

TREV. ¡Ah! ¿vos montabais un caballo!

D'ART. Sí, Botón de oro. Hallabase allí un caballero, y se empeñó en que el matiz de mi caballo, mas pertenecía al reino vegetal que al animal. Trabóse sobre esta bagatela una formal disputa, y nos acaloramos tanto, que metimos mano á las espadas; llega á este tiempo el mesonero y sus criados; cayeron sobre mí villanamente, me apalearon y me han herido, señor, me han herido á pesar de que los amenazaba invocando vuestro nombre.

TREV. ¡Mi nombre! ¡Pues qué, hablabais de mí sin ninguna reserva!

D'ART. ¡Qué quereis! me pareció que un nombre como el vuestro debía servirme de escudo, y todo el camino en donde quiera que parase, me anunciaba como el protegido del señor de Treville; pero la suerte se declaró en mi contra, y mi adversario me dejó en las garras de la servidumbre.

TREV. Si, como decís, es un caballero, ha hecho muy mal.

D'ART. Tenia hasta cierto punto una especie de excusa: esperaba á una mujer, y una mujer bien hermosa por cierto, y con la cual tuvo una larga conversacion; pero no me parece que esto era razon bastante para que se informase del posadero quién era yo; para que escudriñase en mis bolsillos después que me habian desnudado, soprestado de vendarme; pero en realidad era para robarme la carta de mi padre. Porque no me cabe duda, él fué quien me la ha quitado.

TREV. ¡Y por qué motivo!

D'ART. Probablemente sería por celos.

(Entran, Aramis y Porthos.)

TREV. ¡Hum! ¡Decís que eso fué en Meun!

D'ART. Sí señor.

TREV. ¡Hace mucho tiempo!

D'ART. Ocho dias.

TREV. ¡Y ese caballero esperaba á una mujer!

D'ART. A una linda mujer.

TREV. ¡Es un hombre de pequeña estatura!

D'ART. Sí.

TREV. ¡Color atezado, ojos y bigote negros!

D'ART. El mismo.

TREV. ¡Con una cicatriz en la frente!

D'ART. ¡Precisamente! ¡Pero cómo es que vos conoceis á ese hombre! ¡Ah! ¡si yo lo volviera á encontrar!.... Por Dios, señor, os lo suplico, encontradme á ese hombre.

TREV. ¡Y sabeis lo que le ha dicho aquella mujer!

D'ART. Ella le dijo: corred y avisad allá que dentro de ocho dias estará en Paris.

TREV. ¡Y qué respondió el!

D'ART. El respondió: bien milady.

TREV. Eso es, eso es, son ellos, ¡Ah! señor cardenal... conque vamos á ver, mi joven amigo, qué se puede hacer por vos.

D'ART. Me acabais de decir, señor, que conoceis á ese hombre; pues bien, yo os dispense de todas vuestras promesas, á nada quedais obligado por vuestra benevolencia conque solo me digais su nombre; sí, decidme su nombre, quiero vengarme, me abraso por vengarme.

TREV. Guardaos bien de hacerlo, y no lo penseis siquiera. Si lo véis venir por la acera de alguna calle, pasaos al otro lado; no choqueis contra esa roca, porque os estrellaríais como un frágil vidrio. Veamos, sí, á pesar de ser gascon, os estareis quieto y sosegado, mientras pongo cuatro letras al director de la academia.

D'ART. El caso es que yo lo encuentre, [Treville escribe] que roca ó esponja como se me ponga á tiro... ¡Ah! [Mira por la puerta.]

TREV. ¡Qué es lo que teneis!

D'ART. ¡Eh! sí, es él.

TREV. ¡Quién es él! [Rocheport, saliendo de la casa del cardenal, atraviesa el teatro.]

D'ART. Ese alevoso, mi ladrón.

TREV. ¡Eh! detenéos. El demonio del hombre.

D'ART. Esperad, esperad. [Lanzándose.]

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ATHOS.

D'ART. [Sale de la casa de Treville, y tropieza con Athos.]

ATHOS. Mala bomba te aplane, [Se carga la mano sobre el hombro.]

D'ART. Disimuladme, estoy de prisa.

ATHOS. [Deteniéndolo.] ¡Ah! estais de prisa, y creéis....

D'ART. ¡Buena la he hecho! El mosquetero herido: otra bestialidad mas. Dispensadme caballero, una casualidad....

ATHOS. Un momento... vos no sois el señor de Treville para tratar caballerosamente á los mosqueteros.

D'ART. Os aseguro, caballero, bajo mi palabra de honor, que no fué mi ánimo tropezar con vos, y ya os he dicho que me dispenseis, y me parece que esto basta. Dejadme que estoy de prisa, os lo juro por lo más sagrado.

ATHOS. Sí, ya concibo que estais de prisa.

D'ART. Y no creais que por evadirme, no, sino que me veo precisado á correr tras de alguno.

ATHOS. Pues bien señor finge negocios, á mí me encontrareis sin correr: ¿me habeis entendido!

D'ART. Sí, ¿y en dónde!

ATHOS. En el prado de los Carmelitas Descalzos.

D'ART. ¡Y á qué hora!

ATHOS. Al medio dia, y procurad no hacerme esperar; porque á las doce y cuarto, yo seré el que corra en pos de vos, y os cortaré las orejas.

D'ART. No temais, que estaré allí á las doce menos diez minutos. [Athos lo suelta, y echa á correr.]

PORT. [En un grupo.] Señor gascon.

D'ART. El hombre del ciuturon, voto á mi estrella!

PORT. ¡Sabeis dónde está Luxemburgo!

D'ART. No; pero preguntaré.

PORT. Pues á las doce.

D'ART. No, si gustais, á la una.

PORT. ¡Buena!

D'ART. ¡Ya son dos! en corriendo bien, todavía tengo tiempo de atrapar á mi ladrón. [Echa á correr.]

ARAM. [Cerca de la puerta.] ¡Hola, amigo!

D'ART. ¡Ah, soberbio! El hombre del pañuelo.

ARAM. Mirad que os espero en la calle de Chasse-Midi, al medio dia.

D'ART. No señor, si os es indiferente, será á las dos.

ARAM. A las dos! sea.

D'ART. ¡Eh! ahora sí que ya estoy seguro de mi negocio. Tres lances en un dia para que me maten, sí; pero tendré el gusto de que me mate un mosquetero. ¡Qué lindo fuera que yo pudiese matar á mi ladrón antes del medio dia! Probemos. [Echa á correr.]

UN UGIER. (En casa de Treville.) ¡El rey!

EL REY. (Entrando en casa de Treville.) Buenos dias, Treville. ¡Ya habeis hecho las amistades con el cardenal! Ahora voy á su casa.

TREV. ¡Yo hacer las amistades con su Eminencia! Facilito fuera.

REY. Pues es preciso: debeis hacerlas: sus guardias baten á nuestros mosqueteros.

TREV. ¡Oh!

REY. Adiós, Treville.

TREV. El rey, caballeros!

(Tambores, los centinelas presentan las armas, los demas se ponen en dos filas, y se va el rey.)

CUADRO III.

EL DESAFIO.

La entrada de los Carmelitas Descalzos. Un prado árido, edificios viejos sin ventanas, sobre el costado, fondo vago de casas.

ESCENA I.

ATHOS, LUGO D'ARTAGNAN.

ATHOS. [Está sentado sobre una mohonera.]

Nadie parece! Capaz es de no venir mi gascon! Esperaremos.

D'ART. (Llega todo sofocado.) ¡Cómo, caballero! ¡Ya aquí! ¡Lo siento mucho! me habeis ganado por la mano; bien veo que estais mas puntual que yo á la cita; pero la culpa no es mía sino de ese demonio que me ha hecho correr tanto. ¡Y para qué! para nada, para no poder atraparlo. ¡Ah! dispensadme.

ATHOS. Aun no son las doce, caballero, no habeis faltado; no llegais tarde.

D'ART. Sí, es medio día. [Dan las doce.]

ATHOS. Caballero, he hablado á dos de mis amigos para que me sirvan de segundos; pero esos dos amigos no parecen todavía, y tampoco veo que lleguen los nuestros.

D'ART. Yo no los tengo, caballero; ayer llegué á Paris por la primera vez, y no conozco á nadie mas que al señor de Treville, y todavía....

ATHOS. ¡No conocéis á nadie! entonces, si por desgracia os matase, se diría que yo era de esos baladrones que se comen los niños crudos.

D'ART. No tanto, caballero; ya porque yo no soy un niño, y ya porque vos al hacerme el honor de sacar la espada contra mí con esa herida que debe incomodaros muchísimo, tenéis una gran desventaja.

ATHOS. Os aseguro bajo mi palabra de honor que en efecto la tal herida me incomoda mucho; y el haber vos tropezado conmigo, la ha empeorado no poco; pero eso no importa, que si tengo cansada la mano derecha, haré uso de la izquierda, que es lo que yo suelo hacer en semejantes casos; y no creais que os dispense ningun favor, porque yo lo mismo manejo la espada con la mano derecha que con la izquierda; y naturalmente que os llevo no pequeña ventaja, pues un ambidestro tiene una superioridad sobre los que solo manejan la espada con la mano derecha, y los pone con frecuencia en aprietos.

D'ART. Os suplico que no os ocupeis ya mas de mí, porque no vale la pena; hablemos de vos si os agrada.

ATHOS. Me confundís. Pero esos caballeros no vienen. ¡Voto á sanes! y qué mal me habeis hecho! me arden las espaldas de una manera horrorosa.

D'ART. Si no lo llevais á mal, os diría que yo tengo un bálsamo milagroso para las heridas, un bálsamo que heredé de mi madre. Si quereis, os regalaré un poco, y estoy seguro que al cabo de tres días, con este bálsamo estareis sano.

ATHOS. ¡Y á qué viene esa oferta!

D'ART. Quiero decir que al cabo de tres días, cuando ya esteis enteramente bueno, sería para mí un grande honor el batirme con vos.

ATHOS. ¡Cáspita! he ahí una proposicion que me gusta; y el hombre lo dice como lo siente.... ¡Gracias! Pero de aquí á tres días, debéis calcular, caballero, que si el cardenal ó sus guardias supieran que nosotros debíamos batirnos, claro es que se opondrían á nuestro

duelo. ¡Ah! pero estos vagamundos que no llegan!

D'ART. Si es que teneis prisa, caballero, y os place despacharme inmediatamente, yo os suplico que no os incomodeis por eso; podeis luego, luego....

ATHOS. Hé aquí todavía otra frase que me halaga. Está bien dicho.... Y no le falta á este hombre cabeza, no; caballero, me gustan mucho las personas de vuestro temple, y si nosotros no nos medio matamos hoy, me parece que despues de este lance tendré un verdadero placer en disfrutar de vuestra amena y festiva conversacion. ¡Ah! ya está ahí uno de mis testigos.

D'ART. ¡Qué veo! El señor Porthos.

ATHOS. ¡Os contraria acaso!

D'ART. No señor, á mí nada me contraria.

ESCENA II.

Dichos, PORTHOS, ARAMIS.

PORT. ¡Qué es lo que veo!

ATHOS. Yo me bato con el señor.

PORT. Y yo tambien.

ATHOS. ¡Vos tambien!

D'ART. Sí, á la una.

ARAM. [Llegando.] Yo tambien me bato con este caballero.

D'ART. Cierto, á las dos.

ARAM. En punto. Y vos ¡por qué os batís, Athos!

ATHOS. No lo sé á punto fijo; me ha lastimado un hombro y.... Y vos, Porthos, ¡por qué os batís con este jóven!

PORT. Me bato porque.... porque me bato, por hacer algo.

D'ART. Por una discusion acalorada sobre el tocador de las señoras.

ATHOS. Y vos, Aramis, ¡qué habeis tenido con él!

ARAM. Un punto de controversia, [A D'Artagnan] caballero!....

D'ART. Sí, una controversia sobre San Agustin.

ATHOS. No hay duda, este muchacho tiene chispa.

PORT. Conque, manos á la obra, cada cual á su vez.

D'ART. Un momento, caballeros; ahora que os hallais aquí todos reunidos, permitidme que me escuse y....

Todos. ¡Bah! ¡bah! ¡bah!

D'ART. Veo que no me habeis comprendido: yo solo me escuso de una cosa y es, de no poder pagar mi deuda á todos tres. El señor Athos tiene derecho de matarme el primero, y esto por supuesto, hace bajar muchísimo el crédito que teneis contra mí, señor Porthos, y habeis así nulo el vuestro señor Aramis; de aquí es que probablemente yo haré bancarrota con uno de vosotros, ó tal vez con

dos. De esto y no mas era de lo que yo quería excusarme. Ahora, caballeros, cuando gustéis.

ATHOS. En hora buena.

D'ART. Sucumbiré de seguro; pero aunque estuvieran reunidos los cien mosqueteros, no daría un paso atras. (Desenvainan.)

ATHOS. Habeis elegido mal lugar, os da el sol de cara.

D'ART. No importa, le conozco bien, que soy del Medio-día. (Se ponen en guardia y cruzan las espadas.)

ESCENA III.

Los mismos, JUSSAC, GUARDIAS.

JUSS. ¡Hola, señores mosqueteros! ¡Tenemos duelo por aquí! ¡Y qué haremos con los edictos que lo prohiben!

ATHOS. ¡Jussac!

PORT. ¡Los guardias del cardenal!

ARAM. Envainad.

JUSS. Ya es demasiado tarde.

ATHOS. Y bien, caballeros, ¿qué haceis aquí! ¡A que os mezclais en lo que no os incumbe! Si nosotros viéramos que os batís, que os matábais, os respondiendo con mi cabeza, que no os lo impediríamos.

BISC. ¡Siempre amables! Pero parece que las lecciones no os aprovechan.

ARAM. ¡Ah! señor de Biscarat, acordaos que aún tenemos pendiente una partida.

JUSS. ¡Todavía nuevas provocaciones! Estabamos de servicio, caballeros.... envainad con mil demonios y marchemos.

ARAM. Nos es imposible el daros gusto; no podemos obedecer vuestra graciosa y meliflua invitacion, porque el señor de Treville nos lo ha prohibido.

JUSS. ¡Cómo es eso!

ATHOS. Así, ni mas ni menos como lo acabais de oír.

JUSS. Pues si no obedecéis....

ATHOS. ¡Qué!.... ¡Qué quereis decir!....

JUSS. Vais á verlo. Vosotros, ¡atencion! Señor de Winter, vos no estais al servicio del señor cardenal, sois inglés, y si quereis abs-teneros....

WIN. No, caballeros, yo no estoy al servicio del cardenal; pero mi hermana lady de Winter es una de las amigas de su eminencia. Soy inglés, es cierto; pero razon de mas para que yo manifieste á los franceses que en Inglaterra nos batimos tan bien como en Francia, y ya que mi paseo me ha traído hasta aquí, estoy resuelto á hacer lo que vos hicieréis.

ATHOS. (A sus amigos.) Ellos son cinco, y nosotros tres; probablemente volveremos á ser batidos; es preciso, pues, que nos decidamos á morir aquí, porque yo os declaro que vencido no volveré á presentarme al capitán.

PORT. Ni yo.

ARAM. Ni yo.

ATHOS. Pues deliberemos decididamente.

D'ART. (En un rincon.) Si no me enga-

ño, he aquí el momento de tomar su partido. Este es uno de aquellos incidentes raros que deciden de la vida de un hombre. Aquí se trata de elegir entre el rey y el cardenal. El rey es un pobre y triste amigo, y el cardenal es un enemigo feroz. ¡Ah! ¡bah! ¡qué me importa! yo tengo el corazón de mosquetero... tanto peor, si.... dispensadme caballeros....

ATHOS. ¡Qué quereis!

D'ART. Me parece que os habeis engañado ahora mismo, cuando dijisteis que no érais mas que tres.

ARAM. Y esos somos.

PORT. Y no somos mas.

JUSS. ¡Qué demonio! Les llega refuerzo. Vamos á ver vosotros: formad todos en ala y espada en mano.... Lindo gascon, atufaos pronto; os entregamos la llave del campo; corred y poned en salvo el pellejo.

BISC. Procedereis con mucho tino y cordura, porque van á llover estocadas.

D'ART. ¡Mejor! Así habrá para todos, yo me quedo.

ATHOS. ¡Cómo! ¡Os poneis de nuestra parte y sois nuestro enemigo! Me gusta la ocurrencia.

D'ART. ¡Bah! ¡Y qué tiene de particular! ¡Os preguntareis acaso si valgo yo tanto como uno de vosotros; si podré con un hombre! pues vamos á la prueba, y vereis como yo soy bastante capaz para hacerme matar en regla y pronto.

ATHOS. ¡Vaya! sois un guapo muchacho. ¡Cómo os llamais!

D'ART. D'Artagnan.

ATHOS. Pues bien, Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan, á ellos.

JUSS. ¡A eso os decidís! Pues bien, ¡adelante nosotros! ¡adelante!

Todos. ¡Adelante! ¡Sangre! (Combate general.)

D'ART. (Despues de haber cruzado la espada con Jussac, á Winter.) Si quereis hay lugar para todos.

WIN. No, yo remplazaré al primero que salga herido.

PORT. (A Cahusac.) ¡Qué fuerte sois! por lo visto, no oigo dar las doce y media, señor de Cahusac.

CAHU. ¡Fanfarron!

PORT. Teneis una linda hoja, amigo.

ARAM. (A Biscarat.) Biscarat, teníamos pendiente esta cuenta. (Lo mata.) A otra cosa.

JUSS. No sois de la buena escuela, vuestro juego es provisional.

D'ART. Si señor, juego de gascon. [Lo hiere.]

ATHOS. [A Aramis.] Se porta bien el D'Artagnan.

ARAM. ¡Y vos, Athos!

ATHOS. Yo estoy malo; pero empiezo á calentarme.

D'ART. Esperadme un poco.
 JUSS. Es curioso este muchacho.
 D'ART. ¡No es verdad! Vaya, pues. [Ti-
 ra á Jussar.] Esta es una estocada del señor
 d'Artagnan, padre.... Señor de Winter, es-
 toy á vuestras órdenes.
 ATHOS. No, dejame á mí ese, que es él que
 me hirió ayer. [Lo desarma.]
 PORT. [Tocando á su hombre.] Tres por
 cuatro.
 ATHOS. [A un guardia.] Ríndete.
 D'ART. [A Winter.] Os mato.
 WIN. Matadme.
 D'ART. No, á fé mia, me parece que sois
 un inglés valiente, y vivireis.
 WIN. ¡Gracias! ¡Vuestro nombre, caba-
 llero! ¡Vuestro domicilio!
 D'ART. Si es para volver á empezar, aquí
 estoy, empecemos luego, luego.
 WIN. No, caballero, es para daros gra-
 cias y presentar á mi hermana un hombre ga-
 lante y generoso, á quien debo la vida, y así,
 dadme vuestro nombre y....
 D'ART. El caballero d'Artagnan, calle de
 Fossoyeurs.
 WIN. Caballero, recibid el homenaje de
 mis respetos: hasta la vista.
 PORT. ¡Ah! ¡ah! bonito desquite.
 D'ART. [Viendo que los mosqueteros se van
 sin él.] Y qué, ¿yo me quedo aquí solo?
 ATHOS. Vos... tú... abrázame... y no
 me lastimes el pulmón. [Aramis y Porthos
 lo abrazan.]
 D'ART. Por fin, ¡ya somos amigos, ó he-
 mos de andar todavía á estocadas!
 ATHOS. Amigos hasta la muerte.
 TODOS. ¡Hasta la muerte!
 ATHOS. Solo que ahora te encuentras un
 si es no es embrollado con el señor cardenal.
 D'ART. ¡Ah! ¡bah! Como me reciban de
 aprendiz de mosquetero, lo demas me im-
 porta un bledo, que al cabo, el señor cardenal
 no es mi tío.

CUADRO IV.

LA DECLARACION.

DIRECCIÓN

ESCENA I.

KETY Y ROCHEFORT, que entra primero.

KETY. No señor, no podeis entrar; no se
 entra así de rondón en el cuarto de madama.
 ROCHE. [Bajando á la escena.] Entonces,
 preciosa niña, vos que podeis entrar, tened

la bondad de anunciarle al señor de Roche-
 fort, é id pronto.

KETY. Es que tampoco yo puedo entrar
 en el cuarto de madama, cuando se está visi-
 tiendo.

ROCHE. ¡Ah! ¡en efecto! ¡Una inglesa! Son
 muy modestas y muy púdicas las señoras in-
 glesas; perdonad, lo habia olvidado; sin em-
 bargo, también se le habla á las inglesas
 cuando uno tiene prisa, y yo no estoy des-
 pacho.

KET. Entonces tocaré, y madama....
 [Suena la campanilla.]

ROCHE. ¡Singular manía! Pues en Fran-
 cia sucede todo lo contrario: las damas son
 las que tocan, y....

KET. ¡Oh! pero aquí este es el uso....

ROCHE. Pues no me gusta el tal uso.

KET. ¡El señor está de prisa!

ROCHE. Y muy de prisa. [Vuelve á tocar
 la campanilla Kety, y vase.]

ESCENA II.

Dichos, y MILADY.

MILADY. ¡Ah! señor de Rochefort! ¿Me
 traeis noticias de lord de Winter!

ROCHE. ¿De lord de Winter? ¿Pues qué le
 ha sucedido!

MILADY. Parece que ha habido una terri-
 ble refriega entre unos guardias del cardenal
 y algunos mosqueteros.

ROCHE. ¿Qué encontráis en eso de nuevo
 ni de raro? Todos los dias sucede otro
 tanto.

MILADY. Lo creo; pero no todos los dias
 mi hermano lord de Winter toma parte en
 esas escaramuzas.

ROCHE. ¿Cómo! ¿Habria tenido la humo-
 rada de andar hoy á estocadas!

MILADY. Voy á deciros lo que ha pasa-
 do: Lord de Winter se paseaba con los guar-
 dias; encontraronse estos con los mosquete-
 ros de Treville, y á esta hora ha corrido san-
 gre, y mi hermano quizás ha sido muerto.

ROCHE. ¡Válgame Dios, qué desgracia! ¿Pe-
 ro y vos, Milady, cómo lo habeis sabido!

MILADY. El ayuda de cámara de mi her-
 mano ha visto desde lejos empeñarse el com-
 bate, y vino á decírmelo corriendo, azorado y
 despavorido.

ROCHE. ¿Y no le habeis dicho que avise
 al momento al cardenal!

MILADY. No, tenia tan trastornada la ca-
 beza, que no sé lo que he dicho ni lo que he
 hecho.

ROCHE. Sin embargo, sea lo que fuere lo
 ocurrido, me parece que no debíais apesa-
 dumbraros de ese modo. Al cabo no es vues-
 tro hermano, y el baron....

MILADY. Con efecto, no es mas que el

ESCENA III.

Dichos, WINTER.

WINTER. Buenos dias, Milady: buenos dias,
 hermana mia.

MILADY. ¡Ah! señor, me teneis inquieta,
 sobresaltada!

ROCHE. Me consta, querido conde: lo he
 presenciado; madama os creia muerto.

WINTER. Y lo hubiera sido, señor de Ro-
 chefort, sin la generosidad de mi adversario,
 que me ha concedido la vida con una nobleza
 inimitable.

ROCHE. ¡Hermoso rasgo! ¡No es verdad,
 madama! Rasgo sublime!

MILADY. Oh, sí, magnífico.

WINTER. Lo es en tanto grado, que no
 pude menos de suplicar á aquel caballero,
 se dignase acompañarme hasta aquí, para te-
 ner el gusto de presentarlo á mi querida her-
 mana.

MIL. ¡Y ha aceptado!

WIN. Sí, abajo está; y no dudo me conce-
 dais el permiso de que suba.

MIL. Con mucho gusto: me complacerá
 sobremanera el conocerlo. ¿Y quién es ese
 caballero?

WIN. Un noble de Bearn: el señor caba-
 llero d'Artagnan.

MIL. ¡Mi gascon!

ROCHE. ¡Mi gascon! Es preciso que no me
 encuentre aquí, Milady! Milady, dispensadme
 conde. Decidme, Milady, ¿no hay por aquí
 alguna puerta secreta!

MIL. Esta.

ROCHE. Muy bien; permitid que me esca-
 bulla. Seguro estaba yo que en esta casa ha-
 bia de haber puerta secreta. [Vase.]

MIL. Y bien, hermano mio, ya espero á
 vuestro vencedor.

WIN. Caballero, caballero: tened la bon-
 dad de entrar.

ESCENA IV.

DICHOS Y D'ARTAGNAN.

D'ART. [Que entra muy desconfiado, y mi-
 rando sin cesar detras de él.] ¡Hay cosa!...
 Acabo de ver á un hombre que atravesaba el
 pátio, y este hombre es muy singular! se pa-
 rece á mi ladron, como una castaña á otra.
 [Después de haber mirado á la ventana, vuelve al
 corredor.]

WIN. Os presento, madama, á este caba-
 llero que os ha conservado á un hermano. Ser-
 víos, pues, darle gracias, en nombre de la
 amistad que no dudo me profesais.

MIL. ¡Maldito gascon! Muy bien venido,
 caballero. Vuestra generosa accion os da

hermano de lord de Winter mi marido; pero
 como le amo tanto....!

ROCHE. ¡Pobre baron!.... Yo no sé por
 qué, pero siento como una voz misteriosa
 que me dice acá en mi interior, que le ha su-
 cedido alguna desgracia.

MILADY. ¿De veras!

ROCHE. ¿Y cómo no! Si esos demonios
 de mosqueteros tienen la mano tan dichosa;
 yo no sé si diga, tan desgraciada.... pero
 en fin, si es que ha muerto, queda siempre
 un consuelo y no pequeño.

MILADY. ¡Cuál!

ROCHE. ¡Nada! que si ha muerto, no por
 eso se perderán sus bienes.

MILADY. ¿Qué quereis decir!

ROCHE. El tendrá como unos cien mil
 escudos de renta, no es así!

MILADY. Poco mas ó menos.

ROCHE. Pues bien, ¿no es vuestro hijo, su
 sobrino, quien lo hereda!

MILADY. ¡Vaya, conde, que teneis unas co-
 sas! Seguramente que no era de esto de lo
 que veniais á hablarme.

ROCHE. Dispensadme: ya sabeis que soy
 muy positivo; pero dejemos aquí la herencia
 de lord de Winter, porque en verdad no era
 de ella de lo que venia á hablaros.

MILADY. Decid, pues, qué ocurre!

ROCHE. Venia á comunicaros todo el plan
 que tenemos trazado para apoderarnos de
 lord Buckingham.

MILADY. Ya os escucho.

ROCHE. Luego que enseñeis el pañuelo
 en la calle Vaugirard, se os da la seña, ¿no
 es esto?

MILADY. ¡Sí, y despues!

ROCHE. Una vez conocida la seña, le dais
 al duque una cita.

MILADY. Muy bien; ¿y en dónde ha de ser
 esa cita?

ROCHE. En casa de aquella Bonacieux la
 confidente de la reina: siendo en casa de esta,
 naturalmente que el duque irá allí sin re-
 celar nada. Y como ya nosotros tenemos
 en casa de la Bonacieux armada una rato-
 nera....

MILADY. ¿Cómo, una ratonera!

ROCHE. Sí, llamamos ratonera aquí en
 Paris, al lugar en donde siempre entra el ra-
 ton, pero de donde no sale nunca.

MILADY. Ahora lo comprendo.

ROCHE. Ya veis que de este modo el du-
 que cae en la trampa, y nada menos que en
 casa de la Bonacieux, la confidente de la rei-
 na, y esto es lo que era preciso demostrar,
 como se dice en geometría.

MILADY. Lo he entendido: esta noche....
 ahora dejad que me informe....

ROCHE. ¡Ah! sí, de la sucesion; quise de-
 cir, de la situacion de lord de Winter.

KETY. [Saliendo.] Lord de Winter, Milady,

MILADY. ¡Ah! ¡herido!

ROCHE. ¡Mortalmente!

desde hoy incontestables derechos á mi eterna gratitud. ¿Pero qué teneis?

D'ART. Escusadme, madama... me parece que estoy siempre viendo... ¡Ah!... Milady....

WIN. ¿Pero qué os pasa!

MIL. Es un nuevo modo de presentarse.

D'ART. Os suplico, madama, que disculpeis mis distracciones, y vos tambien Milord.... porque como madama es tan bella....

MILAD. Fácilmente se disculpa todo, Sr. d'Artagnan, y sin ceremonia, á un hombre tan valiente y tan generoso como vos: á mi me gustan extraordinariamente las proezas guerreras; y si vos fuérais tan amable, que quisiérais satisfacer completamente mi curiosidad, me complaceria en extremo el oír de vuestra boca, todos los pormenores de ese glorioso combate.

D'ART. Me ruborizais y.... la modestia no me....

WIN. Pues ya que sois tan modesto, hablaré yo; pero antes: ya que hay aquí vino de Chipre y vasos, brindaremos juntos: ¿no os parece, milady!

D'ART. ¡Esto es muy singular! Yo hubiera creído que esta hermana tan tierna y tan cariñosa, me abrazaria, me saltaria al cuello de júbilo, me comeria á besos, caricias y estremos, y nada de eso; se ha quedado indiferente y fria, y hasta se puede decir que me mira de reojo. Pero ¡y qué hermosos ojos tiene!

WIN. A vuestra salud, señor caballero....

D'ART. Es lástima que ojos tan bellos sean tan pèrfidos.

WIN. Tomad asiento, caballero: os lo suplico. Ahora, hermana mia, voy á empezar mi narracion. ¡Ah! fué un rudo y reñido combate. Figúraoslo: eran nueve espadas bien afiladas, que se blandian, se entrelazaban y torcian, como las culebras al sol.

REV. [Entrando.] Un lacayo qué espera en el vestíbulo, dice que su señora está muy desasosegada, y desea saber de Vuestro Honor.

WIN. ¡Ah! sí, es verdad, pobre mujer! me habia olvidado. Permittedme, hermana, y vos igualmente, señor d'Artagnan, que os deje á entrambos bien acompañados el uno del otro. Caballero sin despedida. Vamos, Ketty.

ESCENA V.

MILADY, D'ARTAGNAN.

D'ART. ¿Qué demonio de inglés, se va y me deja aquí solo con esta mujer! Y luego servid á las jentes: este es el fruto que se saca de hacer bien á otro.

MIL. Nada me decis, caballero.

D'ART. Es tal el miedo, madama, que ten-

go de ser indiscreto, que en verdad no me atrevo....

MIL. ¿Y de qué proviene esa timidez, caballero!

D'ART. Os lo diré francamente, no soy tímido, sino que estoy cortado.

MIL. ¿Y me lo confesais!

D'ART. ¿Y por qué no! Aun cuando yo no lo confesara, acabaríais vos por conocerlo; y así, mas vale confesarlo; ademas, esto me hace hablar, y poco á poco voy ganando terreno, y tal vez concluiré por envalentarme.

MIL. Muy mal haceis, señor d'Artagnan, en ser tímido, porque esa timidez os ha de hacer mucho daño.

D'ART. ¿Cómo, ó por qué, madama!

MIL. Vos sois jóven, guapo, valiente, y vais á gozar muy pronto de una reputacion colosal, y con la reputacion, de una fortuna fabulosa.

D'ART. ¡Ah! ¡y qué mala sois! ¡Lo creeis así!

MIL. Toma! eso es inevitable, á no ser que no os gusten las hermosas, ó que no seais galante con ellas.

D'ART. Os aseguro que es todo lo contrario.

MIL. ¡Ah! vos sois....

D'ART. Sí, Milady, sí, y si encontrase....

MIL. ¿Qué!

D'ART. [Intentando tomarle la mano.] Si encontrase un poco de indulgencia....

MIL. Decidme, señor d'Artagnan, ¿habeis venido á Paris con ánimo de servir en el ejército!

D'ART. ¡Malo! que trueca los frenos, y es lástima, porque ya entraba yo en materia.] Si vengo á Paris para....

MIL. Pues, quiero decir, si pensábais....

D'ART. Cuento con tres.... tres mosqueteros.

MIL. A pesar de eso, no podeis servir en el cuerpo de mosqueteros. es muy difícil. Vaya, decidme con franqueza: ¿no teneis un poco de ambicion!

D'ART. Es muy posible.

MIL. Pues ahí tendríais, por ejemplo, una famosa oportunidad para hacer fortuna si entrárais al servicio de su Eminencia, que es un servicio muy distinguido y muy brillante.

D'ART. ¡Ah! me es imposible, madama! mis tres amigos están torcidos con su Eminencia, y yo tambien á causa de esa refriega....

MIL. Lo comprendo, ¡oh! y mucho; pero su Eminencia sabe bien á qué atenerse. Advertid, no obstante, que yo no os proponia el servicio del cardenal; os hacia, sí, una pregunta sencilla y enteramente oficiosa.

D'ART. Tampoco quise yo decir, madama, que desdeñaba el servicio del señor cardenal; no, al contrario; lo deseo, soy un grande admirador de su Eminencia; pero se me figura que entré el gabinete del Louvre y el palacio del cardenal no reina la mejor armonía posible; y en mi posicion y en la de mis

amigos. ¡quién es capaz de prever si algun dia S. M. y aun el señor de Tréville!.... vamos, en hablando de política me embrollo y lo echo á perder, y.... en fin, me gusta mucho mas nuestra primera conversacion, Milady.

MIL. Señor D' Artagnan!

D'ART. Milady, no hace mucho, tenia ganas de deciros que si yo encontrara un alma indulgente, me esforzaria por no ser ni demasiado indiscreto, ni demasiado tímido.

MIL. (Ahora me vuelve las tornas. En verdad que no os lerdó este tuno, y he de hablar de el al cardenal.)

D'ART. ¿No me respondeis, madama!

MIL. ¿Y qué podria yo responderos! Acabais de hacerme una declaracion á quema ropa, y confieso que el ataque es vivo.

D'ART. ¿Una declaracion! ¡un ataque!....

Pues bien, madama, defendeos.

MIL. [Vendo á D'Artagnan.] Caballero, sois en extremo peligroso (me ha hecho perder cien mil escudos de renta, y ahora me enamora. ¡Ah! ya lo vigilaré.) Señor d'Artagnan, cuando á una guarnicion se le intima tan vigorosamente que se rinda, no le queda mas que un recurso.

D'ART. ¿Cuál!

MIL. Hacer una salida.

D'ART. ¡Ah, madama! ¡Me dejais! ¡Me aborreceis!

MIL. No os aborrezco; pero os huyo y me encierro. Adios, señor caballero.

ESCENA VII.

D'ARTAGNAN solo.

Me parece que mi venida á Paris promete. Allá en el campo he obtenido una victoria espada en mano; y aquí pienso que para ser la primera entrevista, no me he dormido en las pajas, y que el ataque ha sido vigoroso y atrevido. Ya habia yo observado en los ojos de Milady que habia llegado el momento de emprender su retirada. Se ha encerrado.... ¡Ay, madama! no es por cierto vuestra puerta la que me impediria la entrada, sino lord de Winter que puede volver. Por otra parte, mis amigos me esperan en la Pomme du Pin para festejar nuestra victoria, y yo no debo ni quiero hacerlos esperar.

ESCENA VIII.

DICHO, KETTY. Esta entra poco á poco, lo mira al decir las últimas palabras, y luego suspira.

KET. ¡Oh!

D'ART. ¿Quién anda ahí! (Se vuelve.)

KET. ¡Ah! ¡qué lástima!

D'ART. ¡Cómo, qué lástima!

KET. ¡Un mozo tan guapo!

D'ART. ¿Pero qué sucede!

KET. ¡Y con tan linda cara!

D'ART. ¿Qué! es de mí, de quien te compadeces, hermosa criatura!

KET. ¿Pues de quién sino de vos!

D'ART. ¿Y de qué nace esa compasion!

KET. Quiero decir que vos mereceríais....

D'ART. En fin, habla, espílicate, pues.

KET. No, no, dejadme.

D'ART. ¡Imposible! Yo quiero que me digas por qué me compadeces, y qué es lo que yo mereceria....

KET. ¡Ay, Dios mio! Si Milady me oyera!...

¡Ay, dejadme!

D'ART. ¿Tienes miedo de Milady!

KET. ¡Oh! mucho!

D'ART. Es mala.... ¿no es así!

KET. Callaos, callaos.

D'ART. Pues no, yo no te dejaré hasta que me hayas dicho....

KET. Basta, basta; ya he dicho demasiado. Adios, señor caballero.

D'ART. Decidme una sola palabra mas... que yo comprenda....

KET. ¡Pues bien! Procurad no amar á mi señora.

D'ART. [Deteniéndola.] ¿Pero por qué!

[Suena la campanilla.]

KET. Porque ella no os amará.

D'ART. ¿Ella no me amará!

KET. No, porque ama á otro; mirad.

[Le enseña una carta.]

D'ART. [Leyendo.] "Al señor baron de Vardes" un rival! (Toma la carta.)

KET. No, por Dios; no os quedeis con la carta; devolvedmela.

D'ART. Adios Ketty.

KET. Dadme mi carta.

D'ART. Si la quieres, ven por ella á mi casa.

KET. ¿Y en dónde está vuestra casa!

D'ART. Calle de Fossoyeurs, casa del señor Bonacieux, especiero, mercero.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO V.

LA REVELACION.

ESCENA I.

D'ARTAGNAN Y PLANCHET, D'ARTAGNAN revolviendo los armarios.

D'ART. Botellas vacías, platos limpios, esto es lo que se llama una casa bien arreglada! Planchet!

desde hoy incontestables derechos á mi eterna gratitud. ¿Pero qué teneis?

D'ART. Escusadme, madama... me parece que estoy siempre viendo... ¡Ah!... Milady....

WIN. ¿Pero qué os pasa!

MIL. Es un nuevo modo de presentarse.

D'ART. Os suplico, madama, que disculpeis mis distracciones, y vos tambien Milord.... porque como madama es tan bella....

MILAD. Fácilmente se disculpa todo, Sr. d'Artagnan, y sin ceremonia, á un hombre tan valiente y tan generoso como vos: á mi me gustan extraordinariamente las proezas guerreras; y si vos fuérais tan amable, que quisiérais satisfacer completamente mi curiosidad, me complaceria en extremo el oír de vuestra boca, todos los pormenores de ese glorioso combate.

D'ART. Me ruborizais y.... la modestia no me....

WIN. Pues ya que sois tan modesto, hablaré yo; pero antes: ya que hay aquí vino de Chipre y vasos, brindaremos juntos: ¿no os parece, milady!

D'ART. ¡Esto es muy singular! Yo hubiera creído que esta hermana tan tierna y tan cariñosa, me abrazaria, me saltaria al cuello de júbilo, me comeria á besos, caricias y estremos, y nada de eso; se ha quedado indiferente y fria, y hasta se puede decir que me mira de reojo. Pero ¡y qué hermosos ojos tiene!

WIN. A vuestra salud, señor caballero.... hermana....

D'ART. Es lástima que ojos tan bellos sean tan pèrfidos.

WIN. Tomad asiento, caballero: os lo suplico. Ahora, hermana mia, voy á empezar mi narracion. ¡Ah! fué un rudo y reñido combate. Figúraoslo: eran nueve espadas bien afiladas, que se blandian, se entrelazaban y torcian, como las culebras al sol.

REV. [Entrando.] Un lacayo qué espera en el vestíbulo, dice que su señora está muy desasosegada, y desea saber de Vuestro Honor.

WIN. ¡Ah! sí, es verdad, pobre mujer! me habia olvidado. Permittedme, hermana, y vos igualmente, señor d'Artagnan, que os deje á entrambos bien acompañados el uno del otro. Caballero sin despedida. Vamos, Ketty.

ESCENA V.

MILADY, D'ARTAGNAN.

D'ART. ¡Qué demonio de inglés, se va y me deja aquí solo con esta mujer! Y luego servid á las jentes: este es el fruto que se saca de hacer bien á otro.

MIL. Nada me decis, caballero.

D'ART. Es tal el miedo, madama, que ten-

go de ser indiscreto, que en verdad no me atrevo....

MIL. ¿Y de qué proviene esa timidez, caballero!

D'ART. Os lo diré francamente, no soy tímido, sino que estoy cortado.

MIL. ¿Y me lo confesais!

D'ART. ¿Y por qué no! Aun cuando yo no lo confesara, acabaríais vos por conocerlo; y así, mas vale confesarlo; ademas, esto me hace hablar, y poco á poco voy ganando terreno, y tal vez concluiré por envalentarme.

MIL. Muy mal haceis, señor d'Artagnan, en ser tímido, porque esa timidez os ha de hacer mucho daño.

D'ART. ¿Cómo, ó por qué, madama!

MIL. Vos sois jóven, guapo, valiente, y vais á gozar muy pronto de una reputacion colosal, y con la reputacion, de una fortuna fabulosa.

D'ART. ¡Ah! ¡y qué mala sois! ¡Lo creeis así!

MIL. Toma! eso es inevitable, á no ser que no os gusten las hermosas, ó que no seais galante con ellas.

D'ART. Os aseguro que es todo lo contrario.

MIL. ¡Ah! vos sois....

D'ART. Sí, Milady, sí, y si encontrase....

MIL. ¿Qué!

D'ART. [Intentando tomarle la mano.] Si encontrase un poco de indulgencia....

MIL. Decidme, señor d'Artagnan, ¿habeis venido á Paris con ánimo de servir en el ejército!

D'ART. ¡Malo! que trueca los frenos, y es lástima, porque ya entraba yo en materia.] Si vengo á Paris para....

MIL. Pues, quiero decir, si pensábais.... ¿Teneis aquí algunos amigos!

D'ART. Cuento con tres.... tres mosqueteros.

MIL. A pesar de eso, no podeis servir en el cuerpo de mosqueteros. es muy difícil. Vaya, decidme con franqueza: ¿no teneis un poco de ambicion!

D'ART. Es muy posible.

MIL. Pues ahí tendríais, por ejemplo, una famosa oportunidad para hacer fortuna si entrárais al servicio de su Eminencia, que es un servicio muy distinguido y muy brillante.

D'ART. ¡Ah! me es imposible, madama! mis tres amigos están torcidos con su Eminencia, y yo tambien á causa de esa refriega....

MIL. Lo comprendo, ¡oh! y mucho; pero su Eminencia sabe bien á qué atenerse. Advertid, no obstante, que yo no os proponia el servicio del cardenal; os hacia, sí, una pregunta sencilla y enteramente oficiosa.

D'ART. Tampoco quise yo decir, madama, que desdeñaba el servicio del señor cardenal; no, al contrario; lo deseo, soy un grande admirador de su Eminencia; pero se me figura que entré el gabinete del Louvre y el palacio del cardenal no reina la mejor armonía posible; y en mi posicion y en la de mis

amigos. ¡quién es capaz de prever si algun dia S. M. y aun el señor de Tréville!.... vamos, en hablando de política me embrollo y lo echo á perder, y.... en fin, me gusta mucho mas nuestra primera conversacion, Milady.

MIL. Señor D' Artagnan!

D'ART. Milady, no hace mucho, tenia ganas de deciros que si yo encontrara un alma indulgente, me esforzaria por no ser ni demasiado indiscreto, ni demasiado tímido.

MIL. (Ahora me vuelve las tornas. En verdad que no os lerdó este tuno, y he de hablar de el al cardenal.)

D'ART. ¿No me respondeis, madama!

MIL. ¿Y qué podria yo responderos! Acabais de hacerme una declaracion á quema ropa, y confieso que el ataque es vivo.

D'ART. ¿Una declaracion! ¡un ataque!.... Pues bien, madama, defendeos.

MIL. [Vendo á D'Artagnan.] Caballero, sois en extremo peligroso (me ha hecho perder cien mil escudos de renta, y ahora me enamora. ¡Ah! ya lo vigilaré.) Señor d'Artagnan, cuando á una guarnicion se le intima tan vigorosamente que se rinda, no le queda mas que un recurso.

D'ART. ¿Cuál!

MIL. Hacer una salida.

D'ART. ¡Ah, madama! ¡Me dejais! ¡Me aborreceis!

MIL. No os aborrezco; pero os huyo y me encierro. Adios, señor caballero.

ESCENA VII.

D'ARTAGNAN solo.

Me parece que mi venida á Paris promete. Allá en el campo he obtenido una victoria espada en mano; y aquí pienso que para ser la primera entrevista, no me he dormido en las pajas, y que el ataque ha sido vigoroso y atrevido. Ya habia yo observado en los ojos de Milady que habia llegado el momento de emprender su retirada. Se ha encerrado.... ¡Ay, madama! no es por cierto vuestra puerta la que me impediria la entrada, sino lord de Winter que puede volver. Por otra parte, mis amigos me esperan en la Pomme du Pin para festejar nuestra victoria, y yo no debo ni quiero hacerlos esperar.

ESCENA VIII.

Dicho, KETTY. Esta entra poco á poco, lo mira al decir las últimas palabras, y luego suspira.

KET. ¡Oh!

D'ART. ¿Quién anda ahí! (Se vuelve.)

KET. ¡Ah! ¡qué lástima!

D'ART. ¡Cómo, qué lástima!

KET. ¡Un mozo tan guapo!

D'ART. ¿Pero qué sucede!

KET. ¡Y con tan linda cara!

D'ART. ¿Qué! es de mí, de quien te compadeces, hermosa criatura!

KET. ¿Pues de quién sino de vos!

D'ART. ¿Y de qué nace esa compasion!

KET. Quiero decir que vos mereceríais....

D'ART. En fin, habla, espílicate, pues.

KET. No, no, dejadme.

D'ART. ¡Imposible! Yo quiero que me digas por qué me compadeces, y qué es lo que yo mereceria....

KET. ¡Ay, Dios mio! Si Milady me oyera!...

¡Ay, dejadme!

D'ART. ¿Tienes miedo de Milady!

KET. ¡Oh! mucho!

D'ART. Es mala.... ¿no es así!

KET. Callaos, callaos.

D'ART. Pues no, yo no te dejaré hasta que me hayas dicho....

KET. Basta, basta; ya he dicho demasiado. Adios, señor caballero.

D'ART. Decidme una sola palabra mas... que yo comprenda....

KET. ¡Pues bien! Procurad no amar á mi señora.

D'ART. [Deteniéndola.] ¿Pero por qué! [Suena la campanilla.]

KET. Porque ella no os amará.

D'ART. ¿Ella no me amará!

KET. No, porque ama á otro; mirad.

[Le enseña una carta.] D'ART. [Leyendo.] "Al señor baron de Vardes" un rival! (Toma la carta.)

KET. No, por Dios; no os quedeis con la carta; devolvedmela.

D'ART. Adios Ketty.

KET. Dadme mi carta.

D'ART. Si la quieres, ven por ella á mi casa.

KET. ¿Y en dónde está vuestra casa!

D'ART. Calle de Fossoyeurs, casa del señor Bonacieux, especiero, mercero.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO V.

LA REVELACION.

ESCENA I.

D'ARTAGNAN Y PLANCHET, D'ARTAGNAN revolviendo los armarios.

D'ART. Botellas vacías, platos limpios, esto es lo que se llama una casa bien arreglada! Planchet!

PLAN. (Entrando.) Señor.
 D'ART. Tengo ganas de almorzar.
 PLAN. Ah! el caballero quisiera almorzar, ¿eh? entiendo.
 D'ART. Sí; y ¡qué vas á darme! ¡Qué tienes preparado?
 PLAN. Yo! nada.
 D'ART. ¿Cómo nada, tunante!
 PLAN. Pues nada, absolutamente nada.
 D'ART. ¡Ha olvidado el señor Planchet que ayer he comido muy mal!
 PLAN. Es cierto, ayer el señor caballero ha comido muy mal, pésimamente.
 D'ART. Y luego, que apenas había almorzado!
 PLAN. Es verdad, también el señor había almorzado apenas.
 D'ART. ¡Y piensa el señor Planchet que yo me contentaré con que se me sirva lo de costumbre, lo de ordinario!
 PLAN. Con efecto, lo de algun tiempo á esta parte, lo de ordinario, es bien triste, bien ordinario: ese es el hecho, y lo peor es que hoy, hasta lo de ordinario...
 D'ART. Está bien: pronto, venga mi espada.
 PLAN. La espada!... pues qué...
 D'ART. Voy á almorzar con Aramis. Estoy seguro de que su lacayo es algo mas eficaz y mas cuidadoso que el señor Planchet. ¡Ah! si aun estuviera aquí Bazin, si él me sirviese y no vos, no me encontraría yo ahora... ¿Y qué es eso?
 PLAN. Una carta del señor Aramis.
 D'ART. Véamos qué dice (leyendo.) Mi querido caballero, como el bribon del librero no me trajo ayer, cual lo había ofrecido, el precio de mi poema, y como este miserable Bazin no ha sabido crearse un crédito en el barrio, me veo precisado á almorzar con vos esta mañana; ya sabéis cuán sobrio soy; con una fícar de chocolate, unos dulces y unos cuantos pastelillos, habré amueblado suficientemente mi estómago.—Aramis.
 PLAN. El hecho es que no se puede ser mas parco ni menos exigente.
 D'ART. Cuando venga Aramis le dirás que ya había salido mucho antes que llegara su carta; y ahora me voy á almorzar con Porthos. ¿Qué es lo que hay todavía?
 PLAN. Una carta del señor Porthos.
 D'ART. Dámela. "Mi querido d'Artagnan, anoche perdí en un infame garito el cuarto de mis rentas—¡y qué demonio va á hacer este hombre al garito!—Ayer me pasé el día con cortezas duras.—Me alegro mucho—esta mañana iré á participar de vuestro almuerzo, procurad que sea abundante y succulento, porque tengo un hambre voradora."—Está como yo ni mas ni menos. Pues no hay sino apelar al último recurso.
 PLAN. ¿Cuál, señor?
 D'ART. Al instante, mi sombrero, no tengo tiempo que perder.
 PLAN. ¡Qué vais á hacer!
 D'ART. Voy á salvarme de este cataclismo que me amenaza. Dirás á Porthos que su

carta ha llegado demasiado tarde, y que yo almuerzo con Athos. ¿Y qué es eso?
 PLAN. (Presentándole la tercera carta.) Una carta del Sr. Athos.
 D'ART. Será tal vez una invitación. "Mi querido caballero: vacié ayer mi última botella de vino de España..." (hablando.) En verdad, Sr. Planchet, que no sé cómo calificar vuestra conducta respecto de mí. El hecho es que el Sr. Bonacieux, nuestro propietario, tiene en su tienda una multitud de cosas buenas, como licores, dulces, jamones, salchichones, etc., y vos no habeis dado ni un solo paso, a ver si...
 PLAN. Si señor, que tiene todo eso, y algo mas que yo me sé; pero como nosotros le habíamos prometido pagar adelantada la primera quinceana del arrendamiento, y...
 D'ART. ¡Y...!
 PLAN. Y como se nos ha olvidado...
 D'ART. (Leyendo.) "Ya vos sabéis que yo me puedo pasar sin comer;" (hablando.) no tengo yo esa gracia... (lee) "pero no sin beber: por consiguiente, disponed que saquen de vuestra bodega cuanto tengais de mejor, de Madera, de Oporto, y de Jerez." (hablando.) ¡Pues! Y lo mismo haceis con todo cuanto os encargo. Os ordené que enamoráseis á esa frutera que tiene su puesto ahí enfrente, y nada.
 PLAN. Pero, señor, qué culpa tengo yo, si ella me ha dado calabazas antes de ayer, y ayer me ha reemplazado luego con un lacayo del Sr. de la Tremouille.
 D'ART. ¡Y te has dejado reemplazar, miserable! Se dará mayor cobardía! (sigue leyendo.) "Y si por casualidad vuestra bodega está vacía, enviad por vino á la hospedería de la Pomme du Pin, que es en donde lo hay muy bueno."
 PLAN. Como no lo haya mas que en esa fonda, ya puede el caballero Athos echar el gargüero en remojo, porque el mesonero ha declarado de una manera formal, que no dará ni una sola gota de vino, sino en cambio de escudos.
 D'ART. (Mirando á Planchet.) Señor Planchet, he observado que en nuestros momentos de apuro y de escasez, y estos momentos suelen ser frecuentes y comunes todos los meses; he observado, repito, que vuestro humor y vuestro semblante no sufren nunca la mas leve alteración.
 PLAN. Es verdad, señor; yo tengo un excelente carácter, encantador carácter; carácter que para circunstancias así... aflictivas, vale un Potosí.
 D'ART. He observado ademas, señor Planchet, que soportais el hambre sin que vuestro fisico sufra ni se deteriore.
 PLAN. Eso consiste, señor caballero, en que tengo un buen estómago, un estómago á prueba de hambre.
 D'ART. Vos teneis, señor Planchet, recursos desconocidos, extraordinarios; fondos secretos tal vez.

PLAN. ¡Yo, señor!
 D'ART. Sí, y en este momento, ahora mismo que os hablo, no teneis hambre.
 PLAN. ¡Es posible, señor, que digais eso! mirad, mirad qué limpios están mis dientes.
 D'ART. (Con duda.) Hum!...
 PLAN. (Vivamente.) ¡El señor sale!
 D'ART. Sí.
 PLAN. ¡Y si vinieren los amigos del caballero!
 D'ART. Que esperen.
 PLAN. ¡Tiene el señor algunas órdenes que darme!
 D'ART. (Yendo sobre Planchet.) ¡Bergante! como cumplís tan bien con las que se os dan! [Se ajusta el cinturon de la espada, y se va.]

ESCENA III.

PLANCHET solo.

¡Tiene hambre! con razon, si estamos á la cuarta pregunta. Pero, señor, ¡si esto es inaudito! los tales mosqueteros hacen una vida de perdidos; en vez de tener orden y economía, en vez de pensar en mañana, en vez de calcular para el tiempo de escasez; nada, mientras hay abundancia, todos los días son de pascua; este juega, aquel bebe, el otro come como un avestruz, y despues que el dinero se acaba, como dijo el otro, es menester apretar la tripa, y luego le salen á uno con: "Señor Planchet, vos nunca teneis hambre." ¡Qué injustos son los amos!... Al contrario, señor, yo tengo hambre, me estoy muriendo de hambre, y solo esperaba que me honráseis con vuestra ausencia para desayunarme. [Saca de una bolsa un pedazo de pollo envuelto en un papel, y de la otra una botella de vino.] ¡Ah! ¡ya respiro! Estos son los únicos momentos de gusto que tengo en todo el día.

ESCENA IV.

Dicho, D'ARTAGNAN, que ha hecho una salida falsa y ha visto á Planchet prepararse para el almuerzo.

D'ART. Psit. (Planchet vuelve azorado de la cara.) A vuestra salud, señor Planchet.
 PLAN. ¡Ah! [Oculta con su cuerpo la botella y un pedazo del pollo.]
 D'ART. ¡Y qué estáis haciendo ahí!
 PLAN. Nada, señor, mordía una corteza dura, y bebía un vaso de agua fresca.
 D'ART. ¡Un vaso de agua fresca! (Toma el vaso de Planchet, lo mira, y echa una gota sobre su uña.)
 PLAN. Agua colorada, cordial.

D'ART. Señor Planchet, oleis á gallina ó cosa semejante.
 PLAN. Sí será, señor; he dado unos cuantos mordiscos á una pierna de pavo.
 D'ART. [Estirando á Planchet, que se ve precisado á descubrir la mesa.] ¡Ah! ¡ah! señor Planchet, por lo visto, tenemos hoy festin, estamos de boda; es decir, que el lacayo come, mientras el amo se ve precisado á estrechar el vientre y hacer penitencia.
 (Planchet se aleja y toma la puerta.)
 D'ART. ¡Alto ahí, so tuno! y respondedme categóricamente.
 PLAN. El señor caballero lo había adivinado antes; confieso de liso en llano mi pecado, señor, tengo fondos secretos, recursos desconocidos.
 D'ART. ¡Hola! conque...
 PLAN. Sí señor, es una industria mia particular, como hay muchas entre nosotros.
 D'ART. Pues señor Planchet, yo quiero conocer esa industria, y por cierto que no me incomodará cosa el conocerla.
 PLAN. Sepa entonces el señor caballero, que este cuarto está, ni mas ni menos, encima del almacén de víveres y especias del señor Bonacieux.
 D'ART. Ya sabia eso; pero ¡qué tiene que ver!...
 PLAN. Que yo he dado con una antigua trampilla.
 D'ART. ¡Y qué es eso de antigua trampilla!
 PLAN. Parece que este cuarto fué en otro tiempo la habitacion del señor Bonacieux, y parece también que para ver desde aquí lo que pasaba en su almacén, abrió una trampa.
 D'ART. ¡Infeliz! yo no creo que seais tan miserable que bajéis por esa trampa á hacer vuestras provisiones.
 PLAN. ¡Qué! no señor, ¡yo bajar! ¡Dios me libre! eso seria robar; no señor; yo no bajo, son las provisiones que suben.
 D'ART. ¡Ah! ellas suben!
 PLAN. Sí señor.
 D'ART. A ver! yo quiero saber cómo suben.
 PLAN. ¡De veras! ¡lo quereis saber!
 D'ART. Sin duda.
 PLAN. Si el caballero quisiera hacerme el honor de inclinarse y de mirar...
 D'ART. Pero, ¡y si hay alguno el almacén!
 PLAN. ¡Qué! no señor, á esta hora nunca hay nadie.
 D'ART. [Inclinándose.] Ya miro.
 PLAN. ¡Y qué es lo que el caballero ve!
 ART. Veo pan sobre una artesa, botellas de licor, jamones ahumados.
 PLAN. ¡El caballero ve todo eso!
 ART. Sí, perfectamente.
 PLAN. Pues ahora, esperad un poco. [Planchet toma una alabarda de un rincón.] Voy á tener el honor de ofrecer al caballero un pan tierno y un jamon ahumado. [Hunde la alabarda por la trampa.]
 D'ART. ¡Toma! ¡toma! ¡si se habrán engañado todos hasta ahora, con respecto al uso de las alabardas!
 PLAN. (Que ha pinchado un pan y un jamon.)

Acabais de ver, señor, la manera de servirse de este instrumento.

D'ART. Sí, ya veo que se atrapa el pan y el jamón; pero el vino, señor Planchet, ¿cómo atrapa el vino?

PLAN. Voy á explicároslo. Hace mucho tiempo que dió la casualidad de que conociera yo á un español, que habia viajado mucho en el nuevo mundo.

D'ART. ¿Pero qué tiene que ver el español ese, y el nuevo mundo, con el vino que vos bebais á vuestra salud cuando yo entré?

PLAN. Pues á eso voy... Allá en México, los naturales de aquel país cazan los tigres y los toros con unos nudos corredizos que arrojan al cuello de aquellos feroces animales.

D'ART. Pero yo, señor Planchet, hasta ahora no veo qué conexión...

PLAN. Lo vais á ver... Al principio, por supuesto, yo no quería creer que se pudiese llegar á tan alto grado de destreza, como el de arrojar á veinte ó treinta pasos de distancia la estremidad de una cuerda, al punto que uno quiere; pero como veía que mi amigo colocaba una botella á treinta pasos, y á todos tiros la cojía por el galletete con un nudo corredizo, me he entregado á este ejercicio y he adquirido tal práctica, que en el día maneja el lazo casi lo mismo que un rancho de México. Si el señor caballero quiere juzgar por sí mismo de mi habilidad...

D'ART. Desde luego me gustará asistir á este ejercicio.

PLAN. Ahora vereis. [Tira la cuerda. Mirad. Sube una botella lazada por el cuello.]

D'ART. Pero este no es vino, es licor.

PLAN. Esto precisamente entra en mi cálculo, porque lazo una botella de licor, la vendo en dos libras, y con esta suma, compro cuatro botellas de vino de Borgoña, á diez sueldos cada una. Ahora me permitirá el caballero que le ofrezca el asado. [Va á tomar una cuerda con anzuelo.]

D'ART. La fritura, querrás decir.

PLAN. No señor, el asado... Si la ventana del caballero diese sobre un estanque, sobre un lago, ó sobre un río, yo pescaría sollos, ó carpas, ó truchas; pero la ventana cae sobre un gallinero, y yo entonces pesco pollas. El caballero va á ver cómo atrapan el anzuelo. [Lanza el sedal y saca una polla.] Mirad, no se necesita mas que el tiempo necesario para echar el sedal.

D'ART. Sois un gran tuno, señor Planchet.

PLAN. Señor...

ART. Pero en atención á lo apremiante de las circunstancias, os perdono ahora. Id á desplumar la gallina y hacerla asar. [Sale.] ¡Hola! han tocado: probablemente serán nuestros amigos.

PLAN. Si señor, probablemente han de ser ellos; habrán olfateado...

D'ART. El bribon está lleno de travesura, y un criado así, es un verdadero tesoro.

PLAN. Señor, señor! [Retrocediendo desparovido.]

D'ART. ¿Qué tienes, hombre?

PLAN. No son ellos, es nuestro propietario el señor Bonacieux.

D'ART. ¡Malo está eso! ¿Si os habrá visto echar el lazo ó tirar el sedal, señor Planchet?

PLAN. Yo no sé, pero por lo que pueda importar, y á todo evento, encajadme la polla aquí en la bolsa.

BON. [En la antecámara.] ¡Hum! hum!

D'ART. En fin, suceda lo que suceda. Entrad, señor Bonacieux, entrad.

ESCENA V.

D'ARTAGNAN, BONACIEUX.

BON. Señor caballero, soy vuestro servidor.

D'ART. Estoy, señor, á vuestras órdenes. ¿En qué puedo servirlos? Planchet! Pronto, Planchet, un sillón á este caballero. A dónde se habrá ido este pícaro! Dispensadme, señor, tengo un bribon de criado que merec estar en galeras. [Se acerca un sillón.]

BONAC. No os molesteis, caballero, seré breve. He oído hablar de vos como de un caballero muy honrado, y sobre todo muy valiente.

D'ART. Señor....

BONAC. Y esta última cualidad me ha decidido á dirigirme á vos.

D'ART. ¿Y para qué!

BONAC. Para confiaros un secreto.

D'ART. ¿Un secreto! Hablad, señor, hablad.

BONAC. Se trata nada menos que de mi mujer.

D'ART. ¡Ah! ¡El señor tiene una mujer!

BONAC. Que es la lencera de la reina, y no le falta ni juventud, ni gracia, ni hermosura.

Me hicieron casar con ella, hace cerca de tres años, aunque no tenia gran cosa, porque se empeñó en ello, ¡qué quereis! el señor de La Porte, el guarda ropa de la reina, que es su padrino y la protege.

D'ART. Continúad.

BONAC. Pues señor, mi mujer ha sido robada ayer, en el momento mismo que salía de su cuarto de labor.

D'ART. ¡Ah! ¡Vuestra mujer ha sido robada! ¿Y quien fué el raptor?

BONAC. Eso es lo que yo no os puedo decir á punto fijo; pero de lo que sí estoy convencido es, de que en este rapto hay mas de política que de amor.

D'ART. ¿Mas de política que de amor! Pero, ¿qué es lo que vos sospechais?

BONAC. No sé si deba deciros lo que sospecho.

D'ART. Os advertiré señor mio, que yo nada absolutamente os he preguntado, y que vos sois el que ha venido á decirme que teniais un secreto que confiarme; si ya habeis mudado de opinión, haced lo que os plaz-

ca. [Levantándose.] Estais aún á tiempo de retiraros.

BONAC. No señor, tendré confianza en vos. Yo creo que á mi mujer la han arrestado, no porque tenga mas amores que los míos, sino porque....

D'ART. Tanto mejor para vos.... Estraña fidelidad!

BONAC. Sino por los amores de otra, de una gran dama, muy superior á ella, sí, mucho mas superior.

D'ART. ¡Ah! ¡bah! Será tal vez por los amores de la señorita de Gombalet.

BONAC. ¡Qué! No señor; mas alto todavía.

D'ART. ¿De la señora de Chevreuse?

BONAC. No señor, todavia mucho mas alto que todo eso. Mucho mas arriba.

D'ART. De la...

BONAC. Eso es, sí señor.

D'ART. Y con quien....

BONAC. ¡Y con quien ha de ser, si no es con el duque de....

D'ART. ¡Ah! con el duque de....

BONAC. Justamente!

D'ART. ¿Y cómo sabeis vos, todo eso?

BONAC. ¡Ah! ¡cómo lo sé yo! Ahí está....

D'ART. Nada, amigo, yo no quiero confianzas á medias. [Levantándose.] O vos comprendéis que yo....

BONAC. Pues, señor, lo sé por mi mujer, por ella misma.

D'ART. ¿Y cómo?

BONAC. Hace cuatro dias vino mi mujer y me confió que la reina en aquel mismo instante estaba sobresaltada y llena de miedo, porque creia....

D'ART. Ella creia....

BONAC. Creia ó creo que cree, que le habian escrito en su nombre al señor de Buckingham.

D'ART. ¡Bah! ¡bah!

BONAC. Sí señor, para hacerlo venir á Paris, y una vez aquí, tenderle un lazo.

D'ART. ¿Pero y qué tiene que ver vuestra mujer, con nada de eso?

BONAC. Como saben lo mucho que quiere á la reina, se empeñan en separarla de su ama, ó para saber los secretos de su majestad, ó para seducirla, á fin de servirse de ella como de un espía.

D'ART. Es muy probable; ¿y conocéis vos al que se la ha robado?

BONAC. No sé su nombre precisamente, pero lo conozco de vista; me lo enseñó un dia mi mujer; es un señor pequeño con los dientes muy blancos, y una cicatriz sobre una sien.

D'ART. ¿Ese es mi hombre!

BONAC. ¿Cómo vuestro hombre!

D'ART. Sí, indefectiblemente; y si es él, me vengaré por duplicado. ¿Pero en dónde encontrarlo?

BONAC. Eso si que no sé yo.

D'ART. No podeis darme alguna seña ó....

BONAC. Sí señor, esta carta.

D'ART. ¡A ver! [Lee.] "No busqueis á vuestra mujer, que cuando ya no se necesite,

S.—TEATRO.

se os devolverá; pero sabed que si dais un solo paso para encontrarla, estais perdido."

Esto es lo mas positivo; aunque bien mirado, todo ello no es mas que una amenaza.

BONAC. Sí señor, y con todo, esta amenaza me espanta, me horripila; porque al cabo yo no soy hombre de armas tomar, y por otra parte, tengo un miedo cerval á la Bastilla.

D'ART. ¡Hum! Y qué os parece que yo no respeto tambien á esa señora! Si solo se tratase de dar ó recibir una estocada, todavia pase.

BONAC. Y sin embargo señor, yo para este lance contaba con vos.

D'ART. ¿De veras!

BONAC. Como os veia constantemente rodeado de mosqueteros; y con ese ademán así tan noble, tan arrogante; y considerando ademas, que estos mosqueteros eran los del señor de Treville, y por lo mismo, enemigos del cardenal; pensaba yo, que vos, y vuestros amigos, al prestar un servicio á nuestra pobre reina, se alegrarian muchísimo de hacerle al mismo tiempo una mala pasada al señor cardenal.

D'ART. En efecto, la idea es peregrina y tentadora.

BONAC. Y luego habia pensado tambien que, como desde que estais en mi casa, distraido sin duda por vuestras graves ocupaciones, os habiais olvidado de pagarme la renta....

D'ART. ¡Ah! eso es lo que....

BONAC. Pero no importa nada, señor; es una bagatela, un retardo que no vale la pena; por eso es que no os he atormentado un solo instante; y si se me habia ocurrido que no echariais en saco roto mi delicadeza, y que la estimarais en algo, y....

D'ART. Como, pues, señor mio! ¿creeis que os estoy muy reconocido por semejante proceder!

BONAC. Y, contaba igualmente con no hablaros nunca de la tal renta, mientras me hicierais el honor de ser mi locatario!....

[D'Artagnan hace un gesto.]

BONAC. Y, agregad á todo esto, que si vos, contra toda probabilidad, no estuviérais en estos momentos muy sobrado, no tendria embarazo en ofreceros un centenar de escudos....

D'ART. Imposible, caballero, yo no puedo aceptar.... no, jamas. [Bonacieux le encaja el dinero en su bolsa.] Pero preciso es que seais rico, cuando me haceis semejante oferta.

BONAC. Lo que es rico, no señor; pero sin serlo, no me falta nada; he hecho algunas economías, y con ellas me he formado una renta como de dos ó tres mil escudos al año.

D'ART. Mi querido señor Bonacieux, estoy á vuestra disposicion.

BONAC. Me parece que tocan á la puerta del señor caballero.

D'ART. ¡Ah! ¡habeis venido muy á pelo! Mis amigos vienen á pedirme de almorzar, y

con tan plausible motivo, vuestro negocio va á resolverse en pleno consejo.

BONA. Mi querido señor Planchet, procurad que vuestro amo conserve por mí las buenas disposiciones que manifiesta, y nosotros nos veremos mas tarde; solo esto os digo. Señores, humilde servidor vuestro. *(Entra Porthos.)*

D'ART. Mi querido Porthos, os presento al Fénix de los propietarios... ¡El señor Porthos! uno de mis mejores amigos.

PORT. Por cierto, que tiene muy mala traza vuestro propietario. Vaya un vestido estrafalario!

D'ART. No me parece que está tan mal para ser un especiero mercero.

BONA. Escuso decirlo, caballero, que mi casa toda está á vuestro servicio. *[Vase.]*

PORT. Mousqueton, toma mi capa. *(D'Artagnan que acompañó á Bonacieux, vuelve.)*

D'ART. ¡Segun eso, Porthos, ya no estais costipado!

PORT. ¡En dónde diablos estábais ayer tarde, que os hemos buscado por todas partes! Aquí, en la taberna, en casa del señor de Treville, y nada, ni modo de poder encontraros.

ARA. *[Entrando, que ha oído la pregunta de Porthos.]* Sois, amigo Porthos, en extremo indiscreto. ¡En dónde estabais en sus negocios, sin duda. Cuando vos tomáis el camino de la calle de los Osos, os gustaría que se le preguntase á Mousqueton, á dónde vais!

PORT. ¡A la calle de los Osos! cuando yo voy á la calle de los Osos...

ARA. Vais á donde se os antoja, y eso á nadie le interesa. *[A Athos que entra.]* ¡No es así, Athos!

ATHOS. Sí, á no ser que haya descubierto por ese rumbo alguna bodega bien provista, porque en ese caso, cometería un enorme crimen, por no dar parte á sus amigos. ¡Tenemos vino, Planchet!

PLAN. Sí, señor, y creo que muy digno de vos.

ATHOS. Entonces, todo va á pedir de boca.

PORT. ¡Os gusta mucho el vino, Athos!

ATHOS. No es el vino lo que á mí me gusta, es la embriaguez.

PORT. No os comprendo.... en fin, vámonos á la mesa.

ATHOS. Podéis iros, Grimaud.

PORT. Y vos también, Mousqueton.

ARA. Y vos Bazin.

D'ART. ¡Eh! ya que estamos reunidos, vamos á conversar un rato.

ATHOS. A beber, queréis decir.

D'ART. Planchet, bajad ahí en casa de mi propietario y suplicadle de mi parte que nos envíe cinco ó seis botellas de vinos extranjeros, y sobre todo, de vino de España.

PORT. ¡Segun eso, teneis crédito abierto en casa de vuestro propietario!

D'ART. Sí, á datar desde hoy, y no os apuréis por poco, que si el vino es malo, ya haremos que nos lo traigan bueno.

ARA. No olvideis, d'Artagnan, que conviene usar siempre, y abusar nunca.

ATHOS. Yo lo he dicho siempre, que d'Artagnan, era de nosotros cuatro, la cabeza privilegiada, fuerte.

PORT. Pero en fin, ¿qué hay aquí?

D'ART. Lo que hay es, que el señor de Buckingham ha llegado á Paris, á consecuencia de una supuesta carta de la reina; lo que hay es, que el señor cardenal tiene ganas de jugar á S. M. una chanza pesada, y que la mujer de mi propietario, ahijada del señor Laporte, y confidente de la reina, ha sido robada.

ATH. ¡Y qué tenemos con eso!

D'ART. Que el señor Bonacieux quisiera encontrar á su mujer.

ATH. ¡Vaya un imbécil!

ARAM. Pues á mí me parece que el negocio no es malo, y que muy bien se podían sacar de ese buen hombre dos ó trescientos escudos.

PORT. ¡Dos ó trescientos escudos! no sería mal bocado, y nos vendrían de perillas.

ATH. Sí; pero ahora lo que importa saber es, si por esa suma, se deben arriesgar cuatro cabezas.

D'ART. ¡Chiton!

PORT. ¡Qué hay!

ARAM. ¡Silencio! *(Se oye en la escalera la voz de Bonacieux.)* ¡Caballero! ¡caballeros!

D'ART. Es mi respetable y digno propietario.

ESCENA VI.

Dichos BONACIEUX.

BONA. *(Abriendo la puerta.)* ¡Señores, auxilio, favor, socorro! *[Todos se levantan, excepto Athos.]*

PORT. ¿Qué ha sucedido?

BONA. ¡Ay señores! allá bajo están cuatro hombres que me quieren prender... salvadme, salvadme por piedad.

PORT. ¡Eso si que no, prender á un propietario que tiene tan buen vino!

D'ART. Despacio, señores, no es valor lo que aquí se necesita, es prudencia.

PORT. Sin embargo, no dejaremos prender á este buen hombre.

ATH. Lo que se necesita, Porthos, es dejar obrar á d'Artagnan.

D'ART. *(Haciendo entrar las guardias que vienen á prender á Bonacieux.)* Adelante, señores, entrad; estais en mi casa; es decir, en casa de un fiel servidor del rey y del señor cardenal.

EXENT. Entonces no os opondréis, caballero, á que ejecutemos las órdenes que se nos han dado.

D'ART. Todo lo contrario, os prestaremos mano fuerte, si necesario fuese.

PORT. ¡Qué demonios dice este hombre!

ATH. Eres un necio, Porthos, cállate.

BONA. Sin embargo, vos me habíais prometido....

D'ART. ¡Silencio! no os podemos salvar si no quedamos en libertad; y si aparentamos defenderos, nos arrestan á todos.

BONA. Con todo, me parece que después de....

D'ART. Señores, nada hay que me impela á defender al hombre que me reclamais; le he visto hoy por la primera vez, y con qué objeto? El mismo puede decirlo: ha venido por la renta de esta habitación que me arrienda. ¡Es verdad señor Bonacieux! Responded. *(Bajo.)* Responded, pues.

BONA. Si señores, es la pura verdad; pero el señor no os ha dicho....

D'ART. ¡Silencio! no digais ni una sola palabra respecto de mí y de mis amigos, y sobre todo, respecto de la reina, ó nos perdeis á todos, sin que vos podais salvaros. *[Alto.]* Eh! ¿Qué es lo que decís! Hablad en voz alta, inteligible. ¡Cómo! ¡Me ofrecéis dinero! ¡Queréis corromperme! ¡Defenderos yo! ¡Yo oponerme á la ejecución de las órdenes de su Eminencia! ¡Sois un bergante, un mentecato! ¡Intentar corromper á los guardias de S. M! Llevadlo, señores, llevadlo, que este hombre ha perdido la cabeza.

EXENT. Vamos, vamos, amigo, venid con nosotros y no resistais.

D'ART. No querrá el señor Exento beber conmigo un vaso de vino! *[Llena dos vasos.]*

EXENT. Tendré en ello mucho honor, señor guardia.

D'ART. Pues á vuestra salud.

EXENT. A la vuestra, y á la de vuestros amigos.

D'ART. Y antes que todo, y sobre todo, á la del rey y la del cardenal.

BONAC. ¡Y cuando pienso que es con mi vino!....

EXENT. Vamos, andad *(Volviéndose.)* Señores, soy servidor vuestro. *[Vanse llevándose á Bonacieux.]*

ESCENA VII.

D'ARTAGNAN, ATHOS, PORTHOS, ARAMIS.

PORT. ¡Qué demonio de villanía habeis cometido, d'Artagnan! ¡Qué vilipendio! Cuatro mosqueteros dejan que preñan á un desgraciado que, estando entre ellos, grita ¡so-corro! y luego, un caballero beber con un corchete, con un miserable de policia! Vamos, yo no puedo comprender esto! Os doy mi palabra de honor, que me pierdo en conjeturas, y no sé cómo vosotros aprobais lo que acaba de hacer.

ATHOS. Yo no solamente lo apruebo, d'Artagnan, sino que te felicito por lo que has hecho.

D'ART. Y ahora, señores, que nos hemos

lanzado en una aventura que puede perdernos ó hacer nuestra fortuna, juremos con mas decision que nunca, fidelidad á nuestra divisa. ¡Todos para uno! ¡Uno para todos!

PORT. Sin embargo, yo quisiera antes comprender mejor....

ATHOS. Es inútil.

ARAM. Vamos, alargad la mano y jurad, Porthos.

D'ART. ¡Todos para uno!

TOBOS. ¡Uno para todos!

D'ART. Ahora, caballeros, ya lo sabeis, libertad completa.

PORT. Pues yo me voy, que tengo una cita en casa de una cierta gran señora. Planchet, arréglame la valona y mi capa.

ARAM. Y yo me voy á visitar á un célebre teólogo con quien tengo un negocio grave.

PORT. ¡Y vos, Athos.

ATHOS. Yo, como ni me ocupo del amor, ni de la teología, me quedo.

ARAM. y PORT. *(A D'Art. y Athos.)* Entoces hasta la vista.

ESCENA VIII.

D'ARTAGNAN, ATHOS.

D'ART. Bravo! Athos, me alegro que os quedeis: todavía hay vino en las botellas, y sería una ingratitude que os fuérais sin que las vaciásemos.

ATHOS. Decís bien: vamos d'Artagnan sentaos enfrente de mí, á no ser que tengais como Aramis, alguna thésis que defender, ó como Porthos, alguna gran dama que pasear.

D'ART. *(Tristemente.)* Ah, mi querido, Athos!

ATHOS. Suspiro tenemos! Bebed, d'Artagnan, y cuidado con esos suspiros.

D'ART. Por qué!

ATHOS. Os digo que cuidado! *(bebe.)*

D'ART. No comprendo!....

ATHOS. Pues te digo que estais enamorado.

D'ART. Imaginaos, Athos, una mujer....

ATHOS. Un angel, no es así!

D'ART. No, un demonio.

ATHOS. Es menos temible.

D'ART. Oh! pero es inútil....

ATHOS. Y qué es lo que es inútil!

D'ART. Quería pedir un consejo.

ATHOS. Veamos.

D'ART. Será mas tarde.

ATHOS. Tú te figuras, d'Artagnan, que yo estoy borracho; pues te engañas, y sabe para tu gobierno y no lo olvides nunca, que mis ideas jamas son claras y precisas sino cuando bebo: en el vino tengo yo todo mi criterio: habla pues, que para oírte soy todo orejas.

D'ART. No quisiera hablar, no porque

piense que estais borracho, mi querido Athos, si no que, como no habeis amado nunca!...

ATHOS. Ah, es verdad... Como yo no he amado nunca!... (bebe).

D'ART. Ya lo estais viendo, teneis el corazon de piedra.

ATHOS. Sí, de piedra!... Ah! corazones tiernos! Corazones heridos y almibarados!

D'ART. ¡Qué diablos estais diciendo!

ATHOS. Friolera! que el amor, amigo mio, es una lotería, en la cual el que gana, gana la muerte. Y vos, D'Artagnan, habeis ganado ó perdido!

D'ART. Pienso que he perdido.

ATHOS. Entonces sois muy dichoso. Creedme, d'Artagnan, perded siempre.

D'ART. Me figuré por un momento que ella pudiera amarme.

ATHOS. Y ama á otro, no es eso! Ten siempre presente esto: no hay hombre que no se crea amado por su querida; y que no haya sido engañado por ella.

D'ART. Ella no era mi querida.

ATHOS. No era tu querida, y te quejas! No era tu mujer, y te quejas! Vaya, bebamos...

D'ART. Ya que sois tan filósofo, instruidme, sostenedme, porque necesito saber y ser consolado.

ATHOS. Consoladot de qué!

D'ART. De mi desgracia, porque amo y no soy amado.

ATHOS. Vuestra desgracia me hace reir, d'Artagnan; y me gustaria mucho saber lo que vos diriais despues que yo os refiriese una historia de amor. [Bebe.]

D'ART. ¡Qué os ha pasado á vos!

ATHOS. No precisamente á mí, á uno de mis amigos.

D'ART. Vaya, referídmela, Athos.

ATHOS. Es mejor que bebamos.

D'ART. Bebed y contad.

ATHOS. En efecto que ambas cosas pueden hacerse á un tiempo. Pues bien, sabed que uno de mis amigos... uno de mis amigos! oído bien; no yo, por supuesto, sino un conde de mi provincia; es decir, un conde de Berry, noble como un Rohan ó un Montmorency, se enamoró á los veinticinco años de edad, de una hermosa niña de diez y seis, bella como los amores y que no solo agradaba, sino que infatuaba.

D'ART. Así es esta.

ATHOS. Malo! si me interrumpis, me callo.

D'ART. No, Athos, continuad.

ATHOS. Vivía la tal, en una casita aislada, entre la aldea y el castillo, con su hermano, que era cura; ambos eran extranjeros y venían no sé de donde... y como ella fuese tan hermosa y el hermano tan piadoso, á nadie se le ocurrió el preguntarles de dónde venían; decláse sin embargo, que eran de buena familia: un día desapareció el hermano ó hizo que desaparecía. Mi amigo que era el señor del país, bien hubiera podido seducir á la jóven ó llevársela por fuerza: quién la hubiera defendido! Nadie: pero desgraciadamente él era hombre honrado, y el muy

necio! el imbécil! el tonto! hace la locura de casarse con ella.

D'ART. Eso quiere decir que él la amaba.

ATHOS. Esperad... A la muerte de su padre, que acació seis meses despues de la boda, mi amigo llevó su esposa á su castillo, y la hizo la primer señora de su provincia; y eso sí, es preciso hacerle justicia, desempeñaba muy bien su papel. Bebamos.

D'ART. ¡Y luego!

ATHOS. Luego, un dia yendo á caza con su marido, cayó del caballo y perdió el sentido; lanzóse el conde á su socorro, y como el vestido la sofocaba, se lo rasgó con el puñal, y le descubrió la espalda. (Carcajada de risa.) A que no adivinais, d'Artagnan, lo que ella tenía en la espalda!

D'ART. ¡Cómo quereis que lo sepa!

ATHOS. Pues nada menos que una flor de lis! El ángel era un demonio; y la pobre criaturita habia robado los vasos sagrados de una iglesia.

D'ART. ¡Qué horror! ¡Y qué hizo entonces vuestro amigo!

ATHOS. El conde era un gran señor, señor de horca y cuchillo en sus dominios; por consiguiente, acabó de hacer pedazos el vestido de la condesa, luego le ató las manos á la espalda, y la colgó de un árbol.

D'ART. ¡Cielos! un asesinato, Athos!

ATHOS. Y nada mas... Pero, me parece que se ha acabado el vino.

D'ART. No, aquí hay todavía una botella llena.

ATHOS. [Bebiendo.] Bueno. He aquí lo que me ha curado de las mujeres hermosas, románticas y enamoradas... Dios te conceda igual gracia.

D'ART. ¡Conque érais vos!...

ATHOS. ¡Ah! ¡dije que era yo! Entonces se ha llevado el demonio el secreto.

D'ART. ¡Y ella ha muerto!

ATHOS. ¡No, que se quedaría riendo!

D'ART. ¡Y su hermano!

ATHOS. Su hermano lo hice buscar para ahorcarlo á su vez; pero no se le pudo encontrar: probablemente habia sido el primer amante y el cómplice de la hermosa; ¡muy buen sugeto! que quiso hacer de cura, sin duda para casar á su querida y proporcionarle un alegre y venturoso porvenir. Me supongo que él tambien habrá acabado en el patíbulo.

D'ART. (Cayendo sobre la mesa.) ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

ATHOS. (Mirando á d'Artagnan.) Trae vino, Planchet. Está visto, los hombres ya no saben beber, y eso, que este es uno de los mejores. (Planchet entra con dos botellas de vino, y cae el telon.)

CUADRO VI.

EL ENCUENTRO.

Interior del almacén del Sr. Bonacieux. Cuatro golillas y un escento, formando sumaria. En la casa todo está en desorden.

ESCENA I.

EL EXENTO Y LOS CUATRO GOLILLAS.

EXENT. [Leyendo.] Y despues de haber registrado toda la casa, declaramos no haber encontrado mas papeles que aquellos que están reunidos en el legajo G.-En fé de lo cual, hemos firmado. (Firma.)

UN GOL. ¡Eso es todo!

EXENT. Respecto á papeles y escritos, sí: ahora vamos á ocuparnos del verdadero objeto de nuestra mision.

OTRO GOL. [Levantándose de delante de la mesa.] ¡Y cuál es ese!

EXENT. Vais á saberlo. Como el susodicho Bonacieux puede y debe tener cómplices... como ya son las nueve de la noche, y como la noche está oscura como boca de lobo, y es por la noche, sobre todo; cuando los cómplices se reúnen, el objeto de nuestra mision es estarnos constantemente en la casa del susodicho Bonacieux, y dejar entrar en ella á todos cuantos vengan á tocar á la puerta, y de no dejar salir á nadie, sino despues de su correspondiente interrogacion y confrontacion.

UN GOL. ¡Y eso reza tambien con las mujeres!

EXENT. Precisamente mas habla con ellas que con nadie, en atencion á que el mayor culpable en todo esto, no es el marido sino la mujer.

GOL. Me parece que tocan á la puerta.

EXENT. Apáguense las luces y cada uno á su puesto. (Apagan la lámpara; oscuridad completa.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA II.

"LOS REYES"

CALLE 1225 MONTERREY, MEXICO

LOS MISMOS, LA SRA. BONACIEUX.

SRA. BONA. (Despues de haber tocado por la parte de afuera, empuja suavemente la puerta.) Habrase visto cosa mas rara! Está la puerta abierta y no hay nadie en casa.

EXENT. Chits! ¡Uno de los hombres se escurre por detras de la Bonacieux, y va á cerrar la puerta.]

SRA. BONA. ¡Eh! me parecia que habia oido! ¡Señor Bonacieux! ¡Señor Bonacieux! (Ella se vuelve y el Exento se oculta en el ángulo.) ¡Habrá salido!... felizmente hay aquí lumbre, encendamos esta bujía. [Enciende una bujía en la chimenea, y percibe al Exento.] ¡Quién sois! ¡Qué me quereis!

EXENT. ¡Silencio!

SRA. BONAC. ¡Qué haceis aquí! ¡Favor! ¡socorro!

EXENT. ¡A mí, amigos míos! que ya me parece que tenemos seguro lo que todo el mundo busca.

SRA. BONA. ¡Pero qué es lo que me quereis! Yo soy la dueña de esta casa.

EXENT. Justamente.

SRA. BONA. Soy la Sra. Bonacieux.

EXENT. La misma, la misma que nosotros...

SRA. BONA. ¡Favor! ¡Socorro! ¡Ah! ¡Favor! (En este momento se levanta la trampa y se ve bojar á d'Artagnan: primero se le ven las piernas y despues el cuerpo, luego la cabeza.)

D'ART. Ten firme... Heme aquí!

PLANCH. [arriba.] ¡Os vais á matar!

D'ART. Calla, imbécil.

ESCENA III.

DICHOS. D'ARTAGNAN (saliendo al medio de la escena.)

EXENT. ¡Pero, y qué es esto!

D'ART. Lo que es esto os lo voy á decir en un momento. Esto es, que un caballero no dejará maltratar á una mujer delante de él... Vamos, pronto, dejad á esta mujer.

EXENT. Señor, es en nombre del rey!...

D'ART. Os repito que dejéis á esta mujer.

EXENT. (A sus hombres.) Llevadla, arrebatadla. [Tira de la espada.]

D'ART. ¡Hola! ¡Tenemos aquí espadas! mejor que mejor! que yo manejo la espada con mas destreza que el palo. Señores cuervos, cuidado con vuestras plumas! (Combate, tumulto. Los cinco hombres acaban por emprender la fuga, los unos por la ventana, los otros por la puerta. D'Artagnan cierra la puerta detras de ellos, y vuelve á la Sra. Bonacieux.)

Vamos, señora, tranquilizaos... ¡Qué veo!...

¡Se ha desmayado! No será nada; no tengais cuidado, ya se han ido, señora. ¡Qué buen bocado! ¡Qué hermosa es!

SRA. BONA. ¡Ah!

D'ART. ¡Hola! parece que esta palabra la ha hecho volver en sí.

SRA. BONA. ¡Ah, caballero!... ¡Sois vos quien me ha salvado! Permitted que os dé las mas espresivas gracias por tan señalado servicio.

D'ART. Señora, yo no he hecho mas que lo que cualquiera otro caballero habria hecho en mi lugar; no teneis, por consiguiente, ningunas gracias que darme.

SRA. BONA. ¡Ah! no señor, os estoy muy reconocida, y yo trataré de probaros que no soy ninguna ingrata. Pero decidme, ¿qué me querían esos hombres, que al principio me parecieron ladrones? ¡Y por qué no está aquí el Sr. Bonacieux!

D'ART. Esos hombres eran los agentes del cardenal, y el señor Bonacieux no está aquí, porque está en la Bastilla.

SRA. BONA. ¡Mi marido en la Bastilla! ¡Válgame Dios! ¡Pobre esposo de mi vida! ¡Qué es lo que ha podido hacer el infeliz, si es la inocencia personificada!

D'ART. Su mayor crimen, señora, es, según yo imagino, el tener la felicidad y la desgracia á la vez, de ser vuestro esposo.

SRA. BONA. Pero, señor, entonces vos sabeis...

D'ART. Sé, señora, que vos habeis sido robada.

SRA. BONA. ¡Y por quién lo sabeis.

D'ART. No fué el raptor un hombre como de cuarenta á cuarenta y cinco años, que tiene los cabellos negros, la tez morena, y una cicatriz encima de la sien izquierda!

SRA. BONA. ¡Chito! no digais su nombre.

D'ART. No, no lo diré, porque no lo sé; ¡lo sabeis vos por casualidad!

SRA. BONA. ¡Silencio!

D'ART. ¡Pero en fin, que hay!

SRA. BONA. ¡Silencio! en nombre del cielo, callad. Pero decidme, sabe mi marido la causa de mi desaparición!

D'ART. El la atribuye á un motivo político.

SRA. BONA. ¡Ah! entonces no ha sospechado de mí ni un solo instante.

D'ART. Muy lejos de eso, señora, estaba muy orgulloso de vuestra virtud, y de vuestra prudencia; y sobre todo de vuestro amor. Pero decidme, ¿cómo os habeis escapado? Porque vos estabais presa.

SRA. BONA. He aprovechado un momento en que me dejaron sola; y con la ayuda de las sábanas, me he descolgado por el balcón.

D'ART. ¡Así habeis arriesgado vuestra existencia!

SRA. BONA. Y si diez existencias hubiera tenido, las diez habria arriesgado del mismo modo.

D'ART. ¡Y cómo una vez libre, os habeis espuesto á venir aquí!

SRA. BONA. Calculé que en mi encierro no se me echaría de menos hasta mañana.

D'ART. Es probable que....

SRA. BONA. Y me importaba mucho el ver esta noche á mi marido.

D'ART. Sin duda, para ponerlo bajo su protección.

SRA. BONA. ¡Pobre hombre! Ya vos habeis advertido que era incapaz de defenderme; pero si podría servirme en otra cosa.

D'ART. ¡En cuál!

SRA. BONA. Como no es mi secreto, me permitiréis que no os lo diga.

D'ART. ¡Pero y qué es lo que debía hacer vuestro marido?

SRA. BONA. (Disponiéndose para salir.) Lo que él debía hacer, lo haré yo.

D'ART. ¡Y me dejais!

SRA. BONA. Es preciso.

D'ART. ¡Y os vais así sola, por las calles!

¡Y si os acometen los ladrones!

SRA. BONA. No llevo conmigo ni un sueldo.

D'ART. ¡Y olvidais ese hermoso pañuelo bordado y blasonado que habia caído á vuestros piés, y que yo puse en vuestro bolsillo!

¡Lo estimais en tan poco!

SRA. BONA. ¡Callad, callad, desgraciado!

¡quereis acaso perderme!

D'ART. Vos misma me estais indicando que todavía correis peligro, puesto que una sola palabra os hace temblar. Vaya, deponead todo género de desconfianza, descansad en mí, y leed en mis ojos todo cuanto hay en ellos de rendimiento, y en mi corazón todo cuanto encierra de simpatía.

SRA. BONA. Bien conozco que seria la mujer mas ingrata del mundo, si dudase de vos, despues del gran servicio que me habeis prestado. Ecsigidme que os revele todos mis secretos, y os los diré sin reserva; pero los agenos, jamas.

D'ART. En hora buena: libertad teneis para buscar todos los medios de ocultármelos; pero no la tengo yo menos, para arbitrar el camino de descubrirlos.

SRA. BONA. Os suplico por la gratitud que os debo, que no intenteis, caballero, mezcláros en nada de lo que me concierne, y que no pretendais ayudarme en lo que yo sola debo llevar á cima. Os lo pido en nombre del interes que os inspiro; en nombre del servicio que me habeis hecho, y que no olvidaré en toda mi vida. No, creedme lo que os digo, no os ocupeis mas de mí; que ya yo no ecsista para vos, y que esta entrevista sea como si no nos hubiésemos visto nunca.

D'ART. ¡Pues entonces hay algún peligro grave, inminente!

SRA. BONA. Sí; con solo conocerme, se corre el peligro de ir á una prision, y hasta de perder la vida.

D'ART. Entonces, ya no os abandono.

SRA. BONA. Señor, en nombre del cielo, en nombre del honor de un militar, en nombre de la cortesania de un caballero, os suplico que me dejéis; están dando las diez y media, y precisamente á esta hora se me espera, ó mejor dicho, hace ya media hora que me están esperando.

D'ART. Yo, señora, no puedo contrariar por mas tiempo á quien me suplica de ese modo; teneis libertad para hacer lo que querais, me retiro.

SRA. BONA. No, dejadme salir á mi primero; vos saldreis mas tarde; pero antes empenadme vuestra palabra de que no me espiareis, de que no me seguireis.

D'ART. Señora, os la doy de caballero.

SRA. BONA. ¡Ah! bien conocia yo que teneis un excelente corazón. [Le besa la mano.]

D'ART. [Besándosela.] ¡Cuándo nos volveremos á ver!

SRA. BONA. ¡Lo ansiáis mucho!

D'ART. Muchísimo.

SRA. BONA. Entonces, será pronto; fiaos de mí.

D'ART. Cuento con vuestra palabra.

SRA. BONA. Podeis contar. (Vase.)

ESCENA IV.

D'ARTAGNAN, solo.

D'ART. ¡He quedado lucido! confieso francamente que el que vea claro en todo lo que me sucede, debe tener una vista de lince. Esto es un verdadero laberinto, un embrollo que no comprendo. ¡Cómo demonios se hace que Aramis, la de Boistracy, la reina, el duque de Buckingham, el cardenal, y la Bonacieux, andan todos ellos revueltos y alborotados! ¡Vaya una trapisonda! ¡Y qué bonita es esa Bonacieux! Tiene un ademan tan noble, que parece una princesa, y un corazón.... ¡Ah! ¡qué corazón! ¡y un valor! ¡a prueba! ¡y un talento admirable! ¡y con tan bellas dotes, es la mujer de ese horrible mercillero.... No hay remedio, para ver tantos primores reunidos, era preciso venir á Paris: allá en mi tierra, en Tarbes, jamas se ha hecho nada que se parezca á esto.

PLAN. [En medio del techo.] ¡Señor, señor, estais ahí!

D'ART. Sí.

PLAN. Están tocando á la puerta.

D'ART. ¡Quién!

PLAN. Creo que es la guardia.

D'ART. ¡Bah!

PLAN. ¡Si oigo las culatas de los mosquetes! ¡abro!

D'ART. Sin duda, que al cabo yo no estoy ahí.

PLAN. Pues no os movais. [Cierra la trampa.]

D'ART. ¡Ah! echadme mi capa y mi sombrero, ¡peste en ellos! No haya miedo de que yo me mueva, no, y aún me parece que para mayor seguridad, deberé cerrar esta puerta. [Acércase a la puerta del fondo, despues de haber apagado la bujía; pero cuando él se acerca, se abre la puerta y se presenta Milady exactamente vestida como la Bonacieux.]

¡Oh! qué es lo que veo!

ESCENA V.

D'ARTAGNAN, MILADY.

MIL. No, no es aquí, seguramente me he

engañado. Sin embargo, esta es la tienda y aquella la trastienda; no hay duda, estoy en casa del señor Bonacieux mercero especiero, y hasta su nombre he visto encima de la puerta. (Yendo á la ventana.) ¡Conde! ¡conde!

ROCH. [Sale.] ¡Que hay!

MIL. Yo pensaba que la casa estaria ocupada por los nuestros, y no veo á nadie.

D'ART. [En la tienda tropieza con una pipa. Milady empujando la ventana.]

MIL. Me engañaba, aquí hay alguien.

D'ART. ¡Ya de vuelta!

MIL. ¡De vuelta! ¡Y de dónde!

D'ART. ¡Ay, que no es su voz!

MIL. ¡Quién sois!

D'ART. Yo os haré la misma pregunta: solo que si rehusais responderme.... [Va á la chimenea y enciende la bujía.]

ROCHE. (A la ventana.) ¡Me necesitais!

MIL. No sé; pero estad siempre prevenido.... ¡Qué veo! Mi gacón! [A Rochefort.]

No os altereis por nada.

D'ART. ¡Milady!

MIL. ¡Ya veo que no me habian engañado!

D'ART. ¡No os habian engañado, Madama! ¡y quién os dijo....!

MIL. Sí, me dijeron que un cierto caballero, d'Artagnan, que hace la corte á Milady de Winter, estaba al mismo tiempo enamorado de una mercera, llamada la Bonacieux.

D'ART. ¡Enamorado yo, Milady, de la Bonacieux, y esta noche la he visto por la primera vez!

MIL. ¡La habeis visto esta noche!

D'ART. ¡Qué demonio es lo que he dicho!

MIL. ¡Ved lo que son las cosas! yo creia que ella estaba en lugar seguro.

D'ART. [Sabe su arresto]... Es decir, no, madama, y seré franco, voy á decíroslo todo. La conozco mucho tiempo ha, porque es de mi país; y como hace tres dias que no la veo, esta noche he bajado para preguntar por ella al Sr. Bonacieux, y como encontré la casa vacía.... me senté allí.... esperando, y me chocaba que.... en fin, vos habeis venido, y yo soy feliz!

MIL. ¡Ah! ¡Vos habeis encontrado la casa vacía!

D'ART. Ya lo veis.

MIL. ¡Qué quiere decir esto!

D'ART. Y como os decia, madama, yo soy feliz, muy feliz.

MIL. Muy bien, caballero, ya sé lo que deseaba saber.

D'ART. ¡Y qué deseabais saber!

MIL. Deseaba saber, qué crédito podia darse á los juramentos de amor del caballero d'Artagnan.

D'ART. Madama, en nombre del cielo....

MIL. Espero señor, que me hareis el favor de creer que Milady de Winter se respeta demasiado, para entrar en competencia con la señora Bonacieux; esperad su vuelta, y adios.... ¡Ah! y creo que no tengo necesidad de advertiros, que en lo sucesivo seria inútil

el que os presentáseis en el hotel de la plaza real.

D'ART. Madama, por favor, oidme. [*Le estorba el paso.*]

MIL. Supongo que tendré para salir la misma libertad que tuve para entrar.

ROCH. [*Abriendo la ventana.*] Milady! Milady!

D'ART. [*Volviéndose.*] ¡Es mi hombre de Meun! ¡Ah! por Cristo, que esta vez no te me escaparás. [*Salta por la ventana, se oye su voz que se aleja.*] ¡Ah! cobarde! ¡Ah! miserable! ¡Mal caballero!

ROCH. [*Se levanta y entorna la ventana.*] ¡Os ha reconocido!

MIL. Si... pero le he explicado el motivo de mi venida. ¡Y vos!...

ROCH. ¡Conque no hay miedo de que sospeche la causa que aquí nos trae!

MIL. Ninguno, ¡y vos!

ROCH. ¡No lo habeis visto! Ha saltado por encima de mi cabeza, y es capaz de correr sin pararse hasta el río. ¡Está furioso!

MIL. ¡Pero y qué hacemos!

ROCH. ¡Qué hemos de hacer!... ya se ha errado el golpe... vámonos.

MIL. Luego parece que le pagan á este condenado gascon para que se atraviese siempre en nuestro camino.

ROCH. No tengais cuidado, que ya nos las pagará todas juntas. ¡Vamos! ¡Vamos! [*En el momento que dejan la trastienda se ven pasar las piernas de Planchet.*]

ESCENA VI.

PLANCHET D'ARTAGNAN.

PLAN. [*Atravesando el techo.*] Sr. d'Artagnan! Sr. d'Artagnan! ¡A dónde estais! ¡Ay Dios mio! no me responde! ¡Cómo no se haya ido á entregar él mismo!

D'ART. [*Entrando.*] ¡No lo has visto, Planchet!

PLAN. ¡A quién señor!

D'ART. A él, á ese demonio encarnado que se me aparece á todas horas, sin que yo pueda atraparlo nunca.

PLAN. Oidme señor, la guardia vino, y encontró al Sr. Athos que estaba en vuestro cuarto, y se lo ha llevado.

D'ART. ¡Cómo! ¡y él se ha dejado llevar!

PLAN. La guardia creyó que érais vos.

D'ART. ¡Y él no se ha descubierto!

PLAN. Todo lo contrario, cuando yo iba á hablar, él puso el dedo sobre su boca, entonces yo caí en la cuenta, y no dije nada.

D'ART. ¡Bravo, Athos! en eso te conozco.

[*Se abre la puerta del fondo.*]

ESCENA VII.

LOS MISMOS, SEÑORA BONACIEUX.

SRA. BON. ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Aún estais aquí!

D'ART. ¡La señora Bonacieux!

SRA. BON. Sí, la misma.

D'ART. ¡Pero qué teneis! ¡Planchet! ¡Planchet!

SRA. BON. No, no os ocupeis de mí.

D'ART. ¡Qué ha sucedido!

SRA. BON. Que he malgastado media hora de tiempo, y esta media hora ha sido para mí una eternidad.

D'ART. Pero... .

SRA. BON. ¡He llegado demasiado tarde! Una mujer con un vestido igual al mio, y con un pañuelo parecido á este, se presentó en la casa de la calle de Vaugirad, y le dieron la seña.

D'ART. ¡Es posible! pues otra mujer vestida lo mismo que vos, acaba de salir de aquí.

SRA. BON. ¡La habeis visto! ¡La habeis hablado!

D'ART. Sí.

SRA. BON. ¡Y quién es ella! ¡A dónde está!

D'ART. ¡Que sé yo! Un demonio que yo persigo hace tres semanas, y que perseguiré toda mi vida si fuere preciso, se ha presentado en esa ventana, cuando ella estaba aquí, he corrido tras de él, y entretanto, no sé que fue de ella, y lo mas particular es, que este hombre es él mismo que os arrebató del lado de la reina.

SRA. BON. ¡Dios mio!

D'ART. Y no solo ha pasado eso, sino que tambien han venido á arrestarme.

SRA. BON. ¡En dónde! ¡aquí!

D'ART. No, allá arriba, en mi habitacion.

SRA. BON. ¡Pero no os han encontrado!

D'ART. No; pero encontraron á un amigo mio, y se lo han llevado en mi lugar.

SRA. BON. De manera que ellos creen que os tienen preso.

D'ART. Seguramente.

SRA. BON. Pues Sr. d'Artagnan, no hay tiempo que perder.

D'ART. Ordenad, señora, lo que gustéis: á todo estoy resuelto.

SRA. BON. Ante todas cosas, decid á vuestro lacayo que vaya á explorar las cercanías.

D'ART. ¡Lo has oido, Planchet!

PLAN. Voy al momento, señor.

SRA. BON. Y vos vais á acompañarme.

D'ART. ¡A dónde!

SRA. BON. Al paraje en que él se oculta. ¡Dios mio! Dios mio! Solo os pido que lleguemos á tiempo.

D'ART. Apresurémonos.

PLAN. [*A la puerta del fondo.*] No se puede entrar: cuando os digo que no se puede entrar!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y UN HOMBRE EMBOZADO EN UNA CAPA.

EMB. ¡En hora buena! pero yo entro. [*Empuja á Planchet y entra.*]

PLAN. ¡Señor! ¡socorro! ¡socorro!

D'ART. Este va á pagar por todos.

EL HOM. ¡Te atreverias tú, tunante!...

D'ART. [*Sacando su espada.*] Se os ha dicho señor, que no se puede entrar.

HOMB. Y yo he respondido que entraba.

D'ART. ¡Y quién sois vos!

HOMB. Eso mismo pregunto yo: ¡vos quién sois!

D'ART. ¡Voto al demonio! vais á saberlo.

HOMB. ¡Ah! ¡conque vos queréis!... [*Tira su capa.*]

SRA. BON. [*Reconociéndolo.*] ¡Magnifico! [*Se pone entre ellos y agarra las espadas.*] ¡Milord! ¡aquí Milord!

D'ART. [*Dando tres pasos atrás.*] ¡Seriais vos, caballero!

SRA. BON. Milord duque de Buckingham. [*A d'Art.*] Y ahora con una indiscrecion, á todos podeis perdernos.

D'ART. ¡Vos, milord aquí! [*A la Señora Bonacieux.*] ¡Y cómo ha sido esto!

SRA. BON. Yo no sé nada, y milord es el único que puede descifrarnos este enigma.

BUCK. Es muy sencillo: se presentó uno en la calle de la Harpe, me ha enseñado el pañuelo, y me ha dicho que se me esperaba en la calle de Fossoyeurs, cerca de Luxemburgo, en casa de un mercero, llamado Bonacieux; y como el nombre me era conocido, no he vaciado un momento, y heme aquí.

D'ART. Todo está muy claro: creian que estaba ocupada la casa todavía por el Exento y su comitiva, y querian hacer caer á milord en un lazo; no hay mas, eso era: dispensadme, milord, por haber sacado la espada contra vos, y servios decirme de qué modo puedo ser útil á Vuestra Gracia.

BUCK. Gracias, caballero: sois un valiente; me ofrecéis vuestros servicios y los acepto. Venid en pos de nosotros, como á veinte pasos de distancia; acompañadnos hasta el Louvre, y ya que sabeis los intereses que aquí se versan, si observais que alguien nos espía, matadlo.

D'ART. ¡Muy bien, milord! id delante, que yo os sigo.

BUCK. Vamos, señora.

D'ART. Planchet, preven á Porthos y Aramis que esta noche no se acuesten. [*Vase Planchet por la ventana.*]

CUADRO VII.

LA ENTREVISTA.

El Louvre, Cuarto de la reina.

ESCENA I.

LA PORTE, ANA DE AUSTRIA.

ANA. La Porte, ¡y el duque!

LA POR. ¡El duque!

ANA. ¡No sabeis nada de él!

LA POR. Solo podiamos saber algo por la Sra. Bonacieux; pero desde el momento en que el cardenal la hizo desaparecer, nos hallamos todos en la misma incertidumbre.

ANA. ¡La Porte!

LA POR. ¡Madama!

ANA. Me parece que oigo pasos por el pasillo; id á ver qué es eso.

ESCENA II.

DICHOS Y LA BONACIEUX.

LA BON. [*Abriendo la puerta del pasillo.*] Silencio!

ANA. ¡Ah! ¿eres tú, Constanca!

SRA. BON. Sí, madama, si majestad, yo soy.

ANA. ¡Te han puesto en libertad!

SRA. BON. Me he escapado.

ANA. Y has acudido aquí, sin... .

SRA. BON. He estado ya en donde mi presencia se hacia necesaria.

ANA. ¡Lo has visto!

SRA. BON. ¡Vuestra majestad!...

ANA. Responde pronto: ¡lo has visto! nada le ha sucedido!

SRA. BON. Está allí.

ANA. ¡All! ¡quién!

SRA. BON. El duque.

ANA. ¡El duque de Buckingham!

SRA. BON. El mismo.

ANA. ¡En el Louvre! ¡en el palacio del rey! ¡cerca del cardenal!

SRA. BON. Madama, me ha dicho que ya que habia venido á Paris, no se volveria á Londres sin veros; que él sabia bien, que no era vuestra la carta que se le habia enviado; que conocia perfectamente el lazo que sus enemigos le han tendido; pero que les daba las gracias, por haberlo colocado en la posición en que se hallaba.

ANA. ¡Qué locura! vuelve á donde lo has

el que os presentáseis en el hotel de la plaza real.

D'ART. Madama, por favor, oidme. [*Le estorba el paso.*]

MIL. Supongo que tendré para salir la misma libertad que tuve para entrar.

ROCH. [*Abriendo la ventana.*] Milady! Milady!

D'ART. [*Volviéndose.*] ¡Es mi hombre de Meun! ¡Ah! por Cristo, que esta vez no te me escaparás. [*Salta por la ventana, se oye su voz que se aleja.*] ¡Ah! cobarde! ¡Ah! miserable! ¡Mal caballero!

ROCH. [*Se levanta y entorna la ventana.*] ¡Os ha reconocido!

MIL. Si... pero le he explicado el motivo de mi venida. ¡Y vos!

ROCH. ¡Conque no hay miedo de que sospeche la causa que aquí nos trae!

MIL. Ninguno, ¡y vos!

ROCH. ¡No lo habeis visto! Ha saltado por encima de mi cabeza, y es capaz de correr sin pararse hasta el río. ¡Está furioso!

MIL. ¡Pero y qué hacemos!

ROCH. ¡Qué hemos de hacer!... ya se ha errado el golpe... vámonos.

MIL. Luego parece que le pagan á este condenado gascon para que se atraviese siempre en nuestro camino.

ROCH. No tengais cuidado, que ya nos las pagará todas juntas. ¡Vamos! ¡Vamos! [*En el momento que dejan la trastienda se ven pasar las piernas de Planchet.*]

ESCENA VI.

PLANCHET D'ARTAGNAN.

PLAN. [*Atravesando el techo.*] Sr. d'Artagnan! Sr. d'Artagnan! ¡A dónde estais! ¡Ay Dios mio! no me responde! ¡Cómo no se haya ido á entregar él mismo!

D'ART. [*Entrando.*] ¡No lo has visto, Planchet!

PLAN. ¡A quién señor!

D'ART. A él, á ese demonio encarnado que se me aparece á todas horas, sin que yo pueda atraparlo nunca.

PLAN. Oidme señor, la guardia vino, y encontró al Sr. Athos que estaba en vuestro cuarto, y se lo ha llevado.

D'ART. ¡Cómo! ¡y él se ha dejado llevar!

PLAN. La guardia creyó que érais vos.

D'ART. ¡Y él no se ha descubierto!

PLAN. Todo lo contrario, cuando yo iba á hablar, él puso el dedo sobre su boca, entonces yo caí en la cuenta, y no dije nada.

D'ART. ¡Bravo, Athos! en eso te conozco.

[*Se abre la puerta del fondo.*]

ESCENA VII.

LOS MISMOS, SEÑORA BONACIEUX.

SRA. BON. ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Aún estais aquí!

D'ART. ¡La señora Bonacieux!

SRA. BON. Sí, la misma.

D'ART. ¡Pero qué teneis! ¡Planchet! ¡Planchet!

SRA. BON. No, no os ocupeis de mí.

D'ART. ¡Qué ha sucedido!

SRA. BON. Que he malgastado media hora de tiempo, y esta media hora ha sido para mí una eternidad.

D'ART. Pero...

SRA. BON. ¡He llegado demasiado tarde! Una mujer con un vestido igual al mio, y con un pañuelo parecido á este, se presentó en la casa de la calle de Vaugirad, y le dieron la seña.

D'ART. ¡Es posible! pues otra mujer vestida lo mismo que vos, acaba de salir de aquí.

SRA. BON. ¡La habeis visto! ¡La habeis hablado!

D'ART. Sí.

SRA. BON. ¡Y quién es ella! ¡A dónde está!

D'ART. ¡Que sé yo! Un demonio que yo persigo hace tres semanas, y que perseguiré toda mi vida si fuere preciso, se ha presentado en esa ventana, cuando ella estaba aquí, he corrido tras de él, y entretanto, no sé que fue de ella, y lo mas particular es, que este hombre es él mismo que os arrebató del lado de la reina.

SRA. BON. ¡Dios mio!

D'ART. Y no solo ha pasado eso, sino que tambien han venido á arrestarme.

SRA. BON. ¡En dónde! ¡aquí!

D'ART. No, allá arriba, en mi habitacion.

SRA. BON. ¡Pero no os han encontrado!

D'ART. No; pero encontraron á un amigo mio, y se lo han llevado en mi lugar.

SRA. BON. De manera que ellos creen que os tienen preso.

D'ART. Seguramente.

SRA. BON. Pues Sr. d'Artagnan, no hay tiempo que perder.

D'ART. Ordenad, señora, lo que gustéis: á todo estoy resuelto.

SRA. BON. Ante todas cosas, decid á vuestro lacayo que vaya á explorar las cercanías.

D'ART. ¡Lo has oido, Planchet!

PLAN. Voy al momento, señor.

SRA. BON. Y vos vais á acompañarme.

D'ART. ¡A dónde!

SRA. BON. Al paraje en que él se oculta.

D'ART. ¡Dios mio! Dios mio! Solo os pido que lleguemos á tiempo.

D'ART. Apresurémonos.

PLAN. [*A la puerta del fondo.*] No se puede entrar: cuando os digo que no se puede entrar!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y UN HOMBRE EMBOZADO EN UNA CAPA.

EMB. ¡En hora buena! pero yo entro. [*Empuja á Planchet y entra.*]

PLAN. ¡Señor! ¡socorro! ¡socorro!

D'ART. Este va á pagar por todos.

EL HOM. ¡Te atreverias tú, tunante!...

D'ART. [*Sacando su espada.*] Se os ha dicho señor, que no se puede entrar.

HOMB. Y yo he respondido que entraba.

D'ART. ¡Y quién sois vos!

HOMB. Eso mismo pregunto yo: ¡vos quién sois!

D'ART. ¡Voto al demonio! vais á saberlo.

HOMB. ¡Ah! ¡conque vos queréis!... [*Tira su capa.*]

SRA. BON. [*Reconociéndolo.*] ¡Magnifico! [*Se pone entre ellos y agarra las espadas.*] ¡Milord! ¡aquí Milord!

D'ART. [*Dando tres pasos atrás.*] ¡Seriais vos, caballero!

SRA. BON. Milord duque de Buckingham. [*A d'Art.*] Y ahora con una indiscrecion, á todos podeis perdernos.

D'ART. ¡Vos, milord aquí! [*A la Señora Bonacieux.*] ¡Y cómo ha sido esto!

SRA. BON. Yo no sé nada, y milord es el único que puede descifrarnos este enigma.

BUCK. Es muy sencillo: se presentó uno en la calle de la Harpe, me ha enseñado el pañuelo, y me ha dicho que se me esperaba en la calle de Fossoyeurs, cerca de Luxemburgo, en casa de un mercero, llamado Bonacieux; y como el nombre me era conocido, no he vaciado un momento, y heme aquí.

D'ART. Todo está muy claro: creian que estaba ocupada la casa todavía por el Exento y su comitiva, y querian hacer caer á milord en un lazo; no hay mas, eso era: dispensadme, milord, por haber sacado la espada contra vos, y servios decirme de qué modo puedo ser útil á Vuestra Gracia.

BUCK. Gracias, caballero: sois un valiente; me ofrecéis vuestros servicios y los acepto. Venid en pos de nosotros, como á veinte pasos de distancia; acompañadnos hasta el Louvre, y ya que sabeis los intereses que aquí se versan, si observais que alguien nos espía, matadlo.

D'ART. ¡Muy bien, milord! id delante, que yo os sigo.

BUCK. Vamos, señora.

D'ART. Planchet, preven á Porthos y Aramis que esta noche no se acuesten. [*Vase Planchet por la ventana.*]

CUADRO VII.

LA ENTREVISTA.

El Louvre, Cuarto de la reina.

ESCENA I.

LA PORTE, ANA DE AUSTRIA.

ANA. La Porte, ¡y el duque!

LA POR. ¡El duque!

ANA. ¡No sabeis nada de él!

LA POR. Solo podiamos saber algo por la Sra. Bonacieux; pero desde el momento en que el cardenal la hizo desaparecer, nos hallamos todos en la misma incertidumbre.

ANA. ¡La Porte!

LA POR. ¡Madama!

ANA. Me parece que oigo pasos por el pasillo; id á ver qué es eso.

ESCENA II.

DICHOS Y LA BONACIEUX.

LA BON. [*Abriendo la puerta del pasillo.*] ¡Silencio!

ANA. ¡Ah! ¿eres tú, Constanca!

SRA. BON. Sí, madama, si majestad, yo soy.

ANA. ¡Te han puesto en libertad!

SRA. BON. Me he escapado.

ANA. Y has acudido aquí, sin...

SRA. BON. He estado ya en donde mi presencia se hacia necesaria.

ANA. ¡Lo has visto!

SRA. BON. ¡Vuestra majestad!...

ANA. Responde pronto: ¡lo has visto! nada le ha sucedido!

SRA. BON. Está allí.

ANA. ¡All! ¡quién!

SRA. BON. El duque.

ANA. ¡El duque de Buckingham!

SRA. BON. El mismo.

ANA. ¡En el Louvre! ¡en el palacio del rey! ¡cerca del cardenal!

SRA. BON. Madama, me ha dicho que ya que habia venido á Paris, no se volveria á Londres sin veros; que él sabia bien, que no era vuestra la carta que se le habia enviado; que conocia perfectamente el lazo que sus enemigos le han tendido; pero que les daba las gracias, por haberlo colocado en la posición en que se hallaba.

ANA. ¡Qué locura! vuelve á donde lo has

dejado, y suplica, ordena en mi nombre... (Se presenta el duque) y dile que es menester que parta inmediatamente, que no lo verá, que no quiero verlo; y que si las circunstancias me estrecharen, se lo diré al rey todo.

ESCENA III.

LOS MISMOS BUCKINGHAM.

BUCK. ¡Oh! estoy seguro que no tendréis ese valor, madama.

ANA. ¡El duque! La Porte vos allí, y vos. Constancia en ese pasillo, (obedecen.) ¡Ah! señor! qué habeis hecho?

(Los dos servidores se alejan, la reina y Buckingham quedan solos.)

BUCK. [Poniendo una rodilla en tierra.] He venido, madama, á postrarme en vuestra presencia, y á deciros que Jorge de Williers, duque de Buckingham, es y será siempre el más humilde y el más obediente de vuestros adoradores.

ANA. Sabéis sin duda, duque, que no he sido yo quien os ha escrito, ¿no es verdad?

BUCK. Si, lo sé; y sé que he sido un loco en creer que la nieve se animara, y que el mármol podría calentarse; pero, ¿qué queréis! Cuando se ama, se cree fácilmente en el amor: verdad es que no lo he perdido todo en este viaje, pues que tengo el placer de veros.

ANA. ¡Olvidais, milord, que al verme aventurais vuestra vida, y poneis mi honor en inminente peligro! Me veis, es verdad; pero me veis para oírme decir que todo nos separa; la profundidad del mar, la enemistad de los dos reinos y la santidad de mis juramentos: sacrilego es, milord, el luchar contra tantos obstáculos! Me veis, en fin, para oírme decir por la última vez, que no podemos volver á vernos más.

BUCK. Hablad, madama; hablad, reina; la dulzura de vuestra voz ahoga la acritud de vuestras palabras. Me hablais de sacrilego; pero el sacrilegio no está sino en la separación de los corazones que Dios había formado el uno para el otro.

ANA. ¡Milord! yo jamás os he dicho que os amaba.

BUCK. Pero tampoco me habeis dicho nunca que no me amábais.

ANA. ¡Milord!

BUCK. Y fuera una crueldad que no seriais capaz de cometer. Porque decidme, reina, ¿en dónde encontraríais un amor semejante al mío? Un amor que ni el tiempo, ni la ausencia, ni la desesperación, pueden apagar nunca: mi amor que se contenta con una cinta, que se regocija con una mirada perdida, que se entusiasma con una palabra escapada. Tres años ha que os he visto por la

primera vez, madama, y son también tres años que no he cesado de amaros.

ANA. ¡Duque!

BUCK. ¿Queréis que os diga cómo estábais vestida la primera vez que os he visto? ¿Queréis que os particularice cada uno de los adornos de vuestro traje? Me parece que os estoy viendo todavía, con aquel vestido de raso bordado de oro, cuyas mangas colgadas se reataban á vuestros hermosos brazos con unos herretes de diamantes. ¡Oh! sí, mirad, yo cierro los ojos, y os estoy viendo tal cual entonces érais; los abro, y os veo tal cual sois; es decir, cien veces más hermosa.

ANA. ¡Y qué locura, duque, el alimentar con recuerdos tales, una pasión inútil!

BUCK. ¡Y con qué queréis que yo viva? ¿Cómo queréis que exista? No tengo más que recuerdos, y estos recuerdos son mi felicidad, mi tesoro, mi esperanza. Cada vez que os veo, es un diamante más que encierro en lo más recóndito de mi corazón. Este de ahora, es el cuarto que dejais caer y que yo recojo, porque en tres años, madama, no os he visto sino cuatro veces: fué la primera esta de que acabo de hablaros; la segunda, en casa de madama de Chevreuse, y la tercera en los jardines de Amiens.

ANA. No me habeis, milord, de esa noche.

BUCK. Es la más feliz y refulgente de mi vida. ¿Os acordais qué hermosa noche hacia! ¿Cuán suave, cuán dulce y perfumado era el aire, y cuán esmaltado de estrellas estaba el cielo! ¡Ah! aquella vez como ahora, nosotros estábamos solos; entonces os hallábais dispuesta á decírmelo todo, vuestro aislamiento en la vida, los pesares de vuestro corazón, la viudez de vuestra alma: os apoyábais en mi brazo, mirad, en este, y al inclinar mi cabeza hacia vuestro lado, vuestros hermosos cabellos rozaban sobre mi rostro, y cada vez que los sentía, temblaba de pies á cabeza. ¡Oh! ¡reina! ¡reina! Vos ignorais cuánta alegría se experimenta en momentos semejantes. Mirad: mis bienes, mi fortuna, mi gloria, todo, hasta lo que me resta que vivir, todo lo daría por una noche igual á aquella; porque aquella noche... ¡Oh! aquella noche, madama, vos me amábais, sí, os juro que vos me amábais.

ANA. [Levantándose.] Pero la calumnia se ha apoderado precisamente de esa noche, y el rey, instigado por el cardenal, ha dado un escándalo terrible; madama de Vernet ha sido despedido de palacio, Putange desterrado, madama de Chevreuse cayó en desgracia, y cuando vos pretendísteis volver como embajador á Francia, el rey mismo se ha opuesto á ello.

BUCK. Sí, y la Francia va á pagar con una guerra la repulsa de su rey.

ANA. ¿Cómo así?

BUCK. Yo no tengo esperanzas de entrar en París á mano armada, no, ciertamente. Pero esta guerra tendrá naturalmente por término la paz, y esta paz necesitará un ne-

gociador, y este negociador seré yo, y yo volveré á París, y os volveré á ver.

ANA. Milord, tened presente que todas esas pruebas de amor que queréis darme, son otros tantos crímenes.

BUCK. ¡Ah! sí, los llamais crímenes, porque no me amais. Madama de Chevreuse, de quien acabais de hablar ahora mismo, ha sido menos cruel que vos. Hollan la ha amado, y ella ha correspondido á su amor.

ANA. ¡Ay de mí! Madama de Chevreuse no era reina.

BUCK. ¿Qué escuchot es decir que si no fuéreis reina, me amaríais, madama! ¡Oh! ¡gracias por esas dulces y consoladoras palabras. ¡Oh mi hermosa majestad! ¡mil veces gracias!

ANA. Es que me habeis comprendido mal.

BUCK. ¡Bien! si es un error, yo soy feliz con este error, no tengais la crueldad de destruirlo, de arrebatármelo. Esa carta que yo he recibido, no era vuestra, vos misma lo habeis dicho; se me armaba un lazo; pues bien, yo tal vez dejaré en ese lazo mi vida, porque, sabedlo, y os parecerá extraño, pero yo, hace elgun tiempo que tengo el triste presentimiento de que voy á morir.

ANA. ¡Oh Dios mío!

BUCK. No os digo esto, madama, por asustaros; creed que yo no me preocupo con vanos ensueños; pero la palabra que acabais de pronunciar; la esperanza que ca sime habeis dado, todo me lo paga con usura, todo lo satisface hasta el sacrificio de mi misma vida.

ANA. Pues sabedlo, duque, yo también tengo tristes presentimientos; yo también he tenido un fatal ensueño, y en este ensueño os veía acostado, teñido de sangre y con una horrorosa herida.

BUCK. ¡Sí, una herida hecha con un puñal en el lado izquierdo, no es así!

ANA. Precisamente, milord. ¡Ah! ¡Dios mío! ¿y quién ha podido deciros que yo he tenido semejante ensueño? Yo no he hablado de él sino con Dios, y eso en medio de mis súplicas. [Se levanta.]

BUCK. Ya me basta: me amais, madama, hé ahí cuanto bien anhelo. (Arrodillado.)

ANA. ¿Os amo...? ¡yo!...

BUCK. Sí, vos, y si no me amáseis; ¿os enviaría Dios los mismos en sueños que á mí? ¿Tendríamos iguales presentimientos si nuestras dos existencias no estuviesen ligadas por el corazón? Me amais reina, me llorais y me compadecéis.

ANA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ya veis que esto es terrible y superior á mis fuerzas. Oid, duque: en nombre del cielo, partid, retiraos; no sé si os amo ó no; pero lo que sí sé es, que si fuérais herido en Francia, que si muríseis en Francia, que si yo pudiese figurarme que vuestro amor por mí, debía causar la muerte, yo no me consolara jamás de tal desgracia; sé que me volvería loca, que os seguiría al sepulcro y... partid pues, partid, os lo suplico....

BUCK. ¡Ah! qué hermosa estais así! ¡Y cómo os amo! ¡Cuánto os idolatro!

ANA. Partid, partid y volved más tarde; volved como embajador, como ministro; pero cercado de guardias que os defiendan, de servidores que cuiden de vuestra existencia, y entonces no temeré por vuestra vida, y tendré un inefable gozo en volver á veros.

BUCK. Pero antes necesito un gaje de vuestra indulgencia, un objeto cualquiera de vuestra mano que me recuerde que no he soñado. Cualquiera cosa que vos háyais llevado, y que yo pueda llevar á mi vez, una sortija, un collar, una cadena.

ANA. ¡Y partireis! ¡Partireis si os doy lo que me pedis!

BUCK. Sí.

ANA. ¡Al instante!

BUCK. Sí.

ANA. ¡Dejareis la Francia, os volveréis á Inglaterra!

BUCK. Sí, os lo juro.

ANA. Esperad, mi lord, esperad. (Sale del cuarto. Buckingham, la espera inmóvil con los brazos tendidos, y Ana vuelve con un cofrecito de palo de rosa.) Tomad, mi lord: guardad esto en mi memoria: son los herretes de diamantes que el rey me ha regalado y los mismos que llevaba la primera vez que me visteis.

BUCK. [Cayendo de rodillas.] ¡Y es verdad, madama! puedo creer en mi dicha ó sueño!

ANA. Me habeis ofrecido iros.

BUCK. Y cumplo mi palabra. Vuestra mano, madama, vuestra mano, y parto. [Ana le alarga la mano que besa con transporte.] Antes de tres meses, madama, ó habré muerto, ó os habré vuelto á ver, aun cuando para conseguirlo tenga que trastornar el mundo.

SRA. BONA. [Saliendo.] ¡Madama! ¡madama!

ANA. ¿Qué sucede?

SRA. BONA. Han seguido al duque; han tomado sus señas y se ha cambiado la consigna.

ANA. ¿Lo oís duque!

BUCK. ¡Y ahora qué hacer!

D'ART. [Entrando apresuradamente.] Ponerse esta capa y este sombrero, monseñor, y dejar aquí el vuestro.

BUCK. ¡Pero y la nueva consigna!

D'ART. Rochefort y la Rochelle; y ahora no olvideis que sois de la compañía Treville.

BUCK. ¡Madama!...

ANA. Partid, duque, partid, en nombre del cielo, partid.

SRA. BONA. Partid.

D'ART. Partid.

ANA. [Escuchando.] ¡Silencio!

UNA VOZ. [Dentro.] ¡Quién vive?

BUCK. De la compañía Treville, Rocheford y la Rochelle.

LA VOZ. Pasad.

ANA. [Cayendo en un sillón.] ¡Se ha salvado!

D'ART. ¡Ya por esta noche podemos dormir tranquilos! Mañana será otro día.

FIN DE LA PRIMERA NOCHE.

ACTO TERCERO.

CUADRO VIII.

El gabinete del cardenal.

ESCENA I.

Un hombre de la policía del cardenal, y el cardenal detrás de una cortina.

ESCRIB. ¡Monseñor puede oír!
 UNA VOZ. (Tras la cortina.) Sí.
 ESCRIB. Que traigan al preso.

ESCENA II.

Los mismos, BONACIEUX, entre dos guardias.

ESCRIB. Decid vuestros nombres, vuestros apellidos, vuestra edad y vuestro domicilio.

BONA. Me llamé Santiago Miguel Bonacieux, de edad de cincuenta y un años, mi oficio especiero mercero, y vivo en la calle de Fossoyeurs.

ESCRIB. ¿Sabéis por qué estais preso en la Bastilla?

BONA. Solo porque me han llevado á ella, que si no es eso, lo que es yo, por mí os jura que nunca habria tenido esa tentación.

ESCRIB. Parece que vos no entendéis la pregunta, ó que haceis como que os equivocáis. Lo que os pregunto es si estais dispuesto á confesar el crimen por el cual se os condujo á la Bastilla.

BONA. ¡Un crimen! ¿cómo, monseñor! ¡yo he cometido un crimen!

ESCRIB. Sí, estais acusado del mas grave de todos los crímenes, del crimen de alta traición.

BONA. ¡De alta traición! ¡Ah! señor, cómo queréis que un pobre mercero que detesta á los hugonotes, y que aborrece á los españoles, esté acusado del crimen de alta traición.

ESCRIB. Señor Bonacieux, ¿teneis una mujer!

BONA. ¡Ay! sí, señor, la tenia, tenia una no mas.

ESCRIB. ¿Cómo, teniais una! ¡qué, ya no la teneis! y si no la teneis, ¡qué habeis hecho de ella!

BONA. ¡Ah, señor! me la han robado.

ESCRIB. ¡Y ya sabéis quién ha cometido ese rapto!

BONA. ¡Hum! sospecho que es un señor

pequeño, ojos y cabellos negros, con una cicatriz en la sien.

ESCRIB. (Volviéndose hacia la cortina.) ¡Já, já! ¡Y su nombre!

BONA. ¡Ah! lo que es su nombre, no lo sé; pero si yo lo encontrara alguna vez, en cualquiera parte, os aseguro que lo conoceria aunque estuviera entre mil personas.

ESCRIB. ¡Decís que lo conoceriais entre mil!

BONA. Pues, es decir....

ESCRIB. Vos habeis respondido que lo conoceriais; está bien, adelante.

BONA. No señor, yo no he dicho.... así.... de un modo.... positivo que estaba seguro; yo he dicho así, que creia.... [Durante este tiempo, entra un hombre y habla al escribano al oído.]

ESCRIB. ¡Já, já!

BONA. ¡Y hay todavía otra cosa!

ESCRIB. Lo que hay es que vuestro negocio se complica.

BONA. ¡Mi negocio!

ESCRIB. Responded: ¡qué ibais á hacer en casa del señor d'Artagnan, vuestro vecino, con el cual habeis tenido una larga conferencia aquella mañana!

BONA. ¡Oh! lo que es eso, es verdad: he estado en casa del señor d'Artagnan, no os han engañado.

ESCRIB. ¡Y qué objeto tenia esa visita!

BONA. No mas fui á suplicarle que me ayudase á buscar á mi mujer, porque yo creia que tenia el derecho de reclamarla; pero ya veo, señor, que me engañaba, que no lo tenia.

ESCRIB. ¡Y qué os respondió el señor d'Artagnan!

BONA. El señor d'Artagnan, primero me habia ofrecido su protección; pero vi muy pronto que me traicionaba.

ESCRIB. Mentís, señor Bonacieux: el señor d'Artagnan ha hecho un pacto con vos; ha puesto en fuga á los agentes de policía, que habian arrestado á vuestra mujer, y la ha sustraído á todas las pesquisas; se la ha llevado.

BONA. ¡Qué decís! El señor d'Artagnan se ha llevado á mi mujer! Bueno es saberlo.

ESCRIB. Afortunadamente el señor d'Artagnan está en nuestro poder, y os vamos á cuidar con él.

BONA. Pues por vida mia, que no deseo yo otra cosa. No me disgustaria por cierto, el ver en este momento alguna cara conocida.

ESCRIB. Haced entrar al señor d'Artagnan.

BONA. ¡Ah! Gracias á Dios.

ESCENA III.

LOS MISMOS, DOS GUARDIAS, trayendo á ATHOS.

ESCRIB. [A Athos.] Señor d'Artagnan, de-

clarad lo que ha pasado entre vos y el señor.

BONA. Pero si este caballero no es el señor d'Artagnan.

ESCRIB. ¡Cómo no es el señor d'Artagnan!

BONA. Por supuesto que no, ni por asomos.

ESCRIB. ¡Y os atreveriais á sostener!...

BONA. ¡Vaya qué esto me gusta! ya se ve que sí me atrevo.

ESCRIB. ¡Entonces, si este caballero no se llama d'Artagnan, cómo se llama!

BONA. ¡Qué sé yo cómo se llama! preguntádselo á él.

ESCRIB. ¡Cómo os llamais!

ATHOS. Athos.

ESCRIB. Ese no es un nombre de hombre, es un nombre de la montaña.

ATHOS. Pues ese es mi nombre.

ESCRIB. Sin embargo, vos habeis dicho que os llamabais d'Artagnan.

ATHOS. ¡Yo!

ESCRIB. Sí, vos.

ATHOS. ¡Poco á poco! es decir que á mí se me ha dicho: ¡sois vos el Sr. d'Artagnan! y yo respondí sencillamente: ¡lo creéis! Mis guardias exclamaron unánimes que estaban seguros de ello, y á mí me pareció prudente no contrariarlos, tanto mas, cuanto que yo podia engañarme, porque estaba borracho.

ESCRIB. Cuidado con lo que decís, señor; mirad que estais insultando á la majestad de la justicia.

ATHOS. De ninguna manera, ni es tal mi ánimo.

ESCRIB. En fin, ¿sois vos el Sr. d'Artagnan!

ATHOS. Bien veis que vos mismo lo estais diciendo.

BONA. Sí, pero yo os digo, señor comisario, que aquí no puede haber trampa, ni duda, ni nada. El señor no es el Sr. d'Artagnan: el Sr. d'Artagnan es mi locatario; él no me paga la renta, con que yo debo conocerlo muy bien. Me parece que esto se cae de su peso.

ESCRIB. Esa razon sí es fuerte. (A uno que entra con una carta.) ¡Qué es esto!

MENSAG. Leed.

ESCRIB. ¡Oh! ¡desgraciada!

BONA. ¡Qué, qué decís! ¿De quién hablais! Supongo que no será de mi mujer, eh!

ESCRIB. Precisamente de ella habló. Ahora sí que vuestro negocio se arregla.

BONA. (Escaspeado.) ¡Cómo es eso! Hacedme favor, caballero, de explicarme por qué razon se ha de empeorar mi negocio por lo que mi mujer haga mientras yo estoy preso.

ESCRIB. Porque lo que ella hace, es la continuación de un plan concertado entre vosotros, cuyo plan es infernal.

BONA. Os juro, señor comisario, que padeceis una grande equivocación, una equivocación bestial, porque yo no sé ni una jota de lo que debia hacer mi mujer; porque yo tampoco sé nada de lo que ha hecho; y si ella ha hecho algunas bestialidades, ó cosa semejante, yo desde ahora la repudio, la desmiento, y la maldigo.

ATHOS. Si es que ya no me necesitais, enviadme á cualquiera parte, porque me fastidia sobremanera este majadero de Bonacieux.

ESCRIB. Llevad á los presos á sus respectivos calabozos.

ATHOS. Despacio; si á quien necesitais tener bajo de llave, es al Sr. d'Artagnan, no alcanzo por qué razon me enviáis á mí todavía preso.

ESCRIB. Lo mandado, mandado; haced lo que he dicho.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, EL CARDENAL.

CARD. Un momento.

TODOS. Monseñor!

ATHOS. [Inclinándose.] Monseñor....!

CARD. Estais libre, Sr. Athos. [A Bonacieux.] Vos, quedaos. [A los guardias.] Despejad. (Athos se inclina; vánse todos con las demostraciones del mas profundo respeto.)

BONA. ¡Qué querrá todavía este señor! ¿quién será él!

ESCENA V.

EL CARDENAL, BONACIEUX.

CARD. ¿Conque habeis consprado!

BONA. Eso, monseñor, me acaban de decir aquí; pero os juro por mi vida, que yo no lo sabia.

CARD. Sí, habeis conspirado de acuerdo con vuestra mujer, con la Sra. de Chevreuse, y con milord el duque de Buckingham.

BONA. ¡Ah! sí, ahora caigo: en efecto monseñor; sí, yo he oido alguna vez pronunciar esos nombres.

CARD. ¿A quién!

BONA. A la Sra. Bonacieux mi esposa.

CARD. ¿Y con qué motivo!

BONA. Yo no lo sé bien á bien: ella decia que el cardenal de Richelieu habia atraído el duque á Paris, para perderlo, y con él á la reina.

CARD. ¡Ella decia eso!

BONA. Sí, monseñor, ella lo decia: pero yo le he dicho que no tenia razon para hablar de ese modo, que su eminencia era incapaz....

CARD. ¡Eh! callaos: sois un imbécil.

BONA. Precisamente, monseñor, eso mismo me respondió mi muger.

CARD. ¡Y sabéis quién se ha llevado á vuestra esposa!

BONA. No, Monseñor.

CARD. Sin embargo, vos teneis algunas sospechas.

BONA. Sí, Monseñor sospechaba algo; pero mis sospechas parece que molestaban un poco al señor comisario, y ya no sospecho nada.

CARD. ¿Cuándo ibais por vuestra mujer al Louvre, os volvíais directamente á casa?

BONA. De algun tiempo á esta parte, no Monseñor, porque ella tenia casi siempre algun negocio pendiente con los mercaderes de lienzos.

CARD. ¿Y en dónde vivian esos mercaderes?

BONA. El uno en la calle de Vaugirard y el otro en la de la Harpe.

CARD. ¿Y subíais vos con ella?

BONA. Nunca, Monseñor; la esperaba siempre á la puerta.

CARD. ¿Y qué pretexto os daba para subir sola?

BONA. Ninguno; no mas me decia que esperase, y yo esperaba.

CARD. Sois un marido muy complaciente, mi querido señor Bonacieux.

BONA. ¡Toma! me ha llamado su querido señor; pues esto no va tan mal, como decia el otro barbero.

CARD. ¿Y daríais vos con las puertas de esas casas?

BONA. Con los ojos cerrados.

CARD. ¡Bien! ¿Uno? (Un oficial se presenta.) Idme á buscar á Rochefort, y si ya está ahí, que entre al instante.

OFICIAL. Ahí está el conde, y solicita hablar al momento con vuestra Eminencia.

BONA. ¡Eminencia! ¡Vuestra Eminencia! ¡Su Eminencia!

CARD. Qué entre.

BONA. ¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que me pasa! Vos sois el cardenal en persona, Monseñor, el gran cardenal, el eminente cardenal.... (Se arrodilla.) Y yo.... ¡misericordia! perdon. (Da con la frente en el pavimento.)

CARD. Rochefort, entrad.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCHE. ¡Monseñor!

BONA. El es.

CARD. ¿Y quién es él?

BONA. El que se ha llevado á mi mujer.

CARD. [Al oficial.] Entregad ese hombre á sus dos vigilantes.

BONA. No, Monseñor, no era él; me había engañado: el señor no se le parece ni en esto; el señor es un hombre honrado.

CARD. Quitad de aquí á ese imbécil (Se llevan á Bonacieux, que hace unos gestos desesperados.)

ESCENA VII.

EL CARDENAL, ROCHEFORT.

ROCHE. Se han visto.

CARDEN. ¿La reina y el duque?

ROCHE. Sí.

CARDEN. ¿En dónde?

ROCHE. En el Louvre.

CARDEN. ¿Quién es lo ha dicho?

ROCHE. La señora de Launay.

CARDEN. ¿Se puede contar con ella?

ROCHE. Es toda de vuestra Eminencia.

CARDEN. Está bien: hemos sido batidos: ahora es preciso buscar el desquite.

ROCHE. Y yo, monseñor, os ayudaré con toda el alma.

CARDEN. ¿Y cómo estuvo esa entrevista?

ROCHE. A las once estaba la reina con sus camaristas, y repentinamente entra en su retrete, diciendo, esperadme.

CARDEN. ¿Y es en su retrete en donde lo ha visto?

ROCHE. Sí.

CARDEN. ¿Quién lo ha introducido hasta allí?

ROCHE. La señora Bonacieux.

CARDEN. ¿Cuánto tiempo han estado juntos?

ROCHE. Como una media hora.

CARDEN. ¿Y despues la reina volvió á salir?

ROCHE. Sí, para tomar un cofrecillo de palo de rosa, y se entró al momento.

CARDEN. ¿Y cuando salió mas tarde, llevaba el cofrecillo?

ROCHE. No.

CARDEN. ¿La señora de Launay sabe lo que habia en el cofrecillo?

ROCHE. Los herretes de diamantes que el rey ha regalado á la reina.

CARDEN. ¿Pues qué, se los habria dado al duque?

ROCHE. Se los dió.

CARDEN. ¿Estais seguro de ello, Rochefort?

ROCHE. Y tan seguro.

CARDEN. ¡Bien, muy bien! tal vez no se ha perdido todo, y aun quizás sea todo por lo mejor; y decidme: ¿sabéis en dónde se hospedaban la señora de Chevreuse, y el duque de Buckingham?

ROCHE. La una en la calle de Vaugirard, y el otro en la de la Harpe.

CARDEN. Esacto.

ROCHE. ¿Quiere vuestra Eminencia que los haga arrestar?

CARDEN. ¡Oh, diligencia inútil! ya han partido.

ROCHE. Sin embargo, nos podemos asegurar....

CARDEN. Ya he enviado á Vitray con diez hombres: espíad su vuelta, y tenedme al corriente de lo que haya hecho.

ROCHE. Sí, Monseñor. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL CARDENAL, BONACIEUX.

CARDEN. Que entre el preso [Bonacieux entra.] Me habeis engañado.

BONA. ¡Yo, monseñor! yo engañar á vuestra Eminencia.

CARDEN. Vuestra mujer cuando iba á la calle de Vaugirard, y á la de la Harpe, no iba á las casas de los mercaderes de lienzos.

BONA. ¡Válgame Dios! ¿no? ¿pues á dónde iba, monseñor?

CARDEN. Iba á casa de la duquesa de Chevreuse, y del duque de Buckingham; de esos dos mortales enemigos del rey.

BONA. Sí, sí, eso es; vuestra Eminencia tiene razon. Yo he dicho muchas veces á mi mujer que era muy raro, y que me chocaba mucho que unos mercaderes de lienzos, viviesen en unas casas que no tenian ni rótulos, ni muestras, ni.... y cada vez que se lo decia, mi mujer se echaba á reir como una loca. ¡Ah! ¡monseñor! y qué cierto es que vos sois el cardenal, el gran cardenal, el hombre de genio que la Europa admira, y que.... (Se echa á sus piés.)

CARDEN. (Despues de haber reflexionado.) Levantaos amigo mio: sois un buen hombre. (Lo levanta.)

BONA. ¡El cardenal me ha tocado la mano yo he tocado la mano del cardenal, del gran de hombre, y el grande hombre me ha llamado su amigo!

CARDEN. Sí, amigo mio; y como se os ha calumniado injustamente, es preciso indemnizaros: tened, tomad estos doscientos escudos, y perdonadme.

BONA. ¿Cómo, monseñor, perdonaros yo! si vos sois muy dueño de hacerme arrestar: muy dueño de hacerme dar tormento; muy dueño de hacerme trizas y hasta muy dueño de hacerme ahorcar. Perdonaros, monseñor! ¡Vaya, ni penseis en eso!

CARDEN. Adios, pues; ó mas bien, hasta la vista, porque creo que nos volveremos á ver.

BONA. ¡Oh! cuantas veces monseñor quiera. [Vase.]

CARD. Hasta la vista, señor Bonacieux. Hé ahí un hombre que en lo sucesivo se hará matar por mí. ¡Ah! ¡sois vos, Rochefort! ¿qué hay?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA IX.

"¡MORRIS ROYES!"

MONTERRREY, MEXICO

EL CARDENAL, ROCHEFORT.

ROCHE. No ha encontrado á nadie: han partido.

CARD. Sí, la una va por el camino de Tours,

y el otro por el de Bolonia: solo en Lóndres alcanzaremos al duque de Buckingham.

ROCHE. ¿Y cuáles son las órdenes de su Eminencia?

CARD. Que no se diga ni una sola palabra de lo que ha pasado; que la reina piense que nada sabemos, que esté tranquila, que se juzgue segura, y que crea que nosotros andamos al alcance de una conspiracion política.

ROCHE. ¿Nada mas?

CARD. Iréis á casa de milady, y dadle una cita para pasado mañana á las once de la noche, en la taberna del Colombier-Rouge, (1) en donde ya nos hemos visto dos veces: que me espere en la pieza consabida, y que vaya ya dispuesta para hacer un viaje; al intento la esperará á la puerta una silla de posta con los caballos enganchados.

ROCHE. Sí, monseñor; y á propósito: ¿ese hombre!

CARD. ¿Qué hombre?

ROCHE. Ese imbécil que se llama Bonacieux. ¿Qué ha hecho de él vuestra Eminencia? Lo he visto salir de aquí, muy alegre, con una bolsa en la mano y contando oro.

CARD. He hecho de él cuanto de él podia hacerse: lo he hecho el espía de su mujer.

ROCHE. ¿Y si la señora de Chevreuse se volviese á Paris?

ESCENA X.

Los mismos, EL REY.

REY. ¿Qué quiere decir "si la señora de Chevreuse volviese á Paris?" pues qué, ¿vino ya?

CARD. ¿Vuestra majestad ha oído?... (A Rochefort.) Dejadnos, pero no os alejéis.

REY. Sí, señor cardenal, he oído. ¿Conque á pesar de mis órdenes, la señora de Chevreuse ha dejado á Tours?

CARD. Hace cinco dias, Sire; me veo precisado á confesarlo.

REY. Señor cardenal, cosas son esas que no puedo soportar.

CARD. Os confieso, Sire, que he dado muy poca importancia á ese viaje, hasta que no supe....

REY. ¿Qué es lo que habeis sabido señor cardenal?

CARD. Que la duquesa de Chevreuse habia visto á la reina.

REY. ¿Se han visto?

CARD. Sí, Sire.

REY. ¡Ah! señor cardenal, aquí hay alguna trama.

CARD. Sí, Sire, y ya á esta hora tendria yo todos los hilos de ella; pero....

REY. ¿Pero qué!

CARD. Como ya no hay en Francia respeto á las leyes; como la espada decide todas las cuestiones; como el servicio de V. M. sir-

(1) Palomar encarnado.

va de pretexto para paliar todo género de violencias y todas las complicidades criminales....

REY. Señor duque, ¿de qué modo mi servicio impide y detiene la ejecución de las leyes? ¿qué es lo que hay pues?

CARD. Lo que hay, Sire, ya que me forzais á decirlo, es, que yo iba á hacer arrestar infraganti, y provisto de todas las pruebas, al emisario de la duquesa de Chevreuse y de la reina; cuando un mosquetero, un guardia, no sé quién á punto fijo, un militar, en fin, llega y se atreve á interrumpir violentamente el curso de la justicia, cargando, espada en mano, sobre los honrados agentes de las leyes, encargados de examinar con imparcialidad el negocio, para someterlo luego al juicio de V. M.

REY. En efecto, ya me imagino que ellos tienen cómplices entre mis servidores.

CARD. Sire, calma.

REY. La tendré cuando lo sepa todo. ¡Ah! recurren á mis mosqueteros; se sirven de mis guardias contra mí mismo, contra mi honor.... ¡A ver vamos! (Se dirige hacia el aposento de la reina.)

CARD. Perdonadme.... ¡á donde va V. M.!

REY. ¡A donde voy! al cuarto de la reina.

CARD. Es que, aun tengo algo mas que decir á V. M.

REY. Decid pronto.

CARD. Cuando estaba en Paris madama de Chevreuse, estaba tambien el duque.

REY. ¿Qué duque!

CARD. El duque de Buckingham.

REY. El duque de Buckingham, ¿y qué venia á hacer aquí!

CARD. Venia sin duda á conspirar con los españoles y los hugonotes, á fin de preparar esa formidable expedición de la Rochelle.

REY. No, venia á conspirar contra mi honor.

CARD. Eso me lo dice V. M., segun el informe de la señora de Launay.

REY. ¿Qué informe es ese!

CARD. La señora de Launay habrá dicho á V. M. que la reina se habia acostado muy tarde, y que esta mañana habia llorado mucho escribiendo sola en su retrete.

REY. ¿La reina ha llorado? ha escrito, y... y esas cartas, esas cartas que ha escrito, ya tal vez estarán en camino.

CARD. No lo creo así, Sire. La señora de Launay me lo habria dicho.

REY. Pues es preciso ver esas cartas; quiero leerlas.

CARD. ¡Oh! Sire!

REY. ¿Y por qué á ese inglés, por qué á ese infame duque de Buckingham, no le habeis hecho arrestar!

CARD. ¿Cómo, Sire! arrestar al duque! arrestar al primer ministro de Carlos II... ya veis que no....

REY. Entonces en lugar de arrestarlo, ya que él se espuso como un espía, era preciso.

CARD. ¿Qué!

REY. Nada, nada.... Pero adónde está.

CARD. Partió, Sire. Ha dejado á Paris anoche mismo.

REY. ¿Y estais seguro que no se han visto!

CARD. Es probable; lo creo así al menos; la reina profesa á V. M. un sincero afecto para....

REY. No obstante, ellos se han correspondido; ella ha escrito, y lloraba cuando escribia. Señor duque, os lo repito, necesito esas cartas, lo quiero.

CARD. Una comision semejante, Sire, pondria en grande aprieto á todos los vasallos de V. M.; porque si el rey dice: yo quiero; la reina puede decir: yo no quiero.

REY. Vamos á ver si ella me desobedece. [Toca una campana.] Anunciad á la reina que la suplico se presente aquí. [Vase el oficial.]

CARD. Yo me retiro.

REY. No os alejéis. ¡Ah! y enviadme al señor canciller, que está trabajando en mi gran gabinete.

(El cardenal sale saludando á la reina.)

ESCENA XI.

EL REY Y LA REINA.

REINA. (¡Dios mio! el cardenal.) V. M. me ha hecho el honor de llamarme!

REY. Sí, madama.

REYNA. Ya espero las órdenes de V. M.

REY. Menos respeto madama, y mas franqueza. ¿Por qué se halla en Paris la señora de Chevreuse?

REINA. (¡Cielos!) ¡La señora de Chevreuse! no sé Sire.

REY. ¿Y por qué os habeis desvelado esta noche!

REINA. ¡Me muero!

REY. ¿Por qué habeis llorado! ¿Por qué habeis escrito!

REINA. Os aseguro....

REY. ¿A quién escribisteis madama!

REINA. ¡Sire!....

REY. Esa carta aún no ha ido á su destino; ¿á dónde está! yo la quiero.

REINA. V. M. no se ha casado con una princesa de mi nombre, para hacer de ella una esclava.

REY. ¡Hola! ¿os revelais! me gusta mas eso que vuestros hipócritas respetos: esa carta.

REINA. Lo que yo escribo me pertenece.

REY. Lo que vos escribis, pertenece á vuestro rey, á vuestro señor; ¿quereis darme esa carta!

REINA. Reflexionad, Sire.

ESCENA XII.

DIHOS, EL CÁNCILLER.

REY. Entrad, señor Canciller. (A la reina) madama, ¡rehusais!....

REINA. Sí.

REY. Por la última vez....

REINA. Jamas....

REY. Señor canciller, sois el primer magistrado de mi reino, y conoceis por lo mismo en los crímenes de alta traición y de lesa magestad; ahora vais á entrar al aposento de madama, de la reina, y á recoger con minuciosa escrupulosidad todos sus papeles, que me traereis aquí.

REINA. Esta es una infamia.

REY. Vuestras llaves, madama.

REINA. El señor canciller ordenará lo que crea conveniente, y doña Estéfana, mi camarista, le dará las llaves de mis mesas y de mis escritorios.

REY. Id, señor. (Vase el canciller.)

ESCENA XIII.

EL REY, LA REINA.

REY. ¡Ah! madama, estais demasiado tranquila y sosegada, y en demasía orgullosa, porque sabeis que el canciller nada encontrará; y, en efecto, ya sé yo tambien que no se confía á un cajón de un mueble cualquiera, cartas como la que vos habeis escrito.

REINA. ¿Qué quereis decir, señor!

REY. Cuando yo castigué á ese traidor rebelde, que se llamaba el mariscal D'Ancre, despues de muerto, se buscaron las pruebas de sus crímenes, en casa de su mujer; y ella, por supuesto, tampoco habia confiado nada ni á sus cajones ni á sus mesas; pero registrándola....

REINA. La mariscal D'Ancre no era mas que la mariscal D'Ancre, una aventurera florentina, y es cuanto; pero la esposa de V. M. se llama Ana de Austria, es hija de un rey, y la mas gran princesa del mundo.

REY. Y como tal, Ana de Austria es mucho mas culpable, y con los culpables no se tiene consideración. (Da un paso.) Esa carta!

REINA. Llamaré á mi hermano en mi auxilio.

REY. Yo tengo ejércitos para responderle. Esa carta!

REINA. Apelaré al honor de los caballeros franceses.

REY. Primero pensad en el mio. ¡Esa carta, digo! vos la ocultais, la traeis con vos; dádmela.

REINA. Sire!

REY. Dádmela, ó yo la tomo.

10—TEATRO

REINA. No.... no.... yo os evitaré esa vergüenza, Sire; ¡yo me evitaré esa afrenta! Sí, es verdad: yo he escrito una carta.

REY. ¡Ah! confesais....

REINA. Esa carta, vuestro canciller no la encontrará: la traigo conmigo, cual decís: ¿quereisla!

REY. La quiero.

REINA. ¡Hela aquí! (Cae en un sillón. El rey la abre con precaución.)

REY. "Hermano mio: (hablando.) Escribia al rey de España. ¡Lee!: "Quejas contra el cardenal, un plan de guerra, una liga con la España y el Austria, con el objeto de echar abajo á mi ministro."

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, EL CARDENAL.

CARD. Asuntos políticos, ¿no, Sire!

REY. Sí, duque, nada mas que política; ni una sola palabra de lo que yo creia. ¡Gracias á Dios! Tomad.

CARD. (Leyendo.) Ya se lo habia dicho á V. M.: estaba seguro de ello.

REY. Sin embargo, habia una conjuración contra vos; y la reina no es menos acreedora á mi cólera.

CARD. No, Sire; verdad es que la reina es mi enemiga; ¡pero! no es una esposa sumisa, sin tacha! Permitid que interceda por S. M.

REINA. ¿Qué dice!

REY. En ese caso, que ella se dirija primero á mí.

CARD. Al contrario, Sire, V. M. la ha ofendido primero, pues fué V. M. quien ha sospechado de la reina, dando con tal sospecha lugar á un escándalo.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, EL CÁNCILLER.

REY. ¿Qué debo, hacer pues!

CARD. Algo que sea grato á S. M. la reina: alguna cosa que sirva de distracción y de reparacion á la vez; por ejemplo, dad un baile, ó si no, mirad: se presenta una bella coyuntura que lo concilia todo. Los regidores de la ciudad de Paris dan un gran festejo dentro de pocos dias, y será un grande honor para todos ellos, el recibir á Vuestras Magestades.

REY. ¿Cuándo es eso!

CARD. De aquí á cuatro dias; y me parece, Sire, que será de inmenso júbilo para la ciudad la asistencia de Vuestras Magestades, y para S. M. la reina una bella oportunidad de

brillar, pues que podrá engalanarse con los hermosos herretes de diamantes que el rey le ha regalado.

REINA. ¡Dios mío!

REY. Teneis razon, señor duque; me parece bien. Aceptais, ¿no es así, madama?

CARD. [Bajo al rey.] V. M. insista en que se atavic con los herretes. (Vase.)

REY. ¿Qué querrá decir? ¡Me reserva todavía una de esas terribles sorpresas que él sabe dar! (A la reina.) No me habeis dicho si aceptais, madama; ¿me oís?

REINA. Sí, Sire, oigo.

REY. ¿Yréis por fin á ese baile que se da dentro de cuatro días?

REINA. Sí.

REY. ¡Con vuestros herretes!

REINA. Sí.

REY. ¡Bien! Cuento con vuestra palabra. Adios, madama. (Vase.)

REINA. ¡Estoy perdida!

ESCENA XVI.

LA REINA, LA BONACIEUX.

SRA. BONA. Pues qué, ¿nada puedo yo hacer por mi reina?

REINA. ¡Tú, tú!

SRA. BONA. ¡Ah! os pertenezco en cuerpo y alma; y á pesar de la inmensa distancia que hay de V. M. á mí, encontraré medio de salvarla.

REINA. ¡Ay de mí! Yo engañada por todas partes, vendida, perdida.

SRA. BONA. ¡Y esos herretes que el rey os pide!...

REINA. Pues qué, ¿tú sabes!...

SRA. BONA. Todo lo he oído, esos herretes estaban en un cofrecillo de palo de rosa.

REINA. Sí.

SRA. BONA. ¡Ese cofrecillo no se lo llevó ayer al Sr. de Buckingham!

REINA. ¡Silencio! ¡silencio!

SRA. BONA. Es preciso volver á hacernos de él.

REINA. ¡Pero cómo!...

SRA. BONA. Es menester enviar á alguien al duque.

REINA. ¡Y quién! ¿y quién? ¡Dios mío!

SRA. BONA. ¡Teneis confianza en mí, Madama! Sime dispensais tan alto honor, mi reina, ya tengo yo buscado el mensajero que debe traerlos los herretes.

REINA. Hazlo, pues, y me habrás salvado la vida, me habrás salvado el honor.

SRA. BONA. Pero el duque no volverá los herretes sin dos letras de vuestra mano.

REINA. ¡Dos letras de mi mano! si ellas fuesen interceptadas, no me quedaria mas recurso que el divorcio, el convento y el destierro....

SRA. BONA. Y á mí peor que eso, la muer-

te (La reina va á la mesa, y escribe mientras la Bonacieux mira á las puertas.

REINA. Toma.

SRA. BONA. Bien, Madama.

REINA. Pero á tu emisario tal vez lo arrearán, lo atacarán y no llegará á tiempo.

SRA. BONA. Mi emisario, Madama, aunque lo arresten, pasará; y cuando lo ataquen, matará. ¡Oh! dejadme á mí; ya vereis adios, Madama, adios.

ACTO CUARTO.

CUADRO IX.

El cuarto de Artagnan.

ESCENA I.

PLANCHET boca abajo, sacando una botella por la trampa. Athos mirando.

ATHOS. (Tomando la botella que PLANCHET ha puesto cerca de él.) Gracias, Planchet; dame un vaso.

PLAN. ¡Deveras sois vos, señor Athos! Me alegro como hay viñas de volveros á ver; ¡qué contento estoy! ¡Conque quereis un vaso! al momento, no solo uno, dos, tres, cuantos querais. ¡Conque ya habeis salido de la Bastilla!

ATHOS. Así parece, puesto que aquí estoy.

PLAN. Ya lo veo; ¡pero qué diablo! yo creí que habia cerrado la puerta con llave.

ATHOS. Sí, mas ya sabes que cada uno de nosotros tiene una llave de nuestros respectivos cuartos.

PLAN. Cierro; no habia pensado en eso.

ATHOS. ¡Y tu amo, en dónde está?

PLAN. No lo sé á punto fijo; pero como me lo presumo, no me inquieta mucho su ausencia.

ATHOS. ¡Cómo! ¿no te inquieta su ausencia?

PLAN. Sí señor, no me inquieta, porque el caballero á estas horas, debe estar disfrutando de sus triunfos; ya ha hecho las paces.

ATHOS. No te entiendo; ¡con quién ha hecho las paces!

PLAN. ¡Toma! con aquella mala pécora... ya sabeis.

ATHOS. ¡Cuál!

PLAN. Aquella que se llama Milady, la mujer de la plaza, real.

ATHOS. ¡Y al irse, te dijo algo?

PLAN. Me ha dicho que si no volvia á las nueve de la mañana, os lo avisara á vos y á los señores Porthos y Aramis, y que reflexionais....

ATHOS. ¡Qué diablo!...

PLAN. ¡Chito! escuchad.

ATHOS. ¡Qué!

PLAN. Me parece que oigo pasos en la escalera.

ATHOS. Mira quién es.

D'ART. (De la parte de afuera y golpeando la puerta.) Planchet, ¡voto á bríos! ¡Me abrirás la puerta, tunante!

PLAN. Ya voy; es él, es el señor caballero.

ATHOS. ¡Qué ocurre, que venis con tal furia!

D'ART. ¡Mil demonios carguen contigo!

PLAN. ¡Cómo! ¿os viene alguno persiguiendo?

D'ART. [Entrando muy desconcertado.] No sé; pero cierra las puertas pronto.

ATHOS. ¡Pues qué sucede, d'Artagnan?

D'ART. Athos, amigo mio, ¿cómo os habeis escapado de sus garras!

ATHOS. Fácilmente, y vos sois á quien tengo el honor de hacer mi primer visita.

D'ART. Sin duda que Dios os ha inspirado, porque si no os encuentro aquí, iba á echar á correr á vuestra casa.

ATHOS. ¡Pues qué ha sucedido!

D'ART. ¡Qué ha sucedido! Planchet, ponte de centinela en la escalera, y no dejes entrar á alma viviente.

PLAN. Escepto á las mujeres.

D'ART. ¡Canalla! á las mujeres menos que á nadie.

ATHOS. ¡Hola! parece que vuestros amores no han tenido un feliz resultado.

D'ART. Athos, no os riáis. ¡Oh! no, en nombre del cielo os suplico que no os riáis, porque os juro, por mi alma, que la cosa no es para reirse.

ATHOS. En efecto, veo que estais pálido; ¿estaríais herido!

D'ART. No, á Dios gracias.

ATHOS. Entonces, ¿qué teneis!

D'ART. Yo tengo.... lo que tengo es miedo.

ATHOS. ¡Vos, d'Artagnan! ¿d'Artagnan tiene miedo! ¡qué ha sucedido, pues! decid.

D'ART. Un acaecimiento terrible, Athos.

ATHOS. Explicaos; ¿qué hay, con mil de á caballo!

D'ART. Lo que hay, es que Milady está marcada con una flor de lis en la espalda.

ATHOS. ¡Ah! ¡Milady marcada!... ¿qué decís!

D'ART. Vaya, respondedme; ¿estais seguros de que la otra en efecto ha muerto!

ATHOS. ¡Qué otra!

D'ART. Aquella de quien hablásteis ayer aquí; allí, en aquel lugar; en fin, la mujer de Berry.

ATHOS. [Pasando la mano por la frente.] ¿Cómo es esa Milady? ¿Qué edad tiene! ¿es alta... baja! ¿sus facciones son feas ó...?

D'ART. Tendrá de veinticinco á veintiseis años; mas bien es chica que grande; sus cabellos son castaños, las cejas muy pobladas, el ojo sombrío y lleno de vivacidad al mismo tiempo.

ATHOS. ¡Pálida!

D'ART. Sí, pálida, con unas magníficas espaldas, y sobre la izquierda una flor de lis roja, y como medio borrada á fuerza de cientes.

ATHOS. ¡Decis que es inglesa!

D'ART. ¡Y la vuestra qué era!

ATHOS. Es verdad, se llamaba Carlota

Backson; ¡y cómo habeis sabido!...

D'ART. Esta mujer habia observado que me gustaba; ella es coqueta, y de antemano me habia hecho algunas insinuaciones, á las que naturalmente correspondí. La camarista, como por ensalmo, se enamora al mismo tiempo de mi persona, y me hace saber que su señora se burlaba de mí. Como soy hombre del Mediodía, se me subió la sangre á la cabeza, le esciyo pruebas, y ella me prueba en efecto que Milady daba citas en su casa á un tal señor de Wardes. Me vengaré de una manera terrible, grité yo, con voz fuerte y atronadora. Por supuesto que ya la camarista nada podia negarme, y por consiguiente le ordené que me introdujese en la habitación de su ama. Esto era fácil: Milady esperaba á su amante, y su dormitorio estaba á oscuras.

ATHOS. ¡A oscuras!

D'ART. Naturalmente; ¡toma! ¿no veis que si no, la flor de lis...? En fin, me introduje, y mis negocios iban á pedir de boca, cuando de repente la camarista, que estaba zelosa, y temia que mi venganza fuese mas dulce de lo que le habia anunciado, fingió haber sido llamada, y se presenta allí con una luz en la mano; Milady entonces me reconoce, quiere hacerme salir, yo me obstino en quedarme, y en esa refriega, hácese pedazos el peinador de Milady.

ATHOS. ¡Ah! comprendo, y fué entonces cuando le visteis la espalda.

D'ART. Amigo mio, encerradme con una pantera rabiosa, encerradme con una leona á quien acaban de robarle sus cachorros; con una serpiente de cascabel, consiento en ello; pero no me encerreis con esa mujer que me perseguia con el puñal en la mano, porque ya, Athos, os lo he dicho todo en dos palabras: aquí mismo, cerca de vos, con solo pensar en ella, tengo miedo.

ATHOS. ¡A ver, qué llevais ahí en el dedo!

D'ART. Una sortija que ella me ha puesto, creyendo que yo era de Wardes.

ATHOS. ¡Esta sortija!...

D'ART. Ni siquiera la he mirado todavía.

ATHOS. No hay remedio, yo conozco esta sortija, es la que yo le dí la noche de nuestro casamiento. d'Artagnan, ella es.

D'ART. En ese caso, mi querido Athos, mucho me temo que no haya comprado con ella, una venganza terrible que nos alcanzará á los dos.

ATHOS. ¡Qué me importa!

D'ART. ¡Cómo, qué os importa!

ATHOS. Os juro por mi alma, d'Artagnan, que yo daré mi vida por cualquier bagatela; pero ahora os alarmais sin razon respecto de mí; ella me crea muerto, como yo la creia á ella.

D'ART. Athos, en todo esto hay un terri-

ble misterio que no penetro; ella se está preparando para hacer un viaje: mirad, yo no sé por qué, pero tengo la convicción de que es la muger es espía del cardenal.

ATHOS. (Tomando su capa.) ¡Está bien!

D'ART. ¡Me dejai!

ATHOS. ¡En la Plaza real, decidis que vive!

D'ART. Sí, en el ángulo, allá en el fondo, á la izquierda.

ATHOS. Perfectamente.

D'ART. Una sola palabra. Ahora que os vais, enviadme aquí á Porthos, á Aramis y los lacayos, porque tal vez no bastarán todas nuestras fuerzas para hacer frente al enemigo.

ATHOS. Bien.

D'ART. Adios.

ESCENA IV.

D'ARTAGNAN solo, despues LA BONACIEUX.

D'ART. ¡Oh! estas sí que son aventuras, y eso que ahora empiezan, y probablemente aun no estarán próximas á su fin.

UNA VOZ. [Abajo.] ¡Señor d'Artagnan, señor d'Artagnan!

D'ART. Me parece que han pronunciado mi nombre. [Tocan debajo de los pies de d'Artagnan.]

LA VOZ. ¡Señor d'Artagnan!

D'ART. (Abriendo la trampa.) ¡Quién me llama!

LA VOZ. Yo, la señora Bonacieux: ¿estais solo?

D'ART. Sí, ¿quereis que baje!

LA VOZ. No, yo subiré: ¿podeis recibirme?

D'ART. ¡Va se ve que sí de mil amores.

LA VOZ. Entonces cerrad la trampa. (Lo hace.)

D'ART. ¡Si puedo recibirla! ya lo creo que sí, adorable criatura; que venga, ¡voto á sanes! [Va á la puerta.] Planchet, paso franco.

ESCENA V.

D'ARTAGNAN, LA BONACIEUX.

SRA. BON. ¡Ah! ¡Dios mio! me muero.

PLANC. ¡Todavía me he de estar de centinela!

D'ART. Y ahora con mas cuidado que nunca.

SRA. BON. Señor d'Artagnan. ¡Ah! qué felicidad el haberlo encontrado.

D'ART. Señora, me teneis siempre á vuestras órdenes.

SRA. BON. ¡Recordais que me ofrecisteis vuestros servicios!

D'ART. Y os los ofrezco de nuevo.

SRA. BON. De lo cual me alegro infinito, porque yo he respondido de vos.

D'ART. ¡A quién!

SRA. BON. A la reina.

D'ART. Y habeis hecho bien, porque estoy á sus órdenes, y sobre todo, á las vuestras.

SRA. BON. Señor, apenas os conozco, y sin embargo, tengo puesta en vos toda mi confianza.... ¿por qué?... no puedo daros razón, no sé nada.

D'ART. Yo si lo sé, porque os amo.

SRA. BON. Me lo decis al menos, oidme: os juro aquí delante de Dios, que si me traicionáscis, y mis enemigos llegasen á perdonarme, que lo dudo mucho, juro, repito, que me suicidaré, acusándoos de mi muerte.

D'ART. Yo tambien os juro, señora, delante de Dios, que si fuese sorprendido desempeñando la comision que me diéreis, antes moriré que hacer ó decir nada que comprometa á cualquiera que yo respete, ó á cualquiera que yo ame.

SRA. BON. Eso supuesto, se trata de partir ahora mismo, y sin perder un segundo.

D'ART. ¿Adónde?

SRA. BON. A Londres, y entregar esta carta.

D'ART. ¿A quién?

SRA. BON. Al duque de Buckingham.

D'ART. Pero necesito una licencia del señor de Tréville.

SRA. BON. Ya he estado en su casa, y dentro de un cuarto de hora estará aquí la licencia.

D'ART. Pues bien, parto; pero á mi vuelta...

SRA. BON. ¿Qué sucede á vuestra vuelta?

D'ART. ¿Qué hará la señora Bonacieux en obsequio de un hombre que arriesga su vida por ella!

SRA. BON. ¡Silencio!

D'ART. ¿Qué hará?

SRA. BON. Es la voz de mi marido.

D'ART. No os altereis, que Planchet cuida la puerta; ¡vaya, decidme, qué hará!

SRA. BON. No lo sé; pero id á buscarla adonde quiera que esté, y allá veremos.

D'ART. ¡Y en dónde estará ella!

SRA. BON. Se lo preguntareis á la reina, que la reina os lo dirá; y hé ahí vuestra recompensa.

BONA. (Del otro lado de la puerta.) Pero si cuando yo os digo que no es al señor d'Artagnan, sino á mi mujer á quien quiero hablar, me parece que....

SRA. BON. Ocultaos allí, yo me quedo.

D'ART. Por aquí.

SRA. BON. ¿Teneis dinero?

D'ART. Tengo de que hacerlo. [Abrasa á la Bonacieux.]

SRA. BON. ¿Qué es lo que haceis!

D'ART. Tomo algunas provisiones para el camino.

SRA. BON. Es que no partireis todavía.

PLAN. ¿Cómo, á vuestra mujer!

BONA. Sí, yo sé que mi mujer está en casa del señor d'Artagnan, quiero hablarla; ¡qué diablo! me parece que yo tengo el derecho de hablar con mi mujer: ¡Ah! señor Planchet, señor Planchet! os advierto que si no me abris luego luego, voy á traer una patrulla.

SRA. BON. [Abriendo la puerta.] Vamos, señor Planchet, dejadlo entrar: ya que mi marido quiere hablarme, dejad que me hable.

ESCENA VI.

BONACIEUX, LA BONACIEUX.

BONA. No deja de ser fortuna. ¡Qué habeis aquí, señora!

SRA. BON. Espero al señor d'Artagnan.

BONA. ¡El señor d'Artagnan! ¿Hum! hum! (Mira en derredor de él.)

SRA. BON. Cierto, pues ya veis que no está aquí.

BONA. ¡Ah! ¡no está aquí!

SRA. BON. ¡Esa es otra! parece que no.

BONA. Es verdad, pero ¿y para qué esperarais al señor d'Artagnan?

SRA. BON. Eso, señor Bonacieux, no os concierne de ninguna manera.

BONA. ¿Cómo que no me concierne! ¡Y á quién le concierne, pues, me atrevo yo á preguntar á mi adorada consorte!

SRA. BON. Concierne á personas que no conoceis, y con quienes nada teneis vos que hacer.

BONA. (Cruzando los brazos.) Sí, esto concierne á la señora de Chevreuse, y al señor duque de Buckingham, y.... ¿no es así?

SRA. BON. ¿Qué es lo que estais diciendo!

BONA. ¡Ah! señora, vos ignorabais que yo sabia todas vuestras tramas.

SRA. BON. ¿Qué nombres habeis pronunciado, y quién os ha instruido de eso?

BONA. Todo lo sé: ¡intrigas, no es eso!

¡siempre intrigas! pero ahora, ahora yo me rio de vuestras intrigas, las desafío, os desafío á todos, que ya el señor cardenal me ha ilustrado mucho sobre este punto.

SRA. BON. ¡El cardenal! ¿pues qué, habeis visto al cardenal!

BONA. (Dándose importancia.) Sí, señora, me ha hecho llamar.

SRA. BON. ¡Y habeis ido á su llamamiento! ¿Qué imprudente sois!

BONA. Debo deciros, para que os sirva de gobierno, que no ha dependido de mí el ir ó no, porque me hallaba entre dos guardias.

SRA. BON. Entonces fuisteis por fuerza, y os habrá maltratado y amenazado.

BONA. Todo menos eso, señora; me alargó la mano y me ha llamado su amigo: ¡me entendeis, señora! yo soy el amigo del gran cardenal.

SRA. BON. ¡Del gran cardenal! Hay otro poder superior al suyo.

BONA. Lo siento mucho, señora; pero yo no conozco poder superior á el del grande hombre á quien tengo el honor de servir.

SRA. BON. ¡Vos servís al cardenal! Eso solo os faltaba, servir al partido de aquellos que maltratan á vuestra mujer y que insultan á vuestra reina.

(Durante las últimas líneas de esta escena, Porthos y Aramis, seguidos de sus lacayos, entran muy poco á poco conducidos por Planchet.)

BONA. Señora, la reina es una pérfida española, y lo que el señor cardenal hace está bien hecho.

SRA. BON. ¡Ah, señor Bonacieux! yo sabia que érais un cobarde, un avaro, un imbécil, pero ignoraba que fuérais un infame.

BONA. ¡Eh! mirad lo que decis!

SRA. BON. Lo que os digo es que solo falta que me sigais, que me espieis.

BONA. Pues es precisamente lo que he hecho.

SRA. BON. Y tambien que me denunciéis.

BONA. Es justamente lo que voy á hacer.

SRA. BON. ¡Cómo! ¿vais á contarle al cardenal!

BONA. Que os he hallado en casa del señor d'Artagnan, y que no habeis querido decirme el motivo que os trajo aquí, pues yo ya ahora no dudo que vos conspirais de acuerdo con él.

SRA. BON. ¡Y tendríais valor para hacer eso! ¡Oh, no es imposible!

BONA. Sí, señora, que voy á hacerlo, paso entre paso.

SRA. BON. ¡Oh! ecisiste una justicia, y Dios no permitirá....

BONA. ¡Ah! ¡Dios!.... el cardenal está bien con él, y ya arreglará el negocio, de modo....

[Se vuelve y ve á Porthos y á Aramis.]

ESCENA VII.

DICHOS, PORTHOS, ARMAIS, LACAYOS.

PORT. Perdonad, amigo; pero no se pasaba.

BONA. ¿Cómo, no se pasa!

ARAM. Tal es la consigna; y ya sabe buen hombre, que los mosqueteros son escusados de su consigna.

BONA. ¡Y quién os ha dado esa consigna!

PORT. Nuestro amigo d'Artagnan.

BONA. Pero si vuestro amigo d'Artagnan no está aquí.

D'ART. [Sacando la cabeza por la trampa.] Dispensadme, mi querido Bonacieux, es en un error, aquí estoy.

BONA. ¡Qué ve! El señor d'Artagnan me trae medias; la mitad de él en su casa y la otra mitad en la mia.

PORT. [Con la mano en el fieltro.] ¿Qué ha de hacer, brigadier!

D'ART. Tened con el señor Bonacieux las mas altas consideraciones; que nada le falte; pero encerradlo en su bodega, y que no salga de ella hasta que yo vuelva. Planchet, Bazin y Mousqueton, serán sus centinelas de vista: esta es la orden.

BONA. ¡Hasta que volvais! ¡y cuándo volvereis!

D'ART. [Desapareciendo.] No sé nada. Adios.

SRA. BOY. Señor imbécil, así aprenderéis á ser espía del cardenal.

CUADRO X.

La fonda del Colombier Rouge.

Piso bajo y primer piso. La misma decoración poco mas ó menos, que en los Misterios de Londres.

ESCENA PRIMERA.

MILADY, escribiendo en el primer piso. ATHOS en el piso bajo, y el MESONERO.

ATHOS. [Con traje sencillo de caballero.] Me parece que no hay nada de extraordinario en lo que os digo: yo espero á dos amigos; los tres deseamos achisparnos juntos, tenemos miedo que nos interrumpen durante esta respetable operacion, y por eso os queremos ar-endar toda esta sala.

MESO. ¡Toma! pues si no es eso lo que yo habia entendido: yo creia que me pediais to-la la casa, ¡me comprendeis bien! y como el rimer piso está ya ocupado....

ATHOS. Sí, ya me lo habeis dicho, por una mujer; pero ¡qué diablo! nosotros somos de-asiado galantes para querer incomodar á is señoras; que esa dama se quede en don-e está, y con tal que nosotros podamos dis-oner de esta sala....

MESO. ¡Muy bien! de esa manera todo se regla, y en dándome un par de escudos....

ATHOS. Hélos aquí.... traednos vino.

MESO. ¡Cuántas botellas!

ATHOS. Las que querais.

MESO. ¡Famoso parroquiano! [Vase.]

ATHOS. Ella está aquí: la he visto entrar, arriba siento pasos.

MILADY. [Yendo á la ventana.] El cardenal bia dicho que á las diez y media.... (dan diez.) Vaya, ya veo que él no tarda, soy la que me he adelantado.

PORT. [Llegando de fuera, á Athos.] ¡Chito!

ATHOS. ¡Qué hay?

PORT. Aramis ha hecho la señal.

ATHOS. ¡Entonces vienen!

PORT. Sí.

ATHOS. ¡Bueno!

PORT. ¡Y no podríais decirme ahora, os!....

ATHOS. Es inútil: quisiera solo saber una cosa.

PORT. ¡Cuál!

ATHOS. ¡Cómo podría yo oír lo que se habla allá arriba!

MESO. (Entrando.) Aquí está el vino.

ATHOS. Gracias. Ahora no olvidéis que estamos en nuestra casa, y que no queremos que nadie nos incomode.

MESO. No hay cuidado. ¡Ah! sólo os recomendaré una cosa.

ATHOS. ¡Cuál!

MESO. Que no hagais fuego en la hornilla.

ATHOS. ¡Y por qué!

MESO. Lo vais á comprender al punto: yo soy un hombre de talento, y con una piedra he matado dos pájaros: con la hornilla yo calentaba este piso, y con el cañon la pieza de arriba; pero ayer se ha caído el cañon; es decir, hubo aquí una camorra, y en medio de la tremolina, se hizo pedazos; de suerte que si vos hicierais fuego, la ahumaríais.

ATHOS. ¡A quién!

MESO. A la señora que está en el primer piso, y que ha tomado precisamente la habi-tacion que da encima de esta, para ella so-lita.

ATHOS. ¡Solo para ella!

MESO. Sí, y para un caballero que está esperando.

ATHOS. ¡Chiton! eso no nos interesa.

MESO. ¡Bravo! Ahí tenéis el vino; si no bastare, pedireis mas. [Vase á la puerta y encuentra á Rochefort.]

ESCENA II.

LOS MISMOS, ROCHEFORT EN LA PUERTA DEL FONDO, Y EL CARDENAL CON DOS GUARDIAS.

ROCH. ¡Hola, amigo!

MESO. ¡Qué se ofrece?

ROCH. ¡Es está la posada del Colombier-Rouge?

MESO. Ya lo estais viendo.

ROCH. ¡Está en la sala del primer piso una mujer que espera!

MESO. ¡Ah! ¡Sois vos el...!

ROCH. No.

MESO. ¡Pues entonces á qué preguntais!

ROCH. ¡Silencio! (Va al fondo y se dirige á un hombre que está en un grupo de tres.) Venid, Monseñor.

CARD. ¡Ya ha llegado!

ROCH. Espera á vuestra Eminencia.

CARD. ¿Por dónde se sube?

MESO. No hay mucho en que equivocarse; por esa escalera vais hasta el balcon exterior, y luego la primer puerta á la derecha.

CARD. Gracias. [Sube.]

ROCH. (Al mesonero.) Ahora, amigo, idos á vuestros quehaceres.

MESO. ¡A mis quehaceres!

ROCH. Sí, vos debéis tener algo que hacer; idos, pues.

MILADY. (A la ventana.) Por aquí, monseñor, por aquí.

ATHOS. (Ha escuchado á la puerta. Aramis toca á la ventana de la izquierda.) Mirad quién toca á la ventana, Porthos.

ARAM. (Fuera.) Yo, Aramis.

ATHOS. Abrid, Porthos. (Aramis entra por la ventana.)

PORT. ¿Y por qué entráis por la ventana?

ARAM. Porque era peligroso entrar por la puerta.

ATHOS. [A Aramis.] ¿Habeis visto al gefe de la partida?

ARAM. Sí, á la luz de la luna: se desembozó un momento, y me bastó eso para cono-cerlo.

ATHOS. ¿Es el cardenal, eh?

ARAM. El mismo.

PORT. ¡El cardenal! ¿dónde está?

ATHOS. ¿Y los otros?

ARAM. Son el conde de Rochefort, y dos guardias de su Eminencia; y como están allí, me pareció prudente entrar por la ventana, para que no me viesen.

PORT. Ahora lo comprendo bien; ¡y lo que son las cosas! no se me hubiera ocurrido nunca.

ATHOS. (Escuchando.) Ya el hombre está arriba. Porthos, quitad la hornilla, y ponedla donde querais.

PORT. ¡La hornilla!

ATHOS. Sí, os lo suplico. [Porthos quita la hornilla.]

MILADY. ¡Oh! nada temais, Monseñor, estamos absolutamente solos.

CARD. No obstante, ninguna precaucion está demas.

ATHOS. (Escuchando por el cañon.) Este es un verdadero cañon de órgano.

ARAM. ¿Oís lo que dicen?

ATHOS. Estoy seguro que no perderé ni una sílaba.

PORT. ¡Ah! ya comprendo, por eso me decíais que....

ATHOS. Porthos, bebed el vino, ó vaciad las botellas por la ventana.

PORT. ¿Vaciar las botellas?

ARAM. Es preciso que tengamos trazas como de haber bebido, y mucho.

PORTOS. Sí, sí, sí.

CARD. Sentaos, Milady, y hablemos.

ATHOS. ¡Chito!

MILADY. Ya escucho á vuestra Eminencia.

ATHOS. ¡Oh! ¡esta vez!....

CARD. Conoceis lo importante de la mision que se os confia.

MILADY. Sí; pero os suplico me deis vuestras instrucciones de una manera terminante y clara, porque deseo. Monseñor, justificar con los hechos, la confianza que de mí haceis.

ATHOS. Cerrad, Aramis, la puerta con el cerrojo.

CARD. Vais á partir para Londres.

MILADY. Si me enviáis cerca del duque de Buckingham, Monseñor, no olvidéis que soy yo quien le ha presentado en la calle de la Harpe, el pañuelo que debia presentarle la Bonacieux, y no es remoto que pudiera cono-cerme.

CARD. Eso importa poco, y ni aun habria un gran mal en que él supiese que estais á mi servicio.

MILADY. Es decir que lo que yo emprendo, es una negociacion franca, y que puedo presentarme á él de una manera legal y es-plícita.

CARD. Sí, franca y lealmente, como siem-pre.

MILADY. Hablad, monseñor, que yo ejecu-taré al pié de la letra las órdenes de vues-tra Eminencia.

ARAM. (A Porthos que ha destapado una bo-tella.) Chiton, Porthos, por Dios.

PORT. Como ha dicho Athos que vacia-sen las botellas, por eso las vacio.

CARD. Ireis á ver á Buckingham de mi parte, y decidle que no ignoro los preparati-vos que está haciendo, y que ellos me inquie-tan muy poco, porque al primer paso que se atreva á dar, pierdo á la reina.

MILADY. ¿Y se halla vuestra Eminencia en estado de llevar á cabo esta amenaza?

CARD. Decidle, Milady, que yo tengo en-tre mis manos las pruebas de todo, y cuan-do él sepa que la guerra que emprende pue-de costarle el honor, y aun la libertad á la señora de sus pensamientos, yo os aseguro que se mirará mucho en ello.

MILADY. ¿Y si á pesar de esas observacio-nes, él persistiese?

CARD. No es probable.

MILADY. Pero es posible.

CARD. Si persistiese, entonces yo pondré mi esperanza en uno de estos raros aconte-cimientos que cambian la faz de los Estados.

MILADY. Vuestra Eminencia quiere hablar seguramente de la puñalada de Ravaiillac.

CARD. Precisamente.

MILADY. ¡Pero no temé vuestra Eminencia que el suplicio de aquel Ravaiillac, espante á todos aquellos que hayan tenido un solo ins-tante la intencion de imitarle!

CARD. Hay en todos tiempos, y en todos los paises, especialmente si los paises están divididos en opiniones religiosas, como su-cede á la Inglaterra, fanáticos que no desean mas que hacerse mártires.

MILADY. ¡Ah! ¡y vos creéis que se pueden hallar siempre hombres de ese jaez!

CARD. Sí, milady, y no creo que sea pre-ciso ir á buscarlos muy lejos: justamente el buque en que vais á embarcaros á Bolonia para ir á Londres, que es una balandra mer-cante, la manda uno de esos hombres.

MILADY. ¿Y lo conoceis como enemigo de milord?

CARD. ¡Oh! ¡y de mucho tiempo.

MILAD. ¿Cómo se llama?

CARD. Felton.

MILAD. ¡Ah!

CARD. Este Felton, bajo la máscara de puritano, oculta una alma de fuego, y bastaría una joven bella y diestra para enardecer la cabeza de semejante hombre.

MILAD. Sí; ¡y podrá encontrarse esa mujer que pintais!

CARD. ¡Eh!... ¿qué sé yo!... una mujer así, que pusiera en sus manos el puñal de Santiago Clemente ó de Ravallac, esa mujer salvaría á la Francia.

MILAD. Sí, pero esa mujer sería la cómplice de un asesinato.

CARD. ¡Y qué sería preciso hacer para tranquilizarla!

MILAD. Yo creo que se necesitaria, ante todas cosas, una órden que ratificase todo lo que ella creeria deber hacer por la felicidad de la Francia.

CARD. Lo primero y mas difícil de todo es encontrar á esa mujer.

MILAD. Yo la encontraré.

CARD. Entonces, esto marcha divinamente; yo he encontrado el hombre y vos la mujer.

MILAD. En efecto, y no falta mas que la órden.

CARD. Una órden así como esta. (*Escribe una órden.*)

MILAD. ¡Muy bien! y ahora que ya he recibido las instrucciones de Monseñor, respecto de sus enemigos; es decir, de los enemigos de la Francia, su Eminencia me permitirá que le diga dos palabras acerca de los míos.

CARD. ¿Vos tenéis enemigos?

MILAD. Sí, monseñor, y enemigos contra quienes debéis prestarme vuestro apoyo, porque me los he hecho solo por servir á vuestra Eminencia.

CARD. Nombrádmelos.

MILAD. En primer lugar esa intrigantilla de la Bonacieux.

CARD. ¡Ah! sí, parece que ya la reina recelaba algo respecto de eso, porque anoche la ha hecho salir para el convento de las carmelitas de Bethune.

MILA. ¡A las carmelitas de Bethune!

CARDEN. ¿Conocéis ese país?

MILA. Lo he habitado algun tiempo: el otro enemigo...

CARDEN. ¡Ah! ¿tenéis dos?

MILA. Y vuestra Eminencia lo conoce muy bien: es nuestro genio maléfico, el enemigo de los dos, de vuestra Eminencia y mio; es aquel que en el encuentro con los guardias de vuestra Eminencia, ha herido tan cruelmente al señor de Jussac; es aquel que cuando ya todo estaba dispuesto para atrapar al duque en la calle de Fossyeurs, vino á poner en fuga á los agentes de vuestra Eminencia y á obligarnos á errar el golpe.

CARDEN. Sí, ya sé de quién queréis hablar.

MILA. Os quiero hablar de ese miserable d'Artagnan.

CARDEN. Es un compañero atrevido.

MILA. Y por lo mismo es mucho mas temible.

CARDEN. Pero para castigarlo se necesitarían algunas pruebas de inteligencia con Buckingham.

MILA. ¡Algunas pruebas! hasta diez puedo daros.

CARDEN. ¡Oh! entonces no hay cosa mas sencilla: dadme esas pruebas, y al momento lo envío á la Bastilla.

MILA. Vamos claros, Monseñor; hagamos trueque por trueque: cambiemos existencia por existencia, hombre por hombre: dadme á d'Artagnan, y yo os doy á Buckingham.

CARDEN. En realidad de verdad que no sé lo que me queréis decir, Milady; pero como mi objeto es daros gusto, he aquí el papel que me habeis pedido.

MILA. Gracias, Monseñor.

PORTHOS. ¿Habeis oído?

ARAM. ¿Qué perversa criatura!

ATHOS. Está bien, no os movais.

PORTHOS. ¿Qué?

ATHOS. El resto me toca á mí.

ARAM. ¿Os vais?

ATHOS. Sí; pero quedaos.

PORTHOS. ¡Conque vos os encargais!...

ATHOS. Sí; me encargo de todo.

ARAM. Debemos escuchar todavía?

ATHOS. Sí, si es que os interesa. [*Vase por la ventana.*]

CARDEN. (*Que ha tomado su capa.*) Estamos, pues, de acuerdo, madama.

MILA. De acuerdo, Monseñor.

CARDEN. ¿Está lista la silla de posta?

MILA. De cien pasos de aquí.

CARDEN. Las postas están preparadas en todo el camino; la balandra del capitán Felton, os espera; si el viento es favorable, mañana al anochecec podeis estar en Lóndres.

MILA. Estaré.

CARDEN. Luego que desembarqueis, dadme noticias de vuestra llegada, y decidme lo que habeis hecho durante la travesía.

MILA. ¿Por qué conducto?

CARDEN. No os inquieteis por eso: tan luego como tengais necesidad de un emisario, se os presentará al momento.

MILA. ¿Y cómo he de conocerlo?

CARDEN. El os dirá: La Rochelle.

MILA. ¿Y yo responderé...?

CARDEN. Portsmouth, y entonces podeis darle la carta.

MILA. Está bien: adiós, Monseñor.

CARDEN. Hasta la vista, madama.

MILA. (*A su vez hace sus preparativos y lee el billete.*) El portador de la presente, hizo lo que ha hecho por órden mia, y para bien del Estado.—*Richelieu*... (*hablando*): No tiene fecha, mejor que mejor; de este modo, la venganza es segura y no peligrosa. [*Durante este tiempo, Richelieu ha bajado: únese á sus compañeros que se van con él, y Aramis y Porthos quedan.*]

ESCENA IV.

ATHOS, MILADY.

ATHOS. (*Entrando y cerrando la puerta tras él.*)

MIL. ¿Quién sois! ¿qué queréis!

ATHOS. Los dos estamos solos. (*Dejando caer su capa y levantando su fieltro.* Milady da un paso hacia atrás.) ¡Ah! ya veo que me conocéis.

MIL. ¿El conde de la Fère!

ATHOS. Sí, Milady. El conde de la Fère en persona, que viene espresamente del otro mundo, por tener el gusto de volver á veros. Sentémonos madama, y hablemos, como dice el señor cardenal.

MIL. (*Cayendo sobre un sillón.*) ¡Oh! ¡Dios mio!

ATHOS. Decidme: ¿sois por ventura algun demonio en la tierra? Felizmente que con la ayuda de Dios los hombres han algunas veces vencido al demonio; y á vos que os habeis puesto en medio de mi camino, ya yo creia haberos aplastado, madama; pero, ó yo me engañé, ó el infierno os ha resucitado.

MIL. ¡Ah! (*Se cubre el rostro con su cofia.*)

ATHOS. Sí, el infierno os ha resucitado, el infierno os ha hecho rica, el infierno os ha dado otro nombre; en fin, os ha desfigurado el rostro, os ha puesto otra cara; pero no por eso os ha borrado el asqueroso lunar de vuestra alma, ni la flor de lis de vuestro cuerpo.

MIL. Señor! (*Se levanta y Athos queda sentado.*)

ATHOS. ¿Me creiais muerto, no es así?

MIL. Pero, en fin, ¿con qué objeto venís aquí, qué me queréis!

ATHOS. Quiero deciros que permaneciendo siempre invisible para vos, no os he perdido de vista ni un momento.

MIL. ¿Pues qué, sabeis lo que he hecho!

ATHOS. No solo sé lo que habeis hecho, sino tambien lo que queréis hacer.

MIL. ¡Oh!

ATHOS. ¡Lo dudais, eh! muy bien! Pues escuchad ahora. Despues de aquel célebre y memorable acaecimiento que no olvidareis jamas, dejasteis la Francia, y os fuisteis á Inglaterra, en donde os casasteis con lord de Winter, baron de Clarick, el cual murió al cabo de dos años de una enfermedad singular y rara, que deja salpicado todo el cuerpo de manchas azules. A consecuencia de su muerte fuisteis la tutora de vuestro hijo y la heredera de lord de Winter: luego volvisteis á Francia, y os pusisteis al servicio del cardenal; despues llevasteis á Lóndres aquella famosa carta de la reina, que hizo venir á Milord Buckingham á Paris: fuisteis vos quien llevó á la calle de la Harpe aquel pañuelo que debia hacer caer al duque en el lazo que le habeis tendido; sois vos la que creyendo recibir en vuestra alcoba al conde de Wardes, recibisteis al caballero d'Artagnan, el cual odiais, no tanto porque sorprendió vuestro terrible secreto, sino porque no mató á lord de Winter, vuestro cuñado, de quien vuestro

11—TEATRO.

hijo debia ser el heredero; y vos sois, en fin, la que habeis venido aquí, aquí á este cuarto, y que sentada sobre ese mismo sillón en que ahora estais, venís de celebrar con el cardenal el pacto de asesinar al duque de Buckingham, en cambio de la promesa que él os hecho de dejaros asesinar á d'Artagnan.

MIL. ¿Sois por ventura Satanas!

ATHOS. Puede ser; pero de cualquier modo, oid bien lo que voy á deciros. Asesinad ó haced asesinar al duque de Buckingham, esto me interesa muy poco; yo no lo conozco, y por otra parte, es un inglés; pero cuidado como tocáis ni la yema de un dedo, ni un solo cabello de d'Artagnan, que es un fiel amigo mio á quien amo y á quien desiendo! cuidado, os repito, que no lo toqueis, ni á ninguno de sus amigos tampoco, porque ¡os lo juro por la memoria de mi padre! el crimen que intentáreis cometer ó que hubiéseris cometido, será el último que perpetrareis.

MIL. El señor d'Artagnan me ha ofendido cruelmente, y el señor d'Artagnan morirá.

ATHOS. No repitais, madama, esa amenaza.

MIL. Morirá el primero, y ella en seguida.

ATHOS. ¡Oh! cuidado, madama, que un vértigo terrible se apodera de mí. (*Toma una pistola del cinto, y friamente.*) Ahora mismo vais á darme el papel que os ha firmado el cardenal, ó ¡por mi alma, que os hago saltar la tapa de los sesos!

MIL. No.

ATHOS. (*Metiéndole puntería.*) Teneis un segundo de tiempo para deciroslo.

MIL. [*Saca un papel de su seno y lo deja caer rechinando los dientes.*]

ATHOS. (*Abre el papel y lee.*) El portador de la presente hizo lo que ha hecho por órden mia y para bien del estado.—*Richelieu*. (*Toma su capa y su espada.*) Y ahora, víbora, ahora que te he arrancado los dientes, muerde si puedes.

MIL. (*Rodando*) ¡Ah! (*Athos se lanza fuera del cuarto.*)

ARAM. ¿Qué diablo de parentesco tendrá esta mujer con Athos!

PORTHOS. Yo creo que es su tia.

CUADRO XI.

CAS. PORTSMOUTH.

El puerto de un lado, y la tienda de Buckingham del otro: una especie de fábrica que puede servir de taberna á los marineros. Ademas de esta fábrica y la tienda, un espacio practicable. Milady escribe en la taberna.

ESCENA I.

MILADY, LORD D'WINTER, UN CAPITAN, UN HOMBRE, BUCKINGHAM, PATRICK, FELTON, D'ARTAGNAN.

WINT. (*Sale de la tienda haciendo corte.*)

sias.) Si, milord se hará como Vuestra Gracia lo ordena. (llamando.) Señor capitán de puerto.

CAP. [Saliendo de una barca que espera con unos remos.] Mande vuestro honor!

WINT. Su gracia, lord Buckingham recibirá esta mañana a los oficiales de la flota, después, hacia el medio día, pasará a bordo del navío almirante, y esta tarde llevamos anclas.

CAP. Bien, Vuestro Honor.

WINT. Y qué hay de nuevo?

CAP. Anoche ha llegado una balandra.

WINT. ¿De qué nación?

CAP. Inglesa.

WINT. De guerra ó mercante?

CAP. Mercante.

WINT. ¿Quién es el capitán?

CAP. Un tal Felton.

WINT. ¿Felton, decid! ¿no es ese un antiguo oficial de la marina real?

CAP. Sí, Vuestro Honor. Separado del servicio por milord duque de Buckingham por su indisciplina y falta de subordinación.

WINT. ¿Y la balandra traía pasajeros?

CAP. Una mujer. Si algo notable hubiera traído, habría traído el honor de presentar a milord el roll del capitán Felton, que debe venir a tomarlo y a firmar el registro.

WINT. Enseñadme ese registro.

CAP. Se lo traigo aquí a vuestro Honor, ó quiere Vuestro Honor pasar a mi falúa?

WINT. Iré con vos. (Vanse.)

MIL. [Leyendo lo que escribe.] Monseñor cardenal... todo ha sucedido cual vuestra Eminencia lo ha previsto. El capitán de la balandra que me ha traído a Inglaterra, no solo es un marino atrevido que ha hecho la travesía en nueve horas, sino también un eclesiástico puritano que tiene una injuria personal que vengar, y ruega a Dios todas las noches no le permita cometer un crimen poniéndolo en presencia del duque. Felton, durante la travesía, se ha compadecido mucho de mis desgracias. Le he referido, sin decirle el nombre, que un señor inglés me había seducido y abandonado bajamente; que la sed de una terrible venganza, me llevaba a Inglaterra. Felton ha llorado conmigo, y yo he cantado salmos con él. Nos llamamos hermano y hermana, Cecilia y Felton. Hoy 23 de Agosto de 1621. El duque ha hecho colocar su tienda en el puerto, espera aparejar y hacer vela para Francia. He llegado, pues, a tiempo para decir a vuestra Eminencia, que me parece que no aparejará. Envío precipitadamente estas noticias a vuestra Eminencia, sirviéndome en ellas de nuestra cifra habitual: del resto, espero al señor Felton que a las nueve de la mañana, debe venir a tierra a recoger su roll de la capitana del puerto. Ahora son las nueve menos cuarto, y aun no se me ha presentado el emisario que vuestra Eminencia me ha prometido.

UN HOMBRE [acercándose.] La Rochelle.

MIL. Portsmouth.

HOM. Estoy a vuestras órdenes.

MIL. ¿Os vais a Francia?

HOM. Iré al país que queráis.

MIL. ¿Teneis medios de transporte?

HOM. Aquí una barca; allá caballos de posta; pero vos, madama....

MIL. Yo necesito como vos, una barca que a la primer señal, me haga salir del puerto, y me conduzca al primer barco pescador, con el cual yo me entenderé. Ved aquí el despacho. Marchad: ¿qué haceis?

HOM. Ese hombre va en mi lugar.

MIL. Teneis confianza en él?

HOM. Como en mí mismo.

MIL. Está bien.

HOM. Yo me quedo aquí a las órdenes de Milady.

MIL. No os alejéis de la tienda del duque, y procurad comprenderme a la mas ligera señal, y de obedecerme a la mas mínima palabra.

WINT. (Que ha vuelto a tocar al segundo compartimiento a Buckingham que aparece.) Estaba encerrado Vuestra Gracia?

BUCK. [Riendo.] Sí, rezaba mis oraciones.

WINT. No creia a milord tan devoto.

BUCK. ¡Oh! pero no os diré a qué santo.

WINT. O a qué santa.

BUCK. Vaya, no hablemos ya de los pecadillos de nuestra juventud. ¡Oh! qué bella está la mar, y qué hermoso el cielo, mi querido lord.

MIL. Ahí está.

BUCK. No podríais comprender cuán feliz soy en este instante; me voy a la mar, alegre como un niño. (A la aparición de Milord Duque tocan clarines y tambores.)

WINT. ¡Lo oís, Milord! Los centinelas de vuestra tienda han hecho la señal, y os baten marcha.

BUCK. Pero ese, d'Winter, es un honor real.

WINT. ¿Pues no sois vos el verdadero rey?

MIL. ¿Se irá acaso! (Va a la puerta.) ¡Y este Felton! que no viene.

WINT. ¿Agradaría a Milord ir hacia la orilla del muelle para ver vuestra hermosa flota?

BUCK. Sí, milord, dadme vuestro brazo.

GRITOS. ¡Viva Buckingham!

WINT. Mirad qué hermoso bosque de mástiles, monseñor; mirad ese hormiguero de marineros.

GRITOS. ¡Viva el duque de Buckingham! ¡viva milord Duque!

WINT. ¿Oís! ¿oís!

BUCK. Gracias, amigos míos, gracias.

WINT. ¿Milord necesita todavía de mí?

BUCK. No, mi querido d'Winter, dad las órdenes para la recepcion de los oficiales, y para la partida de esta tarde, y despues volved.

WINT. Dentro de media hora estaré de vuelta.

BUCK. (A los centinelas.) No detengais a nadie; estas buenas gentes quieren verme, y no es un crimen su deseo: parto esta tarde para Francia, y que al menos conozcan a aquel por quien tendrán que rezar, y que va tal vez a morir por ellos.

GRITOS. ¡Viva Buckingham! ¡viva Jorge Williers! ¡viva milord Duque!

BUCK. Gracias, hijos, gracias. David, preparad la firma. ¡Patrick!

PAT. Bien, monseñor. (Se acerca, y el duque le habla en voz baja.)

MIL. (Que ha mirado por la puerta.) ¡Ah, qué veo! aquel vestido negro, aquel paso grave y lento... ¡él es!... ¡cuanto ha tardado en venir! pero en fin, ahí está ya (bajo.) ¡Felton! ¡Felton!

FELT. ¿Quién me llama?

MIL. Sí, aquí, venid.

FELT. ¿Sois vos, Cecilia?

MIL. La misma.

FELT. ¿Qué haceis ahí sola! ¿qué significa esa palidez, esa mirada centellante, y esa navaja abierta?

MIL. (Llevándose a la ventana.) Venid aquí.

FELT. Aquí estoy.

MIL. Mirad.

FELT. ¿Esa tienda! ya la veo.

MIL. ¿Conoceis ese escudo de armas que la realza?

FELT. Sí, es el de Jorge Williers, Duque de Buckingham.

MIL. Os he dicho que venia a Inglaterra en busca de un enemigo.

FELT. Sí.

MIL. De un hombre que me lo habia robado todo, honor, porvenir, fortuna.

FELT. ¿Y ese hombre era...?

MIL. ¿No lo adivináis?

FELT. ¡Oh! sí, el mismo que a mí también me lo ha arrebatado todo, fortuna, porvenir, honor.

MIL. ¿Necesito todavía deciros lo que vengo a hacer aquí, y para qué es este cuchillo?

FELT. No, lo comprendo todo. (Toma el cuchillo.)

MIL. ¿Qué haceis?

FELT. Ahora os pregunto yo: ¿no adivináis?

MIL. ¿Felton! ¡Felton! ese hombre me pertenece.

FELT. Os engañais, porque él me habia ofendido antes de conoceros.

MIL. ¿Me pertenece!

FELT. Nos pertenece; ni una palabra mas. El Señor me ha conducido aquí por la mano... ¡loado sea el Señor! Yo tengo el brazo de un hombre, y de un hombre ofendido,

y el puñal está mejor colocado en mi mano que en la vuestra; volved a pasar el puente y embarcaos; y la primer ave marítima que el viento arroje sobre las costas de Francia, os llevará la noticia de la muerte de Buckingham.

MIL. ¡Oh! de ninguna manera: cada uno tiene su mision que cumplir, su tarea que acabar; y si yo os permito, Felton, que acabeis la mia, no es por abandonaros en el peligro.

Yo no partiré de Inglaterra sin mi amigo, sin mi hermano, sin mi héroe. Vuestra balandra está a la vela y nos espera: ella nos trajo, y ella debe llevarnos.

FELT. ¿Y si Dios me entrega a los filisteos! MIL. Vuestra hermana estará con vos eternamente.

FELT. Gracias. Ahora voy a invocar al Señor. Hermana mia, dejadme solo en su tremenda presencia.

MIL. Hasta la vista, hermano mio. (Se detiene en el fondo.)

FELT. (Arrodillándose.) ¡Señor! tú juzgates al juez, tú has condenado al tirano: el número de sus días está contado: dame fuerzas para ejecutar la sentencia.

BUCK. (Arrodillándose.) ¡Dios mio! vos habeis querido que yo amase en este mundo únicamente a aquella cuya imagen está aquí.

¡Hazme vivir, Dios bueno, si ella ha de amarme como yo la amo, ó hazme morir si he de verme privado de su amor! (Rumor detras de la tienda, Milady vuelve a entrar vivamente.)

FELT. ¿Qué ha sucedido!

MIL. ¡Un caballo a todo escape! ¡Un hombre que viene hacia este lado! yo no sé; pero... hay tal alboroto, tal atropamiento de gentes... en fin, tengo miedo que me conozcan.

FELT. ¿Que os conozcan!

MIL. Pues, que me observen. (El rumor aumenta.)

CENT. ¡Atras! ya os he dicho que no se pasa.

D'ART. Y yo os digo que pasaré, ¡voto a... quiero hablar al duque de Buckingham; dejadme pasar, ó si no....

FELT. ¡Oís!

MIL. Sí, y me parece que conozco esa voz.

DUQ. (Sobre el umbral.) ¿Qué hay!

D'ART. Decidle que es un caballero frances, que ha reventado tres caballos de Douvres a Portsmouth; y si es preciso, decidle que soy el Sr. d'Artagnan.

MIL. ¡D'Artagnan!

DUQ. ¡Un caballero frances! ¡el Sr. d'Artagnan! Aquí estoy. (Saliendo.)

D'ART. ¡Milord! ¡Milord! venid.

DUQ. Dejad franco el paso: ¡no os he dicho ya que hoy todo el mundo tiene libertad para acercarse a mí! ¡Vos aquí, caballero! ¿qué hay de nuevo! no creo que le haya sucedido nada a la reina.

D'ART. Hasta ahora yo tampoco lo creo, Milord; pero sí sé que le amenaza un gran peligro, del cual solo Vuestra Gracia puede salvarla.

DUQ. ¡Yo! aquí, del otro lado del estrecho! me contemplaria muy feliz si en algo pudiera serle útil; pero hablad, hablad.

D'ART. Aquí teneis esta carta.

DUQ. ¿De quién es!

D'ART. De ella.

DUQ. ¿De la reina! ¡Dios mio! [Se pone como convulso.]

D'ART. ¿Qué teneis, milord!

DUQ. [Cayendo sentado.] ¡Oh! no me esperaba tanta felicidad. ¡Ah! ya yo no veo... (Lee.) "Esos herretes ó estoy perdida; enviadme esos herretes, por mi amor, por mí, que tanto he sufrido por vos." Ana (Hablan-

do.) Decidme, valiente caballero, ¿qué mas sabeis?

D'ART. Absolutamente nada.

DUQ. ¿La han perseguido?

D'ART. Lo supongo.

DUQ. Pero en fin, ¿qué es lo que habeis sabido?

D'ART. Lo que yo he sabido, milord es que de aquí á Paris hay ciento veinte leguas, y que para andarlas, no tengo mas que veinticuatro horas.

DUQ. Dentro de una hora partireis.

D'ART. ¡Milord!

DUQ. ¡Oh! me dejareis ciertamente el tiempo indispensable para añadir una línea á ese cofrecillo. David, decid al almirante que ponga á la disposición de este caballero el buque mas velero de la escuadra: la Britania. Descansad una hora, d'Artagnan, no mas una hora, os lo suplico por el amor de vuestra reina.

D'ART. Mirad, milord, que no quedan mas que veintitres horas.

DUQ. Patrick, que se atienda á ese caballero como á mí mismo.

PATRICK. Sí, Milord.

DUQ. (Conduciéndolo al fondo saca el cofrecillo del altar.) Ahí teneis esos preciosos herretes que deberian seguirme á la tumba y estar conmigo por toda la eternidad, y que solo los he poseido un momento: ella me los habia regalado, y ella me los vuelve á pedir; sea: hágase en todo su voluntad, como la de Dios.

PATRICK. Su honor está servido.

DUQ. Id, mi querido caballero: mientras yo le escribo dos letras, id á beber un vaso de vino de Francia.

D'ART. Milord, no necesito decirlo que cuanto mas pronto vos me despacheis, mas pronto yo....

DUQ. Me habeis concedido una hora.

D'ART. En hora buena, milord. ¡Por aquí!

PAT. Sí. (Vanse.)

DUQ. [Solo.] ¡Oh! ¡mi hermosa majestad! (Se sienta y escribe.)

MIL. En fin, ya está solo y escribe.

FELT. Es la hora señalada.

MIL. Vé, Felton; vé, salvador de la Inglaterra. [Baja Felton y entra en la tienda.]

DUQ. ¿Quién sois, qué quereis?

FELT. ¡Me conoceis, milord!

DUQ. ¡Ah! ¡no sois aquel jóven marino que yo despedí de la armada real!

FELT. La falta, milord, era ligera, y el castigo ha sido grave y severo.

DUQ. Teneis razon, y venis á reclamar... Llegais á buen tiempo Felton; hoy es para mí, un día de felicidad: vuestro nombre volverá á quedar habilitado en los cuadros de la armada: el segundo del Neptuno se rompió ayer una pierna, bien podeis reemplazarlo, si es que venis á eso: podeis retiraros.

FELT. No señor, no es á eso á lo que he venido.

DUQ. ¿Pues á qué venisteis?

FELT. Vine á deciros, milord, que vais á emprender una guerra impía.

DUQ. ¿Cómo!

FELT. Vine á deciros que no es ni al rey ni á la Inglaterra á quienes defendeis en este momento, sino á vuestros adúlteros amores, á esos infames amores que teneis en Francia.

DUQ. ¡Desgraciado!

FELT. Vine á deciros que el Señor quiere que renunciéis inmediatamente á esta guerra fatal que es la ruina de la Inglaterra y que entonces yo os perdonaré vuestras faltas pasadas, en mi nombre y en nombre de mis conciudadanos.

DUQ. Este hombre está loco.

FELT. No hay loco que valga, ni aquí hay mas insensato que el que finge no entenderme.

DUQ. ¡Oh! retiraos, señor, ó llamo y os hago poner en la casa de dementes.

FELT. No llamareis.

DUQ. ¡Hola! Patrick, centinela. [Felton lo hiere.] ¡Ah traidor! me has matado.

PAT. ¡Milord llama!

DUQ. Socorro, venid.

PAT. ¡Al asesino!

FELT. [Soloándose.] ¡Paso para el vengador de la Inglaterra!

MIL. ¡Salvo! se ha salvado.

GRUPOS. (En el fondo.) ¡Al matador! ¡al asesino! corred, él es, el....

MIL. ¡La canoa! ¡la canoa! ¡que atraque la canoa!

D'ART. ¡Milord, Milord!

DUQ. Venid, d'Artagnan, venid.

D'ART. ¡Socorro! un médico!

DUQ. Es inútil, enteramente inútil; antes que llegue el médico ya estaré muerto: dejadnos. Ahí teneis ese cofrecillo.... es cuanto tenia de ella.... con la carta.... la carta.... ¡adónde está! ¡Ah! que la bese todavía, antes que mi boca se hiele.... que la vuelva á leer, antes que mis ojos se cierren. D'Artagnan, tú le volverás esta carta, tú le volverás esta alhaja.

D'ART. ¡Milord! ¡Dios mio!.... si este asesino fuese un enemigo de la reina; si quisiesen arrestarme á mí, asesinarne.... yo nada temo por mi persona; pero si me cogen esta carta, este cofrecillo....

DUQ. Sí, sí, tienes razon.... David, escribid.... Desde el momento en que recibais esta orden, queda el puerto cerrado, y no podrá salir de él ningun barco, ni bote, ni canoa por el espacio de tres dias, excepto el Britania que conducirá al Sr. d'Artagnan.... Dadme que firme.... (Firma.) David, pronto, esta orden á Lord d'Winter, corred.

D'ART. Mi querido señor.

DUQ. Y ahora... pronto, el cofrecillo.... mi carta medio escrita.... Bueno, tú volverás este cofrecillo á su majestad, y como memoria.... (Le enseña el puñal.) Toma.... (Lac) No, no, déjame en donde estoy. Ve, apresúrate, d'Artagnan, y dile que mi última palabra fué para pronunciar su nombre.... que mi

último suspiro.... ¡Ah! su retrato.... ¡Y la orden!

DAV. La entregué á Lord d'Winter, en mano propia.

DUQ. Su retrato.... gracias, gracias.... Parte, d'Artagnan.

CRUADOS. ¡Muerto!

GUARD. [Trayendo á Felton.] Anda, miserable, ven á gozarte....

FELT. ¡Muerto!.... tú....

MIL. ¡Muerto! ¡ahora á Francia! [Cañonazo.] ¡qué es esto!

PATRON de la barca. Milady, se ha cerrado el puerto; la guardia de la marina se ha apoderado de la barca, y es imposible huir.

D'ART. Paso, dejadme salir.

MIL. ¡D'Artagnan!

D'ART. Ya sospechaba yo que este monstruo no debia estar lejos.

MIL. ¡Oh, pues tambien él se quedará en Inglaterra!

CAP. Señor d'Artagnan, el Britania está á la vela, y solo á vos espera.

MIL. ¡Partes, d'Artagnan! hasta la vista.

D'ART. ¡Oh! ¡Milady! ¡Ah! ¡asesino cobarde! Sí, hasta la vista, quedad tranquilos.

está en su casa; y en casa del rey, no hay mas guardia que su guardia; es decir, los mosqueteros, los guardias franceses y los guardias suizos: que se ponga un guardia suizo en la tercera puerta. [Se pone un suizo de guardia.]

JUSSAC. Me quejaré, señor, á su Eminencia.

TREV. Como os parezca, señor de Jussac.

ESCENA II

LOS MISMOS, ROCHEFORT,

ROCH. (á Jussac) Y vuestra Eminencia dirá que no teneis razon, por que la tiene el señor de Treville (á Treville.) señor servidor vuestro.

TREV. Igualmente, señor de Rochefort.

ROCH. Hermosa fiesta, señor capitán, brillante reunion, ¡cuántas flores, cuánto oro, y que magníficos aparadores! con razon se dice: que la hermosa ciudad de Paris, es una ciudad de dulces, almibarada.

TREV. Quién es esa hermosa dama, á quien se le hace un recibimiento real!

ROCH. Es madama, la primera presidenta que hará los honores á su majestad la reina.

TREV. Supongo que vendrá el señor cardenal!

ROCH. Por lo menos, su Eminencia está invitado. (rumores á lo lejos.)

ATHOS. [á Treville.] Dispensadme señor, cuál es nuestra consigna!

TREV. No dejar entrar en esta sala mas que al rey, á la reina, al señor cardenal; y á los señores oficiales de alta graduacion; y en este gabinete, en donde se vestirá la reina, nadie mas que á la reina y á sus damas.

ATHOS. Bien.

TREV. Señores guadias, señores mosqueteros, ya sube S. M. (tambores á lo lejos, música, aclamaciones.)

ESCENA III

DICHOS. EL REY, EL CARDENAL QUE ENTRA CON ROCHEFORT AL LADO.

ROCH. (Al cardenal.) Por aquí, Monseñor.

CARD. ¡Cuánto tardará el baile en empezar!

ROCH. El tiempo necesario para que el rey y la reina tomen sus respectivos trajes de baile.

CARD. ¡Y se vestirán aquí!

ROCH. El rey, en su gabinete al estremo de la galería, y la reina en este cuarto, en frente de vuestra Escelencia.

CUADRO XII.

El baidete de la Merlaison.

Un gabinete en la casa del Ayuntamiento de Paris separado de la galería por una ancha colgadura. Regidores, damas, caballeros de la corte en la galería.

ESCENA I

TREVILLE, JUSSAC.

TREV. Un mosquetero en esta puerta. [Se pone un mosquetero de centinela.] Un guardia frances en esta. (Se coloca un guardia)

JUSSAC. Y ahora, un guardia de su Eminencia en esta otra puerta.

TREV. ¿Qué es lo que haceis caballero!

JUSSAC. Coloco aquí uno de mis guardias.

TREV. Dispensadme, quereis decirme en donde estamos!

JUSSAC. En el palacio de la municipalidad de Paris.

TREV. Y á que hemos venido!

JUSSAC. Hemos venido al baile, al famoso baile que dan los regidores al rey.

TREV. Y el rey asiste á él, no es así!

JUSSAC. Cierto, sí, Monseñor, por que á su majestad está dedicado.

TREV. Pues entonces no debias ignorar que á donde quiera que el rey esté, el rey

UN UGIER. ¡El rey!
 REY. [En el fondo.] Señores regidores de mi buena ciudad de París, escusadme si llevo un poco tarde; no es mía la culpa, sino del señor cardenal que me ha entretenido.

CARD. [A Rochefort.] Sí, la culpa es siempre mía.

ROCH. Pero esta vez creo que no.
 REY. [Inquieto.] ¡Qué! ¿aun no ha llegado el señor cardenal!

CARD. Esperaba, Sire, el momento oportuno para presentar mis respetos a V. M.

REY. ¡Ah! señor duque, yo os acusaba por escusarme; pero el hecho es, caballeros, que a su Eminencia le gusta más el trabajo que el sarao. ¡Y a qué hora empieza el baile, señores!

UN REGIDOR. Tan luego como llegue S. M. la reina, Sire, y que V. M. nos dé sus órdenes.

REY. ¡Mis órdenes! ¡Oh! no, estais en vuestra casa, señores, y la reina me parece que ya no puede tardar.

CARD. ¡Y S. M. la reina, Sire, está algo mejor!

REY. La reina está siempre enferma, cuando se la cree buena, y buena cuando se la cree enferma.

CARD. ¡Pero viene al baile S. M.!

REY. Entiendo que sí.

CARD. No vendrá. [Estrépito y aclamaciones.]

REY. Debe ser la reina.
 UGIER. ¡La reina! [Movimiento.]

ESCENA VI.

Dichos, la REINA.

REINA. Buenos días, señores. [Mira en torno suyo.] ¡Nada! nadie! no hay esperanza! ¡El cardenal!

REY. Madama, yo me he disculpado con el trabajo; pero, y vos, ¿qué disculpa podeis darnos, por haber tardado tanto!

CARD. ¡Madama! [Saluda.] [No tiene los herretes.] Madama puede encontrar una excusa muy natural: su belleza, el cuidado de su tocador y el tiempo que ha necesitado para prender sus mangas con esos herretes...

REIN. Es implacable como el infierno.

REY. Pero no, si no los tiene. Decidme, madama, si no os molesta, ¿por qué no os pusisteis vuestros herretes de diamantes, sabiendo que me habria sido muy agradable el véroslos!

REIN. ¡Sire!

REY. Yo os he hecho ese regalo, madama, y estaba en que os adornaríais con él.

CARD. Pueden todavía ir a traerlos. ¿En donde están?

REY. ¡Sí, en dónde están!

REIN. En el Louvre. [Un poco de tiempo]

mas, Dios mio, un poco de tiempo.) ¡V. M. deseara que...!

REY. Sí, lo quiero, porque el baile va a empezar así que las parejas estén listas, y así que vos misma lo esteis tambien.

CARD. ¡No hay cuidado! de aquí allá, ya pretestará una enfermedad cualquiera, ó le dará un desmayo.

REY. Enviad, pues, por ellos al Louvre, madama.

REIN. Sí, Sire, voy a enviar.

CARD. Y yo tambien. [Saluda y váase.]

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CARDENAL.

REINA. ¡Oh Dios mio! no habeis tenido piedad de mí: estoy perdida.

TREV. Si yo pudiese servir en algo a V. M.

REINA. En nada, señor, en nada.

TREV. Madama, siento tanto....

REINA. ¡Ah! decidme, ¿conocéis a un guardia... a un joven...?

TREV. ¡A un joven!

REINA. Que se llama d'Artagnan

TREV. ¿Que me pidió hace pocos días una licencia?

REINA. ¡No lo habeis vuelto a ver! ¿No ha venido aún!

TREV. No, madama; Athos, ¿no habeis vuelto a ver al señor d'Artagnan!

ATHOS. ¡Al Sr. d'Artagnan! No.

REINA. *Se acabó.... se acabó....

UNA CAMARISTA. Todo está pronto en el tocador de S. M. [La reina entra a la derecha, las damas la siguen.]

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCH. [En el fondo.] Señores, señores, un hombre acaba de subir por la escalerita, ha forzado el puesto y echado por tierra a los centinelas. Se le gritó que se detuviera, y ha proseguido su camino. ¡A la arma! ¡A la arma!

TREV. ¡Un hombre!

ATHOS. ¡Un hombre! Por aquí ha de pasar.

D'ART. [Entrando: bajo a un guardia.] Camarada, camarada, dadme vuestro mosquete.

ATHOS. ¡D'Artagnan!

TREV. ¡D'Artagnan!

REINA. [En el umbral de la puerta.] ¡D'Artagnan! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ROCH. ¡Ah! ¡Es mi gascon! ¡Conque sois vos el que echais a rodar los centinelas!

D'ART. ¡Qué veo! ¡mi ladrón! ¡yo! ¡cuáles centinelas! yo no he echado a rodar a nadie.

ROCH. ¡Y entonces qué haceis ahí!

D'ART. Me toca mi turno, y entro de centinela.

ROCH. ¡En ese estado! ¡lleno de polvo, bañado de sudor! vamos a ver si ese es el traje de baile.

REINA. [Bajo a Treville.] ¡Ah, señor de Treville!

TREV. [A Rochefort.] ¡Y con qué facultad, caballero, os mezclais en esto! ¡Por ventura el señor d'Artagnan es de los vuestros!

ROCH. No, pero...

TREV. A mí me agrada que un guardia de S. M. esté cubierto de polvo y de sudor, despues que ha corrido y se ha fatigado por servir al rey; y por último, creo que yo mando aquí.

ROCH. Está bien, señor, está bien. [¡Ah! gascon maldito!] [Mira a d'Artagnan.]

ATHOS. [A Rochefort.] ¡Y bien, qué!

D'ART. Dejadme, Athos, que con ese caballero tengo yo una cuenta abierta.

TREV. Aquí es vuestro puesto, d'Artagnan.

D'ART. [Bajo a Treville.] Se lo va a contar todo al cardenal.

TREV. Os acompañaré, señor de Rochefort. [Se lo lleva.]

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA.

REINA. ¿Qué ha sucedido!

D'ART. He aquí el cofrecillo, madama.

REINA. ¡Ah! ¡me he salvado!... gracias.... gracias.... un puñal!.... ¡Cielos! está teñido en sangre.

D'ART. Es la sangre de Jorge Williers, duque de Buckingham, que al morir me ha encargado que os dijera....

REINA. ¡Ha muerto!

D'ART. Pronunciando el nombre de V. M.

REINA. ¡Jorge! ¡qué caro es el amor de una reina!

UGIER. [En el bastidor.] El rey!

REINA. Losherretes.... pronto.... Estéfana, guardadme ese cofrecillo.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL REY, EL CARDENAL, TREVILLE.

REY. ¡Por fin, madama, han vuelto del Louvre!

CARD. Ni siquiera han ido.

REY. ¡Estais pronta, madama!

REINA. A las órdenes de V. M.

CARD. [Estupefacto.] ¡Los herretes!

REY. ¡Ah, os pusisteis los herretes! ¡Gra-

cias! ¡Y bien, señor cardenal, qué es lo que queríais decirme respecto de estos herretes!

CARD. Nada Sire, nada. [¡Pero por donde habrán venido!]

ROCH. Mirad, monseñor, el polvo que cubre el vestido de ese guardia que está detrás de mí.

CARD. ¡Ah! está bien: venid.

REY. [A Treville.] ¡Sabeis por qué está tan pálido el cardenal!

TREV. Creo que sí, Sire. La reina le ha hecho una travesura muy graciosa: ¡quiero V. M. saberla!

REY. ¡Ah! sí, contádmela, contádmela.

REINA. [A d'Artagnan.] ¡Cómo podré daros gracias, mi salvador, mi héroe, mi amigo!

D'ART. Con una sola palabra, madama: Constancia ha desaparecido. ¡A dónde está Constancia!

REINA. Para sustraerla a la venganza del cardenal, la he enviado a las Carmelitas de Bethune.

D'ART. ¡Gracias! ya estoy pagado.

REINA. No, todavía....

REY. [A Treville.] De suerte que el cardenal ha caído en la trampa, y eso lo irrita: ¡vaya que la cosa es muy divertida! Supongo, madama, que me perdonais la chanzoneta de los herretes, ¿eh!

REINA. ¡[La chanzoneta!] Sí, Sire.

REY. Venid, madama, que el baile comienza y la música es muy alegre.

REINA. [Apoyando la mano sobre su corazón.] Sí, Sire, muy alegre. [Ahoga un suspiro y da la mano al rey.]

D'ART. El mas feliz de todos es el difunto.

ACTO QUINTO.

CUADRO XIII.

El convento de las carmelitas de Bethune. Una sala.

ESCENA I.

ROCHEFORT, LA SUPERIORA.

SUP. Habeis, señor, mandado llamar a la superiora del convento de las carmelitas de Bethune, y aquí está a vuestras órdenes.

ROCH. En efecto, señora, os he mandado llamar, porque necesito tomar de vos algunos informes.

SUP. Decid, caballero.

ROCH. ¡No se ha detenido aquí, en vuestro convento, una mujer como de 24 a 25 años, que debe haber venido por el camino de Bolonia!

SUP. Pero, yo no sé, caballero, si debo responder a una pregunta semejante.

UN UGIER. ¡El rey!
 REY. [En el fondo.] Señores regidores de mi buena ciudad de París, escusadme si llevo un poco tarde; no es mía la culpa, sino del señor cardenal que me ha entretenido.

CARD. [A Rochefort.] Sí, la culpa es siempre mía.

ROCH. Pero esta vez creo que no.
 REY. [Inquieto.] ¡Qué! ¿aun no ha llegado el señor cardenal!

CARD. Esperaba, Sire, el momento oportuno para presentar mis respetos a V. M.

REY. ¡Ah! señor duque, yo os acusaba por escusarme; pero el hecho es, caballeros, que a su Eminencia le gusta más el trabajo que el sarao. ¡Y a qué hora empieza el baile, señores!

UN REGIDOR. Tan luego como llegue S. M. la reina, Sire, y que V. M. nos dé sus órdenes.

REY. ¡Mis órdenes! ¡Oh! no, estais en vuestra casa, señores, y la reina me parece que ya no puede tardar.

CARD. ¡Y S. M. la reina, Sire, está algo mejor!

REY. La reina está siempre enferma, cuando se la cree buena, y buena cuando se la cree enferma.

CARD. ¡Pero viene al baile S. M.!

REY. Entiendo que sí.

CARD. No vendrá. [Estrépito y aclamaciones.]

REY. Debe ser la reina.
 UGIER. ¡La reina! [Movimiento.]

ESCENA VI.

Dichos, la REINA.

REINA. Buenos días, señores. [Mira en torno suyo.] ¡Nada! nadie! no hay esperanza! ¡El cardenal!

REY. Madama, yo me he disculpado con el trabajo; pero, y vos, ¿qué disculpa podeis darnos, por haber tardado tanto!

CARD. ¡Madama! [Saluda.] [No tiene los herretes.] Madama puede encontrar una excusa muy natural: su belleza, el cuidado de su tocador y el tiempo que ha necesitado para prender sus mangas con esos herretes...

REIN. Es implacable como el infierno.

REY. Pero no, si no los tiene. Decidme, madama, si no os molesta, ¿por qué no os pusisteis vuestros herretes de diamantes, sabiendo que me habria sido muy agradable el véroslos!

REIN. ¡Sire!

REY. Yo os he hecho ese regalo, madama, y estaba en que os adornaríais con él.

CARD. Pueden todavía ir a traerlos. ¿En donde están?

REY. ¡Sí, en dónde están!

REIN. En el Louvre. [Un poco de tiempo]

mas, Dios mio, un poco de tiempo.) ¡V. M. deseara que...!

REY. Sí, lo quiero, porque el baile va a empezar así que las parejas estén listas, y así que vos misma lo esteis tambien.

CARD. ¡No hay cuidado! de aquí allá, ya pretestará una enfermedad cualquiera, ó le dará un desmayo.

REY. Enviad, pues, por ellos al Louvre, madama.

REIN. Sí, Sire, voy a enviar.

CARD. Y yo tambien. [Saluda y váse.]

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CARDENAL.

REINA. ¡Oh Dios mio! no habeis tenido piedad de mí: estoy perdida.

TREV. Si yo pudiese servir en algo a V. M.

REINA. En nada, señor, en nada.

TREV. Madama, siento tanto....

REINA. ¡Ah! decidme, ¿conocéis a un guardia... a un joven...?

TREV. ¡A un joven!

REINA. Que se llama d'Artagnan

TREV. ¿Que me pidió hace pocos dias una licencia?

REINA. ¡No lo habeis vuelto a ver! ¿No ha venido aun!

TREV. No, madama; Athos, ¿no habeis vuelto a ver al señor d'Artagnan!

ATHOS. ¡Al Sr. d'Artagnan! No.

REINA. *Se acabó.... se acabó....

UNA CAMARISTA. Todo está pronto en el tocador de S. M. [La reina entra a la derecha, las damas la siguen.]

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCH. [En el fondo.] Señores, señores, un hombre acaba de subir por la escalerita, ha forzado el puesto y echado por tierra a los centinelas. Se le gritó que se detuviera, y ha proseguido su camino. ¡A la arma! ¡A la arma!

TREV. ¡Un hombre!

ATHOS. ¡Un hombre! Por aquí ha de pasar.

D'ART. [Entrando: bajo a un guardia.] Camarada, camarada, dadme vuestro mosquete.

ATHOS. ¡D'Artagnan!

TREV. ¡D'Artagnan!

REINA. [En el umbral de la puerta.] ¡D'Artagnan! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ROCH. ¡Ah! ¡Es mi gascon! ¡Conque sois vos el que echais a rodar los centinelas!

D'ART. ¡Qué veo! ¡mi ladrón! ¡yo! ¡cuáles centinelas! yo no he echado a rodar a nadie.

ROCH. ¡Y entonces qué haceis ahí?

D'ART. Me toca mi turno, y entro de centinela.

ROCH. ¡En ese estado! ¡lleno de polvo, bañado de sudor! vamos a ver si ese es el traje de baile.

REINA. [Bajo a Treville.] ¡Ah, señor de Treville!

TREV. [A Rochefort.] ¡Y con qué facultad, caballero, os mezclais en esto! ¡Por ventura el señor d'Artagnan es de los vuestros!

ROCH. No, pero...

TREV. A mí me agrada que un guardia de S. M. esté cubierto de polvo y de sudor, despues que ha corrido y se ha fatigado por servir al rey; y por último, creo que yo mando aquí.

ROCH. Está bien, señor, está bien. [¡Ah! gascon maldito!] [Mira a d'Artagnan.]

ATHOS. [A Rochefort.] ¡Y bien, qué!

D'ART. Dejadme, Athos, que con ese caballero tengo yo una cuenta abierta.

TREV. Aquí es vuestro puesto, d'Artagnan.

D'ART. [Bajo a Treville.] Se lo va a contar todo al cardenal.

TREV. Os acompañaré, señor de Rochefort. [Se lo lleva.]

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA.

REINA. ¿Qué ha sucedido!

D'ART. He aquí el cofrecillo, madama.

REINA. ¡Ah! ¡me he salvado!... gracias.... gracias.... un puñal!.... ¡Cielos! está teñido en sangre.

D'ART. Es la sangre de Jorge Williers, duque de Buckingham, que al morir me ha encargado que os dijera....

REINA. ¡Ha muerto!

D'ART. Pronunciando el nombre de V. M.

REINA. ¡Jorge! ¡qué caro es el amor de una reina!

UGIER. [En el bastidor.] El rey!

REINA. Losherretes.... pronto.... Estéfana, guardadme ese cofrecillo.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL REY, EL CARDENAL, TREVILLE.

REY. ¡Por fin, madama, han vuelto del Louvre!

CARD. Ni siquiera han ido.

REY. ¡Estais pronta, madama!

REINA. A las órdenes de V. M.

CARD. [Estupefacto.] ¡Los herretes!

REY. ¡Ah, os pusisteis los herretes! ¡Gra-

cias! ¡Y bien, señor cardenal, qué es lo que queríais decirme respecto de estos herretes!

CARD. Nada Sire, nada. [¡Pero por donde habrán venido!]

ROCH. Mirad, monseñor, el polvo que cubre el vestido de ese guardia que está detras de mí.

CARD. ¡Ah! está bien: venid.

REY. [A Treville.] ¡Sabeis por qué está tan pálido el cardenal!

TREV. Creo que sí, Sire. La reina le ha hecho una travesura muy graciosa: ¡quiero V. M. saberla!

REY. ¡Ah! sí, contádmela, contádmela.

REINA. [A d'Artagnan.] ¡Cómo podré daros gracias, mi salvador, mi héroe, mi amigo!

D'ART. Con una sola palabra, madama: Constancia ha desaparecido. ¡A dónde está Constancia!

REINA. Para sustraerla a la venganza del cardenal, la he enviado a las Carmelitas de Bethune.

D'ART. ¡Gracias! ya estoy pagado.

REINA. No, todavía....

REY. [A Treville.] De suerte que el cardenal ha caído en la trampa, y eso lo irrita: ¡vaya que la cosa es muy divertida! Supongo, madama, que me perdonais la chanzoneta de los herretes, ¿eh?

REINA. ¡[La chanzoneta!] Sí, Sire.

REY. Venid, madama, que el baile comienza y la música es muy alegre.

REINA. [Apoyando la mano sobre su corazón.] Sí, Sire, muy alegre. [Ahoga un suspiro y da la mano al rey.]

D'ART. El mas feliz de todos es el difunto.

ACTO QUINTO.

CUADRO XIII.

El convento de las carmelitas de Bethune. Una sala.

ESCENA I.

ROCHEFORT, LA SUPERIORA.

SUP. Habeis, señor, mandado llamar a la superiora del convento de las carmelitas de Bethune, y aquí está a vuestras órdenes.

ROCH. En efecto, señora, os he mandado llamar, porque necesito tomar de vos algunos informes.

SUP. Decid, caballero.

ROCH. ¡No se ha detenido aquí, en vuestro convento, una mujer como de 24 a 25 años, que debe haber venido por el camino de Bolonia!

SUP. Pero, yo no sé, caballero, si debo responder a una pregunta semejante.

Roch. [Sacando un papel de la bolsa.] Os la hago de orden del cardenal.

Sup. Obedezco. Preguntad, señor.

Roch. ¡Habeis recibido, sí ó no, señora, en el convento de las carmelitas de Bethune una mujer de 24 á 25 años que ha venido de la parte de Bolonia!

Sup. Sí señor.

Roch. ¿Y cuándo?

Sup. Ayer.

Roch. Hacedle saber que un enviado de su Eminencia quiere hablarla.

Sup. Vendrá al instante, caballero.

Roch. Gracias.

ALERE FLAMMAM
ESCENA II.

ROCHEFORT solo, después MILADY.

Roch. ¡Qué diablo de interés la habrá obligado á encerrarse aquí, en este convento de Bethune! Será sin duda para estar mas cerca de la frontera. Esta Milady de Winter es una mujer muy prudente.

Mil. ¡Ah! ¿sois vos, conde? ¡Y bien! ¡qué ha dicho el cardenal de la muerte de Buckingham!

Roch. ¡Oh! la ha sentido mucho como cristiano, está desesperado: verdad es que como político, no puede menos de decir que es una gran fortuna.

Mil. ¿Y qué es lo que piensa respecto de mí?

Roch. Desde luego aprueba vuestro proyecto, y me envía, porque cree que tendreis muchas cosas que decirle, y que no querreis confiarlas al papel.

Mil. Tiene razon.

Roch. Pues bien, decid.

Mil. La primera es, que cual yo me la esperaba, me he encontrado aquí con la famosa Bonacieux.

Roch. Pero yo supongo que procuraréis el que no os vea.

Mil. Todo lo contrario: si ella no me conoce.

Roch. En ese caso, ya debéis ser su mejor amiga.

Mil. Justamente.

Roch. ¿Y cómo os habeis arreglado?

Mil. ¡Toma! de una manera muy fácil: me he presentado aquí como una víctima del cardenal.

Roch. Y la identidad de circunstancias, la conformidad de posicion.....

Mil. Ya comprendereis.

Roch. Sí que comprendo, y lo creo bien.

Mil. Y vuestra visita viene que ni anillo al dedo: va á maravillar á todos.

Roch. Pero, ¿cómo ó por qué?

Mil. Porque vais á decir que á fuerza de astucia, habeis descubierto mi retiro; y que mañana ó pasado vendrán á buscarme

de órden del cardenal. Yo tengo acá mis razones para no quedarme en Bethune.

Roch. ¡Qué diablo! pero, ¿y en dónde he de encontraros, si os necesito?

Mil. Dejadme pensar.... en Harmen-tiers.

Roch. ¡Muy bien! ¡Y no se os ocurre nada mas que pueda decir al cardenal!

Mil. Decidle que nuestra conversacion en Colombier Rouge, ha sido oida por tres mosqueteros del rey; que despues de su partida, uno de aquellos tres hombres, llamado Athos, subió á mi cuarto, y me arrancó el salvo conducto que él me habia dado; y que estos mosqueteros son muy terribles porque saben nuestro secreto; y que por consiguiente, es indispensable quitarlos de enmedio.

Roch. ¡No son esos tres hombres los amigos de nuestro gascon!

Mil. Sí, los inseparables.

Roch. Entonces son los que yo acabo de encontrar á diez leguas de aquí, en una posada, donde me detuve á descansar un rato.

Mil. ¿Pues qué vendrán á buscar por aquí?

Roch. ¡No me habeis dicho que uno de ellos es el amante de esa Bonacieux?

Mil. Sí, d'Artagnan.

Roch. Pues es muy probable que vengan á buscarla.

Mil. ¿A buscarla!

Roch. Sí, despues del servicio que d'Artagnan ha hecho á la reina, S. M. no habrá podido rehusarle nada.

Mil. Teneis razon, Rochefort, y ya no es á Paris á donde vos debéis volar ahora; debéis ir á esperarme á Lila.

Roch. ¿A esperaros?

Mil. ¡No creis que el cardenal estaria muy contento, si tuviese entre sus manos á la intrigantilla de la Bonacieux?

Roch. No lo dudo; pero las carmelitas de Bethune, están bajo la proteccion de la reina.

Mil. ¿Y si yo me llevo la niña á Lila?

Roch. Eso ya es otra cosa.

Mil. Pues entonces, ya no me voy ni mañana ni pasado; parto hoy mismo.

Roch. Muy bien pensado, porque nuestros hombres pueden llegar de un momento á otro.

Mil. ¿Teneis una silla de posta y un criado?

Roch. Sí.

Mil. Poned ambas cosas á mi disposicion.

Roch. ¿Pero y yo?

Mil. Vos podéis ir á caballo: adelantaos y esperadme en la posada del Oso negro.

Roch. ¡Allí he de esperaros!

Mil. Sí.

Roch. ¡Conque en Lila, en la posada del Oso negro?

Mil. Sí, en Lila en la posada del Oso negro. (Vase él.)

ESCENA III.

MILADY sola, despues la BONACIEUX.

Mil. ¡Si será por ella y contra mí, que estos cuatro campeones estan en campaña? No lo sé; pero á todo turtio correr, ellos no nos encontrarán, ni á ella, ni á mí. No desmayemos, vamos á su celda, y procuremos representar bien nuestro papel de mujer perseguida.... ¡Ah! hela aquí.

SRA. BON. ¡Por fin, señora, ha sucedido lo que temais! ¿Esta tarde tal vez, ó aun antes, el cardenal os manda sacar de aquí?

Mil. ¿Quién os ha dado esa nueva, mi querida y hermosa jóven?

SRA. BON. Yo la he oido de la boca del mismo enviado.

Mil. Venid á sentaros aquí.... junto á mí.

SRA. BON. Aquí estoy.

Mil. Dejad que vea si álguien nos escucha.

SRA. BON. ¿Y para qué todas esas precauciones?

Mil. Vais á saberlo. (Vuelve á sentarse.) Es decir, que él ha representado muy bien su papel.

SRA. BON. ¿Quién decís?

Mil. El que se ha presentado á la superiora en nombre del cardenal.

SRA. BON. ¿Cómo! ¿pues qué ese hombre no es!....

Mil. Ese hombre es mi hermano

SRA. BON. ¿Vuestro hermano!

Mil. ¡Chito! vos sois la única que sabe este secreto, hija mia, no lo confieis á nadie en el mundo, ó yo estoy perdida, y vos tambien quizás.

SRA. BON. ¡Dios mío!

Mil. Oidme. Esto es lo que pasa. Sabiendo mi hermano que yo era presa de la venganza del cardenal, se dirigia hácia aquí para servirme de defensor, y en el camino encontró al emisario del cardenal que venia á buscarme; lo sigue, y espada en mano quiere obligar al enviado á que le entregue los papeles de que era portador; el enviado se resiste, quiere defenderse, y mi hermano lo mató.

SRA. BON. ¡Oh!

Mil. Mi hermano entonces tomó los papeles, y se ha presentado aquí como enviado del cardenal, y dentro de una hora un coche debe venir á llevarme de parte de su Eminencia.

SRA. BON. ¿Segun eso, nos vamos á separar!

Mil. Esperad.... Réstame una noticia que comunicaros, y que responderá muy bien á esa pregunta.

SRA. BON. ¿Cuál es!

Mil. Mi hermano ha descubierto ademas una trama contra vos.

SRA. BON. ¿Contra mí!

12.—TEATRO.

Mil. Sí, el cardenal os quiere atrapar. SRA. BON. ¡Oh! En este convento que está bajo la proteccion inmediata de la reina, no se atreverá á usar de ninguna violencia. Mil. De violencia no; pero si de la astucia.

SRA. BON. ¡La astucia! Mil. Cuatro emisarios del cardenal están en camino con este objeto.

SRA. BON. ¿Qué me decís!

Mil. Disfrazados de mosqueteros.

SRA. BON. ¿De mosqueteros!

Mil. Cuando estuvisteis al servicio de la reina, ¿no habeis conocido un jóven guardia, un jóven mosquetero que se llamaba d'Artagnan?

SRA. BON. Sí, en efecto, ¿y qué!

Mil. Pues ellos han de preguntar por vos en la portería del convento, de parte de d'Artagnan; y al instante, en el momento mismo, tan luego como salgais del umbral del convento, os roban.

SRA. BON. ¡Oh! y entonces, ¿qué me aconsejais que haga!

Mil. Habria un medio muy sencillo de burlarlos y salvaros.

SRA. BON. ¿Cuál es!

Mil. El ocultaros en estas cercanías; y asi podriais aseguraros de quienes son esos hombres que vienen á buscaros.

SRA. BON. Pero yo he entrado aquí por órden de la reina, y por consiguiente, no me dejarán salir.

Mil. ¡Oh! ¡gran dificultad!

SRA. BON. ¿Pues no!

Mil. Mirad, el coche está á la puerta: vos salis á despedirme, subis al estribo para darme el último abrazo; el criado de mi hermano que viene por mí, hace una señal al cocher, y nosotras entonces parimos á escape.

SRA. BON. Sí, sí, teneis razon. Así irá todo bien, y todo por lo mejor; pero no nos alejemos de aquí.

Mil. Sí, comprendo.

SRA. BON. Si por casualidad fuesen d'Artagnan y sus amigos.

Mil. Pobrecita niña! (Acercan una mesa cubierta.) Vos me dispensais....

SRA. BON. ¡Oh! yo os suplico....

Mil. Ya comprendeis.... el coche puede llegar de un momento á otro.

SRA. BON. ¡Ay, cómo tiemblo!

Mil. (Empapando un bizcocho en vino de España.) ¡Oh! ¡qué loca sois! ¡ois!

SRA. BON. ¿Qué!

Mil. Es la silla de posta que mi hermano me envía.

SRA. BON. Tocan á la puerta del convento.

Mil. Subid á vuestra celda. ¿Teneis algunas joyas que querais llevar!

SRA. BON. Tengo dos cartas de él.

Mil. Y bien, id á buscarlas y volved al momento.

SRA. BON. Mi corazon se oprime; no puedo andar, me ahogo.

MIL. ¡Amáis al señor d'Artagnan!
 SRA. BON. ¡Oh! con toda el alma.
 MIL. Siendo así, pensad que en huyendo, os conservais para él.
 SRA. BON. ¡Ah! vos me infundís valor. [Abrese la puerta y se presenta un criado.] ¡Quién es!
 MIL. Nada temais: es el ayuda de cámara de mi hermano y.... Id
 SRA. BON. Voy.

ESCENA III.

MILADY Y EL CRIADO.

CRI. Espero las órdenes de Milady.
 MIL. Tan luego como esa jóven que acaba de salir, esté junto á mi en el coche, partireis al galope por el camino de Lila.
 CRI. ¡Nada mas!
 MIL. Esperad.... Si durante nuestros preparativos de partida, veis que llegan tres ó cuatro caballeros, picad los caballos, dad vuelta con el coche en derredor del convento, é id á esperarnos á la puerta del jardín. Nada mas: idos. [Vase.]

ESCENA V.

MILADY á la ventana, despues la BONACIEUX.

MIL. Me habia parecido.... no, nada. Todo está listo, mi querida niña, y la superiora nada sospecha: ese hombre va á dar las últimas órdenes: ¡no quereis hacer lo que yo! tomad un bizcocho y bebed un vaso devino.
 SRA. BON. No, gracias, no tengo ganas de nada.
 MIL. Entonces no perdamos un instante, partamos.
 SRA. BON. (Indecisa.) Sí, partamos.
 MIL. ¡Lo veis! todo nos ayuda; ya la noche se acerca.
 SRA. BON. ¡Oh! ¡Qué ruido es ese!
 MIL. En efecto.
 SRA. BON. Parece el galope de muchos caballos.
 MIL. O son nuestros amigos, ó nuestros enemigos; estaos ahí, que voy á decíroslo.
 SRA. BON. [Vacilante.] ¡Oh! ¡Dios mio! Dios mio!
 MIL. Es el uniforme de los guardias del señor cardenal; no debemos perder un instante: huyamos, huyamos.
 SRA. BON. Sí, sí.
 MILAD. Venid, pues, venid. [Oyese alejar el coche.]
 SRA. BON. Ya es tarde.

Gritos dentro. Deteneos, deteneos. [Dos ó tres tiros.]

MIL. No, no podemos huir por la puerta del jardín, venid, venid.... (La Bonacieux cae sobre sus rodillas.) ¡Oh! ella va á perderme! venid, ella me fuerza á hacerlo. (Va á la mesa, vacia el cngaste de su sortija en el vaso, lo toma y vuelve á la Bonacieux.) Bebed, bebed, esto os dará fuerzas. (Bebe maquinalmente.) No es así como yo hubiera querido vengarme. (Se sale del cuarto.)

SRA. BON. [Levantándose.] Esperad, ya os sigo....

D'ART. (En la calle.) De orden de la reina.

SRA. BON. (Vivamente.) ¡Su voz! ¡es su voz! [Corriendo á la puerta.] ¡d'Artagnan! ¡d'Artagnan! por aquí, por aquí, ¡sois vos! por aquí.... ¡Dios mio!

D'ART. ¡Constancia! ¡Constancia! ¡A dónde estais!

SRA. BON. ¡Ah! d'Artagnan yo no os esperaba: ¡sois vos!

D'ART. Sí, sí, yo soy.
 SRA. BON. ¡Ah! qué bien hice de no irme con ella.

D'ART. ¡Con ella!

ATHOS. ¡Y quién es ella!
 SRA. BON. Esa mujer, esa que por mi interes queria llevarme; esa que os habia tomado por los guardias del cardenal, y que acaba de huir.

D'ART. ¡Esa que acaba de huir! ¡Qué decís! ¡Dios mio! ¡una mujer que acaba de huir!

SRA. BON. Sí, ahora mismo, en este instante.

D'ART. ¡Cómo se llama! ¡Sabeis subnombre!

SRA. BON. ¡Ay! ¡qué es lo que tengo!.... mi cabeza.... se trastorna, ya no veo, ya....

D'ART. Sus manos estan frias: ¡Dios mio! pierde el conocimiento.... ¡Qué es esto! Esta....

ATHOS. [Escribiendo en el vaso en el cual Milady ha vaciado la sortija.] ¡Oh! no, ¡es imposible! Dios no, permitiría semejante crimen.

SRA. BON. ¡Agua! ¡quiero agua!

D'ART. ¡Agua! ¡agua! [Llamando.]
 PORT. Y ARA. ¡Agua! ¡un médico!

ATHOS. ¡Ah! ¡pobre mujer! ¡pobre mujer!
 D'ART. Parece que vuelve.

ATHOS. Señora, decidme en nombre del cielo, ¡quién ha bebido en este vaso!

SRA. BON. Yo.

ATHOS. ¡Pero quién ha echado el vino que habia en él!

SRA. BON. Ella.

ATHOS. ¡La condesa de Winter, no es eso!

Todos. ¡Oh!
 D'ART. [Tomando la mano de Athos.] ¡Cómo! ¡tú crees!....

ATHOS. Ella sabia el asilo de esta mujer por el cardenal, y ha venido aquí.

SRA. BON. ¡D'Artagnan! ¡d'Artagnan! no me abandoneis, mirad que voy á morir.

D'ART. En nombre de Dios, llamad, corred, pedid alguna medicina.

ATHOS. Todo es inútil; para el veneno que ella ha tomado, no hay contra veneno.

SRA. BON. ¡Socorro! [Revolcándose.] ¡Ah! [Echándose al cuello de d'Artagnan.] ¡Yo te amo! (Muere — Porthos, prorrumpe en sollozos.)

D'ART. ¡Muerta! ¡muerta!

ARA. ¡Venganza!

ATHOS. ¡Dios santo! tened piedad de nosotros.

D'ART. (Cayendo cerca de ella.) ¡Muerta! ¡muerta!

ESCENA VI.

Los mismos, lord de WINTER.

WINT. No me habia engañado; he aquí al señor d'Artagnan y á sus amigos.

Todos. [Menos d'Artagnan.] ¡Quién es este hombre!

WINT. Entiendo, señores, que vos venís como yo, en persecucion de una mujer, ¡no es eso!

ATHOS. Sí.

WINT. De una mujer que ha debido pasar por aquí, puesto que hay aquí un cadaver.

ATHOS. ¡Quién sois vos!

WINT. Lord de Winter, el cuñado de esa mujer.

ATHOS. ¡Ah! es cierto; ahora os conozco. Sed bien venido, milord, y sed de los nuestros.... Pero cómo....

WINT. Yo salí de Portsmouth cinco horas despues que ella, y he llegado á Bolonia tres horas mas tarde. En Saint Omer, ya no me llevaba mas de cinco minutos de ventaja; pero en Lilliers, perdí enteramente su huella.

Yo caminaba al acaso, preguntándole á todo el mundo, cuando os ví pasar al galope; quise seguirlos, pero mi caballo estaba demasiado cansado para que pudiese andar al paso de los vuestros; y sin embargo, veo con dolor que á pesar de la prisa que os disteis, habeis llegado muy tarde.

ATHOS. [A la superiora.] Señora, dejamos á vuestros piadosos cuidados el cuerpo de esta desgraciada mujer. Ha sido un ángel en la tierra, antes de serlo en el cielo.

Consideradla como una de vuestras hermanas, que algun dia nosotros volveremos á llorar sobre su tumba.

D'ART. (Besándole en la frente.) ¡Constancia! ¡Constancia!

ATHOS. Lloro, lloro, corazon lleno de amor, de juventud y de vida; lloro, que yo tambien quisiera poder llorar como tu.

D'ART. ¡Y qué, no perseguimos ahora á esa mujer!

ATHOS. Sí, inmediatamente; pero tengo antes una última medida que tomar.

D'ART. ¡Oh! Athos, ella se nos escapará, y la culpa será tuya.

ATHOS. Te respondo de ella.

WINT. Me parece, caballeros, que si hay alguna medida que tomar contra la condesa de Winter, esa medida me toca á mí.

ATHOS. ¡Por qué!

WINT. Porque es mi cuñada.

ATHOS. Y á mí, caballero, porque es mi mujer.

Todos. (Menos d'Artagnan.) ¡Su mujer!

D'ART. ¡Oh! una vez que tú confiesas que es tu mujer, estás seguro que ella morirá!.... gracias.

ATHOS. Estad listos para acompañarme: dentro de diez minutos, estaré de vuelta.

D'ART. ¡Y partimos!

ATHOS. Sí; pero nos falta un compañero de camino, y voy á buscarlo.

ESCENA VII.

Los precedentes, un hombre enmascarado acercándose hácia la puerta.

HOM. ¡Un asesinato! ella estaba aquí.

ATHOS. ¡Qué quereis!

HOM. Busco á una mujer que debe haber llegado ayer aquí, y que yo he creído conocer cuando pasó por delante de mi casa.

ATHOS. Esa mujer se ha ido.

HOM. (En ademán de irse.) Está bien. (Porthos y Aramis están delante de la puerta.)

ATHOS. ¡Y qué le quereis!

HOM. Eso solo á mi me interesa.

ATHOS. Perdonad, señor; pero como esta mujer acaba de cometer un crimen, no está demas que nosotros nos informemos de aquellos que la conocen y que ella conoce. ¡La conoceis vos?

HOM. Sí.

ATHOS. Entonces me direis quién sois.

HOM. ¡Lo quereis!

ATHOS. Absolutamente.

HOM. Sea, acercaos. (Le habla á la oreja.)

ATHOS. ¡Oh! entonces seais muy bien venido.

HOM. ¡Y por qué!

ATHOS. Porque os necesitamos y vais á acompañarnos.

HOM. ¡Imposible!

ATHOS. ¡Imposible!

HOM. Yo no puedo dejar la ciudad sin una licencia ó una orden.

ATHOS. Pues bien, aquí está la orden.

HOM. Firmado: "Richelieu."

ATHOS. Sí.

HOM. Ordenad, yo obedezco.

ATHOS. (A d'Artagnan.) Amigo mio, es preciso ser hombre: las mujeres lloran á los muertos, los hombres los vengan. Ven.

D'ART. ¡Y ese compañero de camino que te faltaba!

ATHOS. Ya lo he encontrado.

D'ART. Entonces ya nada hay que nos impida el perseguir á esa mujer!

ATHOS. Nada.

D'ART. Partamos. [Abrazando por la última vez á la Bonacieux.]

CUADRO XIV.

Un valle cerca del río de la Lys; cabaña á la derecha; es de noche.

ESCENA I.

MILADY.

MIL. [Sola en la cabaña, mirando su reloj.] Ya es cerca de media noche: de aquí á Armentiers hay una legua, y no hace mas que tres cuartos de hora que el dueño de esta cabaña ha partido: los caballos, aun suponiendo que ande con la mayor actividad posible, no pueden estar aquí antes de veinte minutos. Paciencia! espérenos.

PLANC. [Que está oculto en frente de la puerta levantándose.] Psitt.

Mousq. [Pareciendo detras de la casa.] ¡Qué hay!

PLANC. He oído que algo se movía.

Mousq. Sí, ella se ha levantado; pero se ha vuelto á sentar.

PLANC. Parece dispuesta á irse!

Mousq. No, ella espera.

PLANC. Entonces á nuestros puestos.

[Vuelven á sus puestos.]

MILAD. Me parece que percibo voces en los zumbidos del viento, y amenazas en el rodar del trueno. [Grimaud se levanta sobre la altura del fondo, agitando su pañuelo.]

ESCENA II.

LOS MISMOS, ATHOS, que aparece seguido de Porthos y de Aramis, de Winter y del hombre enmascarado y D'ARTAGNAN.

ATHOS. ¡Le habeis seguido la pista!

GRIM. Sí.

ATHOS. ¡Y en donde está!

GRIM. Allí.

ATHOS. Pero ella bien ha podido salirse de esta casa: ¡si habrá emprendido la fuga!

GRIM. No, porque no hay mas que una puerta y una ventana.

ATHOS. [Volviéndose.] Venid.

MIL. Me parece que oigo pasos.

ATHOS. ¡Los dueños de esta casa en dónde están!

PLANC. La casa estaba ocupada por un leñador; ella rendida de fatiga no ha podido ir mas lejos, y ha enviado al leñador á Armentiers, por unos caballos de posta.

ATHOS. ¡Y en dónde está ese hombre!

PLANC. Nosotros lo hemos arrestado, y Bazin lo vigila á quinientos pasos de aquí.

ATHOS. Porthos, vos á esta puerta, yo á la ventana, [á los otros] y vosotros, aquí en donde estamos.

PORT. Ya estoy en mi puesto.

MIL. [Sobresaltada.] ¡Ah! esta vez no me cabe duda que he oido pasos á este lado. [Mira á la ventana y ve á Athos.] ¡Oh! es una vision, no puede menos. [quiere huir por la puerta.]

PORT. [Levantando su pistola.] ¡Deteneos! [Durante este tiempo Athos ha huido de un puñetazo la ventana, y ha entrado en la cabaña.]

ATHOS. Abajo esa pistola, Porthos, porque importa mucho que esta mujer sea juzgada y no asesinada. Acercaos, caballeros.

MIL. [Cayendo en una silla.] ¡Qué buscáis! ¡Qué preguntáis!

ATHOS. Buscamos á Carlota Backson, que se ha llamado la condesa de la Fère, y despues lady Winter, baronesa de Clarick.

MIL. ¡Vos sabéis bien que yo soy!

ATHOS. Yo deseaba oír esa confesion de vuestra boca.

MIL. ¡Qué me queréis!

ATHOS. Queremos juzgaros segun vuestros crímenes: libre sois para defenderos; justificaos si podeis: caballero d'Artagnan, á vos os toca acusarla el primero.

D'ART. [Presentándose sobre el umbral de la puerta.] Delante de Dios y de los hombres, yo acuso á esta mujer de haber envenenado á Constancia Bonacieux, muerta dos horas ha entre mis brazos en el convento de las Carmelitas de Bethune.

ATHOS. Ahora os toca á vos milord de Winter.

MILAD. Milord de Winter!

WINT. [Sobre el umbral de la puerta.] Delante de Dios y de los hombres, yo acuso á esta mujer de haber corrompido á un oficial de marina llamado Felton; de haberle puesto el puñal en la mano, y de haberle hecho matar al duque; muerte que en este momento paga Felton con su cabeza: la acuso pues, como asesino de Buckingham, como asesino de Felton, como asesino de mi hermano; y pido por lo mismo, justicia contra ella, y declaro aquí solemnemente, que si no se me hace, me la haré yo. [Lord de Winter va á colocarse al lado de d'Artagnan.]

ATHOS. Ahora me toca á mí. Cuando esta mujer tenia diez y siete años, yo me casé con ella, á pesar de mi padre, y le di mi fortuna y mi nombre. Un dia observé que estaba marcada, que tenia una flor de lis sobre el hombro izquierdo.

HOMBRE. [Enmascarado sobre la puerta.] Yo lo afirmo.

MIL. ¡Quién ha dicho: yo lo afirmo!

HOMB. Yo.

MIL. Vos! yo os reto á que me citeis el tribunal que ha pronunciado esa infame sentencia; yo os desafio á que encontréis el hombre que la ha ejecutado.

HOMB. Aquí está. [Se quita la máscara.]

MIL. [Cayendo de rodillas.] ¡Quién es este hombre! ¡Quién es este hombre!

HOMB. ¡Oh! vos me conocéis bien.

MIL. ¡Ah!

TODOS. Vos sois....

HOMB. Yo soy el hermano del hombre que ella ha amado, que ella ha perdido, y que se ha suicidado por ella. Yo soy el hermano de Jorge.

ATHOS. Caballero d'Artagnan, ¡qué castigo reclamais para esta mujer!

D'ART. La pena de muerte.

ATHOS. Milord de Winter, ¡qué castigo reclamais para esta mujer!

WINT. La pena de muerte.

MIL. ¡Ah! señores, señores!....

ATHOS. Carlota Backson, condesa de la Fère, Milady de Winter, baronesa de Clarick, vuestros crímenes han agotado la paciencia de los hombres en la tierra, y la del mismo Dios en el cielo. Si sabéis alguna oracion, decidla, y decidla con fervor, porque estais condenada á muerte, y vais á morir. Ejecutor de la justicia, esta mujer os pertenece, [El hombre se adelanta hacia milady.]

MIL. Sois unos cobardes, unos asesinos. Os habeis reunido seis para asesinar á una infeliz mujer, indefensa, sola. ¡Ay de vosotros si un dia.... cuidado!

ATHOS. Vos no sois una mujer; no pertenecéis á la especie humana; sois un demonio vomitado del infierno, y os vamos á hacer volver á él.

MIL. ¡Asesinos! ¡asesinos!

HOMB. El verdugo, señora, puede matar, sin que por eso sea asesino: él es el último juez, hé ahí todo.

MIL. Sí; pero para que no sea asesino, necesita un decreto, una orden.

HOMB. ¡Esa orden aquí está!

MIL. ¡Ah! estoy perdida.

ATHOS. Verdugo, haz tu deber.

MIL. [Arrastrada por el verdugo.] ¡Piedad! ¡compasion!

D'ART. ¡Ah! yo no puedo presenciar este horroroso espectáculo. No puedo consentir en que esta mujer muera de esta manera.

MIL. ¡Oh! d'Artagnan, d'Artagnan, salvadme.

ATHOS. [Entre d'Artagnan y Milady.] Si dais un paso mas d'Artagnan, cruzamos las espadas.

D'ART. ¡Oh!

ATHOS. Solo teneis el derecho de pedirnos, que os perdonemos, ya que vais á morir. Sí, yo os perdono el mal que me habeis hecho destruyendo mi pervenir, robandome mi felicidad, y comprometiendo mi salvacion eterna, por la desesperacion en que me habeis hundido: morid en paz.

WINT. Yo os perdono el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de lord Buckingham y la muerte de Felton, morid en paz.

D'ART. Y yo... Perdonadme madama, por habeis provocado vuestra cólera con una accion indigna de un caballero, y en cambio yo os perdono la muerte de mi pobre amiga, os perdono y lloro por vos: morid en paz.

MILAD. ¡Oh! última esperanza! [Al verdugo.] Marchemos. [A los mosqueteros.] ¡Vivid alerta! cuidado! que si no soy socorrida, seré vengada.

ATHOS. Arrodillaos, caballeros, y rezemos, por una criatura culpable, pero perdonada que va á morir.

VERD. Venid.

D'ART. Athos, Athos, Athos! [Se oye un grito sofocado y el verdugo atraviesa por el fondo, con la espada desnuda.]

VERD. Dejad pasar la justicia de Dios.

D'ART. [Levantándose.] Se consumó el atentado. Perdónanos, Dios mio!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



LOS
MOSQUETEROS.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

DIVIDIDO EN DOS PARTES Y DOCE CUADROS,

ESCRITO EN FRANCES

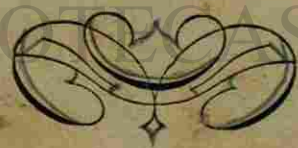
Por **Mr. Alejandro Dumas,**

Y **Mr. Augusto Maquet,**

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

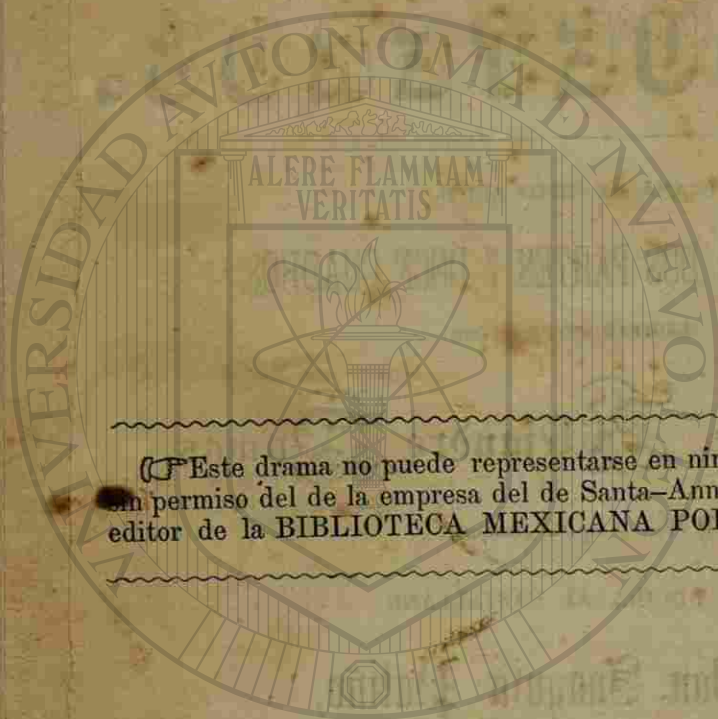
Por **Don Joaquín Patiño,**

DIRIGIDA POR DON JUAN DE MATA Y PUESTA EN ESCENA POR MR. RIVIERE, EN EL
GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA DE MEXICO, EN EL MES DE NOVIEMBRE DE
1851.—DECORACIONES DE MR. RIVIERE.—TRAJES DE MR. NONNON
DE PARIS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

8756



Este drama no puede representarse en ningun teatro de la República sin permiso del de la empresa del de Santa-Anna; ni reimprimirse sin el del editor de la BIBLIOTECA MEXICANA POPULAR Y ECONOMICA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL

PROLOGO.

PERSONAJES.	ACTORES.	PERSONAJES.	ACTORES.
Un desconocido.....	Sr. Armario.	Un brigadier.....	„ Lazo.
Posadero.....	„ Sta. Cruz.	Mordaunt.....	„ Armenta.
Posadera.....	Sra. Amador.	De Winter.....	„ Viñolas.
Pataud.....	Sr. Palomo.	Grimaud.....	„ Ojeda.

LA CONFESSION.

Posada, de Pernes, cerca de Bethune; puerta á la derecha en el primer plano, escalera practicable en el fondo. A la izquierda, en el segundo plano, una ventana; en el tercer plano, del mismo lado, la puerta del fondo.

POSAD.^o Decidme: ¿hay alguna que se llame de los preguntones?

DESC. No sé: creo que no.

POSAD.^o Lo siento mucho, porque me parece que es este uno de los de esa Orden.

DESC. ¡Pues qué, os ha hecho muchas preguntas!

POSAD.^o ¡Virgen santísima! si no ha hecho otra cosa desde que ha llegado. ... ¡Cuántas leguas hay de aquí á Bethune! ¡cuántas de Bethune á Armentiers!... ¡Habeis estado alguna vez en un convento de Agustinos! vamos, cualquiera diría que alguno de sus parientes ha perdido por allí algo, hace una docena de años, y que este buen hombre busca lo que aquel ha perdido. (*Tocan á la ventana que da al camino.*)

UNA VOZ. ¡Ah de casa!

POSAD.^o Mira que han llamado: anda, abre.

POSAD.^o ¡Gente á caballo! ¡si serán los españoles!

POSAD.^o ¡Qué cosas tienes! ¡Cómo han de ser españoles si hablan francés!

VOZ DE AFUERA. ¡Amigo! abrid, abrid pronto.

POSAD.^o (*Abriendo.*) ¡Qué mandais señor brigadier?

BRIG. ¿Podreis decirme dónde se encuentra el ejército español?

POSAD.^o ¡Voto al demonio! ¡Ya se vé que si cualquiera os lo puede decir... ¡valientes ladrones! no puede uno andar diez varas, sin encontrarse con ellos.

BRIG. Sí, con sus partidarios, ya lo entiendo; pero lo que nosotros buscamos es el ejército. [*Mordaunt en la balaustrada se detiene y escucha.*]

POSAD.^o ¡Ah! lo que es el ejército, eso es muy distinto.

BRIG. Oye: nosotros somos enviados del

ESCENA I.

UN HOMBRE sentado á una mesa, EL POSADERO.

POSAD.^o ¡Qué mandais!

DESC. Al momento, pan y vino; porque desde esta mañana no he probado bocado.

POSAD.^o Sereis servido al instante. (*Levanta la trampa de la cueva.*)

POSAD.^o (*En la balaustrada.*) ¡Eh! ¡hola!

POSAD.^o ¡Qué hay!

POSAD.^o La mula del fraile.

POSAD.^o [*Bajando.*] Está bien.

POSAD.^o ¡Pero pronto!

POSAD.^o (*Desde el interior de la cueva.*) ¡Oiga! ¡pronto, eh! ¡como que estos pordioseros pagan tan bien!

POSAD.^o Ya se vé que sí... éste paga luego, luego, y en oro.

POSAD.^o [*Sube con una botella en la mano.*]

¡Ah! si este paga y en oro, ya eso es otra cosa. [*Pone la botella sobre la mesa, y abre la ventana que da al patio.*] ¡Hola Pataud!

UNA VOZ. ¡Qué mandais!

POSAD.^o La mula de su reverencia; ¡pero pronto! ¡al momento!

DESC. ¡Cómo! ¡Hay un fraile en la posada?

POSAD.^o Sí señor.

DESC. ¿De qué Orden?

13.—TEATRO.

príncipe. El ejército español ha dejado sus acantonamientos, y se ignora su paradero. En este momento cincuenta patrullas recorren los caminos, y se ofrecen doscientos escudos de recompensa, al que indague de un modo positivo el itinerario del enemigo.

DESC. Yo os lo puedo decir.

BRIG. ¡Vos!

DESC. Sí, yo.

BRIG. ¡Vos sabéis dónde está el ejército español!

DESC. Ciertamente sí. Ayer precisamente atravesó el Lys.

BRIG. ¿En dónde está ese río?

DESC. Entre S. Venant y Airo.

BRIG. ¿Quién manda el ejército?

DESC. El archiduque en persona.

BRIG. ¿Cuál es su fuerza?

DESC. Diez y ocho mil hombres.

BRIG. ¿Y hacia dónde se dirige?

DESC. Sobre Lens.

BRIG. ¿Y quién os ha ministrado todos esos pormenores?

DESC. Viniendo yo de Hazebruk á Bethune, me encontré con los españoles en el camino, y me obligaron á servirles de guía; pero á merced de la oscuridad, pude fugarme, como á tres leguas de aquí.

BRIG. Pero... ¿Cómo hemos de fiarnos en vuestra palabra? ¿Cómo creeros? ¿Quién garantiza el que esos datos son exactos?

DESC. Os aseguro que son ciertos, como si vos mismo los hubierais presenciado, y que podéis creerlos.

BRIG. ¿Cuál es vuestro nombre?

DESC. Mi nombre á nada conduce.

BRIG. Si tal, porque si es exacto lo que decís, preciso es mandaros la recompensa prometida.

DESC. Está de más.

BRIG. ¿Cómo, de más?

DESC. Sí, porque la verdad se dice gratis; por el dinero se miente: yo he dicho la verdad, conque nada me debéis.

BRIG. Sin embargo, amigo mio, como el príncipe ha prometido los doscientos escudos á la persona que le diese ese informe, vuestro es el dinero.

DESC. Si he dicho la verdad, enviad los doscientos escudos al cura de Bethune para que los reparta á los pobres.

BRIG. Ese rasgo os honra, y por tanto brindaremos juntos, á la salud de nuestro general, y por las armas de Francia.

DESC. Gracias.

BRIG. ¿No aceptáis? ¡Y por qué?

DESC. Primero, porque vos no me conocéis; y en segundo lugar, porque si alguna vez me conociérais, podríais tal vez arrepentiros de haber tocado vuestro vaso con el mio: proseguid, pues, vuestro camino, caballero, y daos prisa en comunicar al príncipe la noticia que os he dado.

BRIG. ¡Decís bien! venga esa mano, amigo mio.

DESC. [Retirándose.] De ningún modo, fuera mucho honor para mí.

BRIG. ¡Singular personaje! partamos. (Vase.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, menos EL BRIGADIER, MORDAUNT vestido de fraile.

MORD. [Aparte.] ¡En efecto, singular personaje!... según lo que ha dicho, este vive en Bethune; tal vez por él podré yo saber algo de lo que deseo.

[Baja y se vá á sentar á una mesa.]

POSAD. ¿Qué mandais, reverendo padre?

MORD. Por ahora una luz; y ya antes he pedido mi mula.

POSAD. La están ensillando en este instante.

MORD. Gracias. ¿Sois de estas cercanías, señor? (Al desconocido.)

DESC. Vivo en Bethune.

MORD. ¡Ah! vivís en Bethune! ¡Y hace mucho tiempo!

DESC. He nacido allí.

MORD. (Al posadero que le trae una lámpara.)

Gracias. (Abre un mapa.) ¿Cuántas leguas hay de Bethune á Lilliers?

DESC. Tres.

MORD. ¿Y de Bethune á Armentiers?

DESC. Siete.

MORD. Se conoce que habeis andado algunas veces este camino.

DESC. Sí, muchas.

MORD. ¿Y es peligroso?

DESC. ¡Bajo qué aspecto quereis decir?

MORD. Por ejemplo, que esté uno espuesto á que lo roben ó asesinen....

DESC. A no ser que sea en tiempo de guerra, como ahora, verbi gracia, el camino es muy seguro.

MORD. ¡Seguro! (Ya me lo habia yo imaginado; no puede menos, aquí se ha ejercido una venganza particular. ¡Ah! cuando vuelva, pasaré por aquí otra vez. Mucho tiempo ha que me ocupo de los negocios del Sr. Cromwell, y justo es que me dedique un poco á los míos.) ¿Podriais decirme ahora!....

ESCENA III.

DICHOS Y LORD DE WINTER.

WINT. [Entrando.] Decid, patron....

POSAD. ¿Aquí vuestra señoría!....

MORD. [Alzando la cabeza.] ¡Eh! ¡eh!

WINT. ¿Qué lugar es este?

POSAD. Pernés.

MORD. (El est ya presumia yo que estaba en Francia.)

WINT. ¿Pernés es decir, entre Lilliers y Saint Paul?

POSAD. Justamente.

WINT. Está bien.

POSAD. ¿Gusta su señoría que se le sirva la cena?

WINT. No; quisiera solamente adquirir algunos datos acerca del camino.

DESC. Cuanto mas lo miro y mas le oigo, tanto mas su rostro y su voz....

POSAD. ¿Algunos datos acerca del camino, ¡eh! pues estoy á las órdenes de vuestra señoría.

WINT. Decid, para ir á Doulens, ¡qué camino debo tomar!

POSAD. El de Paris.

WINT. Entonces, con tomar el camino real....

POSAD. Sí, pero este camino está infestado de espías españoles; os aconsejo que si pensais ir por ahí, espereis al menos á que sea de dia.

WINT. No puedo detenerme, y es preciso que continúe mi marcha.

POSAD. Entonces podeis ir por la trocha.

WINT. No la conozco, y puedo perderme.

POSAD. Es verdad, la noche está oscura, y....

WINT. ¿Y qué, no podríais vos servirme de guía?

POSAD. [Acercándose.] No señor, imposible. Yo espero que tú no aceptarás de ningún modo, ni por nada.

WINT. ¿Y por qué no, buena mujer? Tendrá su recompensa; lo gratificaré bien.

POSAD. No, no señor, de ninguna manera. Yo no lo dejaré ir, ni por todo el oro del mundo, ¡pues buenos quedabamos! que fuera con vos, para que lo mataran.

WINT. ¡Pero, y quién!

POSAD. Esos bandidos españoles.

WINT. Amigo: al que quiera servirme de guía, le daré cuarenta escudos.

POSAD. Si me diérais ochenta ó ciento, para mí seria lo mismo, los rehusaria: ya sabeis que lo que hay de mas precioso en el mundo, es la vida; y aventurarla á esta hora y en medio del campo, y entre todos esos salteadores, es lo mismo que jugarla á un golpe de dados.

WINT. Ya que el dinero no os mueve, amigo mio, permitidme que os hable en nombre de la humanidad: si me servís de guía, si contribuís de cualquier modo á que llegue á Paris cuanto antes, hareis un inmenso servicio á una persona que está en este momento en peligro de muerte.

DESC. [Levantándose.] Si, como decís, hay un gran servicio que prestar, y quereis aceptarme por guía, héme aquí, estoy á vuestras órdenes.

WINT. ¡Vos!

DESC. Sí, yo.... ¡aceptais!

WINT. Sin duda, pero á mi vez debo....

Tomad. [Va á darle un bolsillo.]

DESC. Dispensadme, señor, yo dije: os serviré de guía, si hay un servicio que prestaros, y no si hay dinero que ganar.

WINT. Sin embargo, caballero....

DESC. Cada uno es libre para estipular sus condiciones; pues bien, ya yo os dije las mías.

WINT. [¡Cosa mas rara! Me parece que yo he visto á este hombre antes de ahora.]

DESC. [No me engañaba, es él.]

WINT. Ahora necesito, amigo mio, que hagais al pié de la letra lo que voy á deciros; y al efecto, aquí teneis una guinea.

POSAD. Hablad, señor.

WINT. Un hombre me está esperando en Doulens; pero como yo me he detenido mas de lo que creia, es muy probable que este hombre, cansado de esperar, se dirija hacia aquí.

POSAD. ¿Y cómo sabré yo quién es ese individuo? ¿Qué señas tiene?

WINT. Voy á deciroslo: su edad como de treinta y cinco á cuarenta años, su traje de lacayo, sus cabellos y su barba.... no sé ahora, en otro tiempo los tenia negros: callado como una estatua; pero responde siempre que se le llama Grimand.

POSAD. Y él naturalmente preguntará....

WINT. Por Lord de Winter.

DESC. [Es el mismo.]

MORD. ¡Ah! mi querido tio, os creia mas sagaz; juzgaba que sabíais guardar mejor el incógnito.

POSAD. ¿Y qué es lo que he de decirle!

WINT. Que me he adelantado, y que se apresure para alcanzarme; pero que si no, me encontrará en Paris, en mi antigua habitacion de la Plaza real. [Al desconocido.]

Cuando querais, partiremos.

DESC. Al momento, señor, y sabed que no es esta la primera vez que os sirvo de guía.

WINT. ¿Cómo así?

DESC. ¡Qué! ¡no os acordais de la noche del 22 de Octubre!

WINT. ¿De 1636!

DESC. Sí, y ¡os acordais del camino de Bethune á Armentiers!

WINT. ¡Silencio! sí, ya os conozco.... vamos, vamos.

ESCENA IV.

DICHOS, menos D'WINTER Y EL DESCONOCIDO.

MORD. [Levantándose.] La noche del 22 de Octubre, en el camino de Bethune á Armentiers.... ¡qué extraña coincidencia!.... el 22 de Octubre.... el mes en que mi madre ha muerto.... el camino de Bethune á Armentiers, en donde ella ha desaparecido. Si habrá hecho la casualidad mas en mi favor, que todos mis cálculos, que todas mis pesquisas. Vamos, no hay que detenerse: es preciso que yo siga á este hombre.... ¡mi mula! ¡presto, mi mula!

POSAD. ¿Qué quereis!

MORD. ¡Está ensillada mi mula!

POSAD.^o A la puerta os espera.
MORD.^o ¡Gracias! ¡Ya estais pagada, no es así!
POSAD.^o Seguramente, y solo me falta vuestra bendición, padre mio.
MORD.^o (Saliedo.) ¡Dios os guarde! (Sale rápidamente.)

ESCENA V.

LA POSADERA sola, despues GRIMAUD Y EL POSADERO.

POSAD.^o [Llamando] ¡Pedro! ¡Pedro! vamos, no hay remedio, se ha ido. ¡Nada! no se estará quieto hasta que no lo asesinen. [Tiros de fusil á lo lejos.] ¡Dios mio! ¡qué oigo!... no hay duda, están fusilando á algun infeliz. ¡Pedro! ¡Pedro! (Abre la ventana.)
UNA VOZ. ¡Qué hay!
POSAD.^o ¡En dónde está tu amo?
LA VOZ. ¡Toma! Está allá bajo, en el jardin.

POSAD.^o ¡Ay, bendito sea Dios! me ha vuelto el alma al cuerpo. (Se vuelve á la escena y se á Grimaud.) Caballero!... [Grimaud saluda.] ¡Por dónde habeis entrado! (Grimaud señala la puerta.) ¡Por la puerta! ¡Habeis venido á pie! [Grimaud hace seña que no.] ¡A caballo! [Grimaud hace seña que sí.] ¡Y quereis que se ponga vuestro caballo en la caballeriza! (Grimaud hace seña que no.) ¡Y entonces, que es lo que quereis! [Grimaud hace seña que quiere beber.] Sí, ya, ya entiendo. (Trae una botella y un vaso.) ¡Parece que vos teneis la desgracia de ser mudo! (Grimaud hace señas que sí.) ¡Pobre señor! [Entra el mesonero.] Mira, querido, á buen tiempo vienes: aquí hay un señor que no hace mucho ruido que digamos, es mudo.

POSAD.^o ¡Mudo!... ¡si será mi hombre! ¡hum!... él sí se parece un poco á las señas que me han dado. [Se dirige á Grimaud.] ¡Hola, caballero! [Grimaud levanta la cabeza.] ¡No buscáis á alguno! (Grimaud hace señas que sí.) ¡A un extranjero, eh! [Repite la misma seña.] ¡A un inglés! (El mismo juego.) Que se llama Lord de Winter.

GRIM.^o El mismo.
POSAD.^o ¡Oiga! El mudo habla.
POSAD.^o ¡O cómo os llamais!
GRIM.^o Grimaud.
POSAD.^o Pues bien, señor Grimaud, la persona que esperabais en Douvens....

GRIM.^o Sí.
POSAD.^o En la Lis coronada....
GRIM.^o Sí.
POSAD.^o Acaba de irse hace diez minutos, con un guia; y me dijo que os dijera que lo encontrarais en Paris, en su antigua habitacion de la Plaza real.

GRIM.^o ¡Buena!

POSAD.^o ¡Conque ya vuestra comision está concluida: os quedais!

GRIM.^o Sí.
POSAD.^o ¡Habeis cenado!

GRIM.^o No.
POSAD.^o ¡Entonces cenareis, y os acostareis aquí!

GRIM.^o Sí.
POSAD.^o ¡Y partireis!

GRIM.^o Mañana.
POSAD.^o [A su mujer.] Ahí tienes un hombre que no gasta mucha saliva en hablar. (Llaman á una puerta lateral.)

ESCENA VI.

DICHOS, PATAUD Y EL DESCONOCIDO.

POSAD.^o ¡Quién está ahí!
PAT.^o Abrid, abrid, patrona. Son los vecinos que traen á un hombre herido.
DESC.^o (Fuera.) Soy yo, abridme, por piedad.

POSAD.^o ¡Cómo! Aquel buen hombre que...
POSAD.^o Que se fué con el señor inglés.

POSAD.^o ¡Ya lo ves, como yo tenia razon de decirte que no fueras!

POSAD.^o ¡Un cirujano! ¡Que vayan á traer un cirujano! (A Grimaud.) Señor, vos que teneis un buen caballo, deberiais ir hasta Saint Paul, y traer un cirujano aunque sea en ancas.

GRIM.^o ¡Cuántas leguas hay!

POSAD.^o Está ahí cerca, una legua y media.

GRIM.^o Voy. [Vase.]

POSAD.^o ¡Pobre hombre! ¡Tan bueno! Es menester subirlo á un cuarto.

DESC.^o ¡Ah! ¡no! ¡sufro demasiado! Que me pongan un colchon sobre esta mesa.

POSAD.^o [A su mujer.] Tira ahí un colchon: (Al desconocido.) ¡Pero bien, amigo, sepamos qué fué esto: ¡qué os ha sucedido!

DESC.^o A doscientos pasos de aquí, fuimos atacados por los españoles; pero felizmente nada le ha sucedido á lord de Winter.

POSAD.^o [Tirando un colchon por encima de la balaustrada.] Ahí va el colchon.

POSAD.^o Muy bien. Acostaos aquí. A ver un cojin y una almohada. ¡Qué quereis que os hagamos!

DESC.^o Nada. La herida es mortal.

POSAD.^o ¡Qué, no necesitais alguna cosa!

DESC.^o Sí; agua, que tengo sed.

POSAD.^o Tomad.

DESC.^o Gracias. ¡Y qué, no se me podría llamar un sacerdote! (Mordant se presenta en la puerta.)

ESCENA VII.

DICHOS, MORDANT.

POSAD.^o ¡Reverendo padre, venid! El Señor os envia.

MORD.^o Aquí me teneis. ¡Qué ocurre! ¡qué hay de nuevo!

POSAD.^o (Enseñando al herido.) El señor...

DESC.^o ¡Por favor, padre! Venid, venid pronto....

MORD.^o Que se nos deje solos.

POSAD.^o (A su mujer.) ¡Vaya un fraile escrupuloso! ¡Pues qué mas da estar solos ó...?

POSAD.^o Anda, ven, que tú eres un herege. (Vanse.)

ESCENA VIII.

MORDAUNT Y EL DESCONOCIDO.

MORD.^o Ya estamos solos, hablad.

DESC.^o Muy jóven sois.

MORD.^o Los hombres de mi estado y que visten este santo hábito, no tienen edad.

DESC.^o ¡Ay de mí! Habladme despacio, porque en mis últimos momentos tengo necesidad de un amigo.

MORD.^o Veo que sufrís mucho, que estais muy malo.

DESC.^o Y aun mas del alma que del cuerpo.

MORD.^o Hablad, ya os escucho.

DESC.^o Primero, debeis saber que yo soy...

MORD.^o Decid.

DESC.^o Yo soy.....pero recelo que me abandoneis si os digo quién soy.

MORD.^o Tened confianza.....Deponed el temor.

DESC.^o Yo soy el antiguo verdugo de Bethuné.

MORD.^o [Retrocediendo.] ¡El antiguo verdugo!....

DESC.^o Sí; pero hace diez años que no ejerzo tan abominable oficio; que no os horrorice, pues; diez años ha que he dejado mi destino.

MORD.^o ¡Es decir que os causa horror vuestro estado?

DESC.^o De diez años acá, sí.

MORD.^o ¡Y antes!

DESC.^o Antes, mientras que yo solo heria en nombre de la ley y de la justicia, mi estado me permitia dormir tranquilo; porque me hallaba escudado con esa misma ley y esa misma justicia; pero desde aquella noche terrible en la que serví de instrumento á una venganza particular, desde aquella noche fatal en que yo levanté con odio la cuchilla sobre una criatura de Dios, desde aquella horrible noche....

MORD.^o ¡Qué dice este hombre!

DESC.^o Sin embargo, he tentado, he puesto en accion cuantos medios me han ocurrido para ahogar este remordimiento; he empleado diez años en buenas obras; he contribuido no poco á despojar de su ferocidad natural á aquellos hombres que derraman la sangre de sus semejantes, por hábito ó por organizacion; he espuesto mil veces mi vida, por conservar las de aquellos que estaban en peligro de perder las suyas, y he conservado, en fin, á la tierra, muchas existencias humanas, en cambio de aquella sola víctima que yo le habia arrebatado: no me contenté con esto, hice mas todavía; cuantos bienes habia adquirido en el ejercicio de mi profesion, los distribuia á los pobres, y mi ocupacion cotidiana ha sido frecuentar las iglesias: las personas que antes me huian, se han acostumbrado á verme, y aun algunas me han apreciado; pero á pesar de eso, parece que Dios no me perdona aún, porque la memoria de aquel homicidio me persigue á todas horas, y en todas partes....

MORD.^o ¡Habeis cometido un asesinato!

DESC.^o Porque me parece que todas las noches veo que se dirige á mí el espectro de aquella mujer, y....

MORD.^o ¡Era una mujer!

DESC.^o ¡Oh! aquella fué una noche maldita.

MORD.^o ¡Y qué noche ha sido esa!

DESC.^o La noche de 22 de Octubre de 1636.

MORD.^o [Es la misma fecha que ha dicho á Lord de Winter....] ¡Ah! justicia del cielo! ¡yo te adoro!... ¡yo te reverencio!.... Tal vez voy á saberlo todo. (Se pasa la mano por la frente.) Y ¡quién era esa mujer que habeis asesinado!

DESC.^o ¡Asesinado!.... tambien vos, tambien vos me decís como aquella voz, que resuena siempre en mi oido; ¡asesinada!!! ¡conque la asesinó, y no la he ejecutado!.... ¡con que yo soy un asesino, y no un instrumento de la justicia!

MORD.^o Adelante, continuad.... yo no sé nada.... nada puedo pensar todavía, no, nada debo deciros: cuando hayais concluido vuestra relacion, ya veremos; por ahora referid el hecho, hablad, decidlo todo y no omitais ningun incidente, ningun pormenor.

DESC.^o [Levantándose sobre la almohada] Hace diez años vivia yo en una casa de un barrio retirado; una noche, un hombre que tenia todas las trazas de un caballero, aunque estaba sencillamente vestido con la casaca de mosquetero, tocó á mi puerta, y me enseñó una orden firmada por Richelieu.

MORD.^o ¡Y estaba en efecto firmada por Richelieu!

DESC.^o Sí; pero no me atrevo á afirmar que no sirviese á otro objeto muy distinto de aquel para que parecia dada.

MORD.^o Proseguid.

DESC.^o El caballero me mandó que lo siguiese, y obedecí, reservándome resistir á sus intentos, siempre que lo que escigiera de mí fuese injusto. En la puerta de la ciudad

nos encontramos con otros cuatro caballeros que nos esperaban, y caminamos juntos cinco ó seis leguas, sombríos, taciturnos, silenciosos, y casi sin atravesar una palabra entre todos. Como á cien pasos de Armentiers, un hombre que estaba acostado en una zanja, se levantó, y señalando con la mano una casita aislada, en cuya ventana brillaba una luz, allí es, dijo: atravesamos entonces por los sembrados, y nos dirigimos hacia la casa. Tres lacayos mas se hallaban apostados en el camino; cada uno se levantaba á su vez, y se unía á nosotros; el último cuidaba la puerta. ¡Está ahí ella! le preguntó á éste, el hombre que había venido á buscarme: ahí está; respondió el otro.

MORD. ¡Dios mío! ¿qué es lo que voy á oír!
Desc. Entonces nos apeamos, y los lacayos tomaron los caballos. Tocóme aquel mismo hombre en el hombro, y llamándome así la atención, me enseñó por entre los vidrios, á la luz de una lámpara, una mujer echada de codos sobre una mesa, y me dijo: mira, aquella es la que has de ejecutar.

MORD. ¿Y habéis obedecido?
Desc. Iba á escusarme, cuando repentinamente, mirándola con mas atención, ví que ella era aquella misma mujer....

MORD. ¿Cómo, vos la conocíais?
Desc. Sí, cuando era jóven, aquella mujer sedujo y perdió á mi hermano; una noche ambos habian desaparecido, llevándose los vasos sagrados de una iglesia. Despues de aquel horroroso crimen, yo encontré á mi hermano en el patíbulo, y á ella no la habia vuelto á ver mas.

MORD. Proseguid, proseguid.
Desc. Bien lo conozco, sí, yo debía haber perdonado: así lo ordena el Evangelio, que es en fin, la ley de Dios. Sin embargo, la naturaleza, la miseria del hombre, ahogó en mí lo cristiano, y me parecia que la voz de mi hermano gritaba reciamente en mi oído: ¡venganza! y yo dije: pues bien, obedeceré.

MORD. Proseguid....
Desc. Entonces aquel mismo hombre, siempre aquel hombre que fué á sacarme del oscuro retiro en que dormía, rompió de un puñetazo la ventana. Por ella entraron dos de los cinco, y los otros tres por la puerta. Luego que los ví aquella mujer, comprendió al momento que estaba perdida, y sin remedio, porque lanzó un tremendo grito, y luego pálida, muda y desencajada, como si con aquel grito hubiera agotado todas sus fuerzas, retrocedió vacitante y casi sin sentidos, hasta que pudo apoyarse maquinalmente, contra la pared.

MORD. ¡Eso es horrible!....
Desc. ¡Horrible! sí; pero esperad, oid.... entonces aquellos cinco se erigieron en acusadores de la víctima, y cada uno de ellos presentándose á su vez delante de ella, la escsecraba, la maldecía y le echaba en cara, este, el asesinato de su marido; aquel el envenamiento de su querida; el otro, y este otro...

este otro era yo, le echaba en cara el deshonra y la muerte de su hermano. Despues, todos á una voz, todos con un mismo acento, con una voz unánime en fin, sombría, terrible, solemne, pronunciaron la pena de muerte, y yo....

MORD. ¿Y qué! vos....
Desc. Yo, que la habia condenado con los otros, me encargué de la ejecucion.

MORD. (Levantándose.) ¡Desgraciado! y ¡cometisteis ese crimen!
Desc. Os juro por la salvacion de mi alma, que creia hacer justicia.

MORD. ¡Y ni súplicas, ni lágrimas han podido conmoveros!.... porque seguramente ella suplicaba, lloraba.... ¡y ni su hermosura ni su juventud escitaron vuestra compasion! porque ella sin duda era jóven y hermosa, ¿no es así?

MORD. No, á mí nada me hacia mella: se me figuraba que aquella, ni era hermosa ni jóven, ni otra cosa mas que el mismo demonio, que habia tomado las formas de una mujer.

MORD. Ahora sí que no me cabe duda. (Se levanta y echa el cerrojo á la puerta.)

MORD. ¿Cómo, me dejais!.... me abandonais en este angustiado trance!

MORD. No, no; tranquilizate: héme aquí: Ahora responde; pero sin que nada calles, sin que nada ocultes; mira que se trata de la salvacion de tu alma; piénsalo bien, y ten presente que solo la verdad de tu confesion puede atraer sobre tí la misericordia del cielo. Aquellos cinco hombres, aquellos cinco miserables, aquellos cinco asesinos, quiénes eran?

MORD. Ignoro sus nombres, y jamas los he sabido.... llevaban el uniforme de mosqueteros, es todo lo que sé.

MORD. ¿Todos llevaban ese mismo uniforme!....

MORD. No, solo uno estaba vestido como caballero, pero este no era frances, era....

MORD. ¿Qué?
Desc. Inglés.

MORD. ¿Y se llamaba?
Desc. He olvidado su nombre.

MORD. Mientes!
Desc. Dios mío!

MORD. ¿Se llamaba?
Desc. No, yo no puedo....

MORD. Pues yo te lo diré.... Se llamaba lord de Winter.

MORD. ¿Qué decís!

MORD. Digo que se llamaba lord de Winter; digo que estaba allí en aquel momento terrible, y digo que él es con quien tú saliste de aquella casa.

MORD. ¿Y como lo sabeis!

MORD. Dime ahora el nombre de aquella mujer.

MORD. Nunca lo he sabido. Aquellos hombres la llamaban Milady nada mas....

MORD. Milady!.... pero una vez que ella habia seducido á tu hermano, como has dicho; una vez que ella habia causado la muer-

te de ese hermano, segun pretendes; y ya que siendo jóven se habia salvado con él, llevándose los vasos sagrados de una iglesia, debes seguramente saber cuál era su nombre cuando era jóven.

MORD. Sí, yo sé el nombre que tenia entonces.

MORD. Dímelo pronto.
Desc. Me parece que voy á morir....

MORD. ¡Oh! no, tu no morirás sin haberme dicho su nombre.

MORD. ¿Me perdonais?
MORD. Su nombre, dime su nombre pronto.

MORD. Ana de Brueill.
MORD. No me engañaban mis presentimientos.

MORD. Ahora, que ya sabeis su nombre, perdonadme me muero....

MORD. ¡Perdonarte yo!.... ¡perdonarte!.... ¿sabes quién soy?

MORD. ¿Quién sois, pues?
MORD. Juan Francisco de Winter.

MORD. ¿De Winter?
MORD. Y aquella mujer....

MORD. Incorporándose. ¡Aquella mujer!....
MORD. Aquella mujer, estúpido, era mi madre....

MORD. ¡Su madre!....
MORD. ¡Sí, mi madre!.... ¿comprendes tú lo que encierra de sagrado esa palabra!.... mi madre, muerta!.... sin que yo haya podido saber ni en dónde, ni cómo!

MORD. ¡Ah! ¡perdonadme! ¡perdonadme! por piedad.

MORD. ¡Yo perdonarte, malvado!.... ¡perdonarte! Dios, tal vez, pero yo, jamas.

MORD. ¿Por compasion!
MORD. ¡No hay compasion para el que no ha sabido tenerla!.... ¡muere! ¡maldito!.... ¡muere desesperado!.... ¡muere y condénate! [Le clava el puñal.]

MORD. ¡Socorro! ¡socorro!
Voz (de fuera.) ¡Abrid, abrid!
MORD. ¡Va uno! (va hacia la ventana, la abre y salta por ella.)
[El posadero, su mujer y Grimaud se arrojan en la sala.]

ESCENA IX.

EL DESCONOCIDO, espirando. POSADERO, SU MUJER, GRIMAUD, CRIADOS, VECINOS &c.

GRIM. ¿Qué ha sucedido?
Desc. Acudid.

POSAD. ¿Adónde está el fraile!
Desc. ¡Oh! el me ha dado una puñalada.... y tuvo razon.... el fraile era su hijo.

GRIM. ¿Hijo de quién? ¿qué hijo!.... ¿qué!....
Desc. ¡Dios mío!

GRIM. ¿Qué es, qué es!....
Desc. Vos érais uno de los cuatro lacayos de aquellos cuatro señores, cuando fuimos aquella noche....

GRIM. Es verdad....
Desc. Pues bien, ese fraile es su hijo.

GRIM. ¡El hijo de Milady!
Desc. Ahora, tomad ese puñal, llevádselos á aquellos cuatro caballeros, y decidles lo que vos sabeis.... [Espira.]

GRIM. Teneis razon, no hay que perder un instante.... ¡señor conde de la Fére! ¡señor conde de la Fére! (Vase.)

POSAD. [A Grimaud al irse.] Pero.... ¡y este hombre!

GRIM. Este hombre está muerto.

SEGUNDA PARTE.

PERSONAJES.

La reina.....	Sra. Cañete.
Un barquero.....	Sr. Castillo.
Blaisois.....	" Lopez.
Tomy.....	" L. Galindo.
Un soldado.....	" T. Galindo.
Madama Turquenne.....	Sra. Peluffo.
Athos.....	Sr. Mata.
Porthos.....	" Estrella.
Aramis.....	" Castro.
D'Artagnan.....	" Pabre.
Mousqueton.....	" Granados.
Grimaud.....	" Ojeda.
De Winter.....	" Viñolas.
Mordaunt.....	" Armenta.
Carlos I. ^o	" Vallete.

ACTORES.

PERSONAJES.

Cronwel.....	Sr. Scovin.
Groslow.....	" Armario.
El coronel Tomlinson.....	" Castañeda.
Tome-Lowe.....	" Sta. Cruz.
Parry.....	" Aburto.
Uncentinela.....	" T. Galindo.
Otro.....	" Castillo.
Un sargento.....	" L. Galindo.
Plaiston.....	" Lopez.
Findlay.....	" Arsinas.
Un hombre.....	" Palamo.
Un escribano.....	" Castillo.
Andres.....	" T. Galindo.
Dos niños del rey.....	

ACTORES.

Guardias, soldados, marineros, pueblo, &c., &c.

ACTO PRIMERO.

CUADRO I.

Cuarto de D'Artagnan. El hotel de la Chevrete calle de Figueiton en París. En el primer plano á la derecha, una puerta de entrada que se abre sobre una escalera. A la izquierda, en la pared cortada un armario cerrado con una cortina, y en el fondo una ventana ancha.

ESCENA I.

MAGDALENA SOLA CON UN VESTIDO Y UN CEPILLO.

MAG. ¡Vaya un vestido bonito y muy bien hecho, de terciopelo azul, que por cierto, no se lo conocia yo al señor d'Artagnan! ¡Con este seguramente, es con el que hace sus conquistas el ingrato, ¡Pero, tate! ¡Qué diablo!

hay aquí en los bolsillos! ¡Oiga! Unos papeles; esta vez no se me podrá decir que soy curiosa, aunque despues de todo no carezco absolutamente de derecho para serlo. No hay duda, este es un billete.... Vamos á ver qué sucede. [Desdobra el papel y lee.] Gigote de pavita, carpá estofada, pastel á la mazarin, y tres botellas de vino de Anjou. ¡Esto no se puede sufrir! ¡Es una picardía! ¡una infidelidad! Como si la mesa de Chevrete no fuese suficiente, y aun sobrada, para un joven galante; pero esta infidelidad se la puedo perdonar todavía. (Saca otra carta.) Papel número dos. (Lee.) "Caballero, vuestro adversario ya comienza á convalecer; no hay mas que tres estocadas que me inquietan, las otras se van cicatrizando poco á poco." ¡Ah! sí, habla sin duda del sargento suizo que se habia instalado en mi hotel, á pesar mio; lo puedo decir, á pesar mio; y que el señor d'Artagnan, á su vuelta de la campaña de Flandes, lo encontró ocupando su cuarto, el cual ha dejado muy bonitamente, recibiendo en cambio cinco estocadas. ¡Pobre hombre! y no es mal sugéto en el fondo. (Colgando el vestido.) ¡Ay! señor d'Artagnan!... Entonces sí que estábais enamorado, porque teniais celos de todo el mundo!... ¡hasta de los suizos! Véamos este otro. [Toma otro vestido.] He aquí el ju-

bon sagrado; la famosa casaca de los mosqueteros, que nosotros conservamos como una reliquia; véamos si hay algo aquí en los bolsillos de la reliquia. ¡Hola! ¡hola!... unos papelitos atados con una cinta.... ¡ah, traidor!... ¡Con una cinta azul!... Empecemos por leer este billetico, que tiene por cierto los renglones bien juntos, y unas letras tan pequeñas, que parecen paticas de mosca. Este, por supuesto, infaliblemente es de una mujer.... "Mi querido d'Artagnan".... Pues, su querido d'Artagnan!.... "Confieso que vuestra memoria me persigue hasta en mi convento de Noissy le sec." ¡Ah! No hay que decir que esta no es una carta, y yo le probaré con ella.... Pero, ¡si esto es horroroso!... ¡Ay! Dios mio, ¡qué ruido es ese!.... El es, pronto las armillas, los cinturones, los vestidos en este armario.... Pero, ¡en dónde he puesto la casaca que tenia las cartas!.... ¡Ah! aquí está; cuando él salga, yo se las volveré á poner; pero ya que esta vez he dado con el escondrijo, quiero saber á qué he de atenerme.

ESCENA II.

MAGDALENA, D'ARTAGNAN.

D'ART. ¡Hola! ¡vos aquí mi querida señora Turquenne!

MAG. Sí señor d'Artagnan, ya lo veis, aquí ordenando....

D'ART. ¡Qué hermoso es el poder decir; yo ordeno! El hecho es Magdalena, [Mirando en derredor de él] que vos ordenais con frecuencia y siempre bien.

MAG. Es el deber de una buena mujer, y yo soy la vuestra.... (D'Artagnan la mira de reojo.) Vuestra ama de gobierno, quise decir. ¡Oh! no, no creais que tenga yo la necia pretension de aspirar á la mano de un teniente de mosqueteros.

D'ART. Perfectamente, Magdalena, así me gusta, que penseis con juicio. Creia que aun se paseaban por vuestra cabeza las ideas de himeneo.

MAG. ¡Pobre de mí! No, señor d'Artagnan, desde que os habeis explicado sobre este punto tan categóricamente conmigo, ya yo....

D'ART. Mi querida señora Turquenne, me complazco en encontraros tan razonable. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos, y toda claridad escusa queja. Por otra parte, yo todavía no estoy muy seguro de que el diñunto Turquenne haya muerto; y se ha visto ya mas de un marido que ha vuelto del otro mundo, solo por tener el simple gusto de hacer ahorcar á su sucesor; pero en este momento, mi querida Magdalena, no se trata de debatir la existencia de vuestro primer esposo. Se trata ahora de otra cosa muy distinta, se trata nada menos que de encontrar....

14—TEATRO.

MAG. ¡Qué, pues!....

D'ART. De encontrar unas cuantas ideas.... muchas ideas.... escelentes ideas.... ideas luminosas.

MAG. ¡Oh!.... ¡no mas eso!.... pues no creo que es un arco de Iglesia. Cuando esas ideas os faltan, bien sabeis en dónde buscarlas.

D'ART. ¡Ah! sí, cerca de vos, ¡no es eso mi querida señora Turquenne!

MAG. No cerca de mí; pero sí detras de mi leñera.

D'ART. En efecto; este es el proverbio de Athos; se encuentran mas ideas en el fondo de una sola botella, que en las cabezas de cuarenta académicos.

MAG. ¡Y cuántas ideas os harian falta ahora!

D'ART. Lo que es ahora, me bastarian dos; pero de superior calidad.... ¡Me entendeis, Magdalena! Una, atrevida, ardiente, enérgica, con sello colorado; la otra, alegre, ingeniosa, fantástica, con el sello verde.

MAG. Ya! y acompañada de una rebana da de este pastel de cabrito.

D'ART. Cuyo rico olor trasciende hasta allá abajo. Es cosa rara, querida señora Turquenne, el cómo sabeis leer en mi corazón. (La abraza.)

MAG. (Tentándole la bolsa del vestido.) ¡Ay!... ¡qué es lo que teneis aquí!.... ¡dinero!

D'ART. Sí, unas monedas....

MAG. Es bien extraño. Vos que os estais llorando siempre pobre....

D'ART. ¡Qué! Si no es mio. Es un depósito que me ha confiado el gobierno.

MAG. ¡Qué misterioso sois!.... Estoy segura que si yo abriese esta escribanía....

D'ART. Magdalena, no vayais á comprometeros con esa imprudencia; esa es una escribanía de secreto, y, como si dijéramos, un mueble de familia, y que ya ha matado á tres mujeres imprudentes que han tenido la temeridad.... pero yo creo, mi buena Turquenne, que me habeis hablado de leñera, y de botellas y es preciso que eso no se quede en conversacion.

MAG. Bien podeis gloriaros de tener el secreto de manejar á las mujeres á vuestro antojo.

D'ART. Eso, señora Turquenne, es el resultado de quince años de estudio; y ahí está la prueba de la gran ventaja que tiene el vino sobre las mujeres. El vino cuanto mas se le paladea, mas se le conoce; mientras que á las mujeres, al contrario....

MAG. Voy, voy á traeros el par de botellas.

ART. En hora buena, y cerrad la puerta.

ESCENA III.

D'ARTAGNAN, solo.

D'ART. ¡Qué hábil! ¡qué guapa y qué dies-

tra es! No adolece mas que de un solo defecto, y es que nunca tiene bastante con lo de su bolsillo; apenas la abracé, que olfateó al momento que estaba en el mio el dinero de su Eminencia.... y ¡qué peligroso es el dinero del tal Mazarin! ¡Anda, monigote italiano, ronoso!.... No hay duda que el avaro hizo una grande hazaña, dándome doscientos escudos. Al principio, yo creia que eran doblones de España.... ya eso era algo; valia la pena de tomarlos.... ¡pero doscientos escudos! y eso, á cuenta, signor d'Artagnan.... ¡Maldito Mazarin!.... Sí, mio caro teniente, volved á la tarea, empezad de nuevo á hacerlos quebrar las piernas; haceos romper los brazos, haceos atravesar la barriga á estocadas, y haceos, en fin, agujerar hasta los botones de vuestra armilla á pistoletazos, y yo os daré.... ¡qué! uno cuenta.... y la cuenta cuando, modrego! Ahí está el ítem. Lo cierto es que yo le he pedido.... ¡qué! nada, una bagatela, un título de barón para Porthos que se las pela por tenerlo. ¡Y qué ha hecho el buen cardenal! Toma un pergamino, escribe en él los apellidos de mi ahijado, burila el despacho, y me lo vuelve sin firmar.... ¡Pero, señor, y la firma! Cuando volvais, mio caro signor d'Artagnan.... ¡Pero, y si no volvemos! ¡Cómo no! y en fin, eso de volver ó no, es cuenta vuestra. ¡Pues y la reina! ¡Otra que bien baila! Da gusto el verla con aquella enorme y prolongada nariz, el labio á la austriaca y sus bellas é insolentes manos, y oír la luego decir: señor d'Artagnan, sed muy adicto y muy fiel á S. M.... ¡pues! ¡seré adicto á S. M. por doscientos escudos!.... ¡Por doscientos escudos!.... ya quisiéramos... por cincuenta, porque los doscientos hay que repartirlos entre los cuatro, entre mis tres amigos y yo. Es decir, cincuenta escudos para Athos, cincuenta para Porthos y cincuenta para Aramis. (Se rie como burlándose.) ¡Es verdad que si yo no los volviese á encontrar!.... pero no, es forzoso que yo vuelva á ver á estos dignos amigos, á quienes no veo hace tantos años. ¡Lo que es el mundo, y qué cosas tan raras pasan en él! Vive uno con tres ó cuatro ó cinco amigos, dos ó tres ó cuatro ó cinco años, y se estrechan de tal manera, y se contrae tal habitud de estar juntos, que parece imposible que puedan vivir luego los unos sin los otros; y así lo decimos y así lo repetimos, y así acabamos por creerlo; cuando de repente viene un huracán que todo lo arranca y todo lo destruye, y arroja á uno al Mediodía, y el otro al Norte, y á este al Oriente, y á aquel al Occidente. Piérdense todos de vista, y todo queda concluido. Si acaso, alguna que otra carta, allá muy de tarde en tarde. Con todo, se suele haber alguna escepcion, y no se debe siempre acusar á todos. Recuerdo ahora que yo recibí una carta de Athos.... me parece que fué en 1643, sí, seis meses, poco mas ó menos antes de la muerte del cardenal béamos en dónde la he recibido... ¡ah! ya

caigo! Estaba yo entonces en el sitio de Besançon, y me acuerdo como si fuera ahora, que me hallaba en la trinchera.... ¡qué demonios me decia en ella!.... ¡Ah! sí, que él vivia en una pequeña casa de campo.... ¡pero en dónde! Justamente ahí iba, cuando un ventarrón me arrebató la carta de las manos, y la arrojó hácia la ciudad para que los españoles se entretuvieran con ella, aunque de nada les servia, y á mi hoy me seria muy útil. Pero yo no debo ya pensar en Athos, sino en Porthos y en Aramis, y que tambien me han escrito mas tarde. ¡Dónde estarán sus cartas! ¡Ah! probablemente en mi querida casaca. [Abre el armario.] ¡Toma! Magdalena ha arreglado todo esto; me complace mucho saber el modo que ella tiene de arreglar, y no podré escusarme de darle por ello las gracias. ¡Pobre casaca! Es una verdadera preseña. ¡Cuántas aventuras ha presenciado! y á cuántas batallas ha asistido! Ella ha conservado tambien sus gloriosas cicatrices. ¡Ah! hé aquí un balazo de aquel vizcaino que me roció la piel sobre el baluarte de San Gervasio, en aquel famoso combate de heroica memoria, cuando peleábamos cuatro contra cinco, es decir, uno contra veinticinco: justo, como los escudos de su Eminencia. Esta sí que es una costura gloriosa! ¡Qué mano la hizo!.... pues no me acuerdo. ¡Cosa mas rara! De todos los tejidos que yo conozco, el mas sólido y el que se recose con mas facilidad parece increíble; es el pellejo humano. Esta casaca de búfalo ya no sirve para nada, y todavía la piel del señor d'Artagnan vale alguna cosa. A todo esto, yo no encuentro mis cartas, parece que el demonio anda en el asunto: estos malhadados escudos son los que me tienen como hechizado. Pero, señor, si ellas estaban en el bolsillo.... ¡malditas cartas!.... Ahora caigo, Magdalena que lo arregla todo tambien.... Sí, ella ha de saber.... ¡Magdalena! ¡Magdalena!

ESCENA IV.

Dicho y MAGDALENA.

MAGD. ¡Jesus, qué prisa! ya estoy aquí, he tenido que ir yo misma á la bodega.

D'ART. ¡Buena! pero decidme....

MAGD. (Malo, ha andado en el armario.) Mirad, sello encarnado. [Si habrá descubierto algo!] Y esta, sello verde.

D'ART. Muy bien, mi querida Turquenne, muy bien, ya veo que os esmerais en servirme y.... pero poned las botellas sobre la mesa, y venid aquí.

MAGD. ¡Qué es lo que hay en este saco!

D'ART. ¡No os lo he dicho ya! El dinero del gobierno. Aquel mismo dinero.... pero

no lo toqueis, porque abrasa los dedos; y además de eso, yo quiero que ahora conversemos.

MAGD. Pues entonces, conversemos.

D'ART. Magdalena, vida mia, henos ya aquí en la habitacion del buen señor d'Artagnan, donde todo lo hemos arreglado á las mil maravillas.

MAGD. (Ahora es ello.) Sí, señor, como de costumbre: todo en órden, no puedo decir que no. Cuando entrásteis, me vísteis ocupada, y....

D'ART. Sí, en el arreglo, y á fuerza de arreglar, para que todo quedase bien arreglado, hemos vuelto los bolsillos al revés.

MAGD. No he sido yo por cierto: no, yo jamas....

D'ART. Querida Magdalena, carísima amiga mia! entre varias y muchísimas y bellísimas cualidades que os hacen preciosísima á mis ojos, hay una que yo desearia muchísimo procuráseis eliminar. Sois horriblemente zelosa, y ya lo sabeis, Magdalena, y si no lo sabeis, vais á aprenderlo: un gran predicador, dijo y si no lo dijo, deberia haberlo dicho: Los zelos arrastran á las mujeres á escudriñar en los cajones de las mesas y en los bolsillos de los calzones.... ¡Me comprendéis, Magdalena!

MAGD. Ese precepto por mas moral que sea, no habla conmigo, á mi no se me puede echar en cara esa falta.

D'ART. No importa; la moral nunca está de mas. Oídme, pues, mi querida Magdalena: Sí, como lo repetís á todas horas, vuestro deseo es hacer mi felicidad, por los clavos de Cristo os suplico que con ese buen deseo, no me hagais el mas infeliz de los mortales.

MAGD. Sin embargo, yo no comprendo.... no puedo responder....

D'ART. Ellas estaban aquí, en mi bolsillo, Magdalena.... precisamente aquí en este bolsillo.... ellas son tres cartas.... ¡me entendéis bien ahora! El bolsillo, por supuesto, no tiene ningun agujero.... nada.... no está roto, ni descosido.... y las tres cartas estaban atadas con una cinta azul.

MAGD. ¡Ah! ahora entiendo.... ¡Con una cinta azul! Eso es muy galante.

D'ART. ¡Magdalena mia! ya veis que yo estoy muy tranquilo, muy cariñoso y muy amable; ya veis que no tengo cerca de mí ni siquiera una varita. Hagamos, pues, las cosas de un modo galante y sin desentonarnos.... Confesad de liso en llano, que al sacudir mis raídos vestidos, se cayó el paquete de las cartas.... ¡Ah!.... ¡se cayó!.... ¡no es verdad! y que vos lo habeis alzado, con que vamos, devolvedmelo.

MAGD. Ya sabeis, señor d'Artagnan, que yo nunca sacudo los vestidos de mis locatarios.

D'ART. ¡Voto á una legion de demonios!... ¡Magdalena!.... yo no me incomodo, no, no, no.... yo no quiero incomodarne al menos.... pero si no parecen las cartas de

Athos, de Aramis y de Porthos.... la de Porthos sobre todo, yo degüello á cuantos hay en el hotel, y no dejo aquí titeres con cabeza; ¡Me entendéis!

MAGD. Sí, señor!.... pero no griteis de ese modo.

D'ART. Pronto, la carta de Porthos, ó ¡por Jesucristo vivo!....

MAGD. Calmaos, no vayan á creer las gentes que estamos disputando.... Oid, parece que sube alguno....

D'ART. [Escuchando.] ¡Válgame Dios!.... ese paso pesa trescientas libras.... [Suben torpemente.] Si yo fuera bastante estúpido para creer que la Providencia se ocupa de mí, diria sin vacilar que son los pasos de Porthos.... (Tocan.) ¡Eh! y si yo no supiera que mi digno amigo está allá en sus posesiones de yo no sé donde, y en su castillo de yo no sé qué, diria que ese golpe es del puño de Porthos.

MAGD. ¡Válgame Dios! Ese señor va á echar la puerta abajo.

PORT. [De fuera.] ¡Cómo es esto! ¡no se abre la puerta á un amigo!

D'ART. No hay duda, es la voz de Porthos! ¡Qué hermosa peripecia!

ESCENA V.

Dichos, PORTHOS y MOUSQUETON.

D'ART. ¡Es Porthos en cuerpo y alma!.... ¡Querido amigo!.... (Saltándole al cuello.)

PORT. El mismo, que viene, como veis con su fiel Mousqueton. ¡Con que me conocís teis!....

D'ART. Sí, al momento, y doy gracias á la casualidad....

PORT. ¡Cómo á la casualidad!

D'ART. Sí, porque yo no esperaba....

PORT. No, pero no es la casualidad la que me trae aquí, sino vuestra carta.

D'ART. ¡Mi carta!

PORT. Por supuesto; miradla. [Le da una carta.] Está dirigida á mí. "Al señor Duvalon de Bracioux, de Pierrefons.

D'ART. ¡Oh! sí, de Pierrefons! esto es; ahora me acuerdo, ese es el nombre del castillo.... Y sin embargo, no soy yo quien o ha escrito.

PORT. Poco á poco: eso no es posible. [Le leyendo.] "Procurad estar el 20 de Octubre del presente año de 1648, en la posada de la Chevette, calle de Tiqueton, en Paris, que allí vive vuestro amigo d'Artagnan, quien tendrá sumo placer en veros. "Esto ni mas ni menos, es lo que está aquí escrito al pie de la letra.

D'ART. No lo dudo; pero no lo he escrito yo, y es cuanto puedo decir.

MAGD. Puede que sea alguna carta que se ha caído de las casacas viejas del señor.

PORT. Bien puede ser. (*Viendo á Magdalena.*) Dispensadme, señora, si no tuve el honor de haberos visto antes para....

D'ART. Mi querido Porthos, os presento á la señora Magdalena Turquenne, que es la posadera mas hacendosa de Francia, y de Navarra; mujer que no permite jamas que se estravie ni un solo papel de sus locatarios; pero dejaremos esto por ahora; ya estais aquí, Porthos, y eso es lo que importa; lo demas se aclarará mas tarde. Mi querida señora Turquenne, el señor Porthos come hoy conmigo.

MAGD. Entonces se necesitarán otros dos sellos encarnados, y dos verdes; voy por ellos.

D'ART. Sí, andad.

ESCENA VI.

Dichos, menos MAGDALENA.

D'ART. Mientras, querido amigo, llega el refuerzo que ha ido á traernos Magdalena, saludemos á dúo estas dos botellas.

PORT. Con mucho gusto.

D'ART. ¡Voto al chapiro! amigo mio!.... ¡conque vos bueno!

PORT. Sí, la salud no es mala. [*Suspira.*]

D'ART. Siempre vigoroso, fuerte!

PORT. Eso sí, como nunca: figuraos que en mi castillo de Pierrefons, tengo una biblioteca.

D'ART. ¡De veras!.... segun eso estareis muy rico, mi querido Porthos, cuando gastais así el dinero en cosas inútiles.

PORT. Os diré: la tal biblioteca era como una parte integral del castillo, porque lo compré ya amueblado del todo, y....

D'ART. Sí, ¡pero qué tiene de comun esa biblioteca con vuestra fuerza!

PORT. Voy á explicároslo. En esta biblioteca hay un libro....

D'ART. ¡Cómo! en vuestra biblioteca no hay mas que un solo libro?

PORT. No es eso, hombre; esperad: Mousqueton, ¡cuántos libros hay en mi biblioteca!

MONS. Seis mil, monseñor.

PORT. Esto es: hay seis mil libros. (*Vuelve suspirar.*)

D'ART. Pues ya hay con que entretenerse.

PORT. Como digo; entre estos seis mil libros, hay uno muy interesante que trata nada menos que de los doce trabajos de Hércules, de las hazañas de Theseo y de los hechos gestas de Milon de Crotona. Y yo para traerme allá en mi retiro, ¡qué pensais que he hecho! He hecho todo lo que hacia Milon de Crotona.

D'ART. ¡Cómo! ¡habeis matado un buey de un puñetazo!

PORT. Por supuesto.

D'ART. ¡Y habeis andado con él á cuestras quinientos pasos!

PORT. Seiscientos.

D'ART. ¡Y lo habeis comido en un dia!

PORT. Casi; casi, no hay sino una cosa que yo no he podido hacer.

D'ART. ¡Cuál es!

PORT. Dice el libro aquel, que Milon se ataba una cuerda en derredor de la cabeza, y que luego, inflando sus músculos, la rompía.

D'ART. Eso quiere decir, que vuestra fuerza no está en la cabeza.

PORT. No, está aquí en los brazos.

D'ART. ¡Qué feliz sois, Porthos! rico, robusto, fuerte!

PORT. Sí, bastante feliz. [*Suspira.*]

D'ART. ¡Pero qué diablo teneis! si no he contado mal, van ya tres veces que suspirais, y con fuerza.

PORT. ¡Vos creis que yo!....

D'ART. Cualquiera diria que teneis algo que os atormenta.

PORT. ¡De veras!

D'ART. Tal vez cuidados de familia.

PORT. ¡Qué! si yo no tengo familia.

D'ART. Quizá no sois feliz en vuestro matrimonio con la señora Duvalon.

PORT. Si ya hace casi dos años que se ha muerto.

D'ART. ¡Ah! ¡se ha muerto!

PORT. Sí, ¡no es verdad Mousqueton!

MON. Hace cerca de dos años, si señor.

D'ART. Pues entonces, ¡qué diablo teneis! ¡por qué suspirais!

PORT. ¡Por qué! os lo diré con franqueza, me falta algo.

D'ART. ¡Y qué demonios os puede faltar! Vos teneis castillos, praderas, tierras de labranza, bosques y montañas. Vos sois rico, viudo y fuerte como Milon de Crotona, y no estais espuesto á que un dia os coman los leones.

PORT. Sí, es verdad que tengo todo eso, y todo no es bastante, porque yo soy ambicioso.

D'ART. ¡Ambicioso!

PORT. Sí, ¡y por qué no! Veo que todos tienen algun dictado, menos yo. Vos sois caballero, Aramis es caballero, Athos es conde, y....

D'ART. ¡Vos quisiérais ser baron?

PORT. ¡Ah!....

D'ART. (*Sacando el despacho.*) Alargad el brazo, Porthos.

PORT. ¡Y para qué!

D'ART. Alargadlo, os digo: mas todavía: ¡bueno!

PORT. Un pergamino con las armas de Francia!

D'ART. Leed.

PORT. Ordenanza real que concede al señor Duvalon, el titulo de baron.

D'ART. De baron, dice.

PORT. ¡Y qué importa que lo diga, si no está firmado!

D'ART. No se puede obtener todo á un

tiempo; primero el despacho, y mas tarde la firma.

PORT. ¡Y qué pasos hay que dar para conseguir la firma!

D'ART. Muy poca cosa, en verdad: abandonar vuestros castillos; volver á tomar nuestros arneses; correr tras las aventuras, y dejar, como en otro tiempo, unos trocitos de nuestras pieles, sembradas por esos caminos.

PORT. ¡Pues es una chilindrina! me proponéis nada menos que la guerra.

D'ART. ¡Habeis observado, amigo mio, nuestra marcha política?

PORT. ¡Yo! ¡y para qué!

D'ART. ¡Sois partidario de los príncipes, ó de Mazarin!

PORT. Yo seré partidario de quien me haga baron.

D'ART. ¡Famosa respuesta, amigo! ¡Y estais resuelto á seguirme!

PORT. Hasta el fin del mundo.

D'ART. Entonces id á vuestra posada, y vestios la piel de búfalo y la coraza.

PORT. Para esa operacion no necesito mas que diez minutos, con diez minutos estoy á la vela.

D'ART. ¡Teneis un buen caballo!

PORT. Tengo cuatro, ¡no es verdad, Mousqueton!

MON. Sí señor, cuatro: Bayared, Roland, Joyeuse y la Rochelle.

D'ART. En ese caso, no perdais tiempo, tal vez partamos hoy mismo.

PORT. ¡Bah!

D'ART. Sí, si cuando llegásteis, iba yo á buscaros.

PORT. ¡Pero si vos no sabiais!.... en fin; ¡y adónde vamos!

D'ART. No lo sé.

PORT. Pues si no lo sabeis, infaliblemente que nos perdemos en el camino.

D'ART. Tranquilizaos, que el señor de Mazarin nos dara un guia.

PORT. ¡Bueno! ¡y cuando volvamos me harán baron!

D'ART. Ya está dicho: id á equiparos.

PORT. ¡Vienes, Monston?

MON. Sí, señor baron.

PORT. [*Enterrecido.*] ¡Ah! ¡Mouston!.... acabas de pronunciar una palabra que no olvidaré nunca.

D'ART. (*Sorprendido, aparte.*) ¡Mouston! (*Vase Porthos.*)

ESCENA IX.

D'ARTAGNAN deteniendo á MOUSQUETON.

D'ART. Dime, mi querido Mousqueton, ¡por qué no me has dado parte de la desgracia que tuviste, perdiendo una sílaba de tu nombre! ¿Cómo te sobrevino ese accidente!

MON. Caballero, tan luego como ascen-

dí de lacayo á mayordomo de su señoría, he adoptado el nombre que llevo, por parecerme mas noble, y porque con él me hago respetar mas de mis subordinados.

D'ART. Comprendo; ¡tu amo y tú! teneis cada cual vuestra ambicion: él la de alargar su nombre, y tú la de acortarlo. Id con Dios, señor Mouston. [*Vase Mousqueton.*]

ESCENA VIII.

D'ARTAGNAN, solo.

Está visto, no es tan difícil como se cree el manejar á los hombres. Estudiad los intereses de cada cuál, lisonjead su amor propio, punzadles fuerte y dadles la mano, y ellos irán á donde vos quisiéreis. ¡He aquí á Porthos enganchado por cuenta del cardenal! Siempre sucede esto: en habiendo quien atice.... pero con él solo no basta, necesitamos de Athos y de Aramis ¡Oh! contaremos con ellos ¡Cómo han de faltarnos nuestros amigos! Es verdad que Athos ya estará un poco viejo: era el mayor de todos nosotros, y bebia de una manera horrosa: estará completamente embrutecido.... ¡Es pavoroso! una naturaleza tan privilegiada, una inteligencia tan sublime, un personaje tan elevado, un hombre que desparramaba el dinero como las nubes echan el hielo; que tiraba de la espada con un ademán verdaderamente regio.... pues bien, ese noble caballero de altivo mirar, ese hermoso guerrero tan apuesto y tan brillante que todos se admiraban de que tuviese una simple espada en la mano, en vez de un baston de mando, estará probablemente convertido en un miserable viejo, encorvado, con la nariz colorada y con los ojos llorosos, y.... ¡Oh! ¡qué cosa tan repugnante es el vino, (*Bebe.*) cuando es mala!

ESCENA VIII.

D'ARTAGNAN, MAGDALENA.

MAGD. El señor conde de la Fére.

D'ART. ¡Y quién es ese conde de la Fére!

MAGD. ¡Qué sé yo! un señor muy guapo.

D'ART. ¡Jóven!

MAGD. Como de treinta y cinco á cuarenta años.

D'ART. ¡De hermosa presencia!

MAGD. Tiene el aspecto de un rey.

ATHOS. (*Fuera.*) ¡Qué, no estais visible, querido d'Artagnan!

D'ART. ¡Qué oigo! Cualquiera diria que es su voz.... ¡pronto, Magdalena, hacedlo entrar!

ESCENA X.

Dichos, Athos.

D'ART. ¡Athos! ¡amigo mio!

ATHOS. ¡D'Artagnan, querido hijo!... ¡qué, no queráis ya volverme á ver! (Se abrazan.)

D'ART. No, amigo mio, no es eso, sino que por el nombre de la Fère, no os conocía.

ATHOS. Sí, he vuelto á tomar el título de mis antepasados; pero aunque he cambiado de apellido, no por eso he cambiado de corazón, ni vos tampoco, ¿no es así?

D'ART. Tan no es así, que hoy mismo pensaba en vos; justamente acabo de preguntar á Porthos, en dónde vivíais.

ATHOS. ¿Qué, ha llegado Porthos?

D'ART. Sí; ¡pues que ya sabíais que debía venir!

ATHOS. Continúa, decíais que preguntásteis á Porthos....

D'ART. Cierto que sí, deseaba volver á veros.

ATHOS. Con razón, amigo mio, hace tanto tiempo que no nos veíamos!

D'ART. Verdad es, Athos; pero, ¡y en qué estoy pensando, que aun no os he ofrecido nada! vaya, paladead ahora este vinillo de Borgoña, del cual vos y Grimaud habeis hecho tan gran consumo allá en la bodega del posadero de Beauvais; y á propósito.... ¿En dónde se halla el buen Grimaud? ¡Supongo que continúa siempre á vuestro servicio!

ATHOS. Sí; pero en este momento viaja.

D'ART. Vamos, bebed....

ATHOS. Gracias d'Artagnan, ya no bebo, á lo menos no bebo mas que agua.

D'ART. ¿Os chanceáis? ¡imposible! El mas intrépido vaciador de botellas entre los mosqueteros del señor de Treville, se ha convertido en bebedor de agua?

ATHOS. ¿Creéis que yo bebía como todo el mundo?

D'ART. No, de veras. Primeramente teníais una manera de romper los gollotes de las botellas, que os era absolutamente peculiar, propio. Luego que no bebíais como los demás. El ojo de todo bebedor, está siempre vivo y brillante, cuando acerca el vaso á sus labios, y el vuestro nada decia: No he visto nunca en ojo, silencio mas elocuente; parece que se le oía murmurar y decir: entra licor y arroja de mí todos mis pesares.

ATHOS. Y así era en efecto.

D'ART. ¡Y la causa de aquellos pesares, cuál?

ATHOS. Ya no existe, amigo mio.

D'ART. ¡Tanto peor!

ATHOS. ¡Tanto peor!

D'ART. Sí, porque si aun los teníais, pensaba proponeros una distracción.

ATHOS. ¡Y era!

D'ART. Que volviésemos á la vida pasada. Vaya, Athos, decidme francamente: ¿si con-

tárais con algunas ventajas reales, no os agradaría renovar ahora en mi compañía y en la de nuestro amigo Porthos, las proezas de nuestra juventud?

ATHOS. Esa es una proposición que me haceis....

D'ART. Clara y franca.

ATHOS. ¡Para entrar en campaña!

D'ART. Sí.

ATHOS. ¿A favor de quién? ¿ó contra quién?

D'ART. ¡Hola! ¡y qué exigente sois!

ATHOS. Y sobre todo, preciso. Oidme, d'

Artagnan: no hay mas que una sola causa á la cual un hombre como yo, pueda prestar sus servicios, y está causa es la del rey.

D'ART. Precisamente de eso se trata.

ATHOS. Sí; pero entendámonos. Si por la causa del rey entendéis la del señor Mazarín, ya hemos dejado de entendernos.

D'ART. ¡Malo! ¡esto empieza á embrollarse!

ATHOS. Conozco, d'Artagnan, que no nos dirigimos á un mismo fin. Esa vacilación y esos ambages me dicen claramente de qué parte venís. Verdad es que esa causa no se puede proclamar en alta voz y sin embarazo; y cuando se recluta para ella, se hace con las orejas gachas y la voz un poco embargada.

D'ART. ¡Oh! ¡mi querido Athos!

ATHOS. ¡Ah! ¡mi querido d'Artagnan! Bien sabéis que no lo digo por vos que sois la perla de los valientes, y el tipo de los hombres leales y arrojados. Yo quiero hablar de ese italiano mezquino é intrigante, de ese marmiton que intentó adornar su cabeza con una corona que ha robado del palacio de la reina; hablo de ese cargador que llama á su partido el partido del rey, y que hace prender á los príncipes de la sangre, no atreviéndose á matarlos como hacia el gran Richelieu. Hablo de ese avaro que pesa sus escudos de oro, y guarda las limaduras de miedo, aunque él juega como fullero, de perderlas al día siguiente con su mismo juego. Hablo de ese bribon, en fin, que maltrata á la reina, según se asegura, y que de aquí á seis semanas, entablará la guerra civil para conservar sus pensiones. Si este es el amo que me proponéis, d'Artagnan, muchas gracias.

D'ART. Vos habláis alto, amigo mio, y con bastante desembarazo, porque según parece, sois feliz en vuestra dorada mediocridad. Porthos tiene quizás cincuenta ó sesenta mil libras de renta; Aramis debe tener á lo menos quince duquesas que se disputan entre sí, al Aramis de Noisy le Sec, como se disputaban en otro tiempo el Aramis mosquetero. Es todavía un hijo mimado de la suerte; pero yo, ¿qué es lo que hago en este mundo? Veinte años ha que llevo mi coraza y mi piel de búfalo pegada á este grado insignificante, sin avanzar y sin retroceder, y sin vivir; en una palabra, estoy muerto; y cuando intento resucitar un poco, cuando aspiro á salir de teniente á capitán, venís á decirme: "ese hombre es un cargador, un motilon, un amo

infame, y.... ¡Voto á bríos! querido amigo que yo lo sé tambien como vos"—y así, os proporcionadme otro mejor que él, ó fundadme rentas.

ATHOS. Ya Aramis y yo lo habíamos pensado, y por eso mismo he escrito á Porthos y á Aramis que se hallasen hoy aquí, en vuestra casa.

D'ART. ¡Ah! ahora comprendo esta coincidencia.

ATHOS. ¿No los habeis visto ya?

D'ART. A Porthos sí, á Aramis no.

ATHOS. Es muy extraño, porque Aramis es el que vive mas cerca. Desde su convento de Noisy le Sec á Paris, no hay sino tres ó cuatro leguas.

D'ART. ¿Qué quereis!—Aramis habrá tenido que cumplir alguna penitencia—y luego, con una vocación como la suya, no se abandona tan facilmente el convento.

ATHOS. Os engañais; Aramis ha vuelto á ser mosquetero, y es ahora mas mosquetero que nunca. Bebe, alza fuerte la voz, cuando bebe; compromete á las mujeres; se bate una vez todos los meses y se hace llamar el caballero d'Herblay. Y en verdad que ya tarda: apostaría que se ha ido tras de algun guarda piés que lo habrá estraviado en la calle de Tiquetonne.

ESCENA XI.

Dichos, ARAMIS.

ARAMIS. ¡Ay! amigos míos, que aventura! ¡Adorable!... Salud conde, salud d'Artagnan.

D'ART. ¿Querido Aramis vos aquí?

ARAMIS. En persona. Imaginaos una mujer encantadora que yo encontré en una iglesia....

D'ART. ¿Y qué, habeis seguido?...

ARAMIS. Hasta su litera.

D'ART. ¿Y desde su litera?

ARAMIS. Hasta las puertas de un magnífico palacio. Es una seductora criatura que me ha recordado á la pobre María Michon.

D'ART. ¡Calaveron!

ATHOS. Ya lo veis, siempre el mismo.

ARAMIS. Menos lo hipócrita.... porque antes, os lo confieso, amigos míos, era yo un hipócrita redomado.

ESCENA XII.

Dichos. PORTHOS VESTIDO DE GUERRERO.

PORTHOS. Y de veras, es cierto.

ARAMIS. Hola, Porthos, ¡tambien por acá!

PORTHOS. Vamos, no hay remedio, esta es una sorpresa!

D'ART. Sí, mi querido Porthos, es tal cual lo decís, una sorpresa, y de las mas agradables, preparada por Athos.

PORTHOS. [Abrazando á Aramis con entusiasmo.] Dejad, mi querido Aramis, que os estreche contra mi corazón.

ARAMIS. [Ahogado.] Decid mas bien, contra vuestra coraza, porque me sofocais.

ATHOS. (Dando la mano á Porthos.) Decidme, querido Duvallon, ¿estáis de marcha para la Tierra Santa?

PORTHOS. A fé mia, que no lo sé; lo único que os puedo decir, es que parto.

D'ART. ¡Silencio! que estos no son de los nuestros.

PORTHOS. ¡Bah! ¡bah!

ARAMIS. [Bajo á Athos.] ¡Le habeis hablado de los príncipes y del viaje de Winter á Paris?

ATHOS. [Bajo.] Seria inútil porque son del bando de Mazarini.

ARAMIS. [Bajo.] No importa, bien podremos maniobrar sin ellos.

PORTHOS. (Bajo á d'Artagnan.) Y entonces, ¿cómo haremos?

D'ART. (Id.) No temais, no nos harán falta.

MAGDALENA [que durante este tiempo ha puesto la mesa.]

Caballeros, la mesa está lista.

D'ART. En ese caso, aprovechémonos de lo que el cielo envía, esta es la verdadera sabiduría. ¡No es así Aramis! ¡A la mesa, caballeros, á la mesa!

PORTHOS. Tan es así, que ya yo me muero de hambre.

ATHOS. [Sentándose.] ¿Qué servilleta es esta?

D'ART. ¿No la reconocéis, Athos?

ARAMIS. Sí, hombre, la del baluarte de San Gervasio.

PORTHOS. Aquella, en la cual el otro cardenal hizo bordar las armas de Francia, sobre los agujeros que le habían hecho tres balas.

ATHOS. ¡Y por qué, amigos míos, se me distingue á mí con esta servilleta!

D'ART. Porque vos sois siempre el mas grande, el mas noble y el mas valiente de nosotros.

ATHOS. Entonces, caballeros, juremos por esta bandera, la única que debemos seguir en medio de las discordias civiles, que probablemente van á brotar, y que tal vez nos separarán, juremos, repito, que seremos los unos para los otros, siempre buenos segundos en los duelos, verdaderos amigos en los negocios graves, y alegres compañeros en las orgías y en la mesa.

D'ART. Con mucho gusto.

ATHOS. Y si el destino hiciere que nos hallásemos en dos campos contrarios, cuando nos encontremos en medio de la refriega, á esta sola palabra: "Mosquetero," pasemos nuestras espadas á la mano izquierda, y ten-

dámonos la derecha, aun en medio del estrago y de la carnicería.

ARAM. Sí, ¡voto á sanes!

PORT. Sí, bravo Athos, eso está muy bien dicho; habláis siempre con mucha elocuencia; pero esta vez me habeis enternecido de tal modo, que casi casi estoy para llorar. Mi palabra de honor que se me han humedecido los ojos.

ATHOS. [Con un aire sombrío.] ¡Y á mas del pacto de la amistad, no nos liga tambien, no ecsiste todavía otro entre nosotros? ¡El de la sangre....

D'ART. ¿Queréis hablar de Milady?

ATHOS. En eso estábais pensando, ¿no es verdad, d'Artagnan?

D'ART. Athos, vuestra mirada es terrible, y grande vuestra penetración. Sí, en eso pensaba, y ahora me atrevo á preguntároslo, caballeros. Cuando alguna vez recordais aquella pavorosa noche de Armentiers; cuando se os representa en medio de las sombras, aquel hombre embozado en una capa encarnada, cuyo hombre era el verdugo; cuando se os ofrece á la imaginación aquella ejecución nocturna; cuando recordais aquel río que parecía arrastrar en su cauce arroyos de sangre; cuando oís, en fin, aquella voz que gritaba en medio de la oscuridad de la noche: ¡Dejad pasar á la justicia de Dios! ¿no habeis experimentado de vez en cuando unos movimientos de terror que se asemejaban....

ATHOS. ¡Al remordimiento, no es verdad? yo he querido concluir el pensamiento. Y qué, d'Artagnan ¿de veras teneis remordimientos?

D'ART. No, no tengo remordimientos, porque sé muy bien que si la hubiéramos dejado viva, sin duda alguna que ella habria continuado su obra de destruccion; pero sí, lo que siempre me ha sorprendido, amigo mio.... ¿Queréis que os lo diga?

ATHOS. Sí.

D'ART. Es que siendo vos el único entre nosotros, á quien aquella mujer nada habia hecho, y siendo vos el solo á quien de ninguna manera habia ofendido, hayais sido vos, Athos, vos que sois tan bueno, el que se encargó de prepararlo todo; el que fué á buscar al verdugo, el que nos condujo á la choza, y en fin, el que como enviado de la justicia divina, ha pronunciado el juicio sobre ella; y lo que es mas y mas sorprendente, que cuando yo mismo, temblando de horror, con la voz balbuciente y los ojos bañados en lágrimas, estaba ya pronto á perdonar, fuérais vos el que dijo: hiérela.

ATHOS. ¿Conque eso os ha sorprendido, eh?

D'ART. Os lo confieso, sí; y si vos mismo no hubiérais provocado esta conversacion, yo guardaria el mas profundo silencio; pero así lo quisisteis, y entonces yo he dicho lo que pensaba. Dispensadme, Athos, si es que esto puede lastimaros de alguna manera.

ATHOS. ¡Amigos míos! Permitidme, ami-

gos míos, que os refiera un episodio de mi vida, el que hasta ahora no he revelado á nadie, y él tal vez os explicará todo lo que....

ARA. Con mucho gusto, decid.

ATHOS. No necesito recomendaros la discrecion: luego que sepais lo que voy á decir, es muy probable que la anécdota os parezca bastante terrible, no solo para olvidarla, sino tambien para sepultarla en lo mas recóndito de vuestro corazón.

D'ART. Ya os escuchamos.

ATHOS. Oid, pues: tenia yo 25 años, era conde y era el primero de mi provincia en la cual mis antepasados habian reinado casi como reyes. Tenia ademas una fortuna de príncipe, y todos los sueños de amor, de felicidad y de gloria que se tienen á los 25 años. Era libre tambien, y podia disponer de mi persona, de mi nombre y de mi fortuna á mi antojo. Un dia por acaso me encontré en una de mis aldeas con una jovencita de 16 años, bella como los amores y como los ángeles á la vez. En medio de la sencillez de su edad, se le advertia un espíritu ardiente, no un espíritu de mujer, sino de poeta; en fin, ella no solo agradaba, sino que embriagaba. Vivía con un hermano suyo, jóven melancólico y sombrío: seis meses hacia que estaban ambos en el país, y nadie sabia de dónde habian venido; pero al verlos, á ella tan linda y á él tan piadoso, á ninguno se le ocurrió jamas el preguntarles de dónde venian. Como yo era el señor del país, fácil me hubiera sido seducirla ó robármela; pero desgraciadamente yo era honrado, y me casé con ella.

D'ART. ¡Cómo! ¿vos la amábais?

ATHOS. Esperad. Me la llevé á mi castillo é hice de ella la primera señora de la provincia; y eso sí, es necesario hacerle justicia, desempeñaba su papel á las mil maravillas.

D'ART. ¿Y bien?

ATHOS. ¡Y bien!... Corrimos un dia ciervos, y el caballo que ella montaba se espantó con la sombra de un poste; dió una corbata, cayó el jinete y quedó privada. Estábamos solos, me lancé á socorrerla, y como el vestido la ahogaba, lo rasgué con mi puñal. Adivinad ahora, d'Artagnan, lo que tenia ella en la espalda; una flor de lis, estaba marcada.

D'ART. ¿Qué horror! ¿qué decís, Athos?

ATHOS. ¡La pura verdad, amigo mio! El ángel era un demonio. La bella y sencilla jóven habia robado los vasos sagrados de una Iglesia, en compañía de su pretendido hermano, que era nada menos que su amante. Yo supé despues todo esto, porque el hermano habia sido preso y condenado.

D'ART. ¿Y qué es lo que quisisteis de ella?

ATHOS. ¿Qué hice de ella? Ya os he dicho, d'Artagnan, que yo era un gran señor, y como tal, tenia en mis dominios el derecho de ahorcar ó perdonar. Por consiguiente lo que hice fué, primero, acabar de hacer pedacear los vestidos de la condesa, luego co-

gi una cuerda y despues la colgué en un arbol.

D'ART. ¡Un asesinato!

ATHOS. Desgraciadamente no, porque mientras yo me alejaba al galope de aquel lugar fatal, y de aquel país maldito, parece que llegó alguno al lugar de la ejecucion y le salvó la vida. Dejó entonces la Francia y se fué á Inglaterra, en donde se casó con un lord, de quien tuvo un hijo. Despues murió el duque, su marido, volvió á Francia y se puso bajo la bandera de Richelieu; corrió en un baile los herretes de la reina, é hizo que Felton asesinará á Buckingham, y.... perdonadme, querido d'Artagnan, si vuelvo á abrir la herida en vuestro corazón, y por último, envenené en el convento de las Agustinas de Bethune, á aquella mujer que vos adorábais, á la encantadora Constanza Bonacieux.

D'ART. ¿Conque era la misma!...

ATHOS. La misma. Cuantos males habiamos sufrido, todos nos los habia causado ella. La primera vez se me escapó para cometer tres asesinatos; pero la segunda, yo juré que no se me escaparía y que ya habia terminado la carrera de sus maldades. ¡Hé aquí el por qué fui á buscar al verdugo de Bethune; ¡hé aquí el por qué conduje á todos tres á la choza en que ella estaba oculta! ¡hé aquí el por qué, cuando dudábais, vos, Porthos, cuando vos temblábais, Aramis, y cuando vos d'Artagnan llorábais, dije yo al verdugo: hiere.

D'ART. Ahora lo comprendo todo.

PORT. Y yo tambien.

ARAM. ¡Vaya! era una mujer infame, con eso está todo dicho; no pensemos mas en ella.

D'ART. Felizmente que de todo lo pasado no queda ni una sola huella.

ATHOS. Ella tenia un hijo del hermano de ese conde de Winter, que nosotros conocemos.

D'ART. Lo sé, porque recuerdo que dijisteis cuando murió: "Ni siquiera se ha acordado de su hijo."

ARAM. ¿Y quién sabe qué habrá sido de él! Ya se ve: muerta la culcra, se mueren los gurrípatos. ¡Creeis vos, que de Winter, nuestro compañero, aquel que nos guió para la ejecución completa del acto de justicia, se haya entretenido en recoger al hijo? Y aun cuando el tal hijo ecsista, lo que era entonces, estaba en Inglaterra y apenas conoceria á su madre. Por otra parte, todo se hizo en medio de la noche, y con el mayor silencio. A cada uno de nosotros nos interesaba guardar el secreto, y se ha guardado; y así es que, aunque viva, nada sabe, ni nada puede saber. [Se sienta.]

PORT. ¿Qué ha de vivir!... El diablo me lleve, si ese niño no ha muerto. ¡Hay tanta neblina en aquella maldita Inglaterra! En fin, comamos.

MAGD. [Entrando.] El enviado de su Eminencia....

ATHOS. ¿Qué es lo que hay?

15—TEATRO.

D'ART. Nada.

ARAM. Si es una mujer, amigo mio, os dejamos.

D'ART. No caballeros, es un hombre.

PORT. Pues si es un hombre, que entre y que se siente á la mesa.

D'ART. No, porque probablemente no seria una agradable compañía.... para Athos y para Aramis. Es un enviado de Mazarin, otro galope como él; solo tiene que decirme una palabra: retiraos hácia allí si gustais, y no os incomodeis porque hablemos en voz baja.

POST. Nada temais; pero despachadlo pronto. ¡Qué diablo! ya me parece que es hora de que almorcemos. (Los tres amigos se retiran á un rincón.)

D'ART. Decidle que entre, señora Turquoise.

ESCENA III.

DICHOS, Y MORDAUNT, VESTIDO DE PURITANO

(Mag. sola puede oír lo que dicen D'Artagnan y el enviado de Mazarin.)

MORD. El caballero d'Artagnan?

D'ART. Yo soy, para que me mandeis.

MORD. ¡El teniente de mosqueteros de S. M., de la compañía de Treville!

D'ART. El mismo.

MORD. ¿Esperábais algo, caballero?

D'ART. Sí, un mensaje de su Eminencia que debia enviarme con una persona de confianza.

MORD. (Dándole una carta.) El mensaje es este y yo el mensajero.

D'ART. (Leyendo.) Haced lo que os diga el portador, y respecto del despacho que os entregará, no lo abrais sino en alta mar.

MAGD. Lo of bien! en alta mar: es decir, que me quedo otra vez viuda.

MORD. ¿Habeis leído?

D'ART. Sí.

MORD. ¿Estais pronto á obedecer las órdenes que su Eminencia os transmite por mi voz?

D'ART. ¿Qué duda tiene, si estoy á su servicio!

MORD. Entonces preparad vuestro equipaje de campaña, y encontraos el jueves próximo á las ocho de la noche con solo los amigos que habeis prometido, al señor cardenal, de atraer á su partido, en el dique de Bolonia.

MAGD. ¡En el dique de Bolonia!... pues parece que se va á Inglaterra.

D'ART. ¡Conque el jueves, decís! Hoy es sábado, es decir, dentro de cinco dias; perfectamente, será puntual.

MORD. No lo olvidéis, el jueves á las ocho de la noche, en Bolonia. Y tened presente que si no llegáseis en ese dia y á la hora dicha, yo no os esperaré ni un solo minuto mas.

D'ART. No os molesteis en recomendar la exactitud á un soldado.
MORD. Adios, caballero.
D'ART. Hasta la vista. (*Vase Mordaunt saludando ligeramente á los tres amigos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, menos MORDAUNT.

MAGD. Ahora me toca á mí.
D'ART. ¡Cómo! ¿Nos escuchais?
MAGD. ¡Pues ya se vé!— parece que os vais de Francia.
D'ART. Es muy probable, señora Turquenne.
MAGD. ¡Y qué vais á Inglaterra!
D'ART. Es muy posible, querida amiga,
MAGD. Pues entonces voy á aprovecharme de esta coyuntura para hacer os una recomendacion.
D'ART. ¡Una recomendacion!
MAGD. Sí; que no olvideis que mi hermana tiene la posada de la Cuerna del Ciervo, allá en Londres, en la plaza del Parlamento; si fuérais allá....
D'ART. Seré su parroquiano.
MAGD. ¡De veras!
D'ART. Ya está dicho.
MAGD. Gracias.
PORT. ¡Si almorzaremos hoy!
D'ART. No os impacientéis, aquí estoy ya.
ATHOS. Cuando yo os decia d'Artagnan, que Mazarín era un canalla!
D'ART. ¡Y por qué?
ATHOS. Porque en realidad no son otra cosa sus enviados. El bribon ese, ¡ve aquí á tres caballeros reunidos, y á los tres les dirige un saludo tan mezquino, que apenas bastaria para uno solo!
D'ART. Es preciso disculparlo, porque me parece un puritano.
ATHOS. ¡Viene de Inglaterra?
D'ART. Sospecho que sí.
ATHOS. Entonces será algun enviado de Cromwell.
D'ART. Tal vez.
ATHOS. Sea lo que fuere el tal enviado, lo que es á mí, no me peta ni poco ni mucho.
PORT. Ni á mí.
ARAM. Ni a mí tampoco.
ATHOS. ¡Y cómo se llama ese caballero?
D'ART. No sé.
PORT. Caballeros, almorcemos.

ESCENA XV.

DICHOS, GRIMAUD.

GRIM. [*Fuera.*] En el quinto piso, ¿no es verdad? puerta izquierda.

MAGD. Sí.
GRIM. [*Fuera.*] Bueno!
D'ART. Quinto piso, puerta izquierda, es aquí
ATHOS. Es la voz de Grimaud.
D'ART. Pues qué, ya habla!
ARAM. Sí, cuando las circunstancias son apremiantes. *Grimaud entra precipitadamente.*
ATHOS. Caballeros, alguna novedad hay....
Grimaud, de qué proviene esa palidez, esa agitacion!
GRIM. Caballeros, Milady de Winter tenia un niño; el niño ya es hombre; la tigre tenia un cachorro; el tigre ha salido de la madriguera, estad alerta que viene á buscaros.
D'ART. Qué quieres decir?
ATHOS. Qué estás diciendo?
GRIM. Digo, señor conde, que el hijo de Milady ha salido de Inglaterra, y está en Francia y que viene á Paris, si no es que ya está aquí
ARAM. Pero sabes tú de cierto....
PORT. Sépalo ó no, ¡qué nos importa que venga ó no venga á Paris!.... que venga, ¡vienen tantos!—
D'ART. Y por otra parte, es un niño.
GRIM. ¡Un niño! Caballeros! ¿sabeis lo que ha hecho ese niño disfrazado de fraile?... Por el verdugo de Bethune supo toda la historia de su madre, y despues de haberlo confesado, por vía de absolucion, le plantó en medio del corazon este puñal que veis aquí. Miradlo, está todavía húmedo y rojo.
ARAM. ¿Y tú lo has visto?
GRIM. Sí.
D'ART. ¿Sabes cómo se llama?
GRIM. No señor.
ATHOS. Yo si lo sé: se llama el vengador.

CUADRO II.

Un salon en casa de Lord de Winter en la plaza real.

ESCENA I.

D'WINTER, ATHOS.

D'WINT. ¿Qué es lo que me decís, conde?
ATHOS. Os digo que Grimaud llegó allí cuando el otro espiraba, y él mismo nos presentó el puñal humeando sangre todavía.
D'WINT. ¿Entonces lo sabe todo?
ATHOS. Todo, menos nuestros nombres.
D'WINT. Pero; ¿cómo y por qué habrá salido ese hombre de Inglaterra?
ATHOS. ¡Allá estaba!
D'WINT. Ciertamente.
ATHOS. ¡Y qué hacia allí?
D'WINT. Es uno de los partidarios mas acérrimos de Oliverio Cromwell.

ATHOS. ¡Y cómo es que se ha adherido á esa causa? Sus padres creo que eran católicos.

D'WINT. Sí; pero el rey, á pedimento mio, lo declaró bastardo; lo ha despojado de sus bienes, y le ha prohibido llevar el nombre de Winter; con esto, su odio hácia Carlos I lo ha arrojado en las filas de Cromwell.

ATHOS. ¡Y ahora cómo se llama?

D'WINT. Mordaunt.

ATHOS. ¡Perfectamente! no se me olvidará. Parece que la Providencia misma nos ha prevenido: ¡estemos, pues, alerta! Pero vengamos, milord, al negocio que os trae á Paris.

D'WINT. Decidme ante todas cosas, ¿Por- thos y Aramis son siempre vuestros amigos?

ATHOS. Y agregad á esos, Milord, d'Artagnan. Los cuatro somos siempre, como éramos en otro tiempo, cuatro amigos íntimos, decididos á protegernos recíprocamente; pero cuando se trata de alguna cuestion política, no somos mas que dos de cada bando, y al mio pertenece Aramis.

D'WINT. Ese solo rasgo os retrata cual sois. Habeis abrazado la causa de los príncipes, la gran causa, la única causa, la sola que pudiera convenir á vuestro carácter noble y generoso. Y no quiero ocultaros que en esa confianza he venido yo á Francia.

ATHOS. Es decir, que al emprender este viaje, contabais con nosotros.

D'WINT. Sin duda, conde: necesito de ambos. ¡Y el señor de Aramis está ya advertido!....

ATHOS. Justamente, vedlo ahí.

ESCENA II.

DICHOS, ARAMIS.

D'WINT. Caballero, llegais muy á propósito: iba precisamente á suplicar al señor conde, me permitiese presentar tan íntimos amigos á la reina de Inglaterra.

ARAM. ¡A la reina de Inglaterra!

ATHOS. ¡A madama Enriqueta de Francia! Dispensadme, milord: yo no tengo el honor de conocer á S. M., sino por sus desgracias en Inglaterra, y aquí por su destierro.

D'WINT. Nada supone eso; yo os conozco, y ademas, le he ofrecido esta mañana que os presentaria.

ATHOS. ¡En el Louvre!

D'WINT. No, en las Carmelitas. ¿Por fin, estais dispuestos, caballeros?

ATHOS. Milord, cuando gustéis.

ESCENA III.

DICHOS, TOMY Y DESPUES PARRY.

D'WINT. ¿Qué hay, Tomy?

TOM. El ayuda de cámara de S. M. la reina de Inglaterra, desea poner en manos de vuestra señoría una carta de su augusta ama.

D'WINT. Entrad, Parry.... ¿cómo está S. M?

PAR. La salud, buena, milord; pero el corazon muy triste.

D'WINT. ¿Traeis algo para mí?

PAR. Esta carta, milord.

D'WINT. (*Rompe el sello y lee.*) "Mucho temo, milord, que si venís á verme al Louvre ó á las Carmelitas, alguien os siga ó que se nos atisbe; preferiria, pues, ir yo en persona á vuestra casa: cuanto mas contrario sea á las habitudes reales el paso que yo diere, menos podrá despertar sospechas; y por consiguiente, probable es que no sea espiado: en vez de venir á verme, esperadme en vuestra casa, donde llegaré casi al mismo tiempo que mi mensajero. Vuestra adicta, Enriqueta."
Muy bien! Parry, espero á vuestra ama.

TOM. ¿Me permitirá milord una palabra?

D'WINT. ¿Qué hay?

TOM. Acabo de preguntar al señor Parry por aquel hombre que nos siguió hasta aquí esta mañana.

D'WINT. ¿Y bien?

TOM. Dice que está todavía en la esquina de la calle, porque lo ha visto, y lo ha conocido por las señas que le han dado.

D'WINT. ¡Y tal vez no sabeis quién es ese hombre!

TOM. No señor, cuando yo lo ví, me volví la espalda, y como no he vuelto á salir, milord....

D'WINT. Basta, idos: ya tomaré yo mis precauciones: gracias, Parry.

ATHOS. ¿Quizás esa carta desconcierta los proyectos de milord?

D'WINT. No, conde.

ATHOS. Me pareció que os molestaba su contenido.

D'WINT. No, me sorprendió un poco, por el mucho honor que me anuncia.

PAR. [*Abriendo la puerta.*] Milord!....

D'WINT. ¿Estaria ya ahí la persona que me ha hecho el honor de escribirme!

PAR. Justamente su litera llega á la puerta en este instante.

D'WINT. ¡Id á recibirla, Parry, pronto!

ARA. ¿Es una mujer?

D'WINT. No, es una reina.

ATHOS. ¿S. M. madama Enriqueta!

D'WINT. Caballeros, sí.

ATHOS. Entonces, milord, nos retiramos.

D'WINT. (*Levantando una tapiceria.*) Todo lo contrario.... Os suplico que entreis aquí, y oigais lo que S. M. y yo vamos á hablar. Libres sois para presentaros luego, ó para permanecer ocultos. Si os presentárais, es que aceptais, y si os quedais ocultos, que rehusais.

ARAM. Pero, milord, no comprendemos....

D'WINT. Entrad, entrad, y mas tarde lo comprendereis. [*Entran, D'Winter deja caer la tapiceria.*]

D'ART. No os molesteis en recomendar la exactitud á un soldado.
MORD. Adios, caballero.
D'ART. Hasta la vista. (*Vase Mordaunt saludando ligeramente á los tres amigos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, menos MORDAUNT.

MAGD. Ahora me toca á mí.
D'ART. ¿Cómo! ¿Nos escuchais?
MAGD. ¿Pues ya se vé!— parece que os vais de Francia.
D'ART. Es muy probable, señora Turquenne.
MAGD. ¿Y qué vais á Inglaterra?
D'ART. Es muy posible, querida amiga,
MAGD. Pues entonces voy á aprovecharme de esta coyuntura para hacer os una recomendacion.
D'ART. ¿Una recomendacion?
MAGD. Sí; que no olvideis que mi hermana tiene la posada de la Cuerna del Ciervo, allá en Londres, en la plaza del Parlamento; si fuérais allá....
D'ART. Seré su parroquiano.
MAGD. ¿De veras?
D'ART. Ya está dicho.
MAGD. Gracias.
PORT. ¿Si almorzaremos hoy?
D'ART. No os impacientéis, aquí estoy ya.
ATHOS. Cuando yo os decia d'Artagnan, que Mazarín era un canalla!
D'ART. ¿Y por qué?
ATHOS. Porque en realidad no son otra cosa sus enviados. El bribon ese, ¡ve aquí á tres caballeros reunidos, y á los tres les dirige un saludo tan mezquino, que apenas bastaria para uno solo!
D'ART. Es preciso disculparlo, porque me parece un puritano.
ATHOS. ¿Viene de Inglaterra?
D'ART. Sospecho que sí.
ATHOS. Entonces será algun enviado de Cromwell.
D'ART. Tal vez.
ATHOS. Sea lo que fuere el tal enviado, lo que es á mí, no me peta ni poco ni mucho.
PORT. Ni á mí.
ARAM. Ni a mí tampoco.
ATHOS. ¿Y cómo se llama ese caballero?
D'ART. No sé.
PORT. Caballeros, almorcemos.

ESCENA XV.

DICHOS, GRIMAUD.

GRIM. [*Fuera.*] En el quinto piso, ¿no es verdad? puerta izquierda.

MAGD. Sí.

GRIM. [*Fuera.*] Bueno!

D'ART. Quinto piso, puerta izquierda, es aquí

ATHOS. Es la voz de Grimaud.

D'ART. Pues qué, ya habla!

ARAM. Sí, cuando las circunstancias son apremiantes. *Grimaud entra precipitadamente.*ATHOS. Caballeros, alguna novedad hay....
Grimaud, de qué proviene esa palidez, esa agitacion!

GRIM. Caballeros, Milady de Winter tenia un niño; el niño ya es hombre; la tigre tenia un cachorro; el tigre ha salido de la madriguera, estad alerta que viene á buscaros.

D'ART. Qué quieres decir?

ATHOS. Qué estás diciendo?

GRIM. Digo, señor conde, que el hijo de Milady ha salido de Inglaterra, y está en Francia y que viene á Paris, si no es que ya está aquí

ARAM. Pero sabes tú de cierto....

PORT. Sépalo ó no, ¡qué nos importa que venga ó no venga á Paris!.... que venga, ¡vienen tantos!—

D'ART. Y por otra parte, es un niño.

GRIM. ¡Un niño! Caballeros! ¿sabeis lo que ha hecho ese niño disfrazado de fraile?... Por el verdugo de Bethune supo toda la historia de su madre, y despues de haberlo confesado, por vía de absolucion, le plantó en medio del corazon este puñal que veis aquí. Miradlo, está todavía húmedo y rojo.

ARAM. ¿Y tú lo has visto?

GRIM. Sí.

D'ART. ¿Sabes cómo se llama?

GRIM. No señor.

ATHOS. Yo si lo sé; se llama el vengador.

CUADRO II.

Un salon en casa de Lord de Winter en la plaza real.

ESCENA I.

D'WINTER, ATHOS.

D'WINT. ¿Qué es lo que me decís, conde?
ATHOS. Os digo que Grimaud llegó allí cuando el otro espiraba, y él mismo nos presentó el puñal humeando sangre todavía.

D'WINT. ¿Entonces lo sabe todo?

ATHOS. Todo, menos nuestros nombres.

D'WINT. Pero; ¿cómo y por qué habrá salido ese hombre de Inglaterra?

ATHOS. ¡Allá estaba!

D'WINT. Ciertamente.

ATHOS. ¿Y qué hacia allí?

D'WINT. Es uno de los partidarios mas acérrimos de Oliverio Cromwell.

ATHOS. ¿Y cómo es que se ha adherido á esa causa? Sus padres creo que eran católicos.

D'WINT. Sí; pero el rey, á pedimento mio, lo declaró bastardo; lo ha despojado de sus bienes, y le ha prohibido llevar el nombre de Winter; con esto, su odio hácia Carlos I lo ha arrojado en las filas de Cromwell.

ATHOS. ¿Y ahora cómo se llama?

D'WINT. Mordaunt.

ATHOS. ¡Perfectamente! no se me olvidará. Parece que la Providencia misma nos ha prevenido; ¡estemos, pues, alerta! Pero vengamos, milord, al negocio que os trae á Paris.

D'WINT. Decidme ante todas cosas, ¿Por-
thos y Aramis son siempre vuestros amigos?

ATHOS. Y agregad á esos, Milord, d'Artagnan. Los cuatro somos siempre, como éramos en otro tiempo, cuatro amigos íntimos, decididos á protegernos recíprocamente; pero cuando se trata de alguna cuestion politica, no somos mas que dos de cada bando, y al mio pertenece Aramis.

D'WINT. Ese solo rasgo os retrata cual sois. Habeis abrazado la causa de los príncipes, la gran causa, la única causa, la sola que pudiera convenir á vuestro carácter noble y generoso. Y no quiero ocultaros que en esa confianza he venido yo á Francia.

ATHOS. Es decir, que al emprender este viaje, contabais con nosotros.

D'WINT. Sin duda, conde: necesito de ambos. ¿Y el señor de Aramis está ya advertido?....

ATHOS. Justamente, vedlo ahí.

ESCENA II.

DICHOS, ARAMIS.

D'WINT. Caballero, llegais muy á propósito: iba precisamente á suplicar al señor conde, me permitiese presentar tan íntimos amigos á la reina de Inglaterra.

ARAM. ¡A la reina de Inglaterra!

ATHOS. ¿A madama Enriqueta de Francia? Dispensadme, milord: yo no tengo el honor de conocer á S. M., sino por sus desgracias en Inglaterra, y aquí por su destierro.

D'WINT. Nada supone eso; yo os conozco, y ademas, le he ofrecido esta mañana que os presentaria.

ATHOS. ¿En el Louvre?

D'WINT. No, en las Carmelitas. ¿Por fin, estais dispuestos, caballeros?

ATHOS. Milord, cuando gustéis.

ESCENA III.

DICHOS, TOMY Y DESPUES PARRY.

D'WINT. ¿Qué hay, Tomy?

TOM. El ayuda de cámara de S. M. la reina de Inglaterra, desea poner en manos de vuestra señoría una carta de su augusta ama.

D'WINT. Entrad, Parry.... ¿cómo está S. M?

PAR. La salud, buena, milord; pero el corazon muy triste.

D'WINT. ¿Traeis algo para mí?

PAR. Esta carta, milord.

D'WINT. (*Rompe el sello y lee.*) "Mucho temo, milord, que si venís á verme al Louvre ó á las Carmelitas, alguien os siga ó que se nos atisbe; preferiria, pues, ir yo en persona á vuestra casa: cuanto mas contrario sea á las habitudes reales el paso que yo diere, menos podrá despertar sospechas; y por consiguiente, probable es que no sea espiado: en vez de venir á verme, esperadme en vuestra casa, donde llegaré casi al mismo tiempo que mi mensajero. Vuestra adicta, Enriqueta."
¿Muy bien! Parry, espero á vuestra ama.

TOM. ¿Me permitirá milord una palabra?

D'WINT. ¿Qué hay?

TOM. Acabo de preguntar al señor Parry por aquel hombre que nos siguió hasta aquí esta mañana.

D'WINT. ¿Y bien?

TOM. Dice que está todavía en la esquina de la calle, porque lo ha visto, y lo ha conocido por las señas que le han dado.

D'WINT. ¿Y tal vez no sabeis quién es ese hombre!

TOM. No señor, cuando yo lo ví, me volví la espalda, y como no he vuelto á salir, milord....

D'WINT. Basta, idos: ya tomaré yo mis precauciones: gracias, Parry.

ATHOS. ¿Quizás esa carta desconcierta los proyectos de milord?

D'WINT. No, conde.

ATHOS. Me pareció que os molestaba su contenido.

D'WINT. No, me sorprendió un poco, por el mucho honor que me anuncia.

PAR. [*Abriendo la puerta.*] Milord!....

D'WINT. ¿Estaria ya ahí la persona que me ha hecho el honor de escribirme!

PAR. Justamente su litera llega á la puerta en este instante.

D'WINT. ¡Id á recibirla, Parry, pronto!

ARA. ¿Es una mujer?

D'WINT. No, es una reina.

ATHOS. ¿S. M. madama Enriqueta?

D'WINT. Caballeros, sí.

ATHOS. Entonces, milord, nos retiramos.

D'WINT. (*Levantando una tapiceria.*) Todo lo contrario.... Os suplico que entreis aquí, y oigais lo que S. M. y yo vamos á hablar. Libres sois para presentaros luego, ó para permanecer ocultos. Si os presentárais, es que aceptais, y si os quedais ocultos, que rehusais.

ARAM. Pero, milord, no comprendemos....

D'WINT. Entrad, entrad, y mas tarde lo comprendereis. [*Entran, D'Winter deja caer la tapiceria.*]

ESCENA IV.

Dichos, LA REINA, VESTIDA DE NEGRO, EN LA ANTESALA.

D'WINT. Tomy, abrid la puerta de par en par.

[Tomy abre haciendo una reverencia.]

REINA. [Levantándose el velo.] ¡Ah milord! ¡sois vos!... qué felicidad!—Yo creía haber leído mal; creía que las mismas letras de vuestro nombre pudieran engañarme! Os envía el rey, milord!... hablad pronto, ¡qué teneis que decirme!

D'WINT. Solo entregar este mensaje á V. M. [Se arrodilla y presenta á la reina un estuche de oro.]

REINA. [Abriendo el estuche y sacando una carta.] Milord, me traeis tres cosas que mucho tiempo ha, no habian visto mis ojos; oro, una carta, y un verdadero amigo. Levantaos, milord. [Dándole la mano.] ¡Gracias, amigo mio, gracias!

D'WINT. V. M. me enaltece.

REINA. Veamos qué contiene esta preciosa carta. No hay duda, sí, es su letra, es la firma de mi adorado Carlos. [leyendo.] "Mi querida esposa: heme aquí ya en los momentos decisivos: todos los recursos con que cuento, los he reconcentrado en este campo de Newcastle, de donde os escribo. Aquí espero á pié firme el ejército de mis súbditos rebeldes; con el auxilio de mis bravos escoceses, voy á emprender contra aquellos la lucha por última vez; vencedor, yo puedo aun prolongar la guerra por mucho tiempo; vencido, no me queda ni recurso ni esperanza. Y en este desesperado extremo, no me quedaría mas camino que abordar á las costas de Francia; pero, ¡querrán recibir en ellas á un rey desgraciado, que llevará consigo un tan funesto ejemplo, á un país ya agitado por las discordias civiles!—El portador de la presente á quien vos conocéis por uno de mis mas fieles amigos... [Ella se interrumpe y le tiende la mano.] ¡Oh! sí, milord. [continuando.] "El portador de la presente, os dirá, madama, lo que no puedo esponer á los riesgos de un accidente. El os explicará lo que yo deseo que vos hagais; y le encargo tambien, lleve mi bendicion para aquellos mis caros hijos que están en Francia, y todos los sentimientos de mi corazón, para vos, madama, y mi querida esposa. Carlos, todavía rey." Dios quiera que nuestros dos hijos, la princesa Elizabeth y el duque de Gloucester que están en Londres, estén buenos? ¡Ah! sí, ¡Dios mio! que ya no sea rey, que sea vencido, desterrado, proscrito; pero que viva! que mis hijos renuncien al trono de su padre; pero que viva, que viva! Decidme, milord, ¡es muy desesperada la posicion del rey?

D'WINT. Ciertamente, madama, es mas desesperada de lo que él mismo cree.

REINA. Y en tal estremidad, ¡qué quiere que yo haga! ¡qué espera de mí!

D'WINT. Que V. M. pida á Mazarin socorros, ó cuando menos un refugio para él en Francia.

REINA. ¡Ay de mí milord! ¡Créis que esperaba esta carta, para hacer de mi parte todo cuanto me sea posible?

D'WINT. ¡Y qué ha resultado?

REINA. ¡Nada! socorros, asilo, dinero, todo me lo ha rehusado el señor Mazarin.

D'WINT. ¡Cómo! ¡Mazarin ha rehusado un asilo al rey Carlos, al hermano político del rey Luis XIII, al tío del rey Luis XIV?

REINA. ¡Ay de mí!—Bien veo que lo inquieto y fatigo demasiado. Mi presencia y la de mi hija le molestan, y con mucha mas razon, le molestaria la del rey. Oídme, milord: es triste y casi vergonzoso el decirlo, pero sabedlo. Enriqueta y yo hemos pasado el invierno en el Louvre sin dinero, sin ropa blanca y casi sin pan; y mas de una vez nos hemos visto precisadas á permanecer en el lecho una gran parte del dia, por no tener ni siquiera fuego con que calentarnos. De manera que, quizas nos hubiéramos muerto de hambre y de miseria, sin las limosnas que el parlamento ha querido acordarnos.

D'WINT. ¡Qué horror!—La hija de Enrique IV muriéndose de hambre en esta patria, en su patria, aquí, en donde su padre queria que el último aldeano tuviese mas de lo necesario! ¡Por qué no os dirigisteis, madama, á cualquiera de nosotros! Todos y cada uno hubiera dividido su fortuna con vos; ó mejor dicho, hubiera puesto todo cuanto poseia á los piés de su reina.

REINA. Bien veis d'Winter, que solo una cosa puedo hacer, y es irme con vos á Inglaterra.

D'WINT. ¡Y para qué, madama!

REINA. Para morir con el rey, ya que no puedo salvarle.

D'WINT. He ahí, madama, lo que el rey temia, sobre todo; he ahí lo que os suplica que no hagais; y en el último extremo, lo que os ordena.

REINA. Milord, el rey habla con el corazón que teme, y no con el corazón que ama; ¡Ignora, acaso, que el mas acerbo y el mas agudo dolor, es la incertidumbre! Nos familiarizamos con la desgracia cuando se nos encara, porque entonces se la conoce, y pueden encontrarse recursos contra ella; pero cuando la desgracia es vaga, lejana, indefinida, desconocida, y que no puede asirse, entonces, entonces no queda mas remedio que la súplica. ¡Y yo, milord! ¡yo he suplicado tanto! sin que en nada cambie la suerte del rey y la mía, que ya empiezo á desesperar de todo. Si el rey, milord, en la estremidad en que se encuentra, quiere alejarme de él, es porque ya no me ama.

D'WINT. Vos sabeis madama, mejor que nadie, que semejante acusacion es injusta. No, no es que el rey no os ama, teme sí, que

sucumbais en medio de tantos peligros, y de tantas fatigas.

REINA. ¡Qué son para mí los peligros y las fatigas! ¡no he arrojado unos y otras! ¡no estoy habituada á estas y á aquellos! ¡No fui sola bajo el pretexto de llevar mi hija á Holanda, á solicitar de Guillermo de Orange, auxilio de armas y dinero! ¡No he sido asalada á mi vuelta por una tempestad horrible, cuál si contra nuestra desgraciada causa se desencadenasen, no solo la cólera de los hombres, sino tambien la del Eterno!—¡En medio de aquella horrorosa tempestad, abandoné, ni un momento, la cubierta del barco! ¡A todas las insinuaciones del capitán y de la tripulacion, á quienes animaba con mi presencia, respondia yo otra cosa mas, sino que aun no habia ejemplo en la historia de que una reina se hubiese ahogado! En fin, despues de haber perdido dos navíos y una parte de los socorros que llevaba, y arrojada sobre las costas de Holanda, ¡he vacilado por ventura, al primer soplo del viento favorable, para volver á salir á la mar! Esta vez la fortuna, cansada quizá de perseguirme, me fué propicia; llegué por fin, á la costa, y apenas puse el pié en tierra, la casa en que me habia refugiado, fué cercada, atacada; vos lo sabeis, milord, porque venisteis en mi auxilio. ¡Y en dónde me hallásteis, milord! Me hallásteis sobre la brecha que el cañon acababa de hacer en aquella casa ya desmoronada. Allí me hallásteis, milord, en medio del fuego, de los heridos y de los muertos, bañada en sangre de mis defensores, y en la mía, porque una astilla me habia herido.—

¡Y al veros, milord, pensé mas en mí! ¡Para quién ha sido mi primer palabra! Para Carlos. Cuando para llegar hasta él, tuve necesidad de vestirme de hombre, ¡he titubeado ni un momento! Tres dias con tres noches me habeis visto á vuestro lado.— ¡Echsalé en todo ese tiempo un solo suspiro! ¡He proferido una sola queja! ¡he pedido algo mas de lo que pedia el último de vuestros oficiales! No, porque fatigas, privaciones, peligros, todo lo olvidé luego que volví á ver á mi esposo y á mi rey. Un año entero lo pasé á su lado, en las montañas, en el campo, casi siempre en la tienda, y muy rara vez bajo de techo en una triste casa; que el palacio, mucho tiempo hacia no era cosa de que nosotros nos ocupáramos.— ¡Y quién me ha obligado á abandonarlo! Solo la voluntad de Dios y el amor á mi hija. Iba á ser madre! yo no temia la muerte, no; temia sí, matar á mi pobre hija, ¡á mi querida Enriqueta!—Poco antes, milord, os hablaba de la miseria, y con todo, esta miseria en nada se asemeja á la que entonces me cercaba. ¡No era en aquellos momentos la mas miserable de todas las mujeres! Aquí al menos tengo el Louvre, aunque desprovisto de todo. Tengo tambien el convento de las Carmelitas, bien que oscuro y sombrío; pero, ¡y qué tenia yo en Exeter! ¡una humilde y misera cabaña!— ¡Mi pobre niña ha visto la luz

primera sobre una triste tarima, sin sábanas ni colchones!—En momentos tan difíciles, en situacion tan crítica, un mensajero de la reina, mi hermana, me trajo de su parte doscientas mil libras.— ¡Guardé, acaso, milord, un solo escudo de aquella suma! No, todo se lo he enviado á Carlos, porque Carlos, ya lo veis, es todo para mí. Cuando la necesidad me obligó á abandonarlo, para volver á Francia, allí estábais vos, milord, y bien visteis mi dolor, mis lágrimas, mi desesperacion! Y ahora que venís á decirme que su posicion es mas desesperada de lo que él mismo cree, y que su libertad está amenazada, y tal vez su misma vida; me habláis al mismo tiempo de peligros y de fatigas, á mi, cuyo reinado no ha sido mas que una muy larga fatiga, y mi vida un prolongado peligro!— ¡Ah! milord, si el rey os ha dicho eso, en verdad que el rey ha perdido la memoria; y si vos sois el que os oponeis á que yo me una á él, sin duda, milord, que habeis perdido todo sentimiento de piedad.

D'WINT. Precisamente porque el rey se acuerda de cuanto habeis sufrido, quiere que permanezcais en Francia; y justamente, perdonadme, ¡oh, reina! la espresion, porque tengo compasion de V. M., no quiero que volvais á Inglaterra.

REINA. No hablemos mas, milord, sobre el particular. No quiero colocaros en una posicion difícil; no quiero que elijais entre la deferencia que debeis á vuestra reina, y la obediencia que debeis á vuestro rey.—Hablemos de vos... de él... ¡No os ha traído á Francia otro objeto mas que el que acabais de esponerme!

D'WINT. Sí señora.

REINA. Decid, pues.

D'WINT. En otro tiempo he conocido en Francia á cuatro caballeros.

REINA. [Con tristeza.] ¡A cuatro caballeros! ¡Y es ese todo el auxilio que podeis ofrecer á un rey, en el instante mismo que va á perder su trono!

D'WINT. ¡Ah madama! si estuviera en mi mano contar con los cuatro, aun podria responder de muchas cosas. ¡No habeis oido hablar de cuatro caballeros que sostuvieron en otro tiempo á la reina Ana de Austria, contra el cardenal de Richelieu?

REINA. Sí; es una tradicion de la corte.

D'WINT. ¡Aquellos cuatro caballeros que atravesaron la Francia en medio de mil emboscadas, regando con su sangre la senda que pisaban, para ir á buscar á Inglaterra aquellos famosos herretes de diamantes que iban á perder á Ana de Austria!

REINA. Sí.

D'WINT. Si yo os refriese, lo que han hecho esos cuatro caballeros, creeríais tal vez, que os relataba un capítulo del Ariosto, ó que os leia un canto del Tasso. Y por desgracia, he sabido esta mañana, que de esos cuatro valientes, ya no quedan mas que dos.

REINA. ¡Los otros han muerto!

D'WINT. Peor que eso; están al servicio del cardenal Mazarin.

REINA. ¡Y los otros dos!

D'WINT. Los otros dos, no sé á punto fijo, si se encuentran ya en París, comprometidos; ni sé tampoco, si aun estando libres, retrocederán á la vista de los peligros que envuelve una temeraria empresa, ni si se decidirán á acompañarme á Inglaterra.

ESCENA V.

Los mismos, ATHOS Y ARAMIS.

ATHOS. (Saliendo del gabinete con Aramis.) Decid, milord, á S. M. que por defender tan noble causa, estamos dispuestos á ir hasta el fin del mundo.

REINA. ¡Gran Dios! estos caballeros nos escuchaban, y....

D'WINT. Y bien veis, que podíamos decirlo todo, delante de ellos.

REINA. ¡Gracias caballeros, gracias!... Decidme, milord, los nombres de estos valientes, que quiero conservarlos eternamente en mi memoria de una manera sagrada.

D'WINT. El señor conde de la Fère, y el señor caballero d'Herblay.

REINA. Caballeros, hace algunos años tenía en torno mio, un enjambre de cortesanos, ejércitos, tesoros. A la mas leve señal mia, todos se ocupaban en mi servicio; ahora todo ha cambiado; mirad á mi alrededor.— ¡Nada! Para llevar á cima un designio, del cual depende la salvacion de un reino y la vida de un rey, yo no tengo cerca de mí mas que á lord d'Winter, un amigo de veinte años, y á vosotros, caballeros, á quienes conozco despues de algunos segundos.

ATHOS. Sobrados fueran, madama, si á los ojos del Señor, la vida de tres hombres fuese bastante para rescatar la de vuestro real esposo; pero de todos modos, ordenad ahora lo que os agrade: ¡decid qué queréis que hagamos!

REINA. (A Aramis.) ¡Y os compadeceis tambien vos, caballero, como el conde de la Fère, de tanta desgracia!

ARAMIS. Yo, madama, tengo por hábito seguir siempre al conde de la Fère, vaya adonde fuere, y sin preguntarle; pero cuando se trata de servir á V. M., no lo sigo, señora, lo precedo.

REINA. Pues bien, caballeros: ya que estais decididos á consagraros al servicio de una pobre princesa que el mundo entero abandona, voy á deciros lo que se piensa hacer. El rey se halla solo en medio de los escoceses, que le inspiran muy poca ó ninguna confianza; sin embargo que él lo es tambien. Tal vez voy á pedirlos mucho, demasiado quizás, porque ningun título me autoriza para pedir; pero en fin, si estais deci-

didados á servir la gran causa del trono, atacada en la persona del rey Carlos, id á Inglaterra, caballeros, uníos al rey mi esposo; sed sus amigos y sus guardianes, marchad siempre á su lado en el combate; cuidad de su persona en su casa, en donde se le forman emboscadas á todas horas, mas peligrosas que todos los riesgos de la guerra. Y en cambio de tan inmenso sacrificio, como vos me haceis, caballeros, yo os prometo solemnemente, no recompensaros, que esta palabra os ofenderia; y por otra parte, sienta mal al desterrado que implora, hablar de recompensas; pero sí, de amaros, de amaros como una hermana os amaria, y de preferiros á cuanto existe sobre la tierra, despues de mis hijos y de mi esposo.

ATHOS. ¡Cuándo hemos de partir, madama!

REINA. ¡Ah! caballeros veo que estais decididos: he aquí el primer momento de esperanza que he tenido de cinco años á esta parte.— ¡Ya lo comprendéis!... No es el trono, no es lo corona lo que yo os recomiendo; es la vida de mi Carlos, de mi esposo, de mi rey, la que pongo en vuestras manos.

ATHOS. Madama, cuanto puedan hacer dos hombres que no dan nunca un paso atras delante de ningun peligro, esperadlo de nosotros.

REINA. (Tendiéndoles la mano que ambos besan de rodillas.) ¡Ah! os lo repito con toda la efusion de mi alma, os lo repito: gracias, caballeros, gracias!

D'WINT. Me permitirá V. M. que la acompañe!

REINA. No, porque podrian conoceros.

ATHOS. Pero nosotros, madama, no corremos el mismo riesgo.

REINA. Me voy en mi litera, gracias.

ATHOS. (Inclinándose.) En ese caso seguiremos respetuosamente, y á lo lejos, la litera de V. M.

REINA. Adios conde, decid al rey que mis dias son un continuo sufrimiento, mis noches un constante insomnio, y mi vida toda una perenne súplica; pero que cuando Dios nos reuna ya en la tierra ó ya en el cielo, todo se olvidará. (Vase y la siguen un instante despues los dos caballeros.)

ESCENA VI.

LORD D'WINTER y luego MORDAUNT.

D'WINT. ¡Pobre reina! (Mordaunt se presenta y permanece en pie en el quicio de la puerta: d'Winter deja la ventana y dice al ver á Mordaunt.)

D'WINT. ¡Quién est...! ¿Qué queréis, caballero?

MORD. ¡Cómo! no me conocéis, ni por casualidad!

D'WINT. Mas que bien, y la prueba es

que os repetiré en París, lo que os he dicho en Londres; vuestra tenaz persecucion me molesta: retiraos, pues, y no deis lugar á que llame á los criados.

MORD. ¡Ah! tio, tio mio!

D'WINT. No soy vuestro tio; no os conozco.

MORD. Llamad á vuestros criados si os place, pero estad seguro que en París no cometeréis con migo la violencia que en Londres. Ahora, por lo que respecta á negar que soy vuestro sobrino, supongo que lo pensareis mas de una vez, por que... ya sabeis que he sabido ciertas cosas que hace un año ignoraba.

D'WINT. ¡Y qué me importa á mí lo que vos hayáis sabido!

MORD. Os importa mucho mas de lo que se os figura; y estoy seguro que vais á ser muy pronto de mi opinion. Cuando yo me presenté en vuestra casa la primera vez en Londres, fué para preguntaros por mi herencia; cuando volví la segunda vez, fué para que me dijérais quién habia manchado mi nombre; y estas dos veces, en efecto, me habeis hecho arrojar de vuestra casa; pero ahora, yo me presento aqui para haceros una pregunta mucho mas terrible que todas aquellas otras. Me presento aqui, para preguntaros, como Dios al primer homicida; ¡Cain que has hecho de tu hermano! ¿Me comprendéis, milord! milord, ¡qué habeis hecho de vuestra hermana!

D'WINT. De vuestra madre!

MORD. Sí, milord, de mi madre.

D'WINT. Averiguad, desgraciado, lo que ella ha sido, y despues preguntadle al infierno, y el infierno tal vez os responderá.

MORD. (Acercándose á él.) Ya se lo he preguntado al verdugo de Bethune... y el verdugo de Bethune me ha respondido....

¡Ah!... ahora veo que me comprendéis: con esta palabra se explica todo, y con esta llave se abre el abismo. Mi madre habia heredado á su marido y... vos habeis asesinado á mi madre; mi apellido me aseguraba la herencia paterna, y vos me habeis despojado de mi apellido, deshonorándome. Así es que ya no me sorprende de que no me conozcais. Es de mal tono y sienta muy mal que el robador llame su sobrino al hombre que ha empobrecido. Sí, milord, cuando uno es asesino, no puede llamar sobrino suyo al infeliz que ha hecho huérfano.

D'WINT. Ya que queréis penetrar en la profundidad de este horrible secreto, voy á revelároslo al momento. Sabed, pues, de una vez lo que era esa mujer, por quien venís hoy á preguntarme: esa mujer envenenó á mi hermano, y para heredarle á mí ha intentado tambien asesinarme; ¡qué direis ahora!

MORD. Que era mi madre.

D'WINT. Ella ha hecho matar á puñaladas, por un hombre en otro tiempo bueno, justo y puro, al desgraciado duque de Buckingham. ¿Qué direis al saber este crimen, cuya prueba yo conservo?

MORD. Que era mi madre.

D'WINT. Despues de aquel asesinato, volvió á Francia, y ha envenenado en el convento de las Agustinas de Bethune á una mujer que amaba á un enemigo suyo; este crimen atroz os persuadirá de la justicia del castigo; tambien de este crimen tengo la prueba.

MORD. Era mi madre.

D'WINT. En fin, llena de asesinatos, abrumada de crímenes, odiosa á todos, y amenazando todavia como una pantera, sedienta de sangre, ha sucumbido bajo los golpes de personas á quienes habia ecasasperado, ofendido, y que jamas le habian hecho ni el mas leve agravio. Ella ha encontrado, á falta de jueces naturales y legítimos, unos jueces que sus horrosos atentados, evocaron de aquí y de allí y de todas partes. Y ese verdugo que os ha referido todo, si en efecto os lo ha referido, os habrá dicho tambien que él mismo se ha estremecido de alegría, al vengar en ella la vergüenza y el suicidio de su hermano. Vuestra madre, jóven pervertida, esposa adúltera, hermana desnaturalizada, homicida, envenenadora, ecsecrable á los ojos de cuantos la habian conocido, destestable y odiosa á las naciones mismas que la han recibido en su seno, ha muerto en una horrible agonía, maldita del cielo y de la tierra. Ved ahí lo que era esa mujer.

MORD. ¡Callad! ¡era mi madre!... Yo no conozco ni sus desórdenes, ni sus vicios ni sus crímenes, no, yo solo sé que era mi madre. Y ahora, oidme lo que voy á deciros, oidme, y que mis palabras se graven en vuestra memoria de tal suerte, que no las olvideis jamas. De este asesinato que me lo ha arrebatado todo; de este asesinato que me ha dejado sin nombre, que me ha hecho pobre, malo, corrompido, implacable; de este asesinato, milord, yo pediré estrecha cuenta á todos vuestros cómplices, cuando los conozca, y á todos mis enemigos, sin exceptuar ni al rey Carlos I.

D'WINT. ¿Queréis asesinarle? Entonces sí que os conoceré... por mi verdadero sobrino; porque seriais, no hay duda, hijo digno de tal madre.

MORD. No, yo no os mataré, al menos en este momento, porque si os quitara de enmedio, quizás no descubriria á los otros. Pero, luego que sepa el nombre de los cuatro hombres de Armentiers... ¡Ay de vos, señor! ¡Temblad entonces, temblad por vos, y por vuestros cómplices; ya uno de ellos lo he matado á puñaladas! sin piedad, sin misericordia; y aquel era el menos culpable de todos vosotros. [Vase.]

D'WINT. Gracias, ¡Dios mio! ¡Haz que no conozca mas que á mí!

CUADRO III.

El Dique de Bolonia. A la derecha, en el primer plano, una casa de pescador; en el tercer plano el brick Parlamento. En el fondo, al ancla, la corbeta El Relámpago. A la izquierda, una escalera que conduce al faro.

ESCENA I.

MORDAT, *Paseándose sobre el dique.* ANDRES, PATRON DEL BRICK EL PARLAMENTO.

MORD. (*Andres Smith que entra.*) ¡Qué hay, patron Andres!

AND. Nadie todavía, caballero.

MORD. ¡Habeis entrado en la posada de las Armas de Inglaterra!

AND. Sí señor.

MORD. ¡Y preguntasteis si ya habian llegado dos caballeros llamados los señores d'Artagnan y Duvalon!

AND. No sé que nadie los haya visto.

MORD. ¡Ni á ninguno otro que se les pareciera!

AND. Justamente cuando yo hablaba con el posadero, llegaban tres caballeros, y al momento se me antojó que podian ser ellos; pero me engañé, porque fueron á apearse á la posada de la Espada de Enrique el Grande. Entró solo uno de los tres; los otros dos, apenas echaron pié á tierra, dieron las bridas de sus caballos á los lacayos y preguntaron por dónde se iba al puerto.

MORD. Pues que no se descuiden; ya les he dicho que á las ocho de la noche en punto; y si no llegan á la hora fijada, no los esperaré ni un minuto mas. Con que, capitán Andres, alistaos, y á las ocho á la vela.

AND. Muy bien, señor, todo estará pronto.

ESCENA II.

Los mismos, PARRY.

PARR. (*Acercándose á Andres.*) Decid, amigos, ¿sois vos el patron de este barco?

AND. Sí señor.

PARR. ¿Os dais á la vela esta noche?

AND. A las ocho.

PARR. ¿Podéis darnos pasaje á mi hermana y á mí.

AND. [*Bajo a Mordaunt.*] ¡Oís esto!

MORD. Sí, procurad saber quien es esa hermana.

AND. (*A Parry.*) ¡Pues qué, ya sabeis á dónde yo voy?

PARR. Sí, vais á Newcastle, y como New-

castle está en la frontera de Escocia, una vez allí, para llegar á nuestro país, solo tendremos que atravesar el Tyne.

AND. (*A Mordaunt.*) ¡Qué debo hacer!

MORD. Id á ver á esa mujer, averignad quien es y lo que quiere, y luego, si necesario fuese, la veré yo mismo.

AND. ¡Y en dónde está vuestra hermana!

PARR. En esta casa; ¿quereis que la llame?

AND. No, no la incomodeis; yo mismo iré á hablarla.

MORD. Id pronto. ¡Ah! me parece que estos son mis hombres.

AND. [*Mirando.*] No, estos son los dos viajeros que preguntaron por dónde se iba al puerto, en la posada de la Espada de Enrique el Grande.

MORD. ¡Traian el camino de Paris!

AND. Sí señor.

MORD. Tal vez sabré por ellos algunas noticias interesantes. Id pronto, y ya me comprendéis.... Nada prometáis sin que yo mismo haya visto....

AND. No tengais cuidado. Amigo, vamos.

ESCENA III.

MORDAUNT solo, luego ATHOS Y ARAMIS

MORD. No, no son ellos; ¿Pero qué veo? Si no me engaño, estos son sus dos amigos. No hay duda, son los mismos que estaban en el cuarto del señor d'Artagnan cuando yo fuí á verlo. No nos demos por entendidos luego, luego.

ESCENA V.

MORDAUNT en el proscenio. ATHOS Y ARAMIS, pasando por una esclusa y deteniéndose en medio de ella.

ARAM. ¡Será este el barco, Athos!

ATHOS. Parece que está para dar la vela. Pero no creo que es el nuestro, porque este es un brick, y el nuestro una corbeta. Este está todavía atracado al muelle, y el nuestro está en franquía; éste se llama el Parlamento y el nuestro, segun lo que ha dicho de Winter, se llama el Relámpago.

MORD. ¡De Winter!.... Sí, no hay duda. De Winter han dicho.

ARAM. Silencio, que hay allí un hombre que parece que nos escucha.

ATHOS. Pues habra perdido su tiempo, porque creo que nada hemos dicho, que no pueda oír todo el mundo.

ARAM. Sin embargo, hablemos de otra cosa, y ahora con mas razon, porque el hombre se avecina demasiado.

MORD. (*Esperando á Athos y Aramis á su llegada.*) Dispensadme, caballeros, no me engaño; me imagino que he tenido el honor antes de ahora, de haberos visto en Paris.

ATHOS. ¡Vos, caballero?... En verdad que no recuerdo haber disfrutado de tal satisfaccion.

ARAM. Ni yo tampoco, caballero.

MORD. Sí señores; hace cuatro dias, en casa del señor d'Artagnan.

ATHOS. ¡Ah! sí, es cierto; ahora me acuerdo muy bien: os suplico que me dispenseis esta falta involuntaria.

ARAM. Y á mí igualmente, si he olvidado tan pronto....

MORD. ¿Podrías decirme si el señor d'Artagnan está aún en Paris?

ATHOS. Hace tres dias que lo dejamos en la posada de la Chevrette.

MORD. ¡Y no sabeis si se estaba disponiendo para hacer algun viaje!

ATHOS. Nada sabemos.

MORD. Perdonadme, caballeros, el que os haya interrumpido, y aceptad mis mas expresivas gracias por vuestra deferencia.

la cita; y que no es eso todo. ¿Quereis que os diga una cosa!

ARAM. ¿Cuál!

ATHOS. Yo conocí al momento que aquel jóven era el mensajero de Mazarin.

ARAM. ¡De veras!

ATHOS. Sí; pero queria verlo y ecsaminarlo mas de cerca.

ARAM. ¡Y para qué!

ATHOS. Es muy probable que os burleis de mí, que me digais que repito siempre la misma cosa, y que me tomeis, en fin, por el mas pusilánime de los visionarios.

ARAM. Vaya, decid pues.

ATHOS. ¡A quién se os figura que se parece aquel jóven, tanto cuanto puede un hombre parecerse á una mujer!

ARAM. En efecto, ahora caigo, y creo que teneis razon, Athos: aquella boca fina y delicada; aquella nariz aguileña y cortada como el pico de una ave de rapina; aquellos ojos que parece que obedecen siempre las órdenes del espíritu, y jamas las del corazon.... ¡Si fuese el fraile!....

ATHOS. A pesar mio, es lo que yo he pensado.

ARAM. ¡Y no habeis aplastado á la sierpilla!

ATHOS. ¡Estais loco! sin saber á punto fijo.... Y aún cuando lo supiésemos, ese jóven nada nos ha hecho.

ARAM. En ese sentimiento noble conozco á mi amigo Athos. Su misma grandeza lo hace pueril, y su lealtad lo vuelve imprudente.... Que yo me cerciore de que él es, y le juro que he de romperle la cabeza contra la primer piedra que encuentre.

ATHOS. ¡Silencio! de Winter.

ARAM. No seria malo decirle algo de ese jóven: si es su sobrino, él debe conocerlo.

ATHOS. ¿Queréis que representemos á sus ojos el papel de dos niños tímidos!

ARAM. Decís bien; dejemos las cosas en tal estado, y si volvemos á encontrar á ese jóven, pongámonos siempre en acecho. En efecto es De Winter.

ATHOS. Sí y detras de él, vienen nuestros lacayos, allá por el ángulo del baluarte. Conozco á Grimaud por sus piernas; y por su aire provincial, á Blaisois que trae vuestras carabinas.

ARAM. Cierto; pero, ¿y qué tendrá nuestro amigo? se parece á los condenados del Dante, que miran á sus talones, porque Satanás les ha dislocado los pescuezos. ¿Qué buscará con tanto empeño á su espalda!

ESCENA VI.

DICHOS, DE WINTER. [*Anochece y se enciende la farola.*]

WINT. ¡Ya aquí, caballeros!.... Me alegro

mucho de haberos encontrado, si os parece, partiremos inmediatamente.

ARAM. Por nosotros, milord, no nos detendremos. Sin embargo que la mar me asquee un poco de día, y un algo mas de noche. ¡Pero qué os agita!

WINT. [Mirando hacia atrás.] Nada, nada. Bien, que al pasar por detrás del baluarte me ha parecido... En fin, vámonos. ¡No veis allí aquel barco, que está mas allá del faro! Esa es nuestra corbeta que está sobre el ancla de espía. Y á fé que yo deseara estar ya á bordo.

ARAM. Me parece, milord, que con la prisa habeis olvidado algo.

WINT. ¡No, es una idea!... una preocupación.

ATHOS. (A Aramis.) Lo ha visto. WINT. Cuando gustéis, caballeros. ¡Hola! patron... [Un hombre que está acostado en un bote, se levanta.] ¡Vos sois el que ha de llevarnos á la corbeta El Relámpago!

BATELERO. Sí señor. WINT. Entonces, ayudad á nuestros criados.

BAR. Por aquí, señores. [Mordaunt vuelve á presentarse del otro lado del muelle, y sube por la escalera que va al faro. Los tres caballeros se embarcan.]

ARAM. (A Athos.) Ahí está otra vez aquel caballero. ¡Si querrá estorbarnos el embarque!

ATHOS. Feliz seria la ocurrencia. El está solo, y nosotros somos siete, contando con el barquero.

ARAM. Se conoce que ese hombre no es nuestro amigo.

WINT. ¿Quién?

ARAM. El joven aquel.

WINT. ¡Pero qué joven!

ARAM. Miradlo, aquel que está allí al pié del faro.

WINT. ¡El est... Con razon me pareció que lo habia conocido.

ATHOS. ¿Y quién es él?

WINT. El hijo de Milady.

GRIM. El fraile.

MORD. [Desde donde domina el bote.] Sí, yo soy, querido tío, yo soy el hijo de Milady, soy el fraile; soy el secretario y el amigo de Cromwell, y soy, en fin, el que os conoce á vos y á vuestros compañeros.

ARAM. ¡Hola! ¡Conque el sobrino, y el fraile, y el hijo de Milady!

WINT. Por desgracia, sí.

ARAM. Entonces espera... [Toma su carabina y mete puntería á Mordaunt.]

GRIM. ¡Fuego!

ATHOS. [Apartándole el cañon.] ¡Qué haceis, amigo mio?

ARAM. ¡El diablo cargue con vos!... Le habia hecho tan buena puntería, que le habiera colocado la bala en medio del pecho.

ATHOS. Basta con haber matado á la madre. [Empieza á andar el bote.]

MORD. Ahora no me cabe duda... Sois vos, caballeros, y os conozco bien. Ya

nos volveremos á ver en Inglaterra. (Se pierde de vista el bote, y él lo observa un momento.) Andad, andad... (Baja.) Sí, la Providencia es quien me los ha hecho conocer, y la Providencia es quien los lleva á Inglaterra, en donde yo tengo tanto valimiento. Estos son dos de los cuatro; pero no desesperemos de encontrará sus compañeros.

ESCENA VII.

MORDAUNT, D'ARTAGNAN, PORTHOS Y MOUSTON.

PORT. Se me antoja que hemos llegado tarde.

D'ART. En ese caso, amigo mio, la culpa es vuestra. Con vuestro apetito devorador, nunca podemos hacer nada bien hecho; no acabamos nunca.

PORT. No soy yo, amigo mio; es ese pícaro de Mouston que á todas horas tiene hambre. Mouston, ¡habeis traído las provisiones de boca!

MOUST. Sí, señor baron.

MORD. Me parece que esos son mis dos caballeros.

D'ART. ¿En dónde demonios encontraremos ahora á nuestro señor Mordaunt?

PORT. ¡Toma! En el muelle. ¡No nos ha dado la cita para allí!

D'ART. Sí, pero hasta las ocho.

PORT. Pues bien, ahora están dando.

MORD. En efecto, caballero, y mi complacencia es extrema al ver vuestra esactitud.

D'ART. No os sorprenda, es una costumbre militar que tiene ya veinte años de fecha.

MORD. Sea en hora buena. Creo que ya podremos embarcarnos.

D'ART. Cuando gustéis, estamos listos.

PORT. Un momento, caballero; ¡sabeis si la despensa de la corbeta está bien provista!

MORD. Sí señor, y aun cuando no lo estuviera, no tenemos mas que tres dias de travesía.

PORT. Sin embargo, en tres dias se puede tener hambre, mucha hambre.

MORD. Si no tenéis otra objecion de mas peso que hacerme, bien podeis estar tranquilo.

D'ART. Es la única que mi amigo... MORD. Entonces, vamos á bordo.

D'ART. Vamos, Porthos, ... [D'Artagnan y Porthos atraviesan la plancha.]

MOUST. ¡Y qué, señor! ¡tambien yo he de pasar por ahí!

PORT. ¡Pues ya se ve!

D'ART. ¡No hemos pasado nosotros!

POUST. ¡Oh!... eso es otra cosa: vosotros sois valientes...

D'ART. Vamos, pues, ó...

PORT. Dame la mano, mi pobre Mouston,

ya tú te estás volviendo viejo. [Mouston pasa.]

ESCENA VIII.

MORDAUNT sobre el prosenio.

MORD. Y bien, patron Andres, ¿esa mujer!

AND. Allá está todavía.

MORD. Hacedla venir.

AND. Al instante: (A la puerta.) señora, cuando gustéis...

MORD. Haced todos vuestros preparativos, y despachaos, que á las nueve hemos de estar fuera del puerto.

ESCENA IX.

MORDAUNT, LA REINA Y PARRY.

REINA. [De escocesa.] Me han dicho que sois el patron de este barco.

MORD. El patron, no señora; pero lo he fletado todo de mi cuenta.

REINA. Es lo mismo; está á vuestra disposicion, que es lo que yo quise decir.

MORD. Poco mas ó menos. ¿Y qué mandábais?

REINA. Deciros solo, que me hariais un particular servicio, si quisiérais darme pasaje á mí y á mi hermano.

MORD. ¿Vais á Inglaterra?

REINA. A Escocia.

MORD. Y nosotros á Newcastle.

REINA. Lo sé, señor; pero á mí, una vez en Newcastle, me es muy fácil trasladarme al condado de Perth.

MORD. En hora buena, señora, yo tendria mucho gusto, pero... es el caso que no hay mas que un camarote disponible.

REINA. ¡Ah!... ¿qué me decis?

MORD. La verdad.

REINA. Sin embargo, señor, como mi hermano tiene un gran placer en acompañarme, él se acomodara, no importa dónde, en cualquier rincón... A proa. Con los marineros, con los criados.

MORD. ¡Imposible!...

REINA. Y qué, señor, no son bastantes ni súplicas, ni dinero.

MORD. No, nada...

REINA. Entonces me decido á ir sola, ¿cómo ha de ser!

MORD. Pues en ese caso, no perdays tiempo.

REINA. Adios, mi pobre Parry; es forzoso separarnos. Me voy á Newcastle, y de allí pasaré al campo del rey, donde quiera que esté. Aprovechad la primer coyuntura para ir á Inglaterra, é id al momento á buscarme.

PARRY. Pero... ¡y cómo dejar sola á V. M!

REINA. Es preciso, amigo mio.

PARRY. ¡Ah!... V. M. me ha llamado... REINA. Su amigo... Servidores como vos, valen mucho mas que la mayor parte de aquellos amigos que nosotros conocemos.

PARRY. (Casi arrodillado y besando el vestido.) ¡Ah! ¡madama!

MORD. Ya no me cabe duda: es la reina. El cielo, el cielo mismo me los entrega á todos. (A la reina.) ¡Quereis tomar mi brazo, señora! Solo á nosotros se nos espera. [Se oye mandar técnicamente la maniobra, y el telon cae al momento que la reina atraviesa la plancha para ir á bordo.]

ACTO SEGUNDO.

CUADRO IV.

Magnífico salon de una casa de Newcastle, ocupada por Cromwell.

ESCENA I.

CROMWEL, EL CORONEL GROSLOW.

CROMW. ¿Conque decíais, coronel...? GROSLOW. Digo, señor Cromwell, que si queis, hoy mismo, ó á mas tardar mañana, el rey Carlos I estará en vuestro poder.

CROMW. ¿Cómo, y de qué modo? Véamos.

GROSLOW. Porque está ecausto de recursos; porque los que esperaba de Francia no le han llegado; porque en lugar de un ejército y de los caudales que debia reunir su amigo de Winter, solo le ha traído algunos diamantes, últimos recursos de madama Enriqueta, y dos caballeros, último socorro que le envia para restituirle la corona, no diré el rey de Francia, sino la nobleza, sin duda para verlo morir.

CROMW. Muy bien, coronel... Tendré presente lo que acabais de decirme, y en mi primera comunicacion al parlamento, recomendaré vuestro celo y vuestra actividad.

GROSLOW. General, pero me parece que yo en lugar vuestro...

CROMW. Espero noticias de Francia; tambien yo he enviado una persona de mi confianza al señor Mazarin.

GROSLOW. Pero vuestro enviado puede tardar, general. Los vientos y las olas no están á las órdenes de nadie, y si no se aprovecha la ocasion...

CROMW. Os engañais, los vientos y las olas están á las órdenes del Eterno, y por eso se le llama el Dios de las tempestades, y el Eterno está de nuestra parte.

GROSLOW. General...

CROMW. (Sentándose.) Asomaos á esta ventana, mirad al puerto ¿no es así?

GROSLOW. Sí señor.

CROMW. ¿Y qué veis de nuevo en el puerto?

mucho de haberos encontrado, si os parece, partiremos inmediatamente.

ARAM. Por nosotros, milord, no nos detendremos. Sin embargo que la mar me asquee un poco de día, y un algo mas de noche. ¡Pero qué os agita!

WINT. [Mirando hacia atrás.] Nada, nada. Bien, que al pasar por detrás del baluarte me ha parecido... En fin, vámonos. ¡No veis allí aquel barco, que está mas allá del faro! Esa es nuestra corbeta que está sobre el ancla de espía. Y á fé que yo deseara estar ya á bordo.

ARAM. Me parece, milord, que con la prisa habeis olvidado algo.

WINT. ¡No, es una idea!... una preocupación.

ATHOS. (A Aramis.) Lo ha visto. WINT. Cuando gustéis, caballeros. ¡Hola! patron... [Un hombre que está acostado en un bote, se levanta.] ¡Vos sois el que ha de llevarnos á la corbeta El Relámpago!

BATELERO. Sí señor. WINT. Entonces, ayudad á nuestros criados.

BAR. Por aquí, señores. [Mordaunt vuelve á presentarse del otro lado del muelle, y sube por la escalera que va al faro. Los tres caballeros se embarcan.]

ARAM. (A Athos.) Ahí está otra vez aquel caballero. ¡Si querrá estorbarnos el embarque!

ATHOS. Feliz seria la ocurrencia. El está solo, y nosotros somos siete, contando con el barquero.

ARAM. Se conoce que ese hombre no es nuestro amigo.

WINT. ¿Quién?

ARAM. El joven aquel.

WINT. ¡Pero qué joven!

ARAM. Miradlo, aquel que está allí al pié del faro.

WINT. ¡El est... Con razon me pareció que lo habia conocido.

ATHOS. ¿Y quién es él?

WINT. El hijo de Milady.

GRIM. El fraile.

MORD. [Desde donde domina el bote.] Sí, yo soy, querido tío, yo soy el hijo de Milady, soy el fraile; soy el secretario y el amigo de Cromwell, y soy, en fin, el que os conoce á vos y á vuestros compañeros.

ARAM. ¡Hola! ¡Conque el sobrino, y el fraile, y el hijo de Milady!

WINT. Por desgracia, sí.

ARAM. Entonces espera... [Toma su carabina y mete puntería á Mordaunt.]

GRIM. ¡Fuego!

ATHOS. [Apartándole el cañon.] ¡Qué haceis, amigo mio?

ARAM. ¡El diablo cargue con vos!... Le habia hecho tan buena puntería, que le habiera colocado la bala en medio del pecho.

ATHOS. Basta con haber matado á la madre. [Empieza á andar el bote.]

MORD. Ahora no me cabe duda... Sois vos, caballeros, y os conozco bien. Ya

nos volveremos á ver en Inglaterra. (Se pierde de vista el bote, y él lo observa un momento.) Andad, andad... (Baja.) Sí, la Providencia es quien me los ha hecho conocer, y la Providencia es quien los lleva á Inglaterra, en donde yo tengo tanto valimiento. Estos son dos de los cuatro; pero no desesperemos de encontrará sus compañeros.

ESCENA VII.

MORDAUNT, D'ARTAGNAN, PORTHOS Y MOUSTON.

PORT. Se me antoja que hemos llegado tarde.

D'ART. En ese caso, amigo mio, la culpa es vuestra. Con vuestro apetito devorador, nunca podemos hacer nada bien hecho; no acabamos nunca.

PORT. No soy yo, amigo mio; es ese pícaro de Mouston que á todas horas tiene hambre. Mouston, ¡habeis traído las provisiones de boca!

MOUST. Sí, señor baron.

MORD. Me parece que esos son mis dos caballeros.

D'ART. ¿En dónde demonios encontraremos ahora á nuestro señor Mordaunt?

PORT. ¡Toma! En el muelle. ¡No nos ha dado la cita para allí!

D'ART. Sí, pero hasta las ocho.

PORT. Pues bien, ahora están dando.

MORD. En efecto, caballero, y mi complacencia es extrema al ver vuestra esactitud.

D'ART. No os sorprenda, es una costumbre militar que tiene ya veinte años de fecha.

MORD. Sea en hora buena. Creo que ya podremos embarcarnos.

D'ART. Cuando gustéis, estamos listos.

PORT. Un momento, caballero; ¡sabeis si la despensa de la corbeta está bien provista!

MORD. Sí señor, y aun cuando no lo estuviera, no tenemos mas que tres dias de travesía.

PORT. Sin embargo, en tres dias se puede tener hambre, mucha hambre.

MORD. Si no tenéis otra objecion de mas peso que hacerme, bien podeis estar tranquilo.

D'ART. Es la única que mi amigo... MORD. Entonces, vamos á bordo.

D'ART. Vamos, Porthos, ... [D'Artagnan y Porthos atraviesan la plancha.]

MOUST. ¡Y qué, señor! ¡tambien yo he de pasar por ahí!

PORT. ¡Pues ya se ve!

D'ART. ¡No hemos pasado nosotros!

POUST. ¡Oh!... eso es otra cosa: vosotros sois valientes...

D'ART. Vamos, pues, ó...

PORT. Dame la mano, mi pobre Mouston,

ya tú te estás volviendo viejo. [Mouston pasa.]

ESCENA VIII.

MORDAUNT sobre el proscenio.

MORD. Y bien, patron Andres, ¿esa mujer!

AND. Allá está todavía.

MORD. Hacedla venir.

AND. Al instante: (A la puerta.) señora, cuando gustéis...

MORD. Haced todos vuestros preparativos, y despachaos, que á las nueve hemos de estar fuera del puerto.

ESCENA IX.

MORDAUNT, LA REINA Y PARRY.

REINA. [De escocesa.] Me han dicho que sois el patron de este barco.

MORD. El patron, no señora; pero lo he fletado todo de mi cuenta.

REINA. Es lo mismo; está á vuestra disposicion, que es lo que yo quise decir.

MORD. Poco mas ó menos. ¿Y qué mandábais?

REINA. Deciros solo, que me hariais un particular servicio, si quisiérais darme pasaje á mí y á mi hermano.

MORD. ¿Vais á Inglaterra?

REINA. A Escocia.

MORD. Y nosotros á Newcastle.

REINA. Lo sé, señor; pero á mí, una vez en Newcastle, me es muy fácil trasladarme al condado de Perth.

MORD. En hora buena, señora, yo tendria mucho gusto, pero... es el caso que no hay mas que un camarote disponible.

REINA. ¡Ah!... ¿qué me decis?

MORD. La verdad.

REINA. Sin embargo, señor, como mi hermano tiene un gran placer en acompañarme, él se acomodara, no importa dónde, en cualquier rincón... A proa. Con los marineros, con los criados.

MORD. ¡Imposible!...

REINA. Y qué, señor, no son bastantes ni súplicas, ni dinero.

MORD. No, nada...

REINA. Entonces me decido á ir sola, ¿cómo ha de ser!

MORD. Pues en ese caso, no perdays tiempo.

REINA. Adios, mi pobre Parry; es forzoso separarnos. Me voy á Newcastle, y de allí pasaré al campo del rey, donde quiera que esté. Aprovechad la primer coyuntura para ir á Inglaterra, é id al momento á buscarme.

PARRY. Pero... ¡y cómo dejar sola á V. M!

REINA. Es preciso, amigo mio.

PARRY. ¡Ah!... V. M. me ha llamado...

REINA. Su amigo... Servidores como vos, valen mucho mas que la mayor parte de aquellos amigos que nosotros conocemos.

PARRY. (Casi arrodillado y besando el vestido.) ¡Ah! ¡madama!

MORD. Ya no me cabe duda: es la reina. El cielo, el cielo mismo me los entrega á todos. (A la reina.) ¡Quereis tomar mi brazo, señora! Solo á nosotros se nos espera. [Se oye mandar técnicamente la maniobra, y el telon cae al momento que la reina atraviesa la plancha para ir á bordo.]

ACTO SEGUNDO.

CUADRO IV.

Magnífico salon de una casa de Newcastle, ocupada por Cromwell.

ESCENA I.

CROMWEL, EL CORONEL GROSLOW.

CROMW. ¿Conque decíais, coronel...?

GROSL. Digo, señor Cromwell, que si queis, hoy mismo, ó á mas tardar mañana, el rey Carlos I estará en vuestro poder.

CROMW. ¿Cómo, y de qué modo? Véamos.

GROSL. Porque está ecausto de recursos; porque los que esperaba de Francia no le han llegado; porque en lugar de un ejército y de los caudales que debia reunir su amigo de Winter, solo le ha traído algunos diamantes, últimos recursos de madama Enriqueta, y dos caballeros, último socorro que le envia para restituirle la corona, no diré el rey de Francia, sino la nobleza, sin duda para verlo morir.

CROMW. Muy bien, coronel... Tendré presente lo que acabais de decirme, y en mi primera comunicacion al parlamento, recomendaré vuestro celo y vuestra actividad.

GROSL. General, pero me parece que yo en lugar vuestro...

CROMW. Espero noticias de Francia; tambien yo he enviado una persona de mi confianza al señor Mazarin.

GROSL. Pero vuestro enviado puede tardar, general. Los vientos y las olas no están á las órdenes de nadie, y si no se aprovecha la ocasion...

CROMW. Os engañais, los vientos y las olas están á las órdenes del Eterno, y por eso se le llama el Dios de las tempestades, y el Eterno está de nuestra parte.

GROSL. General...

CROMW. (Sentándose.) Asomaos á esta ventana, mirad al puerto ¿no es así?

GROSL. Sí señor.

CROMW. ¿Y qué veis de nuevo en el puerto?

GROSL. Un barco que acaba de echar el ancla.

CROMW. ¡Y no veis á nadie en el camino el puerto?

GROSL. Dos hombres embozados que parecen estrangeros.

CROMW. Ahora escuchad... ¡que ois!

GROSL. Alguien que sube.

CROMW. Ese barco que está en el puerto es el brick Parlamento; esos dos hombres que vienen por el camino, son los enviados del señor Mazarin; ese hombre que sube... *(tocan á la puerta)* y que toca es mi secretario, el señor Mordaunt, y si aun dudais, coronel, id á abrir y vereis.

GROSL. *(Yendo á abrir.)* Es verdad, señor, estais inspirado.

ESCENA II.

DICHOS, MORDAUNT.

CROMW. Bien venido, Mordaunt. Una voz me dijo anoche que os veria esta mañana.

MORD. Era la voz del Señor. El Señor habla siempre á aquellos que están encargados de hablar en su nombre.

CROMW. ¡Qué nos traéis de Francia, hijo mio!

MORD. Magnificas noticias, señor.

CROMW. Sed entonces dos veces bien venido. ¡Habeis visto al cardenal!

MORD. Sí señor.

CROMW. ¿Os ha dado alguna respuesta?

MORD. Sí señor.

CROMW. ¡Verbal!

MORD. Por escrito.

CROMW. ¡A vos mismo!

MORD. Para que la cosa sea mas solemne y de mucha mas entidad á vuestros ojos, os la envia con un teniente de mosqueteros del rey y un caballero de la corte.

CROMW. ¡Y se llaman!

MORD. El teniente, el señor caballero d' Artagnan, y el otro el señor Duvalon.

CROMW. Es decir, dos espías que acreditan cerca de mí.

MORD. El espíritu divino está con vos, señor y á Dios no se le espía.

CROMW. ¡Y esos dos hombres están abajo!

MORD. Esperando vuestras órdenes.

CROMW. ¡Ya lo ois, coronel Groslow! creo que ha llegado el momento que tanto deseabais.

GROSL. ¡Qué ordenais, general!

CROMW. Haced poner las cotas de malla bajo las armas, y ordenad á vuestro regimiento é igualmente á todo el ejército que esté listo al primer toque de trompeta.

GROSL. Obedezco.

CROMW. Decid de paso á esos dos caballeros que suban. *(Vase Groslow.)*

ESCENA III.

MORDAUNT, CROMWELL.

CROMW. ¡Teneis, hijo mio, algo mas que decirme!

MORD. Sí señor; queria decir que en nuestro barco vino tambien una mujer.

CROMW. ¡Una mujer!—¡Y qué mujer es esa!

MORD. El general Cromwella verá: un jefe debe verlo todo por sí mismo.

CROMW. ¡Y cómo he de verla yo!

MORD. He dado la órden para que se la vigile, y que al momento en que intente salir de la ciudad, la presenten á Vuestro Honor.

CROMW. ¡Segun eso, creéis que esa mujer es de alguna importancia!

MORD. Vos lo juzgareis.

CROMW. ¡Silencio! alguno viene.

ESCENA IV.

DICHOS, D'ARTAGNAN, PORTHOS.

MORD. Adelante, caballeros, estais en presencia del general Cromwell.

CROM. Señor Mordaunt, si el viaje no os ha fatigado mucho...

MORD. Ya sabeis, señor, que yo jamas me fatigo, y mucho menos cuando se trata de servir.

CROM. En ese caso, tomad esa carta que está ahí para vos; leedla, y al instante mismo poned por obra cuanto en ella se os previene; y despues de leerla, quemadla.

MORD. *(Inclinándose.)* Sea cual fuere, mi lord, el contenido de esta carta, lo pondré al momento por obra.

CROM. Silencio, hijo mio, que ya no estamos solos.

D'ART. *(Mirando que Cromwell mira á Mordaunt.)* ¡Qué os parece, Porthos!

PORT. ¡De qué!

D'ART. Del general Cromwell.

PORT. Que tiene el aspecto de lo que es, de un carnicero.

D'ART. Os engañais, el carnicero es el coronel Harrison.

PORT. ¡Ah!... sí, él es...

D'ART. *(Viendo que Cromwell vuelve.)* Es el general Oliverio Cromwell... Dejadme hablar á mí. *(Vase Mordaunt.)*

CROM. Salud, caballeros; apenas puedo dar crédito á lo que acaba de decirme Mordaunt.

D'ART. Sin embargo, no os dijo mas que la verdad, si os ha dicho que nosotros nos presentamos aquí, como enviados del ilustrísimo señor cardenal.

CROM. Me disimulareis, empero, si yo me resisto á creer que se me dispensa tanto honor... ¡Es posible que el nombre del pobre cervicero de Hemtington, sea tan conocido del otro lado del estrecho!

PORT. ¡Ah! ahora me acuerdo, era cervicero.

D'ART. *(Bajo.)* Callad *(Alto.)* No es el nombre del cervicero de Hemtington el que se conoce del otro lado del estrecho, sino el del vencedor de Marstonmoor y de Newbury.

PORT. ¡Bravo! ¡Dónde diablos ha aprendido este d' Artagnan todo esto que ensarta!

CROM. No podeis negar, caballero, que venis de la mas culta corte de Europa. ¡Cómo estaba S. M. la reina cuando dejasteis á Paris!

D'ART. ¡La reina Ana de Austria!

CROM. No, nuestra reina... S. M. Enriqueta de Francia, la esposa de Carlos I, á quien, hijos fieles los de Inglaterra, tienen el pesar de combatir en este momento.

D'ART. Aunque hace mucho tiempo que no tengo el honor de ver á S. M., creo que está buena.

CROMW. Pues qué, ¡no frecuenta el real alcázar!

D'ART. No sé si lo frecuentará ó no; pero lo cierto es que hace mas de un año que no la he visto en él.

CROMW. Entonces, el cardenal Mazarin iria á hacerle la corte á su casa.

D'ART. El cardenal Mazarin no me parece que emplea en eso su tiempo. Apenas le alcanza el que viene para escribir y á propósito, esto me recuerda que soy portador de una carta suya.

CROMW. Para mí, ¡no es verdad!

D'ART. Justamente.

CROMW. Véamos... *(Vaya que el señor Mazarin sabe escoger bien sus hombres. Este señor d' Artagnan es un hombre de chispa.)*

PORT. *(Bajo á d' Artagnan.)* ¡Sabeis qué digo, d' Artagnan!

D'ART. ¡Qué cosa!

PORT. Que vuestro general Oliverio Cromwell no me parece un gran personaje, y luego con ese vestido tan...

D'ART. Pues todavía era un poco peor el que tenia al sentarse en la cámara de los comunes, cuando el famoso Hampden dijo al verlo: ¡veis á ese paisano tan mal vestido!

PORT. ¡Y quién era ese famoso Hampden!

D'ART. El primer hombre de Inglaterra, antes que Cromwell lo hiciera el segundo.

CROMW. *(Despues de haber leído.)* Gracias, caballeros; veo que el señor de Mazarin es un gran político, un hombre cual yo me habia figurado.

PORT. ¡Cosa mas rara! Pues no se dice eso de él en Francia.

D'ART. Supongo, señor, que nos hareis el honor de darnos alguna respuesta.

CROMW. Me parece, caballeros, que despues de un tan largo viaje, debeis estar cansados; por ahora, bueno será reposar un rato, y mañana...

D'ART. ¡Nos dareis la respuesta!

CROMW. No, mañana partireis y direis... direis sencillamente lo que hayais visto. Caballeros, adios.

D'ART. ¡Qué decís, Porthos, de este agasajo!

PORT. Que ha hecho muy bien en despedirnos, porque tengo un hambre que no veo.

D'ART. ¡Y podremos tener el honor de volver á veros antes de partir!

CROM. Caballeros, mi casa está á vuestra disposicion, mientras permanezcais en Inglaterra, sea por mucho ó por poco tiempo; siempre que os acerqueis á sus umbrales tendré en ello mucha satisfaccion y me hareis un grande honor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA V. ALFONSO REYES

CROMWELL solo. 1625 MONTERREY, MEX.

¡Perfectamente; todo se encamina hácia el fin propuesto; todo contribuye al feliz éxito de mi empresa, de manera que el triunfo será completo. Mazarin abandona á Carlos I, y los escoceses le venden... Quedaba solo un hombre entre el trono y yo, y este hombre va á desaparecer... si; pero para dejar su puesto á un espectro... Véamos, pues, si, á todo turbio correr, está en mi interés el que Carlos I se hunda en el abismo, y que al hundirse, se mate. La Inglaterra, libre una vez de su rey, ¡necesitara de su general!

¡No es Estuardo el que hace necesario á Cromwell! ¡Y este Estuardo, al caer, no arrastrará consigo á este mismo Cromwell! Sí, esto sería probable si hubiese en Inglaterra un solo hombre capaz de precipitar á Cromwell, como Cromwell ha precipitado á Estuardo. Pero ese hombre no existe. Los Harrison, los Pridge. ¡Y qué hacen los Harrison! ¡Qué pueden hacer los Pridge ni los Fairfax! Nada; todos estos no son mas que unas máquinas, á quienes yo doy el impulso; unos autómatas, á quienes imprimo el movimiento... ¡Qué queda, pues! El parlamento... Sí, bien lo sé, allí está la oposicion; es decir, que me resta todavía un golpe de mano que dar, y es todo... ¡Bueno! pues yo acabaré con el parlamento. La monarquía es tres siglos mas antigua que el parlamento, y sin embargo, yo he hecho trizas la monarquía... Verdad es que los ingleses están ahitos de monarquía... ¡pero es de la monarquía ó del rey, de quien estan causados! Del rey. ¡Del rey?... ¡quién sabe!... Tal vez no, mas bien lo están del nombre. Sí, del nombre es. Entonces es preciso buscar un nombre que no esté aun gastado, un nombre muy flamante; por ejemplo, el de cónsul... pero cónsul... para cónsul fuera indispensable tener las virtudes de Bruto... ¡Pues dictador!... para dictador era menester no tener los vicios de un Sila. Yo desearia un cargo que permitiese al que lo aceptara, el obtener todos los honores imaginables, sin despertar zelos ni odios... que tuviese, verbigracia, la apariencia de proteger á la Inglaterra, aun cuando la Inglaterra no tu-

viere necesidad del protector. Esto es, protector!... pero protector.... Sí, este sería el nombre a propósito.... un nombre nuevo, un título sencillo; un dictado enteramente desconocido y altanero á la vez; y al cual puede dársele indiferentemente, el tratamiento de señor, de milord, alteza etc.... Yo, que he salido de la nada, para elevarme tan alto, atravesando por medio del paisanaje, de los comunes y del ejército, he hecho en mi viaje una triple estación, y bastante larga, para conocer a los paisanos, á los parlamentarios y á los soldados.... ¡qué me falta, pues, para atreverme á todo!... poco menos que nada. Estudiar la nobleza; pero sería un estudio inútil, cuando yo sea el protector, á esa fiera nobleza la verá postrada delante de mí... y, en efecto, ¡qué es lo que ella pide! No el ser convencida, solo sí el aparentar que cree que no habrá sido quien haya hecho matar á su rey.... Fácil es esto.... ese es el papel que he representado hasta aquí; y entonces para lograr mi objeto, ¡qué debo hacer! Continuar... El mismo Carlos I no me considera su enemigo, y si algunas veces me ha tomado como mediador entre él y el parlamento, ¡mediador!.... [con sonrisa.] Sí, como lo es la hacha entre la víctima y el verdugo.... Alguien viene.... Protector.... No puede negarse que es un excelente título!.... ¡Quién es!

ESCENA VI.

CROMWELL, DOS SOLDADOS LA REINA con el mismo disfraz que tenía en el muelle de Bolonia.

SOLD. General, aquí está una mujer....

CROMW. Sí, lo había olvidado. ¡Quién es esa mujer!

SOLD. Una mujer que llegó en el navío el Parlamento, y que nosotros hemos arrestado, cuando se disponía á partir al campo realista; y ahora os la presentamos.

CROMW. Que entre.

SOLD. ¡Lo oís! El general os llama.

REINA. (Entrando.) ¡El general!.... ¡Qué general, señores!

SOLD. No hay mas que solo un general en toda la Inglaterra que merezca este nombre, y ese es el general Cromwell.

REINA. Entonces, es al general Cromwell á quien debo yo pedir justicia de la violencia que acaba de hacerseme.

CROMW. Si señora, y estad segura que el general Cromwell os la acordará, si en efecto se ha cometido con vos alguna violencia.

REINA. La ha habido, señor, si es cierto que la ley inglesa garantiza siempre la libertad de todos.

CROMW. La ley inglesa garantiza la libertad de todos los buenos ingleses.

REINA. ¡Y en dónde están esos buenos ingleses! ¡En el campo del general Oliverio

Cromwell, ó en el campo del rey Carlos I!

CROMW. Por todas partes, señora, se encuentran buenos ingleses.

REINA. ¡Aun entre aquellos que hacen la guerra á su soberano!

CROMW. Os engañais, señora; nosotros no hacemos la guerra á nuestro soberano; hacemos la guerra á sus ministros. Sí, se la hacemos á Strafford, á Land, y Windebanek; pero respetamos la monarquía en el rey; al rey en el hombre, y, basta; ¡ahora decidme quién sois!

REINA. Catalina Parry.

CROMW. ¡Y adónde vais!

REINA. A Escocia.

CROMW. ¡Con qué objeto!

REINA. Con el de recoger en mi nombre y en el de mi hermano, la herencia de mi padre que acaba de morir.

CROMW. ¡Entonces sois del condado de Perth!....

REINA. Sí.

CROMW. ¡Por consiguiente, sois la hija de Guillermo Parry!

REINA. Sí.

CROMW. ¡Y la hermana de Juan Parry!

REINA. Sí; ¡y cómo sabeis todo esto!

CROMW. Ya lo veis, losé.... ¡y por qué no dijisteis eso mismo á los que os arrestaron!

REINA. Sí que lo he dicho.

CROMW. ¡Y no han querido creerlos!

REINA. No.

CROMW. ¡Qué quereis! como los han engañado tantas veces, ya se han vuelto desconfiados.

SOLD. ¡Conque esta mujer decia la verdad, general!

CROMW. Sí.

SOLD. Entonces hemos hecho muy mal en arrestarla y traerla aquí.

CROMW. No; á mi solo está reservado el distinguir á los buenos entre los malos.... y por eso el Eterno me ha hecho lo que soy.

SOLD. En ese caso, ¿se puede ir cuando quiera!

CROMW. Sí, retiraos (vânse.)

ESCENA VII.

CROMWELL, LA REINA.

REINA. Siendo así, puedo yo retirarme tambien.

CROMW. (Levantándose y descubriéndose.) Aun no, si V. M. me lo permite.

REINA. ¡Dios mio, ¡Qué decís señor!

CROMW. Os digo que es una solemne imprudencia de la hija del rey Enrique IV, de la hermana del rey Luis XIII y de la esposa del rey Carlos I, el venir á Inglaterra en estos momentos, y desembarcar precisamente en la ciudad que ocupa el general Oliverio

Cromwell.

REINA. Os engañais, señor.... yo no soy ni hija, ni hermana ni esposa de rey; solo soy la hija de un pobre montañés.

CROMW. Guillermo Parry no tenía mas que un hijo y una hija.

REINA. Pues bien, esa hija....

CROMW. Esa hija, cuyo nombre habeis tomado, seis meses ha que ha muerto, y ese padre cuya herencia vais á recoger, vive todavía....

REINA. Parece que vos conocéis á todo el mundo en Inglaterra y en Escocia.

CROMW. Si señora; conozco á todos aquellos que mi interés ó mi deber me fueran á conocer y por esta misma razon conozco á V. M.

REINA. Bien veo que sería inútil el negar por mas tiempo; yo soy, es verdad, no una reina que viene á reinar sobre su trono, porque en realidad, Carlos I no es ya rey; pero sí soy una mujer que viene á participar de la suerte de su esposo; ahora disponed de mí como querais.

CROMW. Yo soy el que debo esperar las órdenes de mi soberana.

REINA. ¡Qué decís!

CROMW. Digo que para mis colegas, para el parlamento y para la nacion misma, Carlos I no es tal vez mas que Carlos Estuardo; pero para mí, Carlos Estuardo es siempre rey.

REINA. En verdad, señor, que vuestras palabras me confunden.

CROMW. Diré mas, señora; la Providencia nada hace sin razon, y la Providencia indudablemente os envia á mí, para que yo os envíe á vuestro marido.

REINA. ¡Es posible!.... ¡Soy libre!.... ¡puedo ir ahora mismo á unirme con mi esposo!

CROMW. Sí, señora, y le direis lo que vais á oír de mi boca, y lo que no habeis todavía oído de la de nadie: la verdad. Le direis que si presenta la batalla, está perdido.

REINA. Pero el parlamento....

CROMW. Le direis que si tratacon el parlamento, está perdido.

REI. ¡Gran Dios.

CROMW. Le direis, por fin, que en toda la Inglaterra no hay quizá á esta hora mas que un solo hombre que desee sinceramente la salvacion de Carlos I, y que este hombre es el general Oliverio de Cromwell.

REI. ¡Hablais con sinceridad, señor!

CROMW. Sí; pero que tenga presente que detras de la voluntad está el destino; detras de la Providencia, la fatalidad. Y yo, señora, soy el hombre del destino, el hombre de la fatalidad.... Que se vaya....

REI. ¡Gran Dios.

CROMW. Diez años ha, señora, que dejaba yo la Inglaterra para irme á América. Ya tenía el pie sobre el portalon del barco que debia conducirme, y una orden del rey me prohibió dejar la Inglaterra, en donde me esperaba el porvenir.... Que se vaya.

REI. Pero eso es renunciar á toda esperanza.

CROMW. Cuando tenía quince años, se me apareció una mujer que traía en una mano

una cabeza coronada; tomó la corona de aquella cabeza, y la colocó sobre la mia: que se vaya.

REINA. Pero entonces vos confesais....

CROMW. Mi nodriza, señora, tenía una mancha de sangre que le empezaba en el pulmon y le llegaba hasta el seno; de manera que cuando me daba el pecho, no parece que yo chupaba su leche, sino sangre: que se vaya, que se vaya.

REINA. Si señor; ¡pero cómo podré yo llegar á su campamento!

CROMW. Dándoos un salvo-conduto.

REI. ¡Pero si me extravío!....

CROMW. Tambien os daré un guía.

REINA. ¡Y cuando!

CROMW. Ahora mismo: esperad.

REI. ¡Ah, señor!....

CROMW. Dejaos de demostraciones de gratitud: si alguien entrase, creeria que concedo alguna gracia, y no hago mas que justicia. [Escribe algunos renglones.] Ahí teneis el salvo-conduto para que una mujer pueda pasar al campamento real.

REI. ¡Gracias, gracias!

CROMW. Aun falta algo. (Toca las palmas de las manos.) ¡Tinndly! ¡Tinndly! [Sale un criado.] Tinndly, acompañareis á esta señora hasta las avanzadas del campo realista, y dejadla que se disfrace con el traje que guste.

TINN. Sí, general.

CROMW. Cualquiera cosa que os ofrezca, la rehusareis.

TINN. Sí, general.

CROMW. No se necesitan mas que dos horas para llegar al campo. [Tinndly hace un movimiento.] ¡Lo entendeis! Dos horas ni mas ni menos.

TINN. Bien, general.

CROMW. (A la reina.) Me imagino que ahora no podreis decir al que os envío, que soy su enemigo.

REI. ¡Quiera Dios que digais la verdad, señor, y por ahora, gracias! (Váse con el criado.)

ESCENA VIII.

CROMWELL, solo.

CROMW. Dentro de dos horas estará algo distante del campo de Carlos I. Hoy no concluirá la posada, y ya mañana será tarde para que Carlos se aproveche del consejo; pero no por eso podrá decirse que no se lo he dado. Vamos á emplear las horas que aun quedan del dia, en las combinaciones que deben darme mañana un triunfo completo.

CUADRO V.

El campo de Carlos I.º A la derecha la tienda real cerrada con una ancha colgadura, y en esta las armas de Inglaterra y de Escocia. A la izquierda una casa, cuyo piso bajo está cerrado con una ventana de enverjado de hierro, y por una puerta a la cual se sube por tres escalones. La ventana está torciendo a la izquierda: en el fondo paisaje de praderas y montañas.

ESCENA I.

DE WINTER acostado en su capa delante de la entrada de la tienda del rey. ARAMIS conversando con un centinela; luego ATHOS, después MORDAUNT, como jefe de patrulla; un centinela, D'ARTAGNAN, PORTHOS; el REY en su tienda; GROSLOW, un sargento, soldados &c.

ARAM. (Al centinela.) ¡Conqué decíais que hace dos años que no os pagan?

CENT. Sí señor, y por Dios que es bien cruel, con una guerra como la que hacemos.

ARAM. Teneis razon; pero es preciso no desesperarse. Cuando el rey Carlos vuelva á subir al trono, ya sabrá recompensar con usura á sus fieles escoceses.

CENT. Sí, si es que vuelve.

ARAM. No desconfiemos de que Dios dará la victoria á la causa de la justicia.

ATHOS. [Adelantándose vivamente por detras de la casa.] ¡Aramis!

ARAM. ¿Qué ocurre?

ATHOS. Pronto, es preciso prevenir al rey sin perder un instante.

ARAM. ¿Qué sucede, pues?

ATHOS. Seria muy largo de contar.... ¡adónde está de Winter!

ARAM. Muy cerca. (Dando un escudo al centinela.) Tomad, amigo; ahí teneis un escudo para que bebais á la salud del rey.

CENT. Venga muy en hora buena. Hace muchísimo tiempo que no veia el compañero del último que ha pasado por mis manos.

ATHOS. (Tocando á Winter por la espalda.) ¡De Winter! ¡De Winter!

DE WIN. (Despertando.) ¡Ah! ¡sois vos, conde! ¡vos, caballero! ¡Habeis observado qué rojo estaba el sol esta tarde al ponerse!

ATHOS. Milord, en una posición tan precaria como la nuestra, no es el cielo, sino la tierra, la que debemos observar. ¡Habeis estudiado á nuestros escoceses!

DE WIN. ¿Qué escocés!

ATHOS. ¿Me gusta la pregunta! ¡Cuáles serán los nuestros, los escoceses del conde de Loeven!

DE WIN. No.

ATHOS. ¿Y estais seguro de su fidelidad!

DE WIN. ¿Qué duda tiene! [Se oye la marcha de una patrulla.] Ved con qué regulari-

dad se hace el servicio. (Se oye dar la hora de lejos al reloj.) Oid, las siete... y al sonar la campana, se relevan los centinelas.

ATHOS. En efecto... (Se relevan sucesivamente los centinelas, y en fin el centinela se acerca á la tienda del rey Carlos.)

CENT. ¿Quién vive!

MORD. (Como jefe de patrulla.) Carlos y lealtad... ¿Cual es vuestra consigna!

CENT. No permitir que se acerquen á la tienda del rey, mas que aquellos que den el santo y la seña. (El jefe de la patrulla dando una bolsa al centinela.)

MORD. Tomad, ahí teneis lo ofrecido.

ATHOS. [Que ha escuchado.] ¡Dinero!

DE WIN. (A Aramis mientras que Athos da algunos pasos para asegurarse que la patrulla se alja.) Decidme, caballero, ¿no es una tradición en Francia, que la víspera del día en que fué asesinado Enrique IV, al jugar al ajedrez con el señor de Bassompierre, vió sobre el tablero unas manchas de sangre!

ARAM. Sí, milord, y el mariscal mismo, siendo yo jóven, me ha referido muchas veces esa especie.

DE WIN. Y el día siguiente mataron á Enrique IV.

ARAM. Pero, ¿qué tiene que ver aquella vision con vos, conde!

DE WIN. Ninguna... ¡pero no ignorais, caballero, que el hombre mas fuerte y animoso, tiene en la vida ciertas horas de tristeza, en las que no es dueño de sí mismo; mas no hablemos de eso. ¿Teneis algo que comunicarme, conde!

ATHOS. Quisiera hablar al rey.

DE WIN. Como ha trabajado una gran parte de la noche, ahora duermo.

ATHOS. Advertid, milord, que tengo que comunicarle cosas de la mas alta importancia.

DE WIN. ¿No podrian diferirse para mañana!

ATHOS. No: es preciso que las sepa ahora mismo, y tal vez es ya demasiado tarde.

DE WIN. [Alza la cortina de la tienda.] Entonces, entrad.

[A la luz de una lámpara se ve una mesa con muchos papeles. El rey duerme apoyado en esta mesa.]

ATHOS. [Suspirando.] ¡Sire!....

REY. (Despertando.) ¡Sois vos, conde!

ATHOS. Sí señor.

REY. Vos velais mientras yo duermo, y venis sin duda á traerme alguna noticia.

ATHOS. ¡Ah!... sí: V. M. ha acertado.

REY. Segun eso, la noticia es mala.

ATHOS. Sí Sire.

REY. (Levantándose.) No importa: el mensajero es siempre bien recibido; y vos no podeis entrar en mi tienda, sin causarme una verdadera satisfaccion, porque vuestra adhesión hacia mí, es superior á todo elogio, no conoce patria y resiste á las desgracias; y porque vos me habeis sido enviado por mi querida Enriqueta, á quien Dios haga allá en su patria, mas feliz de lo que yo soy aquí.

Hablad pues, con confianza, caballero.

ATHOS. Señor, Cromwell llegó ayer á Newcastle.

REY. Lo sé.

ATHOS. ¿Y tambien sabe V. M. el objeto de su venida!...

REY. Vendrá á batirme.

ATHOS. No, á compraros.

REY. ¿Qué decís, conde!

ATHOS. Al ejército escoces se le deben cuatrocientas mil libras esterlinas.

REY. Sí, de pagas atrasadas... Dos años ha que mis valientes y fieles escoceses, se baten por el honor.

ATHOS. Aunque el honor es una magnífica cosa, ya ellos están cansados de batirse por él, y esta noche....

REY. ¿Y bien esta noche!....

ATHOS. Esta noche acaban de vender á V. M. por doscientas mil libras esterlinas, es decir, por la mitad de lo que se les debia.

DE WIN. ¿Qué es lo que dice!

ARAM. Me lo sospechaba.

REY. ¿Los escoceses me han vendido!.... ¡imposible!... los escoceses vender á su rey por doscientas mil libras!

ATHOS. ¿Qué os admira! Los judíos vendieron á su Dios por treinta dineros.

REY. ¿Y quién es el Judas que ha hecho la venta!

ATHOS. ¿El conde de Loeven!

REY. ¿Y á quién la ha hecho!

ATHOS. Al secretario de Cromwell.

DE WIN. ¿A Mordaunt!

ATHOS. Sí, milord.

REY. ¿No es ese, de Winter, aquel jóven que me persigue con tanta tenacidad como encarnizamiento!

DE WIN. ¡Ay de mí él!....

REY. ¿Qué le he hecho yo, pues! No me acuerdo si....

DE WIN. A pedimento mio, V. M. lo ha declarado bastardo; le ha prohibido pretender la herencia de su padre y llevar su apellido.

REY. Ahora me acuerdo, es cierto. No hice en eso mas que justicia, y no me arrepiento. Decíais, señor conde....

ATHOS. Que como estaba acostado cerca de la tienda del conde de Loeven, lo he visto y lo he oido todo.

REY. ¿Y cuándo debe consumarse esa odiosa venta!

ATHOS. Esta noche misma; por consiguiente, ya ve V. M. que no hay tiempo que perder.

REY. ¿No hay tiempo que perder! ¿Y de qué serviria el que falta, si decís que estoy vendido!

ATHOS. Serviria para aprovecharnos de la noche, Sire, á travesar el Tyne y reunirnos en Escocia con lord Montrose que no os venderá.

REY. ¿Y que haré yo en Escocia! ¡una guerra de insurgente! Semejante guerra conde, es indigna de un rey.

17—TEATRO.

ATHOS. El ejemplo de Roberto Bruche está ahí para absolveros, Sire.

REY. No, conde, no; ya hace mucho tiempo que luchó, y tengo agotadas mis fuerzas. Me han vendido, ¿no es verdad! Pues que me entreguen á mis enemigos, y que la vergüenza de su traicion caiga un día sobre sus cabezas.

ATHOS. Quizás, señor, esí as como debe hablar un rey; pero no es así, por cierto, como debe obrar un esposo, y un padre. Sire, nosotros hemos atravesado el estrecho; hemos venido á vos, en nombre de vuestra esposa y de vuestros hijos; pues bien, yo os digo ahora. Venid, señor Dios así lo quiere.

REY. Triunfais, conde. ¿Y ahora que me aconsejais!

ATHOS. Hay en todo el ejército de V. M. un regimiento... uno solo con que poder contar.

REY. De Winter, ¿creeis en la fidelidad del vuestro!

WIN. Son hombres, Sire, y... esos hombres se han vuelto muy débiles ó muy pícaros. Yo creo en su fidelidad; pero no respondo de ellos; no vacilaria en confiarles mi vida; pero no me atrevo á confiarles la de V. M.

ATHOS. Entonces no contemos mas que con nosotros: somos tres hombres decididos y resueltos, y bastamos para esta empresa. Monte V. M. á caballo; colóquese en medio de nosotros, y en pocos momentos atravesaremos el Tyne, ganaremos la Escocia, y nos salvaremos.

REY. ¿Opináis lo mismo, de Winter!

DE WIN. Sí, Sire.

REY. Y vos señor d'Herblay.

ARAM. Lo mismo, Sire.

REY. Hágase como deseais, partamos.

ATHOS. Todavía no, Sire.

REY. ¿Y por qué no!

ATHOS. Los centinelas que están á la puerta de la tienda, al ver que V. M. sale, podrian dar la voz de alarma; y ante todas cosas es indispensable relevarlos.

REY. ¿Los centinelas!

ATHOS. Acabo de ver, Sire, al oficial que los colocaba en sus puestos, darles dinero en abundancia.

REY. ¿Qué es lo que me pasa!

DE WIN. ¿Y cómo relevarlos!...

ATHOS. ¡No podeis contar, milord, siquiera con cuatro hombres!....

DE WIN. Sí, entre los de mi servidumbre.

ATHOS. Pues id por ellos y demos el golpe.

DE WIN. Voy. (Vase.)

ARAM. ¿Entre tanto, conde, qué es lo que haremos!

REY. Vamos caballeros, á ocupar el tiempo en algo. [Dirigese á un armario y toma dos planchas de la órden de la Jarretierre.]

ATHOS. ¿Qué haceis, señor!

REY. Arrodiillaos, conde.

ATHOS. Esas órdenes, Sire, no pueden ser para nosotros.

REY. ¿Y por qué no!

ATHOS. Porque esas órdenes son casi reales.

REY. Dirigid una mirada á todos los reyes del mundo, mis hermanos, que me abandonan en tan crítico momento, y señaladme uno solo de ellos, que tenga un corazón mas grande y mas noble que los vuestros. No caballeros, vos no os haceis justicia, y mi deber es hacérsela. Arrodillaos, conde.

ATHOS. Ya que así lo ordenais....
REY. *[Sacando la espada.]* Yo no os diré, os hago caballero, sed valiente, fiel y leal; pero os diré, si: sois valiente, fiel y leal, y yo os hago caballero. Ahora vos, señor d'Herblay.

[Aramis se pone de rodillas, y en el momento mismo de Winter se presenta en el fondo con cuatro hombres.]

CENT. ¿Quién vive?
DE WIN. Carlos y lealtad.

CENT. Avanzad.
ARAM. Gracias, Sire. *[Levantándose.]*

ATHOS. *[Estendiendo la mano hacia las centinelas.]* Oid. *[Durante este tiempo de Winter y sus hombres se han apoderado de uno de los centinelas, pero el otro que ha oído el ruido, enristra su pica.]*

CENT. ¿Quién vive?
ARAM. *[Que ha salido de la tienda metiéndole por detrás de ella su puñal sobre el pecho.]* Si hablas una palabra, mueres.

ATHOS. *[A los hombres de Winter.]* Llevaos esos dos centinelas, y no los perdais de vista.

ARAM. Y á la primer palabra, á la primer señal, ó al primer gesto que ellos hagan, para dar la voz de alarma, matadlos.

DE WIN. Ahora, Sire, ya estamos listos. *[Se llevan los dos hombres.]*

REY. ¿Con que es preciso huir?

ATHOS. Huir por medio de un ejército, Sire, se llama en todo país del mundo, cargar.

REY. Vamos pues, caballeros.

DE WIN. *[A Aramis.]* Está herido alguno de nosotros? Yo veo en el suelo algunas gotas de sangre.

ATHOS. *[Que ha dado algunos pasos hacia fuera.]* Escuchad, Sire, escuchad.

REY. ¿Qué ocurre ahora?

ATHOS. Oigo pasos de tropa.... y oigo tambien el relincho de los caballos.

ARAM. Ya es tarde, estamos cercados por todas partes.

DE WIN. *[Da dos pasos hacia delante; mientras que el rey y sus dos compañeros escuchan.]* Vuelve luego y dice. Es el enemigo.

REY. Todo está perdido.

ATHOS. Queda todavía un recurso, Sire.

REY. ¿Cuál?

ATHOS. El disfraz: el traje de V. M. es demasiado conocido. Tome V. M. cualquiera de los nuestros, y dénos el suyo; y entre tanto que los enemigos se entretienen con aquel que creeran ser el rey; tal vez el rey conseguirá salvarse.

ARAM. El ardid es bueno, Sire, y si V. M.

se digna hacer á alguno de nosotros este honor....

REY. ¿Qué os parece, de Winter?

DE WIN. Si aun hay algun medio de salvaros, creo que el único es el que acaba de proponeros el conde de la Fère.

REY. ¿Pero como he de consentir yo!.... Al que se ponga en mi lugar, le espera, si no la muerte, la prision por lo menos.

DE WIN. Le espera el honor de haber salvado á su rey.... Elegid, Sire.

REY. Venid de Winter.

DE WIN. ¡Oh! ¡gracias mi rey!

ATHOS. No extraño que lo prefiera; hace mucho tiempo que le sirve.

ARAM. Apresuraos, Sire; entretanto, nosotros guardaremos la puerta de vuestra tienda.

[Pónerse ambas de centinelas con la espada en la mano. Entre tanto el rey da á de Winter su cordón del santo Espíritu, su sombrero y su capilla. De Winter da al rey en cambio los mismos objetos, y ademas la coraza de cobre. Al instante en que el cambio se efectúa, y en que el rey sale por el fondo de la tienda se ve venir una patrulla compuesta de seis hombres.]

ARA. ¿Quién vive?

ATHOS. ¿Quién vive?

D'ART. *[A Mordaunt en el fondo.]* Vaya, señor, que vuestro país es un país singular y raro. Aquí en tiempo de guerra, se saca siempre la bolsa, y no se tira nunca de la espada.

PORT. Parece que es costumbre inglesa.

MORD. Ya veis que el campo es nuestro; y para nosotros lo mismo es ganarlo con la espada, que comprarlo con el dinero.

D'ART. En efecto, es igual; pero no por eso deja de ser esta una guerra rara.

ATHOS Y ARA. ¿Quién vive?

MORD. Carlos y lealtad.

ATHOS Y ARA. ¡Alto ahí!—¡Atras!

MORD. ¿Cómo, atras!

D'ART. Así me gusta: en fin, esto empieza á complicarse, y ya yo tambien empiezo á creer que tiraremos de la espada.

MORD. ¿Quién, pues, ha cambiado la orden?

ARA. El rey.

MORD. ¿Y por qué?

ATHOS. Porque sois unos traidores.

D'ART. ¿Cómo traidores!....

PORT. Sí, creo que ha dicho traidores.

D'ART. Hé ahí, señores, una palabra un poco fuerte. Y nosotros vamos, si no me equivoco, á volvéroslo hacer entrar en el gárgüero.

ARA. Venid, pues.

MORD. ¡Bien! haced frente, caballeros; nosotros á la tienda del rey. *[A su gente.]*

[Athos pelea con d'Artagnan, Aramis con Porthos. Los cuatro son de igual fuerza. Repentinamente Mordaunt, se presenta en el fondo de la tienda: los hombres que siguen á Mordaunt, apresan á Winter y gritan.] ¡El rey, el rey!

MORD. No lo mateis, cogedlo vivo.... *[Mirando a Winter que creia el rey, dice:]*

¡No, no es el rey!—Os engañais; no es ver-

dad, milord de Winter, que no sois el rey? ¡No es verdad, milord de Winter, que vos sois mi tio!

WIN. *[Retrocediendo delante de Mordaunt.]* ¡El vengador!

MORD. Acuérdate de mi madre. *[Lo mata de un pistolazo.]*

[A la luz de las hachas los cuatro amigos se reconocen, pasan la espada á la mano izquierda y dicen al mismo tiempo.]

LOS CUATRO. ¡Mosqueteros!

D'ART. *[Bajo.]* Rendíos, Athos—rendiros á mí, no es rendirse.

PORT. ¡Aramis, comprendéis!

ARA. Me rindo.

MORD. *[Arrodillado cerca del cuerpo de Winter.]* Van dos.

ATHOS. *[Señalando á Mordaunt.]* ¿Veis ese jóven?

D'ART. ¿El hijo de Milady, no?

PORT. ¿El fraile?

ARA. Sí.

D'ART. No digais ni una palabra, no hagais ni un solo gesto; no aventureis ni una mirada, ni sobre mí, ni sobre Porthos, porque Milady no ha muerto, y su alma vive en el cuerpo de ese demonio. *[Durante este tiempo, el rey ha sido cercado y arrojado sobre el proscenio.]*

REY. ¿Quién de vosotros se atreverá el primero á tocar á su rey?

GROS. *[Entrando.]* Carlos Estuardo, entregadme vuestra espada.

REY. Coronel Groslow, el rey no se rinde—el hombre cede á la fuerza.... eso es todo. *[Rompe su espada.]*

GROS. Victoria, señores, el rey está en nuestro poder, está prisionero.

MORD. *[Volviéndose.]* ¡El rey! ¡ha caido el rey!

MUCHAS VOCES. Sí, sí.

MORD. Muy bien, no nos falta mas que.... *[Ve á los cuatro amigos.]*

ATHOS. Nos ha visto.

ARA. Dejad que lo quite de en medio.

D'ART. *[Mirando á sus amigos.]* ¡Bravo! *[A Mordaunt.]* Buena presa, amigo Mordaunt! Buena presa! Tambien por acá se ha hecho algo. El señor Duvalon y yo, tenemos cada uno el nuestro, y nada menos que dos caballeros de la Jarretiere.

MORD. Me parece que estos son franceses....

D'ART. Unos franceses....

ATHOS. Sí, yo soy frances....

D'ART. ¿Y qué tiene de particular!.... Son unos prisioneros patriotas.

REY. *[A Athos y Aramis.]* Salud, caballeros... La noche ha sido bien desgraciada; pero gracias á Dios, la culpa no ha sido vuestra.... ¿Adónde está mi viejo de Winter?

MORD. Buscalo, en donde está Strafford.

REY. *[Percibiendo el cadáver.]* En efecto, como Strafford, ha recibido el pago de su fidelidad. *[Se arrodilla delante de Winter, levanta su cabeza y lo besa en la frente.]* Adios corazón fiel, que has ido á buscar allá arriba

la recompensa de tu adhesion, y á prepararme la corona del martirio. ¡Adios!

D'ART. ¡Conque han matado á de Winter!

ATHOS. Sí, lo mató su sobrino.

D'ART. Pues ya ese está despachado, y es el primero de todos; que la tierra le sea leve: era un valiente.

REY. Ahora, señores, llevadme adonde querais.

GROS. La órden del general Cromwell, es llevaros á Londres.

REY. ¿Y cuándo?

GROS. Ahora mismo.

REY. Vamos, pues.

ATHOS. *[Al rey que parte.]* Salud á la majestad caida.

D'ART. ¡Voto á San Jorge, Athos! vos hareis que nos degüellen á todos.

MORD. *[A d'Artagnan y á Porthos.]* Vamos, señores, á ver al general, que tendrá muchas gracias que daros.

D'ART. Con mucho gusto, señor; pero ante todo, es preciso que los prisioneros queden bien asegurados. ¿Sabeis que cada uno de ellos vale cuatro mil escudos lo menos?

MORD. No tengais cuidado; mis soldados los custodiarán y los custodiarán bien: os respondo de ello.

D'ART. No quisiera yo darles ese trabajo, porque yo mismo los custodiaré algo mejor. Y bien mirado, ¿qué es lo que se necesita para cuidar á unos prisioneros de este jaez? poco mas que nada; una buena sala así como esta, con sus verjas de hierro, y algun centinela para cubrir el espediente; lo que es mas sencillo todavía, con su simple palabra de que no se escapanán, basta; porque en nuestro país dice un proverbio; la palabra vale el juego. En fin, señores, yo voy á arreglar todo esto; y luego que lo haya arreglado, tendré el honor de presentarme al general, pidiéndole sus órdenes para volverme á Francia.

MORD. ¿Segun eso, pensais partir muy pronto?

D'ART. Nuestra comision está concluida, y ya nada tenemos que hacer en Inglaterra, si no es admirar al grande hombre cerca del cual hemos sido enviados.

MORD. Muy bien, caballeros. *[Dirigiéndose á un sargento.]*

SARG. Harry, id por diez hombres; guardad con ellos esta puerta; y no dejéis bajo ningun pretexto, salir de aquí á esos dos prisioneros.

SARG. ¿Y esos otros dos?

MORD. Estan libres. ¿Conoceis bien esta casa?

SARG. Ya otra vez he estado aquí de faccion.

MORD. ¿Tiene otra salida?

SARG. No.

MORD. ¿No se pueden escapar?

SARG. Imposible.

MORD. ¿Perfectamente! ¿Sabeis en dónde está el general Cromwell?

SARG. Me parece que en Newcastle.

MORD. *[Saliedo.]* ¡Mi caballo! ¡pronto!

¡mi caballo!... (Durante este tiempo, d'Artagnan ha hecho entrar á sus dos amigos en la casa, cierra y se guarda la llave en el bolsillo, y Porthos mira lo que hace.)

D'ART. Amigo Porthos, en tanto yo vigilo religiosamente el umbral de esta puerta, me vais á hacer el gusto... acercaos un poco mas para que estos dos bribones no oigan lo que hablamos... vais á hacerme el gusto de reunir á Grimaud, Mousqueton y Blaisois...

PORT. Es muy fácil, porque yo les tenia indicado un paraje en donde deben prepararnos la cena.

D'ART. Bien, con eso cenaremos mañana por la mañana. Id á encontrarlos, Porthos, y que á todo trance tengan listos los caballos detras de esta casa.

PORT. ¡Y por qué no pasamos aquí la noche!

D'ART. Porque la temperatura es mala.

PORT. ¡Bah! ¡bah!

D'ART. De veras, es tal cual tengo el honor de deciroslo.

PORT. Eso es otra cosa. [Se aleja y sale.] (D'Artagnan solo, sobre el escalon mas alto. El sargento Harry y su gente se colocan en frente de la casa.)

D'ART. Véamos ahora lo que hacen estos bribones... (Baja un escalon.) ¡Hola, amigos! ¿os falta algo?... ¿Qué queréis!

SARG. Nada, señor.

D'ART. ¡Entonces, qué haceis ahí!

SARG. Tenemos orden de ayudaros á cuidar los prisioneros.

D'ART. ¡De veras! ¡Y quién os ha dado semejante orden!

SARG. El señor Mordaunt.

D'ART. Lo conozco en lo delicado y atento. Tomad, amigo mio.

SARG. ¡Y qué es esto!

D'ART. Una media corona para que bebais á salud del señor de Mordaunt.

SARG. Los puritanos no beben. [Se mete la moneda en la bolsa.]

PORT. [Saliendo.] Ya está hecho.

D'ART. ¡Silencio!

PORT. Si yo no he dicho qué es lo que está hecho.

D'ART. Valdría mas... mirad, Porthos, entrad y no salgais hasta que yo tamborilee sobre la puerta la marcha de los mosqueteros.

PORT. Bien, entraré; — pero y vos qué haceis aquí!

D'ART. ¡Yo! nada... observo las fáculas de la luna.

ESCENA II.

DICHOS, CROMWELL que entra lentamente en la tienda por el fondo.

CROM. Esta tienda tiene dos puertas; por

la una ha salido Carlos Estuardo, y por ella se va al cadalso; por la otra he entrado yo, y por ella se va al trono. Héme aquí en donde él estaba, y tal vez, voy tambien caminando para donde él va. ¡Quién te lo hubiera dicho, orgulloso Carlos Estuardo, hace diez años, hace un mes, una hora ha, que aquí sobre esta mesa, con este papel preparado para tí, con esta pluma que tú has empapado en tinta, habia yo de escribir ahora á los reyes de Europa: "Carlos Estuardo ya no es vuestro hermano!" Escribamos. [Mordaunt aparece sobre la puerta de la derecha con un ligero movimiento de impaciencia.] Ya habia dicho que queria estar solo.

MORD. No creia que esa orden hablase, señor, con aquel que llamais vuestro hijo; sin embargo, si lo ordenais, me retiraré.

CROMW. ¡Ah! ¡sois vos, Mordaunt!... Ya que estais aquí, quedaos.

MORD. Tengo el honor de felicitaros....

CROMW. ¡Y por qué!

MORD. Por la prision de Carlos Estuardo. Ahora vos sois el dueño de la Inglaterra.

CROMW. Mucho mejor lo era dos horas ha.

MORD. ¡Cómo así, general!

CROMW. Hace dos horas la Inglaterra necesitaba de mí para apoderarse del tirano, y ya el tirano está en nuestro poder. Me dijeron que han matado al coronel del regimiento de guardias de Carlos Estuardo que se habia disfrazado con su traje.

MORD. Sí señor.

CROMW. ¡Y quién!

MORD. Yo.

CROMW. ¡Cómo se llamaba!

MORD. Lord de Winter.

CROMW. Ese era vuestro tío.

MORD. Los enemigos de Inglaterra, los traidores no pertenecen á mi familia.

CROMW. [Con melancolía.] Sois un terrible servidor, Mordaunt.

MORD. Cuando el cielo lo tiene así decretado, los hombres no pueden ni alterar sus leyes, ni traficar con sus órdenes.

CROMW. [Inclinándose.] ¡Sois fuerte entre los fuertes!... retiraos....

MORD. Antes de irme, tengo, señor, si me lo permitís, algunas preguntas que haceros, y un favor que pedirós.

CROMW. ¡A mí!

MORD. (Inclinándose.) A vos, señor. Porque yo vengo á vos, que sois mi héroe, mi protector y mi padre, para preguntaros; ¿estais, señor, contento conmigo! ¿Estais satisfecho de mis servicios!

CROMW. (Mirándolo con sorpresa.) En verdad que sí, porque desde que os conozco, no solo habeis hecho vuestro deber, sino que habeis ido mucho mas lejos. Me habeis servido como amigo fiel, como diestro negociador y como buen soldado; pero, ¿adónde quereis ir á parar con esa pregunta!

MORD. Solamente á deciros, mi lord, que es llegado el momento en que con una sola palabra podreis recompensar todos mis servicios.

CROMW. Teneis razon; me habia olvidado, en efecto, que todo servicio merece una recompensa; que vos me habeis servido, y que yo no os he recompensado.

MORD. Si quereis, señor, puedo estarlo al momento mismo, y aun mucho mas allá de mis deseos.

CROMW. ¡De qué modo!

MORD. ¡Accedereis á mi súplica!

CROMW. Sepamos primero cuál es, y si puedo....

MORD. Cuando concebiais alguna idea y me encargabais de ponerla por obra, ¡os he dicho alguna vez, sepamos qué es lo que quereis y si fuere posible...!

CROMW. Y bien, Mordaunt, si es justo lo que pedís; yo os prometo que accederé á vuestra demanda.

MORD. Al caer el rey prisionero cayeron tambien con él dos caballeros; y yo os pido se me entreguen esos dos caballeros.

CROMW. ¡Son ingleses!

MORD. No señor, franceses.

CROMW. Creo que ellos han ofrecido un rescate considerable.

MORD. No sé si ellos han ofrecido ó no semejante rescate. Y aun cuando así sea....

CROMW. ¡Son amigos vuestros!

MORD. Precisamente, señor, esa es la verdad, son mis amigos, y amigos tan íntimos, que daría mi vida por las suyas.

CROMW. Pues bien, Mordaunt, te los cedo; están á tu disposicion: haz de ellos lo que quieras.

MORD. (Echándose á sus pies.) Gracias, señor, gracias. De hoy en adelante, podeis disponer de mi vida con mas franqueza todavia que hasta aquí; y cuando la perdiera por vos, aun así, no os pagaría. Gracias una y mil veces, señor, porque acabais de pagar con inaudita munificencia mis humildes servicios.

CROMW. Y qué, ¿no quereis ni mas recompensas, ni mas títulos, ni mas honores, ni mas grados!

MORD. No, milord, que ya me habeis dado cuanto darme podiais. Y desde ahora ya nada me debeis. (Se lanza fuera de la tienda.) ¡Ahí están los prisioneros! (Al sargento.)

SARG. Sí señor.

MORD. Conducidlos inmediatamente á mi alojamiento.

D'ART. ¡Qué mandais, caballero!

MORD. ¡Oh! — ¡ahí estabais vos!

D'ART. Parece que sí.

MORD. ¡Entonces habeis oido!

D'ART. Sí; pero no he comprendido....

MORD. Pues he dicho á este hombre que lleve á los prisioneros á mi alojamiento.

D'ART. ¡A vuestro alojamiento, habeis dicho! ¡A ver! Tened la bondad de repetirme lo, y no os sorprenda mi curiosidad; porque debeis figuraros que naturalmente yo deseo saber por qué razon los prisioneros hechos por el señor Duvallon y el señor d'Artagnan, se han de llevar en casa del señor Mordaunt.

MORD. Porque los prisioneros me pertenecen, y puedo disponer de ellos á mi antojo.

D'ART. Dispensadme, creo que estais en un error: los prisioneros pertenecen á sus vencedores; y por esta razon, sin duda, os apoderasteis de vuestro señor tío, y lo habeis matado. Muy bien hecho; érais el dueño de su vida; nosotros podriamos hacer lo mismo con los señores de la Fére y D'Herblay, porque nosotros los hicimos prisioneros; pero no queremos matarlos, cada cual tiene sus manías, sus gustos y sus ideas.

PORT. [Que escucha desde el interior.] ¡Oh!

¡oh!....

MORD. Sabed, caballero, que vuestra resistencia será de todo punto inútil; porque esos prisioneros los ha puesto á mi disposicion el general Oliverio Cromwell.

D'ART. ¡Vaya, señor Mordaunt! ¡y por qué no empezasteis por ahí! ¡Conque en efecto, venís de parte del señor Oliverio Cromwell, del ilustre capitán!

MORD. Sí señor.

D'ART. En ese caso nada tengo que replicar, acato sus órdenes, y en consecuencia disponed de los prisioneros.

PORT. ¡Qué demonios está diciendo este atolondrado!

MORD. ¡Gracias!

D'ART. Réstame no mas una ligera observacion que haceros. Si, como no lo dudo, el general Cromwell os ha hecho una cesion generosa de estos dos prisioneros, supongo que os habrá hecho tambien por escrito un acto en forma de esta donacion; un documento cualquiera.... Como por ejemplo, una esquelita para mí, una simple tira de papel que acredite que estais comisionado por él, que venís á su nombre. ¿Querreis enseñarme esa esquelita, ó presentarme esa tira!

MORD. Cuando yo os lo aseguro, señor, ¡me hariais la injuria de dudar de mi palabra!

D'ART. ¡Yo dudar de vuestra palabra! Dios me lo preserve! nada menos que eso. Pero debeis discurrir qué para abandonar á mis compatriotas, necesito algun documento, alguna razon plausible; en fin, una excusa. Al volver á Francia, se me puede reprochar, verbi gracia, el que yo he vendido á mis compatriotas; y á tan grave acusacion, solo puedo responder satisfactoriamente, presentando la orden del señor Cromwell.

MORD. Teneis razon, y yo os daré esa orden.

PORT. ¡Qué dice este hombre!

MORD. Pero entretanto, me permitireis que se lleven los prisioneros.

D'ART. No os precipiteis; el general Cromwell está ahí, en la tienda del rey Carlos: este es un negocio de cuatro ó cinco minutos, y por cuatro ó cinco minutos mas ó menos, no debemos festinar negocio tan grave. [Tamborilea por la puerta con una varita.]

MORD. ¡Sabeis, caballero, que yo mando aquí!

D'ART. No, yo no lo sabia. [Sale Porthos y se coloca en el quicio.]

MORD. Y que si quiero con estos dos hombres....

D'ART. Despacio, señor, despacio... veo por desgracia que á pesar de que hemos viajado juntos, no nos conocéis lo bastante. Nosotros somos franceses, somos caballeros, y somos capaces, el señor Duvalon y yo, de acabar con vos y con vuestros soldados; ¿no es verdad, señor Duvalon?

PORT. ¡Y tan verdad!...

D'ART. No os obstineis, pues, por el amor de Dios, señor Mordaunt, porque cuando alguno es obstinado conmigo, yo me obstino también. Y entonces... y entonces me domina una terquedad feroz; y el señor Duvalon es todavía más obstinado y más terco, y más feroz que yo. ¿No es así señor Duvalon?

PORT. Seguramente que soy más obstinado, más terco y más feroz: esa es la palabra propia, feroz.

D'ART. Y esto es, sin que queramos hacer valer el que somos enviados del señor cardinal Mazarin, cuyo señor cardinal representa al rey de Francia. Lo que equivale á que en este momento representemos nosotros al rey y al señor cardinal; resultando de todo lo dicho que como embajadores, somos inviolables: cosa que el señor Oliverio Cromwell, que es tan profundo político, como gran general, debe comprender perfectamente bien.

MORD. Entonces, caballero, vamos á ver al general.

D'ART. De ninguna manera; no me atrevería á distraerlo de sus graves ocupaciones. Semejantes familiaridades os pueden estar bien á vos, que sois su secretario, su amigo... A vos que os llama su hijo...

MORD. En ese caso, iré yo; esperadme aquí, caballero.

D'ART. Pero como....

MORD. No perdais de vista á esos hombres.

SARG. Descuidad.

MORD. (Entra en la tienda y dice á Cromwell.) Señor....

CROMW. (Escribiendo.) Un instante, Mordant... he concluido.

D'ART. Amigo Porthos, conservais siempre aquella famosa fuerza de muñeca que os hacia igual á Milon de Crotona?

PORT. Siempre.

D'ART. ¡Y haríais ahora, como en otro tiempo, un arco de una barra de fierro, y un tirabuzon con el mango de una badila!

PORT. Seguro.

D'ART. Entonces entrad. Estirad una de esas barras de la ventana, hasta arrancarla, ¿lo entendeis? hasta arrancarla de cuajo.

PORT. La arrancaré.

D'ART. Y luego saldrán por el hueco que deje la barra; primero Athos, luego Aramis, y vos en seguida.

PORT. ¡Pero y vos!

D'ART. Lo que es por mí, no tengais cuidado.

PORT. ¡Buena! [Entra.]

CROMW. ¡Qué quereis Mordaunt!

MORD. Una órden por escrito para que se me entreguen los dos prisioneros, porque no quieren dárme los sin una órden firmada por vos.

CROMW. Pero....

MORD. Me prometisteis que se me entregarían esos hombres; ¿me los negareis ahora?

CROMW. De niugun modo. [Toma un papel y escribe.]

MORD. (Al sargento desde la tienda.) ¡Ahí están!

SARG. Sí.

MORD. ¡Todo está tranquilo! [En este momento baja Athos.]

SARG. Todo.

MORD. ¡Perfectamente! [Aramis sale á su turno.]

D'ART. ¡Y bien! [Entreabriendo la puerta.]

PORT. (A medio solir.) Ya está hecho.

D'ART. Bravo, Porthos.

CROMW. [A Mord.] ¡Hé ahí la órden!

D'ART. ¡Ya estais fuera!

PORT. Sí.

D'ART. Entonces, yo tambien á mi vez. [Entra y cierra la puerta con cerrojo.]

MORD. (Saliendo de la tienda.) Señor d'Artagnan... Señor d'Artagnan... aquí estoy, [sube los escalones.] Esta cerrada la puerta.

TIND. (Entra en la tienda.) General, esa mujer acaba de llegar al campo; ¿qué quereis que se haga con ella?

CROMW. Nada; puede irse donde le parezca, que nosotros no hacemos la guerra á las mujeres.

D'ART. (Que ha pasado por la ventana.) Servidor vuestro, señor Mordaunt.

MORD. Señor d'Artagnan... Sargento... ¡Hola!... ayudadme á echar abajo esa puerta. [La echan abajo.]

MORD. [Se lanza en el interior, y ve arrancada la barra de la reja.] ¡Oh... á las armas... á las armas!...

CROMW. (Lecantándose.) ¡Qué ha sucedido!

MORD. Esos hombres... esos prisioneros... esos demonios que se han escapado... ¡A las armas!... ¡A las armas! [Sale corriendo en seguida de una turba de soldados.]

CROMW. Me ha pedido estos dos hombres para matarlos. ¿De qué gente estoy rodeado?... ¡qué vil canalla son mis servidores!



la evasión de los Mosqueteros

ACTO TERCERO.
CUADRO VI.

La plaza del Parlamento. A la izquierda la fachada de la hospedería de la Cuerna del Ciervo. A la derecha la entrada del Parlamento.

ESCENA UNICA.

El pueblo *atravesando la escena*. TINDLEY, TOM LOWE ATHOS, ARAMIS, D'ARTAGNAN, EL REY, LA REINA.

TODOS. ¡Al parlamento! ¡al parlamento!
TIND. (*De centinela á la puerta del Parlamento.*) ¡Atras!

TOM. ¡Cómo ¡atras! ¡Se prohíbe al pueblo la entrada del parlamento! ¡Camaradas, abajo las puertas!...

TODOS. ¡Sí, abajo las puertas! [*Fuerzan la entrada y pasan á pesar de los guardias.*]

ATHOS. [*Sale de la hospedería con Aramis.*] Amigo, no puedo contenerme. El pueblo acaba de entrar al parlamento, y es preciso que nosotros juzguemos por nosotros mismos.

ARAM. ¡Y qué hará d'Artagnan, que aun no viene?

D'ART. [*En traje de obrero.*] Aquí estoy yo; aquí estoy. ¡Estamos listos!

ATHOS. [*Vestido como un hombre del pueblo.*] Sí, amigo mio.

ARAM. (*Vestido de paisano.*) No falta mas que Porthos que anda buscando un espejo. Vamos, Porthos.

D'ART. ¡Y qué os parecen los vestidos que os he proporcionado?

ATHOS. A mí me parecen horriblos.

ARAM. Y á mí que debemos oler á puritanos desde dos leguas.

D'ART. Y yo me siento inspirado, con unas ganas de predicar, ¡espantosas!

PORTHOS. (*Entrando.*) ¡Un sientito frío en la cabeza. Esta maldita neblina me ha penetrado hasta los tuétanos á pesar de este villano vestido que encubre nuestro traje de mosqueteros.

ATHOS. (*A d'Artagnan.*) ¡Venís de la sesión?

D'ART. Sí.

ATHOS. ¡Y qué habeis sabido!

D'ART. Que hoy mismo se dará el decreto, y quizá se esté dando en este momento.

ATHOS. ¡Y quién lo dá?

D'ART. El parlamento puro.

ARAM. ¡Cómo el parlamento puro! pues qué, ¡hay dos parlamentos!

D'ART. Por parlamento puro, amigo mio, se entiende el parlamento que el coronel Prigde ha purificado.

ARAM. En verdad que estas gentes tienen

un ingenio sutil, y casi sobrehumano; cuando volvais á Francia, d'Artagnan, no sería malo que enseñaseis tan ingenioso medio al cardenal Mazarin y á su amable coadjutor, con eso, el uno purificará en nombre de la corte, y el otro en nombre del pueblo; y á fuerza de purificaciones, acabaremos porque no haya parlamento.

PORTHOS. ¡Y quién es ese coronel Prigde!

D'ART. El coronel Prigde amigo Porthos, es un ex-carretero, hombre de mucho talento, que cuando conducía su carreta y hallaba alguna piedra en el camino que le estorbaba el paso, creía mas fácil y mas cómodo quitar la piedra, que hacer pasar la rueda por encima de ella. Siguiendo este mismo sistema en política, y observando que en el parlamento habia doscientos cincuenta y un miembros, y que ciento noventa y uno le incomodaban, y podían volcar fácilmente su carro político, lo que hizo fué quitarlos, como hacia en otro tiempo con las piedras, y arrojarlos de la cámara, ó lo que es lo mismo, ponerlos fuera del camino.

PORTHOS. ¡Lindamente!

D'ART. ¡Empezais á persuadirlos, Athos, que esta es una causa perdida!

ATHOS. Mucho lo temo; sin embargo, estoy decidido á no variar de propósito.

D'ART. Y por consiguiente ni yo tampoco. Ya os acordais, Athos de nuestro convenio; á donde quiera que vayais, yo iré tambien; lo que vos hagais, yo tambien lo haré; seremos en lo futuro lo que hemos sido hasta aquí; tenemos un mismo corazón y debemós correr igual suerte; pero ya sabeis, Athos, que todo es con una condición.

ATHOS. ¡Cuál!

D'ART. Que si alguna vez atrapo al señor Mordaunt entre mis uñas, ni vos intercederéis por él, ni os opondreis á nada de cuanto queramos hacer con su importante persona.

ATHOS. D'Artagnan, ¡y por qué estais irritado contra ese jóven!

D'ART. Por vida mia, que la pregunta es original. ¡Por qué me irrita tanto con una serpiente, con un tigre rabioso! Si vos le hubierais visto como yo, mirar al rey Carlos de una manera feroz, con una cierta rabia convulsiva; si vos hubierais sorprendido aquella mirada, como yo la he sorprendido, os juro Athos que vos habríais hecho añicos al señor Mordaunt sin piedad ni misericordia, porque aquella mirada siniestra y penetrante queria decir: "rey Carlos, yo te mataré como he matado al verdugo de Bethune, como he matado á mi tio." Cuando mató á de Winter le hemos oido decir: ya van dos. Cuidado, Athos, con que llegue á decir: ya van tres.

PORT. ¡Pero á qué hablar de eso, si ya está decidido lo que ha de ser!

ATHOS. Sí, dejémoslo, y tened la bondad de decirnos qué hay del rey. (*Rumores y gritos del pueblo.*)

PUEBLO. ¡Viva el parlamento!

TOM. (*saliendo del parlamento.*) ¡Condenado, condenado á muerte!

ACTO TERCERO.
CUADRO VI.

La plaza del Parlamento. A la izquierda la fachada de la hospedería de la Cuerna del Ciervo. A la derecha la entrada del Parlamento.

ESCENA UNICA.

El pueblo *atravesando la escena*. TINDLEY, TOM LOWE ATHOS, ARAMIS, D'ARTAGNAN, EL REY, LA REINA.

TODOS. ¡Al parlamento! ¡al parlamento!
TIND. *(De centinela á la puerta del Parlamento.)* ¡Atras!

TOM. ¡Cómo ¡atras! ¡Se prohíbe al pueblo la entrada del parlamento! ¡Camaradas, abajo las puertas!...

TODOS. ¡Sí, abajo las puertas! *[Fuerzan la entrada y pasan á pesar de los guardias.]*

ATHOS. *[Sale de la hospedería con Aramis.]* Amigo, no puedo contenerme. El pueblo acaba de entrar al parlamento, y es preciso que nosotros juzguemos por nosotros mismos.

ARAM. ¡Y qué hará d'Artagnan, que aun no viene?

D'ART. *[En traje de obrero.]* Aquí estoy yo; aquí estoy. ¡Estamos listos!

ATHOS. *[Vestido como un hombre del pueblo.]* Sí, amigo mio.

ARAM. *(Vestido de paisano.)* No falta mas que Porthos que anda buscando un espejo. Vamos, Porthos.

D'ART. ¡Y qué os parecen los vestidos que os he proporcionado?

ATHOS. A mí me parecen horriblos.

ARAM. Y á mí que debemos oler á puritanos desde dos leguas.

D'ART. Y yo me siento inspirado, con unas ganas de predicar, ¡espantosas!

PORTHOS. *(Entrando.)* ¡Un sientito frío en la cabeza. Esta maldita neblina me ha penetrado hasta los tuétanos á pesar de este villano vestido que encubre nuestro traje de mosqueteros.

ATHOS. *(A d'Artagnan.)* ¡Venís de la sesión?

D'ART. Sí.

ATHOS. ¡Y qué habeis sabido!

D'ART. Que hoy mismo se dará el decreto, y quizá se esté dando en este momento.

ATHOS. ¡Y quién lo dá?

D'ART. El parlamento puro.

ARAM. ¡Cómo el parlamento puro! pues qué, ¡hay dos parlamentos!

D'ART. Por parlamento puro, amigo mio, se entiende el parlamento que el coronel Prigde ha purificado.

ARAM. En verdad que estas gentes tienen

un ingenio sutil, y casi sobrehumano; cuando volvais á Francia, d'Artagnan, no sería malo que enseñaseis tan ingenioso medio al cardenal Mazarin y á su amable coadjutor, con eso, el uno purificará en nombre de la corte, y el otro en nombre del pueblo; y á fuerza de purificaciones, acabaremos porque no haya parlamento.

PORTHOS. ¡Y quién es ese coronel Prigde!

D'ART. El coronel Prigde amigo Porthos, es un ex-carretero, hombre de mucho talento, que cuando conducía su carreta y hallaba alguna piedra en el camino que le estorbaba el paso, creía mas fácil y mas cómodo quitar la piedra, que hacer pasar la rueda por encima de ella. Siguiendo este mismo sistema en política, y observando que en el parlamento habia doscientos cincuenta y un miembros, y que ciento noventa y uno le incomodaban, y podían volcar fácilmente su carro político, lo que hizo fué quitarlos, como hacia en otro tiempo con las piedras, y arrojarlos de la cámara, ó lo que es lo mismo, ponerlos fuera del camino.

PORTHOS. ¡Lindamente!

D'ART. ¡Empezais á persuadirlos, Athos, que esta es una causa perdida!

ATHOS. Mucho lo temo; sin embargo, estoy decidido á no variar de propósito.

D'ART. Y por consiguiente ni yo tampoco. Ya os acordais, Athos de nuestro convenio; á donde quiera que vayais, yo iré tambien; lo que vos hagais, yo tambien lo haré; seremos en lo futuro lo que hemos sido hasta aquí; tenemos un mismo corazón y debemós correr igual suerte; pero ya sabeis, Athos, que todo es con una condición.

ATHOS. ¡Cuál!

D'ART. Que si alguna vez atrapo al señor Mordaunt entre mis uñas, ni vos intercederéis por él, ni os opondreis á nada de cuanto queramos hacer con su importante persona.

ATHOS. D'Artagnan, ¡y por qué estais irritado contra ese jóven!

D'ART. Por vida mia, que la pregunta es original. ¡Por qué me irrita tanto con una serpiente, con un tigre rabioso! Si vos le hubierais visto como yo, mirar al rey Carlos de una manera feroz, con una cierta rabia convulsiva; si vos hubierais sorprendido aquella mirada, como yo la he sorprendido, os juro Athos que vos habriais hecho añicos al señor Mordaunt sin piedad ni misericordia, porque aquella mirada siniestra y penetrante queria decir: "rey Carlos, yo te mataré como he matado al verdugo de Bethune, como he matado á mi tio." Cuando mató á de Winter le hemos oido decir: ya van dos. Cuidado, Athos, con que llegue á decir: ya van tres.

PORT. ¡Pero á qué hablar de eso, si ya está decidido lo que ha de ser!

ATHOS. Sí, dejémoslo, y tened la bondad de decirnos qué hay del rey. *(Rumores y gritos del pueblo.)*

PUEBLO. ¡Viva el parlamento!

TOM. *(saliendo del parlamento.)* ¡Condenado, condenado á muerte!

PUEBLO. ¡Viva el parlamento! ¡viva el señor Cromwell! ...

ATHOS. ¡El rey condenado á muerte!

D'ART. ¡Vamos, Athos, no desmayéis: que mil demonios! aun no está perdido todo; un gascon tiene mas de un ardid en la mollera. Todavía vamos á ver.

ATHOS. Amigo mio, ya para el rey está todo concluido.

D'ART. Y yo os digo que no.

LOS GUARDIAS. ¡A la espalda! ¡a la espalda!

PAR. (Saliendo el primero.) ¡Sire, por el amor de Dios! cuando salgais no mireis á vuestra derecha. [Procura distraer la atencion del rey que baja por la escalera del parlamento.]

REY. ¡Y por qué no, mi fiel Parry!

PAR. ¡Oh, mi rey! Yo os suplico que no mireis...

REY. ¡Pues qué es lo que hay allí!

PAR. ¡Ah! ¡qué os importa!

REY. ¡No acabas de oír que me echaban en cara el que nada haya visto por mi mismo! Parry, no mas treinta y seis horas me quedan de vida, y quiero ver. (Da de mano á Parry y mira al bastidor.) ¡Ah sí, el hacha, el hacha! espantajo ingenioso y muy digno de aquellos que no saben lo que es un caballero. Sabes, pues, hacha del verdugo, que tú no me amedrentas, [da con su caña en el tajo] y que yo te hiero, esperando paciente y cristiano que me vuelvas el golpe. Vamos, (echa á andar) ¡cuanta gente, y ni un amigo!

ATHOS. Salud á la majestad caída. (Tu multo.)

PUEBLO. ¡Fuera! ¡Muerte á los Estuardistas!

CARLOS. ¡Qué he visto!

D'ART. Y PORT. [Arrojándose de cada lado de Athos.] ¡Atras!

ARAM. (Deslizándose cerca del rey.) Sire, aun no está perdido todo; nosotros vigilamos.

TOM. ¡Salud! ¡qué es lo que ese hombre dice! vas á ver ¡oh majestad! cómo Tom Lowe te saluda. [Agarra una piedra que arroja al rey, y lo detienen.]

CARLOS. ¡Desgraciado! por una media corona hubiera hecho lo mismo con su padre.

ATHOS. [Querriendo tirarse á él.] ¡Oh miserable!

D'ART. Callad, Athos, que este hombre corre de mi cuenta.

CARLOS. ¡Dios mio! Dadme resignacion y fortaleza; sostenedme hasta el término de mi martirio.

REINA. No, no, dejadme, quiero verlo, quiero hablarle.

ATHOS. ¡Cómo, la reina en Lóndres!

ARAM. Conde, tened un poco de paciencia.

REINA. ¡Carlos, mi rey! (Se precipita por entre la multitud y llega á Carlos.)

CARLOS. Enriqueta, tú aquí, ¡mi ángel adorado! ¡ah! ahora ya puedo morir, pues te vuelvo á ver.

TOM. Una mujer, alguna querida, alguna cortesana; paso á la querida de Estuardo.

CARLOS. Os engañais, esta es... no, no es ni una cortesana ni mi querida; (Le arranca el velo) Es vuestra reina. Saludadla todos; ella no está condenada. [Profundo silencio.]

Gracias, corazón puro, fiel y sincero, para quien no ecsiste la adversa fortuna; para quien la embravecida y borrascosa mar, es un vergel salpicado de flores. Sí, ángel del cielo, tú, semejante á los enviados del Señor, te complaces en cernerte sobre los abismos que estan á sus piés. ¡Gracias, Dios bueno! ¡gracias adorada esposa!

REINA. ¡Carlos mio, bendecidme!

CARLOS. ¡Oh! sí, yo os bendigo con toda la efusion de mi alma. Sí, recibid la triple bendicion del infeliz rey que va á morir. Yo te bendigo como reina, te bendigo como esposa, y como madre te bendigo. Tu martirio va á ser mas doloroso que el mio, porque tú vivirás, y tú...

REINA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! protegedle.

CARLOS. (Besándola en la frente) Ahora, insultadla, si os atreveis. Vamos, señores, ya os sigo. (La reina quiere seguir á Carlos, Athos y Aramis la hacen entrar en la posada de la Cuerna del Cierro. Carlos se aleja, lo siguen todos, excepto los cuatro amigos y Tom Lowe que se queda con uno de sus compañeros.)

UN HOMBRE. Haz hecho muy mal en insultarlo, Tom. A mí me daba compasion.

TOM. Porque tú tienes el corazón de un cobarde: si se vuelve á repetir la escena, vuelvo á hacer lo mismo.

HOMB. Lo creo; adios. [Vase.]

TOM. ¡Qué quereis! [Procurando pasar y encontrándose siempre con alguno al paso.]

D'ART. Voy á decírtelo.

TOM. ¡Eh! [Retrocediendo hasta Porthos.]

D'ART. (Tocándole con el dedo en el pecho.)

Tú has sido un cobarde; has insultado á un hombre sin defensa, y vas á morir. [Se echa al hombro el embozo de su capa, y tira de la espada.] No, nada de hierro: la espada se des- envaina entre caballeros. Porthos, apartad á ese miserable de un puñetazo. [El hombre retrocede, Porthos y él entran en el bastidor; se oye un grito y el ruido de un cuerpo que cae.]

D'ART. Así morirán todos aquellos que olviden que un hombre entre cadenas, es una cabeza sagrada.

ATHOS. Y que un rey cautivo, es dos veces el representante del Señor.

PORT. [Entrando.] Me sorprenderá mucho que se vuelva á levantar.

D'ART. Ahora que cada cual esté listo.

TODOS. ¡Pues qué hay!

D'ART. Tengo un proyecto.

CUADRO VII.

La sala de White Hall. A la derecha una ventana, á la izquierda una camilla para descansar. En el fondo una puerta.

ESCENA I.

El REY, PARRY adormecido en un sillón, luego ARAMIS y el coronel TOMLINSON.

REY. (Deteniéndose delante de Parry.) ¡Duerme! El sacrificio y el cariño han cedido á la fatiga. ¡Pobre viejo servidor! El me ha acostado en mi cuna; él me acostará en mi sepulcro. Duerme, fiel Parry, duerme, mientras á mí me parece que sueño, y que cuanto me ha sucedido de quince dias acá, no es mas que un delirio de mi febril imaginacion. (Va á la ventana.) Pero no, no hay tal delirio, todo es realidad. Veo relucir los mosquetes de los centinelas, y veo unos hombres que trabajan al pié de esta ventana. Ayer fui condenado por el parlamento, y hoy me hallo prisionero en White Hall, y estos son los retratos de mis antepasados, que parece que se animan para verme morir. Tranquilizaos, nobles abuelos míos, tranquilizaos, que quedareis contentos y satisfechos de vuestro hijo. [Se sienta delante de una mesa.] ¡Ay de mí! si en estos momentos supremos, tuviera al menos para que me asistiese una de esas lumbreras de la Iglesia, de alma pura é ilustrada, que ha sondado ya todos los misterios de la vida, y todas las pequenezas de la grandeza humana, tal vez su voz ahogaría la voz de un padre y de un esposo que se lamenta en el fondo de su alma. ¡Ah! pero quizás será un clérigo cualquiera, un ignorante á quien tal vez mi caída habrá cortado la carrera y la fortuna; que me hablará de la muerte, de la eternidad, y de Dios, de la manera trivial que él ha hablado á otros moribundos, sin que comprenda su alta mision en tan tórrido trance, y sin que pueda figurarse que este moribundo real, tiene mas objetos que sentir que el comun de los hombres, en este miserable mundo, del cual se le arranca violentamente. [Da la hora.]

PARRY. [Despertándose.] ¡Dios mio! perdón, Sire, perdón, me he dormido; pero en medio de mi sueño he oído dar la hora. ¡Qué hora es, Sire!

CARLOS. Las seis: tranquilízate, aun hemos de estar juntos algunos instantes. Hasta las ocho.

PARRY. ¡Oh! mi rey... me parece que no osarán cometer semejante sacrilegio.

REY. ¡Qué te han dicho respecto de mis hijos!

PARRY. Que V. M. podrá verlos.

CARLOS. ¡Y respecto de mi confesor!

PARRY. Que una vez que V. M. habia elegido al señor Juron, éste recibiria la órden para poder venir aquí; tropiezan, sin embargo, con una dificultad. Su puritanismo se espanta al considerar que un sacerdote debe acercarse á V. M. con hábitos eclesiásticos. Ecsijen que el señor Juron se presente aquí en traje seglar.

CARLOS. ¡Y él ha consentido!

PARRY. Por satisfacer los últimos deseos de V. M., ha dicho que á todo estaba dispuesto.

CARLOS. Vaya, son menos malos de lo que yo creía. Parry, no he cerrado los ojos en toda la noche, y estoy muy fatigado.

PARRY. Sire, echaos un instante en vuestro lecho, que yo os guardaré el sueño; y creo que vuestros verdugos tambien lo respetarán.

CARLOS. Sí, voy á reposar un solo instante, para recobrar mis fuerzas. (Se acuesta, se oye clacar cerca de la ventana.)

PARRY. ¡Válgame Dios! Esto solo nos faltaba.

CARLOS. Parry, ¡no podriamos conseguir que estos obreros no golpearan tanto! (El ruido aumenta.)

PARRY. Sí, Sire, voy á suplicárselos. (Abre la ventana.)

CENTIN. ¡Atras!

PARRY. Perdonad, me asomaba solo para decir á esos trabajadores que S. M. les suplica no hagan tanto ruido.

CENT. Si no es mas que eso, decídselos.

PARRY. Amigos míos, ¡me haceis favor de no meter tanto ruido! El rey duerme y tiene necesidad de reposo. (Presentase Athos, y le pone el dedo en la boca.) ¡El señor conde de la Fère!

LA VOZ. [De d'Artagnan.] Está bueno; dí á tu amo, que si duerme mas ahora, dormirá mejor mañana á la noche.

PARRY. [Retrocediendo.] ¡Si estaré soñando!

[Cierra la ventana.]

REY. ¡Qué dicen!

PARRY. ¡Sabeis quién ese obrero que mete tanto ruido!

REY. ¡Cómo quieres tú que lo sepa! ¡Qué razon tengo yo para conocer á ese hombre!

PARRY. Pues es, Sire, el conde de la Fère.

REY. ¡El conde de la Fère entre esos trabajadores! ¡Estás loco Parry!

PARRY. Sí, Sire, entre esos trabajadores, y seguramente está allí con intencion de hacer un agujero en la pared.

REY. ¡Chito! ¡Tú lo has visto!

PARRY. Y V. M. lo habria visto tambien, si hubiese mirado del lado de la ventana.

REY. [Bajando de la cama.] Me parece que fué él quien me ha saludado, cuando salia del parlamento.

PARRY. Sí, Sire, él mismo.

REY. Por mas que mis verdugos me llamen tirano; un hombre á quien en la desgracia se le tributan tantos homenajes de con-

PUEBLO. ¡Viva el parlamento! ¡viva el señor Cromwell! ...

ATHOS. ¡El rey condenado á muerte!

D'ART. ¡Vamos, Athos, no desmayéis: que mil demonios! aun no está perdido todo; un gascon tiene mas de un ardid en la mollera. Todavía vamos á ver.

ATHOS. Amigo mio, ya para el rey está todo concluido.

D'ART. Y yo os digo que no.

LOS GUARDIAS. ¡A la espalda! ¡a la espalda!

PAR. (Saliendo el primero.) ¡Sire, por el amor de Dios! cuando salgais no mireis á vuestra derecha. [Procura distraer la atención del rey que baja por la escalera del parlamento.]

REY. ¡Y por qué no, mi fiel Parry!

PAR. ¡Oh, mi rey! Yo os suplico que no mireis...

REY. ¡Pues qué es lo que hay allí!

PAR. ¡Ah! ¡qué os importa!

REY. ¡No acabas de oír que me echaban en cara el que nada haya visto por mi mismo! Parry, no mas treinta y seis horas me quedan de vida, y quiero ver. (Da de mano á Parry y mira al bastidor.) ¡Ah sí, el hacha, el hacha! espantajo ingenioso y muy digno de aquellos que no saben lo que es un caballero. Sabes, pues, hacha del verdugo, que tú no me amedrentas, [da con su caña en el tajo] y que yo te hiero, esperando paciente y cristiano que me vuelvas el golpe. Vamos, (echa á andar) ¡cuanta gente, y ni un amigo!

ATHOS. Salud á la majestad caída. (Tu multo.)

PUEBLO. ¡Fuera! ¡Muerte á los Estuardistas!

CARLOS. ¡Qué he visto!

D'ART. Y PORT. [Arrojándose de cada lado de Athos.] ¡Atras!

ARAM. (Deslizándose cerca del rey.) Sire, aun no está perdido todo; nosotros vigilamos.

TOM. ¡Salud! ¡qué es lo que ese hombre dice! vas á ver ¡oh majestad! cómo Tom Lowe te saluda. [Agarra una piedra que arroja al rey, y lo detienen.]

CARLOS. ¡Desgraciado! por una media corona hubiera hecho lo mismo con su padre.

ATHOS. [Querriendo tirarse á él.] ¡Oh miserable!

D'ART. Callad, Athos, que este hombre corre de mi cuenta.

CARLOS. ¡Dios mio! Dadme resignacion y fortaleza; sostenedme hasta el término de mi martirio.

REINA. No, no, dejadme, quiero verlo, quiero hablarle.

ATHOS. ¡Cómo, la reina en Lóndres!

ARAM. Conde, tened un poco de paciencia.

REINA. ¡Carlos, mi rey! (Se precipita por entre la multitud y llega á Carlos.)

CARLOS. Enriqueta, tú aquí, ¡mi ángel adorado! ¡ah! ahora ya puedo morir, pues te vuelvo á ver.

TOM. Una mujer, alguna querida, alguna cortesana; paso á la querida de Estuardo.

CARLOS. Os engañais, esta es... no, no es ni una cortesana ni mi querida; (Le arranca el velo) Es vuestra reina. Saludadla todos; ella no está condenada. [Profundo silencio.]

Gracias, corazón puro, fiel y sincero, para quien no ecsiste la adversa fortuna; para quien la embravecida y borrascosa mar, es un verjel salpicado de flores. Sí, ángel del cielo, tú, semejante á los enviados del Señor, te complaces en cernerte sobre los abismos que estan á sus piés. ¡Gracias, Dios bueno! ¡gracias adorada esposa!

REINA. ¡Carlos mio, bendecidme!

CARLOS. ¡Oh! sí, yo os bendigo con toda la efusion de mi alma. Sí, recibid la triple bendicion del infeliz rey que va á morir. Yo te bendigo como reina, te bendigo como esposa, y como madre te bendigo. Tu martirio va á ser mas doloroso que el mio, porque tú vivirás, y tú...

REINA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! protegedle.

CARLOS. (Besándola en la frente) Ahora, insultadla, si os atreveis. Vamos, señores, ya os sigo. (La reina quiere seguir á Carlos, Athos y Aramis la hacen entrar en la posada de la Cuerna del Cierro. Carlos se aleja, lo siguen todos, excepto los cuatro amigos y Tom Lowe que se queda con uno de sus compañeros.)

UN HOMBRE. Haz hecho muy mal en insultarlo, Tom. A mí me daba compasion.

TOM. Porque tú tienes el corazón de un cobarde: si se vuelve á repetir la escena, vuelvo á hacer lo mismo.

HOMB. Lo creo; adios. [Vase.]

TOM. ¡Qué quereis! [Procurando pasar y encontrándose siempre con alguno al paso.]

D'ART. Voy á decírtelo.

TOM. ¡Eh! [Retrocediendo hasta Porthos.]

D'ART. (Tocándole con el dedo en el pecho.)

Tú has sido un cobarde; has insultado á un hombre sin defensa, y vas á morir. [Se echa al hombro el embozo de su capa, y tira de la espada.] No, nada de hierro: la espada se des- envaina entre caballeros. Porthos, apartad á ese miserable de un puñetazo. [El hombre retrocede, Porthos y él entran en el bastidor; se oye un grito y el ruido de un cuerpo que cae.]

D'ART. Así morirán todos aquellos que olviden que un hombre entre cadenas, es una cabeza sagrada.

ATHOS. Y que un rey cautivo, es dos veces el representante del Señor.

PORT. [Entrando.] Me sorprenderá mucho que se vuelva á levantar.

D'ART. Ahora que cada cual esté listo.

TODOS. ¡Pues qué hay!

D'ART. Tengo un proyecto.

CUADRO VII.

La sala de White Hall. A la derecha una ventana, á la izquierda una camilla para descansar. En el fondo una puerta.

ESCENA I.

El REY, PARRY adormecido en un sillón, luego ARAMIS y el coronel TOMLINSON.

REY. (Deteniéndose delante de Parry.) ¡Duerme! El sacrificio y el cariño han cedido á la fatiga. ¡Pobre viejo servidor! El me ha acostado en mi cuna; él me acostará en mi sepulcro. Duerme, fiel Parry, duerme, mientras á mí me parece que sueño, y que cuanto me ha sucedido de quince dias acá, no es mas que un delirio de mi febril imaginacion. (Va á la ventana.) Pero no, no hay tal delirio, todo es realidad. Veo relucir los mosquetes de los centinelas, y veo unos hombres que trabajan al pié de esta ventana. Ayer fui condenado por el parlamento, y hoy me hallo prisionero en White Hall, y estos son los retratos de mis antepasados, que parece que se animan para verme morir. Tranquilizaos, nobles abuelos míos, tranquilizaos, que quedareis contentos y satisfechos de vuestro hijo. [Se sienta delante de una mesa.] ¡Ay de mí! si en estos momentos supremos, tuviera al menos para que me asistiese una de esas lumbreras de la Iglesia, de alma pura é ilustrada, que ha sondado ya todos los misterios de la vida, y todas las pequenezas de la grandeza humana, tal vez su voz ahogaría la voz de un padre y de un esposo que se lamenta en el fondo de su alma. ¡Ah! pero quizás será un clérigo cualquiera, un ignorante á quien tal vez mi caída habrá cortado la carrera y la fortuna; que me hablará de la muerte, de la eternidad, y de Dios, de la manera trivial que él ha hablado á otros moribundos, sin que comprenda su alta mision en tan tórrido trance, y sin que pueda figurarse que este moribundo real, tiene mas objetos que sentir que el comun de los hombres, en este miserable mundo, del cual se le arranca violentamente. [Da la hora.]

PARRY. [Despertándose.] ¡Dios mio! perdón, Sire, perdón, me he dormido; pero en medio de mi sueño he oido dar la hora. ¡Qué hora es, Sire!

CARLOS. Las seis: tranquilízate, aun hemos de estar juntos algunos instantes. Hasta las ocho.

PARRY. ¡Oh! mi rey... me parece que no osarán cometer semejante sacrilegio.

REY. ¡Qué te han dicho respecto de mis hijos!

PARRY. Que V. M. podrá verlos.

CARLOS. ¡Y respecto de mi confesor!

PARRY. Que una vez que V. M. habia elegido al señor Juron, éste recibiria la órden para poder venir aquí; tropiezan, sin embargo, con una dificultad. Su puritanismo se espanta al considerar que un sacerdote debe acercarse á V. M. con hábitos eclesiásticos. Ecsijen que el señor Juron se presente aquí en traje seglar.

CARLOS. ¡Y él ha consentido!

PARRY. Por satisfacer los últimos deseos de V. M., ha dicho que á todo estaba dispuesto.

CARLOS. Vaya, son menos malos de lo que yo creía. Parry, no he cerrado los ojos en toda la noche, y estoy muy fatigado.

PARRY. Sire, echaos un instante en vuestro lecho, que yo os guardaré el sueño; y creo que vuestros verdugos tambien lo respetarán.

CARLOS. Sí, voy á reposar un solo instante, para recobrar mis fuerzas. (Se acuesta, se oye clacar cerca de la ventana.)

PARRY. ¡Válgame Dios! Esto solo nos faltaba.

CARLOS. Parry, ¡no podriamos conseguir que estos obreros no golpeasen tanto! (El ruido aumenta.)

PARRY. Sí, Sire, voy á suplicárselos. (Abre la ventana.)

CENTIN. ¡Atras!

PARRY. Perdonad, me asomaba solo para decir á esos trabajadores que S. M. les suplica no hagan tanto ruido.

CENT. Si no es mas que eso, decídselos.

PARRY. Amigos míos, ¡me haceis favor de no meter tanto ruido! El rey duerme y tiene necesidad de reposo. (Presentase Athos, y le pone el dedo en la boca.) ¡El señor conde de la Fère!

LA VOZ. [De d'Artagnan.] Está bueno; dí á tu amo, que si duerme mas ahora, dormirá mejor mañana á la noche.

PARRY. [Retrocediendo.] ¡Si estaré soñando!

[Cierra la ventana.]

REY. ¡Qué dicen!

PARRY. ¡Sabeis quién ese obrero que mete tanto ruido!

REY. ¡Cómo quieres tú que lo sepa! ¡Qué razon tengo yo para conocer á ese hombre!

PARRY. Pues es, Sire, el conde de la Fère.

REY. ¡El conde de la Fère entre esos trabajadores! ¡Estás loco Parry!

PARRY. Sí, Sire, entre esos trabajadores, y seguramente está allí con intencion de hacer un agujero en la pared.

REY. ¡Chito! ¡Tú lo has visto!

PARRY. Y V. M. lo habria visto tambien, si hubiese mirado del lado de la ventana.

REY. [Bajando de la cama.] Me parece que fué él quien me ha saludado, cuando salia del parlamento.

PARRY. Sí, Sire, él mismo.

REY. Por mas que mis verdugos me llamen tirano; un hombre á quien en la desgracia se le tributan tantos homenajes de con-

sideracion y de respeto, no puede menos que ser vengado por la posteridad.

PARRY. ¡Sire!...

REY. ¡Qué hacer!

PARRY. Oigo ruido en el corredor.

REY. ¡Quién será!

UNA VOZ. El señor Juron.

ESCENA II.

Los mismos, ARAMIS, luego el coronel TOMLINSON embozado en una capa negra y con un sombrero de ala ancha.

REY. Muy bien venido, Juron. Vaya, Parry, ya no llores; mira como Dios viene á visitarnos: entrad, padre mio; venid, mi último amigo; no me esperaba yo que os permitiesen el verme.

ARA. ¡Quién es este hombre, Sire?

REY. Parry, mi antiguo criado, un hombre consagrado á mí, y al que os recomiendo despues de mi muerte.

ARA. Siendo Parry, nada tengo que temer. Permittedme, Sire, que despues de saludar á V. M., os diga la causa que aquí me trae. *(Se descubre.)*

CARLOS. ¡El caballero d'Herblay!... ¡Cómo habeis podido llegar hasta aquí! ¡Gran Dios! si os reconociesen, estabais perdido.

ARA. Sire, no penseis en mí, sino en vos; ya lo veis, vuestros amigos no os abandonan.

CARLOS. Ya lo sabia, pero yo apenas podia creerlo.

ARA. ¡Lo sabiais, Sire!

CARLOS. Parry habia reconocido al conde de la Fére entre los trabajadores.

ARA. En efecto.

CARLOS. ¡Pero cómo es eso! Explicadme este enigma. ¡Está él solo!

ARA. No, Sire, le acompañan otros dos amigos que se han adherido á vuestra causa.

CARLOS. ¡Pero qué habeis hecho, qué pensais hacer!

ARA. Ayer tarde, Sire, cuando las carretas de los carpinteros se detuvieron delante de las ventanas de V. M., debeis haber oido un grito.

CARLOS. Sí, me acuerdo.

ARA. Aquel grito lo dió el jefe de las obras públicas; una viga habia rodado de la carreta, y le rompió la pierna.

CARLOS. ¡Y despues!

ARA. Para que la tarea se hiciese con mas prontitud, él debia llevar al maestro carpintero cuatro obreros; pero como la herida le obligó á enviar en su lugar á uno de aquellos hombres, con una carta de recomendacion, nosotros compramos aquella carta, y con ella nos presentamos al maestro carpintero que con ella nos recibió muy bien.

CARLOS. ¡Pero qué esperanza teneis de...!

ARA. ¡V. M. dice que ha visto al conde de la Fére!

CARLOS. Sí

ARA. Pues bien, el conde de la Fére se ocupa de horadar la pared. Debajo de la ventana de V. M., hay un cancel, semejante á un entresuelo; el conde se mete en este cancel, levanta una tabla del piso, se cuelga por ahí V. M., se ajusta de nuevo la tabla; V. M. va á salir á una de las escaleras del cadalso. Ahí está preparado un traje de obrero, os lo poneis, descendéis luego con nosotros y al mismo tiempo que nosotros....

CARLOS. Pero para esa operacion, seria preciso mucho tiempo,

ARA. El tiempo, Sire, no faltará.

CARLOS. Olvidais que á las ocho....

ARA. Sí; pero á las ocho no se encontrará al verdugo.

CARLOS. ¡Pues dónde está?

ARA. En una sala baja de la posada de la Cuerna del Ciervo, y muy bien custodiado por nuestros tres lacayos.

CARLOS. En verdad que sois unos hombres prodigiosos; y si tales cosas me hubieran contado, estad seguro que no las creeria; pero supongamos que me evado de la prision; ¡y cómo podriamos luego verificar nuestra fuga! ¡Con qué medios contamos!

ARA. Hemos fletado una falúa que nos aguarda, velera si las hay: estrecha como una chalupa, y ligera como una golondrina.

CARLOS. ¡Y en qué parte está?

ARA. En Grenwich. Hace tres noches que el patron y los marineros están á nuestras órdenes. Y una vez á bordo, nos aprovechamos de la marea; bajamos el Támesis, y dentro de dos horas estamos en alta mar.

CARLOS. ¡Y quién ha formado ese proyecto?

ARA. El mas diestro, el mas valiente y quizá tambien el mas adicto de nosotros cuatro á V. M., el caballero d'Artagnan.

CARLOS. ¡Un hombre que no conozco! Sin duda, Dios bueno, no queréis que yo muera, pues que haceis en mi favor semejantes milagros.

ARA. Ahora, Sire, no olvideis que nosotros estamos consagrados á salvaros. Espiadlo, pues, todo, oídlo todo; la menor señal, el mas mínimo gesto, y hasta el canto de aquellos que se acercan á V. M.; nada despreciéis como fútil ó insignificante, comentadlo todo, que todo puede interesaros.

CARLOS. ¡Qué podria yo deciros, caballero! No hay en mí palabras, por elocuentes que fueran, y aunque saliesen de lo mas profundo de mi corazon, que pudiesen explicar nunca mi tierna gratitud. Si os salís con vuestra empresa, no os diré por cierto, salvais un rey, no; la corona, vista desde donde yo la miro, es bien insignificante para mí; pero vos conservareis un marido á su mujer, un padre á sus hijos. Caballero, dadme vuestra mano.

ARA. ¡Oh, Sire!....

CARLOS. ¡Y en dónde está la reina? ¡Qué hará esa infeliz mujer en medio de tantas angustias! ¡Qué habrá sido de ella!

ARA. Cuando V. M. dejaba la plaza de

Wintte Hall, sustrajimos á la reina de aquel pavoroso sitio, no permitimos que presenciara tan funesto espectáculo, y la llevamos á nuestra posada. Apenas tuvo noticia de nuestros proyectos, que nos dejó precipitadamente y desde entonces no la hemos vuelto á ver.

CARLOS. ¡Pobre Enriqueta! ¡Qué habrá sido de ella!

EL CORONEL. *(Tomlinson entrando.)* ¡Habeis ya concluido, señor!

CARLOS. ¡Y por qué tanta prisa, señor coronel Tomlinson!

CORONEL. Porque una mujer que trae un salvo-conducto del general Cromwell, solicita hablaros.

CARLOS. ¡Una mujer! ¡Quién será! Hacedla entrar, señor.

CORONEL. No olvideis que no falta mas de una hora.

CARLOS. No, coronel.

CORONEL. Entrad, señora. *[Cierra la puerta.]*

ESCENA III.

Dichos, la REINA: despues un escribano, el CORONEL y los hijos del REY.

REINA. ¡Carlos mio!....

CARLOS. ¡Tú aquí, Enriqueta!.... ¡Es imposible! ¡Dios mio! O mis ojos me engañan, ó yo soy tan desgraciado que me he vuelto loco.

REINA. No, mi rey; no os engañan vuestros ojos; no, Carlos, no os habeis vuelto loco.

CARLOS. ¡Quién os ha permitido el llegar hasta mí!

REINA. El general Oliverio Cromwell.

CARLOS. ¡Cromwell!

ARA. ¡Cromwell!

REINA. Ya otra vez me habia dado un salvo-conducto para ir á vuestro campo; pero mi guia me descaminó, y llegamos demasiado tarde.

CARLOS. ¡Cromwell! ¡Y no vacilásteis, no temisteis en ir á pedir un favor á semejante hombre!

REINA. Yo solo temia, Carlos mio, el no volverte á ver. Sabiendo los proyectos de nuestros fieles amigos, preciso era que yo viniese aquí; y para conseguirlo no tenia mas de una esperanza.... Cromwell. Ademas, persuádetes que ese hombre no es lo que creéis, y si lo es ¡Dios mio! su semblante por lo menos es impenetrable. No hace mucho, ahora mismo, cerca de él, tu Enriqueta, con la vista fija en sus ojos; tu Enriqueta, de quien tú eres el ser y la vida, sondando en los repliegues de aquella alma, le ha preguntado, le ha duplicado, le ha conjurado, en fin, y.... creedme, Carlos, creedme, caballero; él lejos de aplaudir esta muerte publica, terrible,

infamante, él rechazaba tan horrorosa muerte. Y con la mano puesta sobre el libro sagrado, tan sagrado para él como para nosotros; porque este libro es la misma palabra de Dios; me ha jurado que no deseaba mas que vuestra salvacion y vuestra libertad, porque aun para su misma ambicion, le son mas útiles que vuestra muerte. Carlos, Carlos mio; tengamos, pues, confianza en Dios, y creamos que él nos ha reunido para que no nos separemos nunca, y para que yo te acompañe en tu fuga. Para que nos volvamos á encontrar lejos de esta tierra ensangrentada, libres, felices allá en nuestra hermosa Francia, que es mi patria, y que tambien lo será tuya.

CARLOS. Pero en fin, ¡qué te ha dicho!

REINA. Me ha encargado que os repita, Sire, lo que segun asegura, os habia ya hecho saber veinte veces, esto es, que si no habia sido el mas fiel servidor de V. M., habia sido por lo menos, su mas leal enemigo, y la prueba es que no fué del número de vuestros jueces.

ARA. Sin embargo, señora, ha firmado la sentencia.

REINA. ¡La ha firmado!

ARA. Sí.

REINA. ¡Ah Dios mio! Pero podia él obrar de otro modo en el puesto que ocupa, y á la vista de cuantos lo rodean!

CARLOS. Ese hombre es un abismo; pero no importa, mientras el rayo alumbrase ese abismo, ved aquí, Enriqueta, cerca de mí a un amigo, y otro que en este instante.... *(Tocan debajo del piso.)*

ARA. ¡Oís, Sire, al conde de la Fére!

CARLOS. ¡Es él quien toca debajo de mis piés!

ARA. El mismo es, y podeis contestarle *[Toca el rey con su baston.]*

CARLOS. ¡Qué va á hacer!

ARA. Va á pasar la noche en esta manobra. Esta tarde alzarán probablemente una tablita del pavimento, y Parry podrá ayudarle por aquí.

PARRY. Pero yo no tengo ningun instrumento con que....

ARA. Tomad este puñal; pero tened cuidado de no embotarlo mucho, porque podrei necesitarlo para ahuecar alguna otra cosa que no sea de piedra.

REINA. ¡Ah! está dando la hora.

CARLOS. *(Escuchando.)* ¡Las ocho!

ARA. Bien veis, Sire, que todo está arreglado para mañana, puesto que á las ocho era el momento fijado.

CARLOS. ¡Ah! mi querida Enriqueta, conserva en tu memoria lo que voy á decirte.

REINA. Habla, mi rey.

CARLOS. Pide á Dios toda tu vida por este caballero que estás mirando; pide á Dios toda tu vida por este otro que esta aquí á nuestros piés; pide á Dios toda la vida por esos otros dos que en donde quiera que estén, se lo piensan en salvarme.

ARA. Ahora, Sire, permitid que me ret

re; nuestros amigos pueden necesitar me. Si volviérais á llamar al señor Juron, volveré.

CARLOS. Gracias caballero; y aceptad toda la espresion de mi reconocimiento.

REINA. Caballero, no olvidaré ni un solo instante, que la vida de mi esposo, la debo á vos y á vuestros amigos.

ARA. ¡Ah, madama! Ya es de día y podrían conocerme; no es por mí, por quien yo temo, sino por V. M.; y si se averiguase quién soy, quedaba denunciada la trama.

REINA. Teneis razon, idos.

CARLOS. Hasta la vista, caballero.

ARA. Sire, el Señor os cuida.

REINA. Dispensadme una palabra, caballero... perdonadme; pero ya comprendéis las angustias de una esposa y de una madre; decidme, ese hombre, el verdugo, está bien seducido? ¿está comprado? ¿está en nuestro poder? ¿prisionero? ¿no puede huir?... ¿no puede escaparse, ni salir, ni volver á presentarse?

ARA. De todo os respondo, madama. [Va al fondo, oye pasos en el corredor.]

REINA. ¿Qué ruido es ese?

CARLOS. Parece de tropa armada.

ARA. Vienen hacia aquí, ya se acercan.

REINA. Se abre la puerta. [Se ve á un hombre enmascarado colocarse sobre el quicio.]

REINA. ¡Oh, Dios mio! [Se ve la antesala llena de guardias. Un escribano, comisario del parlamento, entra con Tomlinson. Desarrolla el primero al entrar, un pergamino.]

ARA. ¿Qué significa eso?

ESCRIB. [Entrando.] El auto del parlamento.

CARLOS. Basta; doy por leida la sentencia.

REINA. ¡Y qué, es hoy cuando ha de cumplirse!

ESCRIB. ¡No han avisado al rey que era esta mañana á las ocho!

ARA. ¡Voto al infierno! han dejado escapar al verdugo.

REINA. [Como hablando consigo misma.] Bien me lo habia figurado! todo ello no era mas de la próroga de algunas horas; pero algunas horas mas lo hubieran salvado. Sin embargo, yo habia oido decir... Sin duda me he engañado... ¿Quién era, pues, aquel hombre que acaba de aparecer en el umbral terrible con una máscara negra!

CORONEL. El verdugo de Londres ha desaparecido; pero otro hombre se ha presentado en su lugar: la ejecucion se retardará solo el tiempo que Carlos Estuardo ha pedido para arreglar sus negocios temporales, porque os otros deben estar ya concluidos.

ARA. ¡Dios eterno!

CARLOS. [Abrazándolo.] Valor, caballero; estoy dispuesto para el sacrificio. Lo único que deseo en este momento, es abrazar á mis hijos, á quienes no he visto tres años ha, y á quienes no volveré á ver mas que en el cielo.

CORONEL. Hace un cuarto de hora que esperan vuestras órdenes.

REINA. [Cayendo de rodillas.] ¡Dios mio! Dios mio!

ARA. ¡En dónde está Dios, Sire! ¿Qué hace en este instante!

CARLOS. No así te contristes, hijo mio; preguntas en dónde está Dios, porque tú no le ves, y no le ves porque las pasiones de la tierra te lo ocultan. ¿Preguntas qué hace! Mira en derrador de nosotros, observa tu sacrificio y mi martirio, y creeme, el uno y el otro tendrán su recompensa; culpa á los hombres de cuanto te suceda; culpa á los hombres de cuanto te suceda; culpa á los hombres de cuanto te suceda, y no á Dios. Los hombres son los que me hacen morir, los hombres los que te hacen llorar.

REINA. [Suplicando.] ¡Misericordia, Dios mio! ¡piedad, señor, piedad!

CARLOS. Enriqueta, no enerveis mi valor con vuestras lágrimas que me despedazan el corazon. Ya no sois la mujer de Carlos Estuardo, sois la reina de Inglaterra. [Traen á los hijos del rey.]

REINA. ¡Mis hijos!

CARLOS. Hijo mio; acabais de ver mucha gente en las calles y en los salones de este palacio. Veis aquí todavía una inmensa multitud que nos circunda; pues estas gentes van á matar á vuestro padre. No me digais que lo olvidareis nunca, porque éstos mismos tal vez os llamarán un día para que lleveis la corona que en este momento arrancan de mi cabeza. Si os la ofrecen, no la acepteis hijo mio, siempre que debais entrar en este palacio, escoltado por el odio y la cólera: sed entonces bueno, clemente, olvidadizo; cuando se os figure ver pasar mi sombra bajo estas bóvedas, apartad la vista, porque si vuestro reinado hubiese de ser un reinado de venganza y de represalias, vos no podríais morir, ni aun en vuestro mismo lecho, sin miedo y sin remordimientos, cual yo voy á morir sobre el cadalso. Y hora hijo mio, juradlo, colocadas vuestras tiernas manos entre las mias... [El niño solloza profundamente arrojándose en el pecho de su padre.] Y vos hija mia... [Toma á su vez á la niña Enriqueta.] No me olvidareis nunca. [La princesa abraza á su madre que la toma de la mano y la coloca en los brazos de su madre.] Ahora, Enriqueta, á nuestros hijos no les queda mas que su madre... adios.

REINA. ¡Cómo!... en este instante vivo!... ¡vivo aquí entre mis brazos!... ¡aquí sobre mi corazon, y dentro de un momento!... ¡Ah! no, señores, no... ¡esto es imposible!... Porque, en fin, este hombre es vuestro rey; es el que hace poco era todo poderoso, él que tenía entre sus manos la vida de todo un pueblo; y no se le puede matar, porque es inviolable, es sagrado!... ¡Dios mio! ¡es vuestra imagen sobre la tierra! ¡Dios mio, señor! A vos apelo!... ¡Es mi Carlos, es mi esposo, es el padre de mis hijos!... Hijos míos... hincaos, hijos míos, rogad á Dios por vuestro padre. [Los hijos se arrodillan, la reina quiere arrodillarse, pero le faltan las fuerzas.] ¡Socorred!... me muero! [Cae de rodillas con los brazos extendidos, se desvanece y da un grito.]

CARLOS. PARRY... ten cuidado de la reina. [Se ve al hombre enmascarado atravesar el tea-

tro con los guardias. El acompañamiento pasa por la gran ventana de White Hall, y va á colocarse sobre el cadalso, construido en la parte de afuera de esta ventana.)

CARLOS. [Al coronel.] No quiero que la muerte me sorprenda; permitid que me arrodille y que pronuncie estas palabras. Acuerdate tú... entonces... [A Aramis.] Caballero, hacedme el último favor, dadme vuestros brazos. Vamos, señores, ya os sigo. [Pasa á su vez por la galería que está frente á la ventana. La reina vuelve poco á poco de su desmayo, y como que procura recordar lo que ha pasado.]

CARLOS. [En el bastidor.] Acuérdate tú... [La reina da un furioso grito y vuelve á caer.]

UNA VOZ. [En el bastidor.] ¡Van tres!

tate detras de él. [Le habla al oido, Grimaud desmboza su capa y enseña una ancha cuchilla.]

GRIM. Sí... [Vase.]

D'ART. Mousqueton; desde esta esquina puedes verlo y oirlo todo; no impidas á nadie la entrada; pero si alguien sale, llama. Voy á hechar una mirada por las cercanias y á reconocer las avenidas de la plaza. A propósito... [Háblale al oido; Mousqueton se desmboza y muéstrale un par de pistolas.] ¡Bien!

[Mousqueton se coloca en el ángulo de la casa y alarga el pescuezo de modo que pueda ver la puerta. D'Artagnan se va por la derecha.]

ESCENA II.

ATHOS, ARAMIS, PORTHOS, BLAISOS.

ATHOS. ¡Y por dónde nos llevas tú!

BLAIS. Por el camino derecho, caballeros.

ARAM. ¡Voto al demonio! ¡Vencidos por la fatalidad!

ATHOS. Noble y desgraciado rey.—Dios nos ha abandonado en los momentos críticos.

PORT. No os desolen por eso, conde, que todos somos mortales. ¡Pero por qué d'Artagnan no habrá venido aún! ¡Por qué nos habrá enviado á Blaisois, y por qué Blaisois no quiere decir nada! Si le habrá sucedido algo, al bueno de Artagnan!

ARAM. Pronto lo sabremos, puesto que nos envia á buscar.

PORT. Yo, lo perdí de vista, en aquella maldita gazapela; y por mas que he hecho no nos pudimos volver á reunir.

ATHOS. Yo tambien lo he visto, estaba en la primer hilera de la turba, muy bien colocado por cierto, para que nada se le escapase. Y como ese espectáculo era en extremo curioso, habrá querido verlo todo, de principio á fin.

D'ART. [Que á las últimas palabras de Athos ha entrado por la derecha.] Vaya, conde de la Fère, y os parece bien calumniar á los ausentes!

Todos. D'Artagnan!

PORT. En fin, aquí está ya.

ATHOS. No os calumnio, amigo mio. Estos caballeros estaban inquietos porque no os hallaban aquí, y yo he dicho donde os habia visto. Vos no conociais al rey Carlos: á vuestros ojos no era mas que un extraño, y ninguna razon teniais para amarlo. [Al decir esto alarga la mano, á d'Artagnan, este finge no verlo, y oculta la suya en su capa.]

PORT. Vaya, pues, ya que estamos reunidos, vámonos.

ATHOS. Sí, dejemos este abominable pais. Ya sabeis que la falúa nos espera: partamos esta noche, ya que nada tenemos que hacer en Inglaterra.

D'ART. Estais muy de prisa, señor conde

ATHOS. Este suelo tenido de sangre, me abraza las plantas de los pies.

ACTO CUARTO.

CUADRO VIII.

Una casa aislada á las puertas de Londres. A la derecha una calle de árboles que circunda la casa, á la izquierda una pared de un claustro, arruinada. En el fondo, la puerta de la ciudad. En lontananza se ve á Westminster, con el crepúsculo. Está nevando.

ESCENA I.

Un hombre embozado en una capa. D'ARTAGNAN, GRIMAUD, BLAISOS Y MOUSQUETON.

Un hombre embozado en una capa negra con un sombrero de ala ancha, caída sobre la máscara, sale de la puerta de la ciudad, y se adelanta con precaucion hacia la casa aislada: se distingue bajo la máscara una barba cana; mira con cuidado en torno suyo y se decide á abrir la puerta de la casa: vuelve á mirar de nuevo y entra bruscamente. Apenas se cierra la puerta, se presenta D'ARTAGNAN en el ángulo de la puerta de la ciudad, y se adelanta rápidamente sobre las huellas del desconocido que ha visto entrar.

D'ART. [Mirando la casa.] Allí ha entrado. [Hace señas á Grimaud, Blaisois y Mousqueton que vienen hacia él.] No hay duda, este es el camino del puerto, para donde nos dimos la cita. Blaisois, ¿tú te acuerdas del camino que trajimos!—Pues bien, corre á la posada y conduce aquí á aquellos caballeros, y nada mas les digas, sino que yo los espero; vé pronto. [Se adelanta hacia la casa.] Por aquí hay una puerta... ¡Si tendrá otras salidas!... [Da vuelta á la casa.]

GRIM. [Mirando al cielo.] Negro, negro como un tizon del infierno.

Mous. ¡Uff! qué frio hace!

D'ART. [Volviendo.] Hay otra puerta que da sobre este pretil desierto. Grimaud, cerca de esta puerta hay un guarda ruedas: ocúl-

D'ART. Pues á mí la nieve no me hace ese efecto.

ATHOS. ¡Pero y qué quereis que hagamos aquí, ya muerto el rey!

D'ART. (Con abandono.) De modo, señor conde, que vos no veis que nos quede nada que hacer en Inglaterra.

ATHOS. Nada, nada mas que dudar de la bondad divina y despreciar mis propias fuerzas.

D'ART. Pues bien, yo criatura ruin; yo estúpido, sanguinario, que he ido á colocarme á treinta pasos del cadalso, para ver rodar mejor la cabeza de ese rey que no conocía, y que segun parece, me era indiferente, yo pienso de muy diversa manera que el señor conde: yo me quedo.

PORT. Os quedais en Londres!

D'ART. Sí; ¡y vos!

PORT. (Embarazado.) Yo!... no sé... pero si vos os quedais... como yo solo vine con vos, es regular que no me vaya sino con vos. A buen seguro que yo os deje solo en este horroroso país.

D'ART. Gracias, mi excelente amigo. En tal caso, tengo una empresa de poca monta, que proponeros; y que pondremos juntos por obra cuando el señor conde haya partido; y cuya idea me vino á las mientes, mientras que presenciaba el espectáculo que vos sabeis.

PORT. ¡Y cuál es esa idea?

D'ART. Averiguar quién era el hombre enmascarado que se ofreció tan generosamente á cortar al rey la cabeza.

ATHOS. Un hombre enmascarado!... es decir, que no habeis dejado escapar al verdugo!...

D'ART. El verdugo está todavía encerrado en la sala baja de nuestra posada.

ATHOS. Quién fué, pues el miserable que se ha atrevido á poner la mano en su rey!

ARAM. Un aficionado... un aprendiz de verdugo que aunque bisoño, manejó el hacha con mucha destreza, por que no necesitó dar mas que un solo golpe.

PORT. Estoy furioso por no haberlo seguido! Qué no se me ocurriera eso!

D'ART. Pues eso fué, mi amigo Porthos, lo que yo hice.

ATHOS. Perdonadme d'Artagnan; por que así como habia dudado de Dios, pude dudar de vos igualmente.

D'ART. Ahora vamos á verlo.

ARAM. En fin, qué sucedió!

D'ART. Mientras que yo miraba, no al rey, como ha creído el señor conde, porque demasiado concibo lo que es un hombre cuando va á morir, y aunque estuviese muy familiarizado con esta especie de espectáculos, me son siempre repugnantes; sino mas bien al verdugo enmascarado se me ocurrió, como ya os he dicho, la idea de saber quién era. Así que, como nosotros tenemos la habitud de formar un todo sólido y compacto y de que nos llamemos recíprocamente para ayudarnos, como se llama á la mano izquierda en

ayuda de la derecha; me puse á mirar en torno mio, á ver si Porthos andaba por allí; por que ya á vos, Aramis, os habia visto cerca del rey, y no ignoraba que vos, conde, debiais estar al pie del cadalso; y esto basta para que yo os perdona vuestras injustas sospechas, pues que debeis haber sufrido mucho. En medio de aquella inmensa multitud, pude distinguir á Grimaud, á Mousqueton y Blaisois á quienes hice seña de que no se alejasen. Concluido aquel horroroso espectáculo, ya sabeis como, de una manera lugubre; retirábase el pueblo, paso entre paso: acercábase la noche, y yo fuí á colocarme con mis hombres en un rincón de la plaza, desde donde observaba al verdugo sin perderlo de vista, quien entrándose en el aposento real se embolsó en una capa y desapareció: antojóseme al punto que el hombre iba á salir, y fuí á situarme en frente de la puerta: en efecto, no me engañé cinco minutos despues le vimos bajar la escalera....

ATHOS. ¡Y lo habeis seguido!

D'ART. ¡No, que no! aunque con bastante trabajo. Pero en fin, despues de una media hora de anda y anda, por medio de las mas tornosas y complicadas calles de la ciudad, llego á una casita aislada; todo en ella permanecía en un profundo silencio; ni una sola voz habia que anunciase allí la presencia de persona alguna. Probablemente aquel á quien nosotros seguíamos, debía figurarse que estaba muy solo, porque yo oí el rechino de una llave, abrió en seguida una puerta y el amigo desapareció.

ATHOS. ¡Pero y esa casa!

TODOS. ¡Sí, y esa casa!

D'ART. [Señalando la casa.] Esa casa allí está.

TODOS. [Queriendo ir á ella.] ¡Oh!....

D'ART. [Deteniéndolos.] Esperad. (Bate las manos y se levanta Mousqueton.) ¡Nadie ha salido!

MOUS. No señor.

D'ART. ¡Y ha entrado alguno!

MOUS. No señor.

D'ART. ¡Ni por la otra puerta!

MOUS. No sé, Grimaud es quien la cuida.

D'ART. Anda á relevarlo y que venga aquí. (Mousqueton sale y Grimaud entra un instante despues.)

PORT. Estaba seguro que d'Artagnan no habia perdido su tiempo.

ATHOS Y ARAM. (apretando la mano d'Artagnan.) ¡Gracias, amigo, gracias!

GRIM. (Entrando.) ¡Presente!

D'ART. ¡No ha entrado nadie por la puerta que tú cuidabas!

GRIM. Nadie.

D'ART. ¡Ni ha salido nadie!

GRIM. No.

D'ART. ¡Entonces todo se encuentra como cuando yo te dejé!

GRIM. Sí.

ATHOS. ¡Él está en esa sala!

PORT. Efectivamente, allí se ve luz.

ARAM. No seria malo poder mirar por el balcon.

D'ART. Porthos, amigo mio, si fuérais tan bueno, si no creyérais que os humillaba el colocarnos aquí para servir de escalera á Grimaud, os suplicaría....

PORT. Qué, nada de eso: vamos pues. (Se pone, Grimaud sube sobre sus espaldas para alcanzar al balcon.)

D'ART. ¡Alcanzas á ver!

ATHOS. ¡Ves algo!

GRIM. Veo.

D'ART. ¡Qué!

GRIM. Dos hombres.

D'ART. ¡Los conoces!

GRIM. Esperad....

D'ART. ¡Qué están haciendo!

GRIM. El uno escribe.

ATHOS. ¡Quién es!

GRIM. Yo creo que es....

ATHOS. ¡Quién!

GRIM. Dejadme ver bien.

D'ART. ¡Por fin!....

GRIM. El general Oliverio Cromwell.

ATHOS, PORT. Y ARA. ¡Qué está diciendo!

D'ART. ¡Me lo sospechaba! ¡Pero el otro,

el que nosotros hemos seguido!....

GRIM. No lo puedo distinguir, está del lado de la sombra: ahora se levanta y se acerca al general.... ¡ah! [Da un griso y salta de las espaldas de Porthos al suelo.]

PORT. ¡Quién es, por fin!

D'ART. ¡Lo has conocido! Habla pronto.

GRIM. Mordaunt. [Los amigos dan un grito de alegría.]

ATHOS. ¡Qué fatalidad!

D'ART. Un momento, caballeros, que esto empieza á ser interesante. Vamos, mi bravo Grimaud, vuélvete á tu observatorio y trasmítenos sin dilacion la menor palabra, el mas mínimo gesto que esos hombres hagan. Vos, Aramis, allá á la puerta: vos Porthos conmigo y vos Athos, vigilad por todas partes.

contra la Inglaterra, ¡le place á vuestro honor entregarme á los cuatro!

CROMW. Tomadlos.

[Mordaunt se inclina con una sonrisa de triunfante ferocidad.]

CROMW. Y... volviendo á ese desgraciado Carlos, decidme, ¡ha gritado mucho el pueblo!

MORD. Muy poco, si se exceptúan las repetidas aclamaciones de: "¡Viva Cromwell!"

CROMW. ¡Y en qué parte estabais vos!

MORD. Me coloqué de tal manera que pude verlo y oirlo todo.

CROMW. Parece que el hombre enmascarado cumplió bien su oficio.

MORD. (Con voz tranquila.) En efecto, un solo golpe fué bastante.

CROMW. Tal vez seria un hombre de la profesion.

MORD. ¡Eso creéis, señor!

CROMW. ¡Por qué no!

MORD. Sin embargo, aquel hombre no tenia trazas de verdugo.

CROMW. ¡Y quién sino un verdugo, hubiera querido ejercer tan horroroso oficio!

MORD. ¡Y por qué no podria ser tambien, algun enemigo personal del rey Carlos, que hubiera hecho voto de vengarse, y que haya cumplido su voto? O tal vez algun caballero que tuviese fuertes razones para odiar al

rey caído, y que sabiendo que iba á huir y se le escapaba, se haya colocado de aquel modo sobre su camino, con el rostro enmascarado, y el hacha en la mano; no ya como suplente del verdugo, sino como un enviado de la fatalidad!

CROMW. Es muy posible.

MORD. ¡Y si así fuese, Vuestro Honor condenaria su accion!

CROMW. No soy yo quien debe juzgarlo; ese es un negocio que el interesado ventilará con Dios.

MORD. ¡Pero si Vuestro Honor conociese á ese caballero!....

CROMW. Ni lo conozco, ni quiero conocerlo. ¡Qué me importa á mí que sea este ó el otro!... Desde el momento en que Carlos fué condenado, no es un hombre quien le ha cortado la cabeza, es una hacha.

MORD. Sin ese hombre, empero, el rey se hubiera salvado; vos mismo lo habeis dicho, le iban á facilitar la fuga.

CROMW. Sí, hasta Greenwich. Allí se embarcaba en una falúa, fletada ayer por sus salvadores; pero en lugar de encontrar en esa falúa al patron Cabbre como ellos creian, se hubieran encontrado con cuatro hombres de los mios, y con cuatro toneles de pólvora de la nacion. En alta mar, los cuatro hombres se hubieran metido en una canoa, que habia de llevar la falúa al remolque, dejando al rey y sus salvadores á bordo del barco; y ya vos sois demasiado hábil en política, Mordaunt, para que os explique lo demas.

MORD. Entiendo, en alta mar hubieran volado todos.

CROMW. ¡Justamente! La esplosion habria hecho lo que el hacha no habria querido

Interior de la casa de Cromwell.—Sala cerrada con una puerta á la derecha.—Se ve la ventana que da sobre el balcon del mismo lado.

CUADRO IX.

ESCENA I.

CROMWELL Y MORDAUNT.

MORD. Vuestro honor me habia entregado dos de esos franceses, cuando solo eran culpables por haber tomado las armas en favor de Carlos I; y ahora que han conspirado

hacer. El rey Carlos desaparecería convertido en cenizas, y entonces se hubiera dicho que, escapando de la justicia humana, había sido perseguido y alcanzado por la venganza divina. Nosotros éramos sus jueces y el cielo quien lo habría herido.

MORD. Como siempre, señor, me inclino y humillo delante de vos: sois un profundo pensador, y vuestra idea de la falúa minada, es sublime...

CROMW. No, es absurda, porque ha sido inútil; solo se llama idea sublime la que da el fruto que se desea: una idea que se frustra, es loca y árida. Esta noche ireis, Mordaunt, á Greenwich, preguntareis por el patron de la falúa el Relampago, le enseñareis un pañuelo blanco con nudos en las cuatro puntas, que tal era la seña convenida entre los franceses y el patron Crabbe. Direis á los míos que desembarquen, y hareis llevar la pólvora al arsenal.

MORD. Todo eso se entiende, siempre que esa falúa, tal cual es, no pueda servir para algun otro proyecto útil á la nacion.

CROMW. Comprendo.

MORD. Ah, milord!—milord!—Dios, al hacer os elegido, os ha concedido su mirada, á la cual nada puede escaparse.

CROMW. [Riendo.] Creo que me habeis llamado milord! esto puede pasar aquí en familia; pero no olvideis que semejante frase en presencia de nuestros puritanos, sería una especie de sacrilegio.

MORD. ¡Pero, no es así como se llamará muy pronto Vuestro Honor!

CROMW. [Levantándose y tomando su capa.] Creo que sí; pero la pera no está aún madura.

MORD. ¡Ya os retirais, señor!

CROMW. Sí, anteayer y ayer he dormido aquí; ya sabeis que no tengo la costumbre de acostarme tres veces en la misma cama.

MORD. Es decir que Vuestro Honor me deja en libertad toda esta noche.

CROMW. Sí, y aun mañana, si os hace falta venir conmigo, Mordaunt.

MORD. Gracias, señor, tenéis muchas vueltas que dar yendo por el subterráneo, y ellas me robarian mucho tiempo; y por lo que acabais de decirme, ya tal vez he perdido demasiado; y saldré por la otra puerta.

CROMW. [Apoya la mano sobre un boton perdido en la lapicería y sale por una puerta secreta.] Entonces, adios.

[En el momento que Cromwell desaparece por la puerta secreta, aparece Grimrod. Durante este tiempo, Mordaunt se pone la capa. Toma la lámpara que está sobre la mesa y sale. Se abre la ventana; Porthos y Aramis entran en el cuarto. Un instante después se ve volver á Mordaunt, pálido, desencajado y retrocediendo con la lámpara en la mano, delante de d'Artagnan, quien con sombrero en mano, va hacia él con la mayor política. Detrás de d'Artagnan, entra Athos.]

ESCENA II.

MORDAUNT, D'ARTAGNAN, PORTHOS, ATHOS, ARAMIS.

D'ART. Señor Mordaunt, ya que hemos perdido tantos dias, corriendo los unos en pos de los otros, no será malo, una vez que la casualidad nos ha reunido aqui, el que conversemos un rato.

MORD. Ya os escucho, caballero.

D'ART. No sé por qué se me figura, señor mio, que vos cambiáis de traje con la misma rapidez y facilidad que los mismos italianos que el señor cardenal de Mazarin hizo venir de Bérgamo, los cuales seguramente os ha hecho ver dias pasados, cuando estuvisteis en Francia.

ARAM. Poco ha estabais disfrazado, querido decir, vestido de asesino, y ahora...

MORD. Y ahora todo lo contrario, tengo la apariencia de estar vestido como un hombre que va á ser asesinado.

POR. No sé, señor, cómo podais decir eso, cuando os hallais entre caballeros, y ceñís tan famosa espada.

MORD. No conozco, señor, espada, por buena que sea, que equivalga á cuatro espadas y á cuatro puñales; y eso sin tener en consideracion las espadas y los puñales de vuestros acólitos que os esperan á la puerta.

ARAM. Dispensadme, señor, si os advierto que os equivocais atrozmente. Los que nos esperan á la puerta no son nuestros acólitos, sino nuestros lacayos. Y yo he creído colocar las cosas en su verdadero punto de vista y presentarlas con la mas escrupulosa verdad para que salgais de vuestro error.

D'ART. Pero no es eso de lo que ahora se trata, y yo vuelvo al asunto. Me habia dispensado el honor de preguntaros por qué habiais cambiado de exterior. Me parece que la careta os iba muy bien, y que la barba cana os asentaba á las mil maravillas; y respecto á aquella hacha con la que habeis descargado tan ilustre golpe, tambien me parece que no os estaria del todo mal en este momento. ¡Por qué habeis dejado tan útiles como elegantes arreos!

MORD. Porque, acordándome de la escena de Armentiers, me se figuró que encontraría cuatro hachas por una, puesto que iba á encontrarme colocado entre cuatro verdugos.

D'ART. [Con calma.] Aunque sois, señor, altamente vicioso y corrompido, como sois jóven, esto me excusa de fijar mucho la atencion en vuestros frívolos discursos; y digo frívolos, porque lo que acabais de propalar respecto de Armentiers, no tiene ni la mas mínima conexcion con la situacion presente.

Vos que sois discreto, conoceis que no podiamos ofrecer una espada á vuestra señora madre, y suplicarla en seguida, que la esgrimiese contra nosotros; pero en cuanto á vos, caballero, en cuanto á un jóven de tan relevan-

tes prendas, que maneja el puñal, la pistola y el hacha con la destreza que hemos visto, y que cine una espada de tanta magnitud como esa, nadie hay que no tenga el derecho de pedirle por favor un saludo con el acero en la mano.

MORD. ¡Ah! es decir que nada mas se trata de un duelo.

D'ART. [Con sangre fria.] Perdonadme, y no nos precipitemos. Nada de estrépitos ni violencias; el que mas y el que menos de entre nosotros, desea que las cosas se hagan en regla. Volveos á retirar, querido Porthos, y vos, señor Mordaunt, tranquilizaos, que nosotros arreglaremos el negocio lo mejor que se pueda; y al efecto seré con vos muy franco: ante todas cosas, ¡confesais, señor Mordaunt, que tenéis un vehemente deseo de mataros ó á los unos ó á los otros!

MORD. No, que deseo mataros á los unos y á los otros.

D'ART. [Volviéndose hacia Aramis.] Convieneis, Aramis, en que es un grande honor para nosotros el que el señor Mordaunt conozca tan á fondo los delicados matices de la lengua francesa. Al menos no se podría decir que no nos hemos entendido. [Volviéndose hacia Mordaunt.] Querido señor Mordaunt, os diré, pues, que estos caballeros os agradecen vuestros buenos sentimientos, y que desean pagaros en la misma moneda, porque tendrian un placer inefable en mataros; y añadiré mas, probablemente os matarán; pero siempre como caballeros leales, y la mejor prueba que puedo daros de mi aserto hela aquí. [Al decir esto, tira su sombrero sobre la alfombra, pone su silla contra la pared, indica á sus amigos que hagan lo mismo, y saluda á Mordaunt con gracia.] Estoy á vuestras órdenes, caballero, por que, si no tenéis ninguna objecion que hacer contra el honor que yo reclamo, si no lo llevais á mal, soy yo quien debo empezar.

POR. ¡Alto ahí!—yo soy el que empieza, y sin retórica.

ARAM. Permitidme, Porthos, que yo soy...

D'ART. Caballeros, no hay que apresurarse, ya os llegará vuestra vez. Permaneced en vuestros respectivos lugares, como Athos, cuya calma y sangre fria no puedo encareceros bastante, y dejadme á mí el honor de la iniciativa que ya he tomado. [Sacando la espada con un ademán terrible.] Por otra parte, yo soy el que debo empezar, porque tengo con este caballero un negocio particular; y yo empezaré, en fin, porque lo deseo, porque lo quiero. [A Mordaunt.] Vamos, señor, en guardia.

MORD. Y yo, caballeros, permanezco frío espectador de vuestro entusiasmo, y no hago mas que admiraros. Os poneis á discutir quien ha de ser el primero que se bata conmigo, y ni siquiera os dignais consultarme á mí, á quien me parece que esto le atañe un poco y muy de cerca. Es verdad que yo odio á todos vosotros; pero este odio tiene diferentes grados: es verdad que yo espero mataros á

todos; pero tengo mas interes en matar al primero que al segundo; mas en matar al segundo que al tercero, y mas en matar al tercero que al último. Reclamo, pues, el derecho de elegir á mi primer adversario; y si me negais este derecho, matadme, que yo no me batiré.

POR y ARAM. Es muy justo.

MORD. Entonces, yo elijo por mi primer adversario á aquel de entre vosotros que, no creyéndose ya digno de titularse el conde de la Fère, se hace llamar Athos.

ATHOS. [Meneando la cabeza.] Señor Mordaunt, entre nosotros no puede haber duelo; tributad á cualquiera otro el honor que me dispensais.

MORD. ¡Vaya! He aquí ya uno que tiene miedo.

D'ART. [Brincando.] ¡Mil rayos os abrasent!... ¡quién es el que ha dicho aquí que Athos tenia miedo!

ATHOS. [Con una sonrisa de tristeza y de desprecio.] Dejadlo que diga, d'Artagnan.

D'ART. Pero, ¡y es esa vuestra resolucion, Athos!

ATHOS. Sí, é irrevocable.

D'ART. Pues no hablemos mas. [A Mordaunt.] Ya lo habeis oido: el señor conde de la Fère no quiere dispensaros el honor de batirse con vos. Elegid entre nosotros el que ha de reemplazarlo.

MORD. En no batiéndome primero con él, me es indiferente batirme con cualquiera. Echad en un sombrero unas cédulas con vuestros nombres, yo sacaré una, y me batiaré primero con el que la suerte señale.

D'ART. Me gusta la idea.

ARAM. En efecto, así se concilia todo y no habrá quejosos.

POR. Pues á mí no se me hubiera ocurrido esa idea; y sin embargo es muy sencilla.

D'ART. Vamos, pues, Aramis, escribid vuestros nombres; pero con aquella menuda y bonita letra con que escribais á Mariquita Michon, avisándole que la madre del señor quería hacer asesinar á milord Buckingham.

[ARAMIS se acerca á la escribanía de Cromwell. Corta tres pedazos de papel iguales, escribe sobre cada uno de ellos un nombre, y los presenta á Mordaunt. Este, sin leerlos, le hace seña que da por hecho lo que hizo: Aramis enrolla los papeles, los pone en un sombrero que presenta á Mordaunt, quien toma de él uno que deja caer en el suelo sin leer.]

D'ART. ¡Ah venenosa sierpe! renunciaria al grado de capitán de mosqueteros que me toca de derecho, solo porque mi nombre estuviese inscrito en esa cédula.

ARAM. [Leyendo el papel en alta voz.] D'Artagnan!

D'ART. Ah! ¡conque hay justicia en el cielo! [Volviéndose á Mordaunt.] Creo que ahora no se os ofrecerá ninguna nueva objecion.

MORD. Ninguna. [Sacando la espada y apoyando la punta sobre la bota.]

D'ART. Estais listo!

MORDA. Os espero.
D'ART. Entonces, ojo avisador, porque manejo muy bien la espada.

MORDA. Y yo tambien.

D'ART. Me alegro, porque eso tranquiliza mi conciencia. En guardia.

MORDA. Un momento. Empeñadme, caballeros, vuestra palabra de que no me atacareis tumultuosamente, sino cada uno á su vez.

PORT. ¿Y qué, nos haceis esa pregunta por tener el placer de insultarnos?

MORDA. No, sino por tener, como acaba de decir el señor, la conciencia tranquila.

D'ART. [Mirando en torno suyo.] Lo que yo he dicho tiene una alusion muy diferente; y en esto puede haber algun misterio.

PORT Y ARAM. Os doy mi palabra de caballero.

MORDA. En ese caso, señores, despejad: dejadnos libre la sala, y colocaos en cualquier rincón, como lo ha hecho el señor conde de la Fère, que si no ha querido batirse, parece que conoce al menos las reglas del duelo. Que el campo quede libre, porque nos hace falta todo.

ARAM. En hora buena.

PORT. ¡Cuántas dificultades para darse una estocada!

D'ART. Sí señores, despejad, es preciso que este caballero no tenga ni el mas pequeño pretexto que le sirva de disculpa; aunque, hablando con el debido respeto á su persona, parece que no busca otra cosa. En fin, ¡estais pronto, señor?

MORDA. Sí. [cruzan las espadas.]

D'ART. ¡Oh!... ¡reculais!... ¡volvéis cara? ¡me es igual; en esos giros, la ventaja es mia. Ya veo apenas vuestra cara de vinagre; estoy enteramente á oscuras; en medio de la sombra. No teneis idea de lo incierta que es vuestra mirada, sobre todo, cuando teneis miedo. Miradme un poco de frente; observad mis ojos, fijadme un poco la vista, y vereis una cosa que vuestro espejo no os ha mostrado jamas, es decir, un mirar leal y franco. (Mordaunt extrañando, se encuentra junto á la pared, en la cual apoya su mano izquierda.) Ahora sí, mi caro amigo, que ya no extrañareis mas. Caballeros, ¿no habeis visto nunca un alacran clavado en la pared? ¡no, eh? pues vais á verlo ahora. (En el momento en que, mas encarnizado que nunca, despues de una finta rápida y corta, se lanza como el relámpago sobre Mordaunt, la pared parece abrirse, Mordaunt desaparece por la rendija abierta, y la espada oprimida entre los dos muros, se rompe. Da un paso atras y la pared se cierra.) Caballeros!—Venid!—Echemos abajo esta puerta.

ARAM. (Yendo á d'Art.) Ese hombre es un vivo demonio.
PORT. [Metiendo su espada en la puerta secreta.] ¡Sangre de Baco! ¡se nos escapa, se nos escapa!
ATHOS. (Sordamente.) Mejor.
D'ART. ¡Me lo presumia!—¡Voto á bríos!

¡me lo presumia!—Cuando el miserable ha dado vuelta á la sala, recelaba yo alguna infame maniobra de su parte; casi queria adivinar que tramaba algo; ¡pero quién se habia de figurar esto?

ARAM. Es una horrorosa desgracia que nos envia su amigo el diablo.

ATHOS. No, es una dicha palpable que nos envia el Eterno.

D'ART. En verdad, Athos, que os amilanaís demasiado. ¿Cómo podeis decirnos á nosotros cosas semejantes? ¿no comprendeis acaso la situacion? El miserable nos va á enviar cien cepas de hierro que nos molerán como grano en este almirez del señor Cromwell. No hay que detenernos: en marcha: si permaneciésemos aqui cinco minutos mas, hemos concluido nuestra existencia.

ATHOS Y ARAM. Teneis razon, sí, en marcha.

PORT. Y adónde vamos?

D'ART. A la posada, á recoger nuestros equipages y nuestros caballos: de allí, si Dios quiere, á Francia, en donde á lo menos conozco la arquitectura de las casas. Nuestra falna nos espera, y por vida mia que es una felicidad; vamos, pues.

Todos. Vamos, pues. [Vanse.]

CUADRO X.

El Relámpago sobre el ancla de espía. Se ve el coronamiento de la cámara de popa, con una ventana ancha que da á la mar. El puente á la izquierda: debajo de la cámara de popa, un compartimiento lleno de pipas grandes ó toneles, colocados unos encima de otros; los unos reales y los otros pintados. Hay una escalerita en este compartimiento que se comunica con el puente. Bajo este, a la izquierda, otro compartimiento, con dos puertas; la una á la derecha, y se abre sobre el depósito de los toneles; y la otra á la izquierda. Hamacas y mesa colgada: es de noche.

ESCENA I.

Un centinela sobre del puente. GROSLOW, MORDAUNT.

CENT. ¡Ah de la barca! ¡Alto ahí! ¡quién vive!

(Groslow sale por la izquierda, tiene puesto un capote de pescador y cortada la barba.)

UNA VOZ AL FONDO. Oficial, enviado del general Cromwell.

GROS. El santo y la seña, y avanzad.... Señor Mordaunt, ¿qué sucede? ¡se ha frustrado el proyecto!

MORD. (Sobre el puente, mirándolo con aten-

cion.) ¡Cómo! ¡sois vos, coronel! me alegro mucho.... Al contrario, amigo mio, todo va perfectamente. Y á bordo, ¡no hay nada de nuevo!

GROS. Nada; pero ya que estais aqui, decidme, ¿qué ha habido por allá?

MORD. Todo ha sucedido como debia esperarse, á medida del deseo.

GROS. Entonces....

MORD. [Enseñándole el pañuelo anudado por las cuatro puntas.] Entonces ya veis que estoy al corriente de cuanto pasa.

GROS. Cierto.

MORD. Pues no perdamos tiempo, porque ellos van á llegar muy pronto.

GROS. ¿Quiénes son ellos?

MORD. Esos cuatro conspiradores que han querido llevarse al rey, y no lo han logrado.

GROS. ¡Ah! sí, comprendo; son aquellos á quienes el señor Cromwell destina.... ¿qué vienen, decís?

MORD. Sí, y á pesar de la prisa que me he dado para ganarles la delantera, durante mi marcha que ha sido rápida y pronta, oía á cada paso detras de mí, y no muy lejos, el relincho de sus caballos. Que vienen no hay duda, y lo peor es que tal vez os conozcan, desconfien y....

GROS. ¡Ca!.... imposible.... Con este marseille.... luego, ya veis, la noche está tan oscura.... y ademas, conforme á la orden del general, me he quitado la barba; y por último que sabré muy bien disfrazar la voz.

MORD. En efecto es así, porque yo mismo he tenido no poca dificultad en conocerlos. ¿Y en dónde los hospedareis?

GROS. En la cámara de popa; precisamente sobre el cargamento de vinos.

MORD. Pero ellos tienen tambien criados.

GROS. Los criados los pondremos en el entre puente; y los aseguraremos con gruesas puertas que tienen magníficos cerrojos.

MORD. ¿Y yo? porque si ellos me ven, se echa todo á perder.

GROS. Vos, en mi camarote, detras de un tabique falso que parece ser el costado del barco: allí hay un escondite impenetrable, hasta para los aduaneros que persiguen el contrabando: os respondo que allí no os verán; en fin lo vereis y....

MORD. (Con la vista fija en el mar.) Aquel es un barco que viene hacia aquí.... ¡Oh! ahora sí....

GROS. Teneis vista de linco....

MORD. (Mirando siempre.) Tengo la vista de un hombre que tiene la vida pendiente de una mirada. Os aseguro que aquel es un bote que viene á bordo.

GROS. En efecto, ahora ya lo veo.... centinela, alerta, y no olvidéis la consigna.

CENT. Está bien, mi comandante.

MORD. Ahí vienen todos, sí, todos.

GROS. Vamos, ocultaos hasta que se hayan instalado: venid.

CENT. ¡Ah del bote! ¡alto ahí! ¡quién vive!

D'ART. Luis y Francia.

GROS. (Volviendo.) Dejad que atraquen.

ESCENA II.

GROSLOW, D'ARTAGNAN, ATHOS.

GROS. Os esperaba con impaciencia.... á bordo, caballeros.

D'ART. (Deteniendo á Athos.) Aguardad un momento, Athos, que esa no es la voz del patron Crabbe, ni tampoco es esa su figura... en fin, no es él.

ATHOS. ¿Quién sois, amigo? ¡y por qué deciais que nos esperabais! yo no os conozco.

GROS. Lo sé, milord, y sé tambien que buscáis al patron Crabbe; pero ahora no podeis verlo.

D'ART. ¿Y por qué no hemos de verlo?

GROS. ¡Ay, milord! porque mi pobre cuñado, el patron Crabbe, se cayó esta mañana del mastelero de gavia, y por poco se hace añicos una pierna.

D'ART. (Receloso.) ¡Vaya un accidente desgraciado! ¡Cuidado, Athos, mucho cuidado!

GROS. A pesar de eso, milord, nada temais, que aquel pañuelo blanco anudado por las cuatro puntas, que tiene vuestro compañero en su mano, y el que yo tengo tambien anudado en mi bolsa, os probarán....

D'ART. [A Athos.] En efecto, esa es la señal. [A Groslow.] Sin embargo, se necesita otro dato mejor que ese.

GROS. Teneis razon, milord; vos habeis prometido á mi cuñado, el patron Crabbe, setenta y cinco libras si os desembarcaba sano y salvo en Boulogne, ó en cualquier otro punto de la costa de Francia, y el punto, por supuesto, á vuestra eleccion.

ATHOS. [A d'Artagnan.] Y ahora, ¿qué decís de esto?

D'ART. Digo que.... [Dándose diénte con diénte en señal de despecho.]

ATHOS. Me parece que ahora no tenemos razon para ser desconfiados.

D'ART. Con todo, debemos desconfiarsiempre.... y á bordo mismo vigilaremos á este hombre; y si no anda derecho, pronto le daremos su merecida.

ATHOS. ¡Conque ya puedo llamar á nuestra retaguardia! ¡Grimaud! Dí á esos caballeros que suban, y despacha el bote que nos trajo.

GROS. ¡Vuestras señorías se quedan á bordo!

ATHOS. Sí.

D'ART. Un momento. ¿Qué tripulacion teneis!

GROS. Diez hombres, milord, y yo.

D'ART. ¡Diez!.... eso me tranquiliza. Y decidme, ¿dónde nos hospedais?

GROS. Aquí, milord, en la cámara de popa.

MORDA. Os espero.
D'ART. Entonces, ojo avisador, porque manejo muy bien la espada.

MORDA. Y yo también.

D'ART. Me alegro, porque eso tranquiliza mi conciencia. En guardia.

MORDA. Un momento. Empeñadme, caballeros, vuestra palabra de que no me atacareis tumultuosamente, sino cada uno á su vez.

PORT. ¿Y qué, nos haceis esa pregunta por tener el placer de insultarnos?

MORDA. No, sino por tener, como acaba de decir el señor, la conciencia tranquila.

D'ART. [Mirando en torno suyo.] Lo que yo he dicho tiene una alusión muy diferente; y en esto puede haber algun misterio.

PORT Y ARAM. Os doy mi palabra de caballero.

MORDA. En ese caso, señores, despejad: dejadnos libre la sala, y colocaos en cualquier rincón, como lo ha hecho el señor conde de la Fère, que si no ha querido batirse, parece que conoce al menos las reglas del duelo. Que el campo quede libre, porque nos hace falta todo.

ARAM. En hora buena.

PORT. ¡Cuántas dificultades para darse una estocada!

D'ART. Sí señores, despejad, es preciso que este caballero no tenga ni el mas pequeño pretexto que le sirva de disculpa; aunque, hablando con el debido respeto á su persona, parece que no busca otra cosa. En fin, ¡estais pronto, señor?

MORDA. Sí. [cruzan las espadas.]

D'ART. ¡Oh!... ¡reculais!... ¡volvéis cara? ¡me es igual; en esos giros, la ventaja es mía. Ya veo apenas vuestra cara de vinagre; estoy enteramente á oscuras; en medio de la sombra. No teneis idea de lo incierta que es vuestra mirada, sobre todo, cuando teneis miedo. Miradme un poco de frente; observad mis ojos, fijadme un poco la vista, y vereis una cosa que vuestro espejo no os ha mostrado jamás, es decir, un mirar leal y franco. (Mordaunt extrañando, se encuentra junto á la pared, en la cual apoya su mano izquierda.) Ahora sí, mi caro amigo, que ya no extrañareis mas. Caballeros, ¿no habeis visto nunca un alacran clavado en la pared? ¡no, eh? pues vais á verlo ahora. (En el momento en que, mas encarnizado que nunca, despues de una finta rápida y corta, se lanza como el relámpago sobre Mordaunt, la pared parece abrirse, Mordaunt desaparece por la rendija abierta, y la espada oprimida entre los dos muros, se rompe. Da un paso atras y la pared se cierra.) Caballeros!—Venid!—Echemos abajo esta puerta.

ARAM. (Yendo á d'Art.) Ese hombre es un vivo demonio.
PORT. [Metiendo su espada en la puerta secreta.] ¡Sangre de Baco! ¡se nos escapa, se nos escapa!
ATHOS. (Sordamente.) Mejor.
D'ART. ¡Me lo presumia!—¡Voto á bríos!

¡me lo presumia!—Cuando el miserable ha dado vuelta á la sala, recelaba yo alguna infame maniobra de su parte; casi queria adivinar que tramaba algo; ¡pero quién se habia de figurar esto?

ARAM. Es una horrorosa desgracia que nos envia su amigo el diablo.

ATHOS. No, es una dicha palpable que nos envia el Eterno.

D'ART. En verdad, Athos, que os amilanaís demasiado. ¿Cómo podeis decirnos á nosotros cosas semejantes? ¿no comprendéis acaso la situación? El miserable nos va á enviar cien cepas de hierro que nos molerán como grano en este almirez del señor Cromwell. No hay que detenernos; en marcha: si permaneciésemos aquí cinco minutos mas, hemos concluido nuestra existencia.

ATHOS Y ARAM. Teneis razon, sí, en marcha.

PORT. Y adónde vamos?

D'ART. A la posada, á recoger nuestros equipages y nuestros caballos: de allí, si Dios quiere, á Francia, en donde á lo menos conozco la arquitectura de las casas. Nuestra falna nos espera, y por vida mia que es una felicidad; vamos, pues.

Todos. Vamos, pues. [Vanse.]

CUADRO X.

El Relámpago sobre el ancla de espía. Se ve el coronamiento de la cámara de popa, con una ventana ancha que da á la mar. El puente á la izquierda: debajo de la cámara de popa, un compartimiento lleno de pipas grandes ó toneles, colocados unos encima de otros; los unos reales y los otros pintados. Hay una escalerita en este compartimiento que se comunica con el puente. Bajo este, a la izquierda, otro compartimiento, con dos puertas; la una á la derecha, y se abre sobre el depósito de los toneles; y la otra á la izquierda. Hamacas y mesa colgada: es de noche.

ESCENA I.

Un centinela sobre del puente. GROSLOW, MORDAUNT.

CENT. ¡Ah de la barca! ¡Alto ahí! ¡quién vive!

(Groslow sale por la izquierda, tiene puesto un capote de pescador y cortada la barba.)

UNA VOZ AL FONDO. Oficial, enviado del general Cromwell.

GROS. El santo y la seña, y avanzad.... Señor Mordaunt, ¿qué sucede? ¡se ha frustrado el proyecto!

MORD. (Sobre el puente, mirándolo con aten-

cion.) ¡Cómo! ¡sois vos, coronel! me alegro mucho.... Al contrario, amigo mio, todo va perfectamente. Y á bordo, ¡no hay nada de nuevo!

GROS. Nada; pero ya que estais aquí, decidme, ¿qué ha habido por allá?

MORD. Todo ha sucedido como debia esperarse, á medida del deseo.

GROS. Entonces....

MORD. [Enseñándole el pañuelo anudado por las cuatro puntas.] Entonces ya veis que estoy al corriente de cuanto pasa.

GROS. Cierto.

MORD. Pues no perdamos tiempo, porque ellos van á llegar muy pronto.

GROS. ¿Quiénes son ellos?

MORD. Esos cuatro conspiradores que han querido llevarse al rey, y no lo han logrado.

GROS. ¡Ah! sí, comprendo; son aquellos á quienes el señor Cromwell destina.... ¿qué vienen, decís?

MORD. Sí, y á pesar de la prisa que me he dado para ganarles la delantera, durante mi marcha que ha sido rápida y pronta, oía á cada paso detras de mí, y no muy lejos, el relincho de sus caballos. Que vienen no hay duda, y lo peor es que tal vez os conozcan, desconfien y....

GROS. ¡Ca!.... imposible.... Con este marseilles.... luego, ya veis, la noche está tan oscura.... y ademas, conforme á la orden del general, me he quitado la barba; y por último que sabré muy bien disfrazar la voz.

MORD. En efecto es así, porque yo mismo he tenido no poca dificultad en conocerlos. ¿Y en dónde los hospedareis?

GROS. En la cámara de popa; precisamente sobre el cargamento de vinos.

MORD. Pero ellos tienen tambien criados.

GROS. Los criados los pondremos en el entre puente; y los aseguraremos con gruesas puertas que tienen magníficos cerrojos.

MORD. ¿Y yo? porque si ellos me ven, se echa todo á perder.

GROS. Vos, en mi camarote, detras de un tabique falso que parece ser el costado del barco: allí hay un escondite impenetrable, hasta para los aduaneros que persiguen el contrabando: os respondo que allí no os verán; en fin lo vereis y....

MORD. (Con la vista fija en el mar.) Aquel es un barco que viene hacia aquí.... ¡Oh! ahora sí....

GROS. Teneis vista de linca....

MORD. (Mirando siempre.) Tengo la vista de un hombre que tiene la vida pendiente de una mirada. Os aseguro que aquel es un bote que viene á bordo.

GROS. En efecto, ahora ya lo veo.... centinela, alerta, y no olvideis la consigna.

CENT. Está bien, mi comandante.

MORD. Ahí vienen todos, sí, todos.

GROS. Vamos, ocultaos hasta que se hayan instalado: venid.

CENT. ¡Ah del bote! ¡alto ahí! ¡quién vive!

D'ART. Luis y Francia.

GROS. (Volviendo.) Dejad que atraquen.

ESCENA II.

GROSLOW, D'ARTAGNAN, ATHOS.

GROS. Os esperaba con impaciencia.... á bordo, caballeros.

D'ART. (Deteniendo á Athos.) Aguardad un momento, Athos, que esa no es la voz del patron Crabbe, ni tampoco es esa su figura... en fin, no es él.

ATHOS. ¿Quién sois, amigo? ¡y por qué deciais que nos esperabais! yo no os conozco.

GROS. Lo sé, milord, y sé tambien que buscáis al patron Crabbe; pero ahora no podeis verlo.

D'ART. ¿Y por qué no hemos de verlo?

GROS. ¡Ay, milord! porque mi pobre cuñado, el patron Crabbe, se cayó esta mañana del mastelero de gavia, y por poco se hace añicos una pierna.

D'ART. (Receloso.) ¡Vaya un accidente desgraciado! ¡Cuidado, Athos, mucho cuidado!

GROS. A pesar de eso, milord, nada temais, que aquel pañuelo blanco anudado por las cuatro puntas, que tiene vuestro compañero en su mano, y el que yo tengo tambien anudado en mi bolsa, os probarán....

D'ART. [A Athos.] En efecto, esa es la señal. [A Groslow.] Sin embargo, se necesita otro dato mejor que ese.

GROS. Teneis razon, milord; vos habeis prometido á mi cuñado, el patron Crabbe, setenta y cinco libras si os desembarcaba sano y salvo en Boulogne, ó en cualquier otro punto de la costa de Francia, y el punto, por supuesto, á vuestra eleccion.

ATHOS. [A d'Artagnan.] Y ahora, ¿qué decís de esto?

D'ART. Digo que.... [Dándose diénte con diénte en señal de despecho.]

ATHOS. Me parece que ahora no tenemos razon para ser desconfiados.

D'ART. Con todo, debemos desconfiarsiempre.... y á bordo mismo vigilaremos á este hombre; y si no anda derecho, pronto le daremos su merecida.

ATHOS. ¡Conque ya puedo llamar á nuestra retaguardia! ¡Grimaud! Dí á esos caballeros que suban, y despacha el bote que nos trajo.

GROS. ¡Vuestras señorías se quedan á bordo!

ATHOS. Sí.

D'ART. Un momento. ¿Qué tripulacion teneis!

GROS. Diez hombres, milord, y yo.

D'ART. ¡Diez!.... eso me tranquiliza. Y decidme, ¿dónde nos hospedais?

GROS. Aquí, milord, en la cámara de popa.

ATHOS. ¡Y á nuestros criados!
GROS. En el entrepuente, milord! Andres los colocará.

ANDRES. Vaya, venid vosotros.

D'ART. ¡Muy bien! ¡Y cómo os llamais?

GROS. Roggers, milord. Poraquí. *(Enseña á los lacayos la escalera del entrepuente. Baja Mousqueton, luego Blaisois y Grimaud queda al último.)*

D'ART. *(A sus amigos.)* Vos, amigos míos, alojaos lo mejor que podais, mientras que doy una vuelta por el barco.

ATHOS. Que os acompañe Grimaud.

D'ART. ¡Y para qué!

ARAM. ¡Quién sabe lo que pueda suceder! Que os acompañe.

PORTHOS. Y averiguad de paso, si hay algo que cenar.

D'ART. *(A Grimaud.)* Cojed esa linterna. Patron Roggers, venid conmigo. De aquí á diez minutos, amigos míos, habré concluido mi inspeccion. *(Bajan.)*

MOUS. *(En el entrepuente.)* Qué hondo está esto, y qué frío tendremos esta noche, y luego, que la cama no tiene traza de estar blanda que digamos, y si por casualidad nos mareamos, ¡eh, Blaisois!

BLAIS. A mí nada de eso me espanta; estoy muy familiarizado con los inconvenientes de este elemento.

D'ART. *[Bajo al pañon de la polvora con una pistola á la espalda.]* ¿En dónde estamos? ¡cómo se llama esto!

GROS. *[Desde la escalera.]* Ya lo veis, milord, es un almacén.

D'ART. ¡Cuántos toneles! Se parece esto á la caverna de Ali-Babá. ¡De qué estan llenos! *(Toma la linterna á Grimaud y mira.)*

GROS. *[Vivamente y retrocediendo.]* De vino de Oporto, milord.

D'ART. ¡Ah! ¡de vino de Oporto! Es siempre un gran refrigerio; con eso, Porthos está seguro, por lo menos, de no morir de sed. ¡Y todos, todos estan llenos! *(Acercas la linterna.)*

GROS. *[El mismo juego de miedo.]* No mas uno que otro, milord; la mayor parte están vacios.

D'ART. *(Toca con el dedo sobre los toneles é introduce su linterna en el hueco de las barricas.)* ¡Muy bien! yo respondo de este compartimiento. Vamos adelante, señor Roggers. *[Pasa al camarote.]*

ARAM. *(En la cámara de p. pa.)* Y bien, Porthos, ¡qué os parece la Inglaterra!

PORTHOS. Muy bueno es dar una vuelta por acá; pero es mucho mejor el salir de aquí.

ATHOS. Sí, pero salir solos, es una verdadera desgracia.

ARAM. Durmamos.

PORTHOS. ¡Cómo dormir! ¡Pues qué, no teneis hambre!

D'ART. *(En el camarote de los lacayos.)* ¡Ah! ¡aquí están ya arreglados! *(Pasa en revista todo el compartimiento.)* Es menester que os acosteis. Grimaud, ya no te necesito; quédate, y gracias. Tampoco aquí hay nada.

(A Roggers.) Patron, ¡y á dónde da esta puerta?

GROS. Perdonad, milord, es mi camarote; aquí tengo la llave.

D'ART. Véamoslo, y despues me enseñareis la sentina.

GROS. Entrad, milord, y luego subireis á vuestra cámara por la escalera de mi camarote, que da sobre el puente.

MOUS. *(Viendo que sale d'Artagnan.)* Este oficial sí que sabe muy bien hacer sus rondas.

BLAIS. Con tales amos, bien puede uno dormir á pierna suelta.

ATHOS. ¡D'Artagnan no vuelve!

ARAM. Sí hombre, ya oigo su voz; ha dado la vuelta al barco, y hélo allí que sube por la escolilla baja.

D'ART. *[Apareciendo por el puente con su linterna.]* La sentina esta vacía, y nada sospechoso he visto en el camarote del patron; de modo que, si á bordo hay algun ejército, será probablemente de ratas. Muy bien, patron Roggers, ya me encuentro instalado en la cámara de popa. Aparejad, pues, disponed la maniobra, y procurad daros á la vela cuanto antes.

GROS. *(De lejos.)* Está bien, milord.

PORTHOS. ¡Qué noticias traéis!

D'ART. ¡Escelentes! ... podemos dormir con tanta tranquilidad, como si estuviésemos en casa de la Chevrete, calle de Tiquetone. *[Saca su espada de la vaina, registra sus pistolas y se acuesta á lo ancho de la puerta.]*

ATHOS. ¡Y qué es lo que vais á hacer ahí? ¿Es á esto á lo que llamais tranquilidad? ¡Hum! Vos teneis todavía algo.

D'ART. El solo medio de estar verdaderamente seguro, es tener miedo siempre de no estarlo. Vamos, amigo, no hay que desmayar: tomemos aliento y recuperemos nuestras fuerzas. Bien veo lo que os aflige, querido Athos; pero vos mismo lo habeis dicho muchas veces: acusamos á la fatalidad. Vamos. Aramis ánimo que vais á ver á las duquesas; ya podeis desde ahora tener dulces ensueños. Y á vos, que ido Porthos, bien sé yo lo que os falta; pero mañana en Bolonia os prometo que tendreis muy ricas ostras, buen vino de España y un pastel de Amiens. Porque, mañana estaremos en Francia.

ATHOS. En Francia, en la patria de los corazones leales!

ARAM. Y de las mujeres que uno ama.

ATHOS. Y del buen vino de Borgoña.

PORTHOS. ¡Mañana en Francia! ... buenas noches, amigos. *[Se dan las manos y se duermen.]*

ESCENA III.

GRIMAUD, MOUSQUETON, BLAIS.

GRIM. *(Calculando en el fondo del camarote.)* Veintitres luises....

BLAIS. ¡Qué está diciendo! ...

MOUS. Como es el tesoro, está poniendo en limpio las cuentas de la sociedad; pero déjame dormir, Blaisois, y no me hagais hablar.

BLAIS. Lo que se necesita, es comer y beber, que esto nos repondrá.

GRIM. *[Calculando.]* Cuarenta y uno, cuarenta y dos....

MOUS. Sí, comer pan de cebada, y beber cerveza negra! ¡qué porquería! Mas me gusta á mí un vaso de vino, que toda la cerveza de estos ingleses.

GRIM. *(Contando siempre.)* ¡Es fácil!

ATHOS. ¡Qué! ... ¡decís que es fácil!

GRIM. *(Estendiendo la mano hácia el tabique.)* ¡Oporto!

BLAIS. ¡Cómo! ¡es Oporto lo que hay en esas barricas que vimos, cuando el señor d'Artagnan ha abierto la puerta!

GRIM. Sí.

MOUS. Sí, pero la puerta está cerrada.... ¡qué desgracia! ¡es tan bueno el Oporto! ¡me gusta tanto!

GRIM. A ver la bolsa.

MOUS. ¡Cómo la bolsa? ¡ah! sí, ¡la bolsa de herramientas, eh! *(Grimaud hace seña que sí, Mousqueton toma la bolsa.)*

GRIM. El escoplo.

MOUS. Aquí está. *(Se lo da. Grimaud alza una de las tablas del tabique.)* ¡Qué hombre, qué hombre este!

GRIM. La barrena.

BLAIS. Aquí esta.

GRIM. El cántaro. *(Mousqueton le da el cántaro.)* Espiad, atisbad *(Levanta la tabla y entra en el compartimiento de los toneles. Blaisois y Mousqueton, escuchan con atencion.)*

ESCENA IV.

DICHOS, GROSLow, MORDAUNT sobre el puente.

GROS. Creo que duermen.

MORD. ¡Veis todavía luz en la cámara!

GROS. Sí, la veladora del camarote; pero ellos duermen.

MORD. Pues es preciso darse prisa. ¡El bote esta preparado, no es así!

GROS. Ya lo veis; allí está.

MORD. ¡Y en dónde nos encontramos ahora.

GROS. En la boca del Tamesis.

MORD. ¡Y en el bote hay víveres y armas!

GROS. Hay todo lo necesario.

MORD. Entonces tendreis prevenido un cuchillo bien afilado, para que un marinero pique la boza tan luego como nos hayamos embarcado todos.

GROS. Tengo para eso mi hacha de abor-daje.

MORD. ¡Los criados de esos miserables,

están todavía en el entrepuente! ¡Duermen tambien ellos!

GROS. Lo veremos cuando atravesemos por allí, para ir á la Santa Bárbara.

MORD. Vamos allá, pues, que ya deseo concluir. *[Bajan.]*

MOUS. *(A Grimaud.)* ¡Qué sucede!

GRIM. *(Cerc de un tonel.)* Esto marcha.

MOUS. ¡Ya está horadado el tonel!

GRIM. Sí; ya el líquido corre.

MOUS. ¡Qué felicidad!

BLAIS. Pronto, volved, alguien baja por la escalera.

MOUS. ¡Ay, Dios mio! ¡Qué será de nosotros! ¡No habrá tiempo para...!

GRIM. ¡Esta bueno!

MOUS. Pronto, esa tabla. *(Empuja la tabla levantada, y se coloca delante de ella. Grimaud se coloca detras de los toneles, y la puerta se abre.)*

ESCENA V.

DICHOS, GROSLow, MORDAUNT embozado en su copa, y con una linterna en la mano.

GROS. ¡Cómo! ¡aun no estais acostados! Esto es contrario al reglamento.

MOUS. Ahora estábamos cenando, señor.

GROS. Pues que dentro de diez minutos esté apagada la luz y que de aquí á un cuarto de hora, os oiga yo roncar.

MORD. *[A Groslow.]* Tened la bondad de abrir la puerta.

MOUS. ¡Ay Jesús! ... ¡Dios mio! ... ahora lo ven.

BLAIS. Me parece que seria bueno avisar á los amos. *(Groslow y Mordaunt entran donde están los toneles y abren la puerta.)*

MORD. *[Escuchando.]* Sí, duermen profundamente, y Dios al fin me los entrega. *(Grimaud saca un poco la cabeza por detras de los toneles.)* ¡Cuáles son los toneles llenos!

GROS. Aquel y los dos del fondo; pero á este es al que debeis aplicar la mecha; tiene puesta una espita.

MORD. *(Sacando una mecha de debajo de la capa.)* ¡Decís que esta mecha dura cerca de ocho minutos!

GROS. Sí, ocho minutos.

MOUS. ¡Oís algo de lo que dicen!

BLAIS. Ni una palabra; pero cuando no gritan, es seña de que no han encontrado á Grimaud.

MORD. ¡Y podria yo por este agujero que da á la sentina, poner fuego á la mecha, sin necesidad de entrar aquí!

GROS. ¡Perfectamente! pero no tengais prisa, esperad á que estemos embarcados. La faena es un poco peligrosa, y yo desearia que se encargase de esta maniobra un segundo.

MORD. *(Une la mecha por debajo del tonel.)*

Yo no confio sino á mí, la ejecucion de mi

venganza, y no os inquieteis, que cuando el reloj diere las cuatro de la mañana, yo bajaré a la sentina; vos hacéis embarcar la tripulación en el bote, y al instante mismo me lo hacéis saber por medio de un silbido.

GROS. Todo eso estará muy pronto hecho.

MORD. Yo no necesito más que un minuto para unirme á vosotros; en un segundo queda cortado el cable; remamos entonces con todas nuestras fuerzas, y poco tiempo despues aparecerá el incendio... la espantosa explosion... ¡Oh! ¡será un magnífico espectáculo! ¡No es verdad, madre mia! (Se quita su sombrero mirando al cielo.)

GRIM. (Conociendo á Mordaunt.) ¡Ah!

GROS. Voy á correr la palabra á los marineros.

MORD. No hay que decir nada, ni hagáis un solo gesto, y si es posible, que no se haga ni el mas leve ruido. No despertéis á nuestros enemigos: falta todavía un cuarto de hora, pensad, pues, todo lo que puede suceder en tan largo tiempo.

GROS. Sin embargo, no tenemos mucho que perder. (Vanse por la puerta.)

MOUSQ. Ya no se oye nada. ¡Si lo habrán matado?

BLAIS. Entonces habria gritado. ¡Ay! ¡que abren la puerta! ellos son, que vuelven.

GROS. (Despues de haber cerrado la puerta.) Vamos, me han obedecido. (A Mordaunt.)

Pronto, bajad á la sentina, que yo voy sobre el puente.

MORD. Al silbido pongo fuego. (Apenas han cerrado la puerta, Grimaud se levanta pálido y temblando; tiene el cántaro en la mano, y va á tocar á la tabla. El barco empieza á andar.)

MOUSQ. (Levantando la tabla.) Venid, ya se fueron. ¡Habeis sacado mucho!

GRIM. (Acercándose á la luz.) ¡Oh! [Encarga el silencio á los lacayos, y sube la escalera de la cámara de los lacayos.]

MOUSQ. ¡Pues quedamos frescos! se lleva el vino. (Grimaud ha sacado mas de la mitad del cuerpo fuera del puente. D'Artagnan hace un movimiento y se despierta.)

GRIM. ¡Chito!

D'ART. ¡Qué hay!

GRIM. Es pólvora. (Le habla al oído.)

D'ART. ¡Es posible! Dios mio! [El mismo juego de Grimaud.] ¡Qué horror! [A la oreja de Aramis.] ¡Caballero, caballero! (Le pone la mano sobre la espalda.) ¡Silencio! Despertad á Athos. (Aramis despierta á Athos del mismo modo.)

ATHOS. ¡Qué sucede!

ARAM. ¡Silencio!

D'ART. (Despierta á Porthos que se levanta bruscamente, y va a hablar cuando d'Artagnan le tapa la boca.) ¡Sabeis, amigos, quién es el patron de este barco! El coronel Groslow. ¡Chito! ¡sabeis lo que hay en esas barricas que se decian llenas de vino! Mirad... (Toma el cántaro de las manos de Grimaud y enseña la pólvora.) ¡Y sabeis, en fin, quién es el hom-

bre que dentro de un cuarto de hora va á poner fuego á esta pólvora? Mordaunt.

ATHOS. ¡Mordaunt!... ¡estamos perdidos!

ARAM. Defendámonos

PORT. ¡Voto al infierno! degollémoslos á todos.

D'ART. ¡Silencio! ¡Silencio! repito: y pensad que si Mordaunt se viese descubierto, seria capaz de hacerse volar con nosotros. No desesperemos, no nos defendamos, no matemos... Con enemigos como Mordaunt, nada de puntos de honor mal entendidos. Grimaud, haz subir á tus camaradas por la escalera. Véamos... [Como que busca algo.]

¡Tenéis confianza en mí!

TOPOS. Sí, hablad, hablad.

D'ART. Pues bien, no queda mas que un solo partido que tomar: aquí nada de espadas, ni de estrépito... partamos.

PORT. ¡Partamos!... ¡y por dónde!

D'ART. (Abriendo la puerta por la cual se ve el mar.) Debajo de esta ventana, está un bote remolcado por un cable. [Mira.] Athos, Aramis, hablemos el cable; acerquemos la canoa, luego cortamos la cuerda con vuestro puñal, Athos; y una vez aislados sobre un terreno muy seguro; que nos ataquen si se atreven. ¡A la mar, á la mar! (¡One una escalera de cuerda que hace bajar hasta la mar.)

PORT. ¡Hace un frio del demonio!

D'ART. Muy pronto hará calor. ¡Adónde estan los criados!

GRIM. MOUSQUETON BLAISOIS. Aquí, señor.

BLAIS. Pero yo no sé nadar sino en los rios.

MOUSQ. Y yo ni en un estanque.

PORT. Yo me encargo de vosotros dos. (Se los ase á la cintura.)

D'ART. ¡Adelante!... ¡adelante!... [Athos baja por la escalera de cuerda, luego Aramis, y despues los otros. El barco continúa navegando.]

ESCENA VI.

Los mismos huyéndose por la escalera y la escotilla, GROSLOW.

GROS. ¡Ya es hora! pronto, á las escalas. Voces de hombres. Ya listos.

GROS. ¡Muy bien! haced firme el cable, y embarcaos. (Da un silbido; el barco desaparece por el bastidor.) ¡Han picado el cable!... (Se oye un gran grito de desesperacion en el bastidor, y se ve en el compartimiento de los toneles subir poco á poco la luz de la mecha, á la cual pone fuego Mordaunt, desde el fondo de la sentina.)

CUADRO XI.

Alta mar. El barco ha desaparecido todo entero en el bastidor. El teatro representa la alta mar iluminada por la luna. En medio de la escena se ve la barca con siete hombres. Athos acaba de cortar el cable con su puñal.

ESCENA UNICA.

Los mosqueteros y lacayos, despues MORDAUNT en la mar.

D'ART. Ahora, amigos míos, me parece que vamos á ver algo de curioso y de extraordinario. (Se ve á lo lejos reaparecer el barquito con unos hombres sobre el puente. Estalla la explosion, y una luz muy viva ilumina el mar.)

ARAM. ¡Soberbio espectáculo!

PORT. ¡Qué cosa tan grande es esa, así, de lejos.

D'ART. Por aquel golpe atrevido, nos hemos desembarazado de aquella serpiente. ¡Qué decís á eso!

ATHOS. ¡Qué es horrible!... ¡horrible!...

D'ART. Es horrible, si quereis; pero al mismo tiempo es consolador. Ahora, amigos míos, no hay mas que bogar con ánimo, y á fuerza de remos....

MORD. (En la mar.) ¡Socorro!... ¡que me ahogo!...

D'ART. ¡Es la voz de Mordaunt! ¡Todavía ese demonio!

MORDA. (Nadando.) ¡Piedad, caballeros!... en nombre del cielo, piedad. Siento que las fuerzas me abandonan.

ATHOS. ¡Desgraciado!... amigos míos.... deteneos....

D'ART. Athos, yo os juro que si ese hombre se acerca á diez pies del bote, le hago pedazos la cabeza de un remazo.

MORD. (nadando.) ¡Señores!... por piedad, no me huyais!... Tened compasion de mí.

ATHOS. ¡Oh! me despedaza el corazón! D'Artagnan, hijo mio! D'Artagnan! Es necesario que ese infeliz viva.

D'ART. ¡Voto á las olas del mar! ¡Por

qué no os entregais á ese miserable, atado de pies y manos! Eso estaria pronto hecho.

MORD. Señor conde de la Fère!... es á vos á quien me dirijo, á vos, á quien suplico; tened piedad de mí. ¡En dónde estais, señor conde, que ya no os veo!... ¡Me muero!... ¡socorro!... ¡socorro!...

ATHOS. [Inclinándose y estendiendo el brazo hacia Mordaunt.] Aquí estoy, señor, aquí estoy. Asjos de mi mano, y entrad en nuestro bote.

D'ART. No quiero ni mirarlo, porque tal debilidad me indigna.

ATHOS. ¡Bien! poned aquí vuestra mano. [Le presenta su hombro como segundo punto de apoyo.] Ahora tranquilizaos, ya estais salvo.

MORD. (Con rabia.) ¡Oh! ¡madre mia!... yo no te puedo ofrecer mas que una víctima; pero al menos esta será la que tú hubieras elegido. [D'Artagnan da un grito. Porthos alza el remo timonero. Aramis busca un lugar para herir, y un balance de la barca, echa á Athos al agua.]

PORT. ¡Oh! ¡Athos! ¡Athos! ¡Maldicion sobre nosotros que te hemos dejado morir!

ARAM. ¡Maldicion!

D'ART. ¡Sí, maldicion!... ¡Ah! ¡veis ese cadáver que sube lentamente! es Mordaunt. (Se ve aparecer sobre las olas el cadáver de Mordaunt, con un puñal clavado en el corazón.)

ARAM. Tiene un puñal clavado en el corazón.

PORT. Hélo ahí flotando en hombros de las olas.

D'ART. ¡Ah! no hay duda; ¡es Mordaunt!

PORT. ¡Hermoso golpe!... ¡pero y Athos! ¡qué es de Athos!

ATHOS. [Apareciendo y agarrándose á la barca.] ¡Aquí estoy! [Explosion de alegría de los amigos, que meten á Athos dentro de la barca.]

ARA. En fin, la Providencia ha hecho patente su justicia. ¡Dios ha hablado!

D'ART. Muerto, ¡por la mano de Athos!

ATHOS. No fui yo quien lo mató; fué el destino.

D'ART. Sea quien fuere, ya ha muerto. Ahora, amigos, vamos á saludar la madre patra.... ¡A Francia!

TOPOS. ¡A Francia!

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTENREY, MEXICO



UAM

DAD AUTÓNOMA DE M
CIÓN GENERAL DE BIBLI

7
8